

COLECCIÓN LUCUS-LINGUA

13



NANCY VÁZQUEZ VEIGA

**MARCADORES DISCURSIVOS
DE RECEPCIÓN**

UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA
SERVICIO DE PUBLICACIONES

2003

COLECCIÓN LUCUS-LINGUA

Director: Alexandre Veiga

Universidade de Santiago de Compostela. Facultade de Humanidades. E-27002 Lugo (España)

Tel.: (+34) 982 285 870. Fax: (+34) 982 285 875. C. e.: aveiga@lugo.usc.es

(Máis información sobre *Lucus-lingua* en <http://www.usc.es/spubl/wlucus.html>).

A colección *Lucus-Lingua* publícase como serie anexa á revista

MOENIA. REVISTA LUCENSE DE LINGÜÍSTICA & LITERATURA

(máis información sobre *Moenia* en <http://www.usc.es/spublic/wmoen.html>).

Os traballos publicados en *Moenia* recóllense nas bases de datos CIRBIRC (CSIC), FRANCIS (INIST-CNRS), ISOC-CINDOC, LINGUISTIC BIBLIOGRAPHY, LLBA, MLA INTERNATIONAL BIBLIOGRAPHY, REBIUN e ULRICH'S INTERNATIONAL PERIODICALS DIRECTORY.

DIRECTORES:

Alexandre Veiga (Universidade de Santiago de Compostela: Campus de Lugo)

Claudio Rodríguez Fer (Universidade de Santiago de Compostela: Campus de Lugo).

SECRETARIA:

Ana Chouciño Fernández (U. Santiago de Compostela: Campus de Lugo).

COMITÉ DE REDACCIÓN:

Silvia Alonso Pérez (Universidade de Santiago de Compostela: Campus de Lugo)

Mar Campos Souto (Universidade de Santiago de Compostela: Campus de Lugo)

M. Victorina Crego García (Universidade de Santiago de Compostela: Campus de Lugo)

Luis Miguel Fernández Fernández (Universidade de Santiago de Compostela: Campus de Lugo)

Carlos Folgar (Universidade de Santiago de Compostela: Campus de Lugo)

Amparo de Juan Bolufer (Universidade de Santiago de Compostela: Campus de Lugo)

Cristina Patiño Eirín (Universidade de Santiago de Compostela: Campus de Lugo)

M. Ángeles Rodríguez Fontela (Universidade de Santiago de Compostela: Campus de Lugo)

Javier Serrano Alonso (Universidade de Santiago de Compostela: Campus de Lugo)

Mercedes Suárez Fernández (Universidade de Santiago de Compostela: Campus de Lugo)

Manuel Enrique Vázquez Buján (Universidade de Santiago de Compostela).

COLABORADORA DO COMITÉ DE REDACCIÓN:

JoDee Anderson (Universidade de Santiago de Compostela: Campus de Lugo).

COMITÉ CIENTÍFICO:

Vsevolod Bagno (Sankt Peterburg)

Ignacio Bosque (Madrid)

Rafael Cano Aguilar (Sevilla)

†Eugenio Coseriu (Tübingen)

Manuel C. Díaz y Díaz (Santiago de Compostela)

Carlos García Gual (Madrid)

Claudio Guillén (Madrid)

Salvador Gutiérrez Ordóñez (León)

Susan Kirkpatrick (San Diego)

†Rafael Lapesa (Madrid)

Isaías Lerner (New York)

Lily Litvak (Austin)

Jens Lüdtke (Heidelberg)

Robert Marrast (Bordeaux)

José Luis Moralejo (Alcalá de Henares)

Wiaczesław Nowikow (Łódź)

Andrés Pociña (Granada)

Francisco Rico (Barcelona)

Emilio Ridruejo (Valladolid)

José Luis Rivarola (Padova)

Guillermo Rojo (Santiago de Compostela)

Serge Salaün (Paris)

Lia Schwartz (Hanover)

Carmen Silva-Corvalán (Los Angeles)

Giuseppe Tavani (Roma)

Noël Valis (Yale)

Darío Villanueva (Santiago de Compostela)

Gerd Wotjak (Leipzig)

Roger Wright (Liverpool)

Alonso Zamora Vicente (Madrid).

DESEÑO DA CUBERTA: Paula Iglesias Rois.

ISSN: 1137-2346.

DEPÓSITO LEGAL: LU-406/96.

© Universidade de Santiago de Compostela.

COLABORACIÓNS E CORRESPONDENCIA: Deben dirixirse á Secretaría da Revista:

Ana Chouciño Fernández, Facultade de Humanidades, Campus Universitario, 27002 Lugo.

SUBSCRICIÓNS E INTERCAMBIOS: Servicio de Publicacións e Intercambio Científico

Universidade de Santiago de Compostela, Campus Universitario Sur,

15782 Santiago de Compostela.

C.e.: spublic@usc.es

NANCY VÁZQUEZ VEIGA

MARCADORES DISCURSIVOS DE RECEPCIÓN

**Colección LUCUS LINGUA, Anexos de *Moenia*,
Revista Lucense de Lingüística & Literatura
Número 13**

2003

UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA



Esta obra se encuentra bajo una licencia internacional Creative Commons BY-NC-ND 4.0. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra no incluida en la licencia Creative Commons BY-NC-ND 4.0 solo puede ser realizada con la autorización expresa de los titulares, salvo excepción prevista por la ley. Puede Vd. acceder al texto completo de la licencia en este enlace:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

© Universidade de Santiago de Compostela, 2003

EDITA
Edicións USC
Campus Vida
15782 Santiago de Compostela
www.usc.gal/publicacions

DOI: <https://dx.doi.org/10.15304/IL2026.332>

ÍNDICE

0. INTRODUCCIÓN.....	5
1. CORPUS DE LENGUA HABLADA EN LA CIUDAD DE A CORUÑA: EL ROL DE ENTREVISTADOR EN LA CONVERSACIÓN SEMI- DIRIGIDA.....	11
1.1. Introducción.....	11
1.2. La entrevista y la conversación semidirigida.....	12
1.3. Formación de un corpus de lengua hablada en la ciudad de A Co- ruña.....	15
1.3.1. Fases de su elaboración.....	15
1.3.2. Objetivos.....	16
1.4. A la búsqueda del estilo espontáneo.....	18
1.5. El entrevistador en la conversación semidirigida.....	23
1.5.1. Cómo y de qué hablar.....	25
1.5.2. Cómo comportarse.....	30
1.6. Reflexión final.....	32
2. LAS INTERJECCIONES Y LOS MARCADORES DISCURSIVOS: DE LA GRAMÁTICA AL DISCURSO.....	35
2.1. Introducción.....	35
2.2. La interjección: más de veinte siglos de controversia.....	39
2.2.1. De Dionisio de Tracia a nuestros días: entre la palabra y la oración.....	41
2.2.2. Nuestra postura: la interjección como unidad léxica no descriptiva.....	45
2.3. Los marcadores del discurso.....	49
2.3.1. Breves apuntes bibliográficos sobre marcadores del dis- curso.....	49
2.3.2. La confusión terminológica.....	51
2.4. Marcadores del discurso e interjecciones: el arte de conectar con discreción.....	57
2.4.1. Características compartidas.....	60
2.4.2. Características diferenciadoras.....	62
2.5. Marcadores del discurso e interjecciones: ¿categorías pragmáti- cas?.....	69
2.5.1. ¿Dentro o fuera de los límites de las categorías gramati- cales?.....	70
2.5.2. Sobre las categorías pragmáticas.....	74
2.6. Reflexión final.....	77
3. EL ARTE DE RECIBIR: LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN.....	83
3.1. Introducción.....	83
3.2. Del monólogo al diálogo: del oyente pasivo al oyente activo.....	87
3.2.1. El oyente abstracto.....	89
3.2.2. El oyente real en segundo grado.....	92
3.2.3. El oyente real en primer grado.....	97

3.3. Actividad productora y actividad receptora: algunas cuestiones terminológicas.....	100
3.3.1. El proceso de producción: productor, emisor y hablante.....	100
3.3.2. El proceso de comprensión: receptor, oyente y escuchador.....	102
3.4. Hablante y oyente: la distinción entre tener la palabra y no tenerla.....	105
3.5. La actividad del oyente en el curso de la interacción: los marcadores de recepción.....	109
3.6. Los marcadores de recepción y el sistema dual de la toma de turnos.....	114
3.7. Nuestra propuesta: turnos del hablante y turnos del oyente.....	119
3.8. Reflexión final.....	126
4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN: PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRÁFICA DE LA INTERJECCIÓN <i>AH</i>	131
4.1. Introducción.....	131
4.2. Los tres significados de los marcadores de recepción.....	135
4.2.1. Marcadores de recepción y la regulación de la alternancia de turnos.....	136
4.2.1.1. Marcadores de recepción como técnica de absorción de solapamientos.....	140
4.2.1.2. Marcadores de recepción como técnica de mantenimiento de turno.....	142
4.2.2. Marcadores de recepción y el tratamiento de la información.....	145
4.2.2.1. Marcadores de recepción retrospectivos: vínculo unidireccional.....	148
4.2.2.2. Marcadores de recepción retrospectivos y prospectivos: vínculo bidireccional.....	151
4.2.2.2.1. Marcadores de recepción demarcativos.....	153
4.2.2.2.2. Marcadores de recepción de reticencia.....	157
4.2.3. Marcadores de recepción y la expresión de las emociones.....	166
4.3. Entre el análisis de la conversación y la lexicografía: la interjección <i>ah</i> en la <i>Base de datos de marcadores del español</i>	172
4.3.1. Aspectos no descriptivos del significado del enunciado: unidades léxicas no descriptivas.....	174
4.3.2. A propósito de la descripción del significado de una unidad léxica no descriptiva: la interjección.....	179
4.3.3. Estructura de las entradas en la <i>Base de datos de marcadores del español</i>	183
4.3.4. Entrada lexicográfica de <i>ah</i>	185
4.4. Reflexión final.....	194
5. CONSIDERACIONES FINALES	197
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	203

INTRODUCCIÓN

Este libro trata de cinco expresiones, *ah*, *humh*, *oh*, *ya* y *sí*, que pueden funcionar como marcadores discursivos de recepción, y de todas aquellas cuestiones a las que nos ha conducido su estudio, que, como se puede adivinar por el índice, son muchas y de distinta naturaleza¹. Si se nos obligase a elegir un repertorio de palabras clave para describir los contenidos de este libro, las candidatas serían, sin duda, conversación semidirigida, entrevistador, actividad verbal del oyente, interjección, marcadores del discurso, marcadores de recepción —lógicamente—, categorías pragmáticas y diccionarios. La trayectoria no resulta en absoluto transparente, no se trata de un camino sin curvas ni vericuetos, ya que junto a cuestiones que los más tradicionales no dudarían en adscribir al terreno de lo “extralingüístico”, hemos tratado temas cuya inclusión dentro del “núcleo duro” de la lingüística nadie cuestiona. La ruta se inicia en la conversación semidirigida y finaliza en la base de datos léxico-semánticos de marcadores del español, proyecto lexicográfico de investigación iniciado hace algo menos de dos años en la Universidad de A Coruña, concebido como punto de partida previo para la elaboración a largo plazo de un diccionario de marcadores discursivos. Iremos de Labov a Mel’čuk, de Dionisio de Tracia a Heritage, de Juan de Valdés a Schiffrin, de Alcina Franch & Blecua a Schegloff, de Lenz a Searle, dicho de otro modo, de sociólogos a gramáticos, de filósofos a lingüistas, de etnometodólogos a lexicógrafos, de la teoría a la dimensión aplicada, de la competencia lingüística a la competencia comunicativa, de la pragmática a la gramática... Saltos todos ellos en el tiempo y en la materia que pueden resultar sorprendentes e incomprensibles a menos que se proporcione un plano con el itinerario seguido, lo cual, por otro lado, concuerda muy bien con la función prototípica de toda introducción. Así pues, en el espacio que sigue, pondremos a prueba tanto nuestra capacidad para dar al lector las orientaciones necesarias sobre las rutas que hemos seguido para llegar al destino fijado, como para proporcionar en unas pocas líneas una idea aproximada de la materia que en las siguientes páginas se ofrece.

¹ Parte de la investigación que subyace a este libro ha sido elaborada dentro de los Proyectos PGIDT99PXI10401B y PGIDIT02PXIB3051.

Dentro del término de “marcadores discursivos de recepción” hemos introducido expresiones cuya inclusión en las listas de marcadores del discurso no es sistemática, es más, es muy poco frecuente. Estamos ante un conjunto de elementos que han llamado escasamente la atención de gramáticos y lingüistas: son interjecciones. La posición que tradicionalmente ocupa el estudio de esta categoría gramatical o clase de palabras en el índice de las gramáticas y demás manuales de lingüística es una prueba más que suficiente de su carácter marginal. Si podemos calificar de insólita y extravagante una gramática que no dedique un espacio al nombre o al adjetivo, no parece restar valía a un tratado gramatical el hecho de que no incluya un apartado dedicado a la descripción de la interjección. No estamos, de ningún modo, ante una materia de obligada inclusión. Y no es para menos, si pensamos en su azarosa entrada dentro de las categorías gramaticales, pues, como es sabido, los testimonios históricos evidencian que su consideración como clase de palabras respondió en ciertos momentos a razones cuando menos peculiares: los gramáticos griegos hablaban de ocho partes de la oración, y los latinos, al carecer su lengua de artículo, decidieron incluir la interjección dentro de las clases de palabras para seguir manteniendo el número mágico. Pero poco ha tenido de mágica o de maravillosa la estancia de la interjección dentro del edificio gramatical, ya que su tratamiento ha creado y sigue creando no pocos problemas a todos los que a ella se acercan. De cualquier forma, el surgimiento de nuevas corrientes lingüísticas, esencialmente vinculadas al estudio de las manifestaciones orales de la lengua, y la consiguiente aproximación a este fenómeno lingüístico desde distintas perspectivas han traído consigo otro tipo de análisis que ha contribuido a una mejor comprensión de su naturaleza. Como es sabido, a pesar de la estrecha relación existente entre interjecciones y oralidad, su estudio hasta hace apenas unos años se basaba en ejemplos o bien contruidos al efecto por el propio gramático o lingüista, o bien extraídos de textos escritos de distinta índole, con lo cual el contexto y los rasgos prosódicos que acompañan su emisión, más que constituir un aspecto esencial de su análisis, se utilizaron como pretexto para evitar cualquier acercamiento riguroso a la descripción de su significado.

Lo anterior explica que nuestro punto de partida sea el corpus de lengua oral que hemos utilizado. Se trata de un corpus grabado de entrevistas, o para ser más exactos, de conversación semidirigida, que es el resultado de un proyecto de investigación titulado “Formación de un corpus de lengua hablada en la ciudad de A Coruña”. Teniendo en cuenta que las expresiones que vamos a estudiar son una de las manifestaciones del comportamiento verbal del oyente durante la interacción, hemos centrado nuestra atención en el papel de entrevistador, por tratarse del participante al que en situación de entrevista le corresponde la mayor parte del tiempo el papel de oyente. Si marginal es un adjetivo que define muy bien la situación de la interjección en la gramática, también lo hace a la hora de aludir al estatus de estas partículas en el discurso, al estar su emisión a menudo relacionada con el oyente, o si se prefiere, con el participante que no tiene la palabra. En el primer capítulo, de menor extensión que los restantes, ofreceremos, por tanto, una descripción del corpus del que proceden la mayor parte de las muestras de habla analizadas y del rol de entrevistador. Consideramos que se trata de un paso previo necesario, ya que

cualesquiera que sean los resultados finalmente obtenidos serán deudores del tipo de interacción del que proceden los ejemplos examinados. El segundo capítulo, de carácter teórico, lo dedicaremos a presentar algunos de los problemas que rodean a una categoría gramatical, la interjección, y a una categoría pragmática, los marcadores del discurso. Estudiaremos los puntos de contacto, así como las diferencias, entre estos dos tipos de categorías y explicaremos los motivos que nos han llevado a asignar la denominación de “marcadores” al conjunto de interjecciones que serán objeto de nuestra atención. En este capítulo tenderemos el puente necesario a través del que pasaremos de la gramática al discurso, terreno dentro del que necesariamente hemos de estar situados para abordar el tratamiento de los “marcadores de recepción”. La vinculación de estas expresiones con distintas tareas relacionadas con el receptor u oyente aconseja la revisión del papel de este componente del proceso comunicativo en algunas de las corrientes lingüísticas más importantes de los últimos años, de cara a mostrar que únicamente las perspectivas de orientación claramente dialógica, donde la conversación es concebida como una actividad conjunta y coordinada de dos participantes, permiten un acercamiento serio a la actividad verbal y no verbal del oyente en el curso de la interacción. De este tema, así como de la importancia de distinguir entre dos subniveles de toma de turno, ya que hablar y escuchar no son dos actividades sucesivas sino simultáneas y escuchar (u oír) no significa no hablar, trataremos en el capítulo tercero. Finalmente, dedicaremos el último capítulo al análisis y descripción de estos cinco marcadores que pueden utilizarse para mostrar atención, comprensión e interés, así como para conseguir que la conversación fluya sin problemas. El estudio de su funcionamiento en el discurso relacionado esencialmente con tres tareas, regulación de la alternancia de turnos, tratamiento de la información y expresión de las emociones, irá seguido de la presentación de un esbozo de entrada lexicográfica de la interjección *ah*. A través del artículo lexicográfico de esta expresión pretendemos mostrar la viabilidad de definir los distintos sentidos de las interjecciones, así como de ofrecer un modelo de artículo lexicográfico que pueda adaptarse a las características de los marcadores del discurso, o si preferimos, a las de las expresiones de significado no descriptivo, pragmático o procedimental.

A la vista de la representación esquemática ofrecida de las partes de este trabajo, se puede observar que en este libro hay —permítasenos la expresión— un poco de todo. Determinados fenómenos que aquí se tratan encuentran explicación en los manuales o trabajos de sociolingüística; otros, en trabajos o estudios que se inscriben dentro de la pragmática, análisis del discurso, análisis de la conversación, pragmática dialógica, etc.; y otros, por fin, dentro de los tratados gramaticales. Y es que nuestra intención, como decíamos más arriba, es ir de los fenómenos abordados tradicionalmente por las disciplinas que caen dentro de la mal llamada “lingüística interna” a los que caen fuera de su ámbito de estudio y han sido tratados por las disciplinas adscritas a la también injustamente llamada “lingüística externa”; en esencia, conjugar las intuiciones de nuestros gramáticos tradicionales con las ideas de los lingüistas actuales. Pretendemos en última instancia mostrar cómo los resultados que se obtienen de investigaciones de carácter gramatical y pragmático —entendiendo esta última etiqueta en sentido amplio— no sólo no se exclu-

yen, sino que se complementan. Queremos, en fin, tender un puente desde la tradición a la modernidad.

En suma, y como no parece del todo ortodoxo finalizar esta introducción sin adscribir nuestro trabajo a una determinada disciplina, subdisciplina o corriente teórica, podemos decir que se inscribe dentro del ámbito del análisis del discurso. Pero al etiquetarlo así, lógicamente no pretendemos informar al lector sobre una perspectiva teórica o un marco teórico metodológico concreto que se haya seguido para su elaboración, pues, como señala Tannen (1989: 6), el término “análisis del discurso” no se refiere a un método particular de análisis, no se puede vincular a una teoría o a un conjunto coherente de teorías; sólo describe un objeto de estudio, la lengua más allá de la oración:

Furthermore, language in sequence beyond the sentence is not a particular, homogeneous kind of data, but an all-inclusive category. Discourse—language beyond the sentence—is simply *language*—as it occurs, in any context (including the context of linguistic analysis), in any form (including two made-up sentences in sequence; a tape recorded conversation, meeting, or interview; a novel or play). The name for the field “discourse analysis”, then, says nothing more or other than the term “linguistics”: the study of language.

Dicho de otra manera, con esta adscripción sólo pretendemos señalar que nos hemos ocupado de una clase de fenómenos que, como diría Stubbs (1987: 75), “el análisis del discurso debe explicar”, pues se encuentran entre “los aspectos del lenguaje que la sintaxis y la semántica tienen dificultades para explicar”. Quizá en la actualidad ya empiece a ser algo redundante la asignación o adscripción de un trabajo de este tipo al “análisis del discurso”, en caso de ser así, habría de interpretarse como un síntoma evidente de una aceptación generalizada de la ampliación de las fronteras del estudio del hecho lingüístico, tal como era habitual en otros tiempos. Pensemos que, como sugiere Tannen (1989: 7), “some of the work of Jakobson, Sapir, and Whorf, were they working today, would be considered discourse analysis. The term was not needed in their time because then linguistics did not exclude any of the kinds of linguistic analysis they did”. Se trata en última instancia de un movimiento de fronteras que conferirá el estatus de miembros centrales del estudio lingüístico a muchos temas hasta ahora desterrados: pero —ojo— hablamos de ampliación y no de exclusión, de equilibrio y no de desequilibrio, pues está claro que, como dice Stubbs (1987: 21-22), “no se puede volver atrás con respecto a los niveles de explicación y rigor establecidos principalmente por Saussure, Bloomfield y Chomsky. Pero es cada vez más evidente que una visión coherente del lenguaje, incluyendo la sintaxis, debe tener en cuenta el fenómeno del discurso”.

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL CORPUS UTILIZADO

Los datos que se utilizan en este trabajo proceden del *Corpus de lengua hablada de la ciudad de A Coruña*, sobre cuyas características hablaremos en el capítulo siguiente. Las muestras de habla analizadas se han tomado en su mayoría de seis entrevistas: tres

de ellas fueron realizadas a hombres, y las otras tres a mujeres. La duración de cada una de las entrevistas es de noventa minutos, que han sido registrados en dos contactos de cuarenta y cinco minutos cada uno. Al final de cada ejemplo del corpus se proporciona información correspondiente a tres variables sociales:

1. Clase social: alta (A), media (M) y baja (B).
2. Edad segmentada en cuatro estratos: hasta 25 años; 26-40 años; 41-59 años; 60 años en adelante.
3. Sexo: hombres (H) y mujeres (M).

CONVENCIONES DE TRANSCRIPCIÓN

E	entrevistador/a
E1, E2...	en el supuesto de que haya más de un entrevistador
H	hablante
H1, H2...	cuando aparece más de un hablante
...	indican pausa o vacilación
()	forma pronunciada (se escribe la forma estándar y entre paréntesis la realmente pronunciada)
(número)	ante pausas muy largas, se recoge su duración numéricamente en segundos
[]	comentario no lingüístico o paralingüístico
=	sucesión inmediata entre dos emisiones de un hablante
bla bl-	palabra truncada
# #	nombre, lugar u otro dato omitido para preservar la confidencialidad
{	lugar donde se inicia un solapamiento ²
}	final del habla simultánea
xxxx	fragmento de habla ininteligible.

* * *

No quisiera finalizar esta introducción sin antes manifestar mi más sincero agradecimiento a Ángel López García, Antonio Narbona Jiménez, Luis Cortés Rodríguez, Beatriz Gallardo Paúls y Esperanza Morales López por sus valiosas observaciones y sugerencias, que, sin duda, han contribuido a mejorar varios aspectos de esta investigación. A Margarita Alonso Ramos le debo el que me haya introducido en el mundo de la lexicografía, así como horas de interesantísimas discusiones sobre distintos aspectos de este trabajo. Tanto ella como Gabriela Prego Vázquez leyeron algunos borradores del texto y con sus comentarios me obligaron a replantear algunas de mis ideas y a esforzarme por explicarlas mejor. Además, agradezco a José Antonio Fernández Romero su minuciosa

² A pesar de que dentro de las convenciones de transcripción de este corpus el habla montada se señala de la manera habitual, esto es, con paréntesis de mayor tamaño, nosotros hemos decidido, por motivos estrictamente prácticos, sustituirlos por llaves.

corrección de estilo y a Emilio Ridruejo su revisión final del texto, así como a Alexandre Veiga su apoyo a la inclusión del volumen en la colección *Lucus-Lingua*. Quiero reconocer especialmente la enorme deuda que he contraído con Mauro Fernández Rodríguez, partícipe activo en la elaboración de este libro a través de sus siempre atinadas críticas y sugerentes comentarios. Por todo lo que he aprendido junto a él en todos estos años, dejo aquí constancia de mi gratitud y mi afecto. No creo que haga falta mencionar que los defectos que quedan son de mi exclusiva responsabilidad.

CORPUS DE LENGUA HABLADA EN LA CIUDAD DE A CORUÑA: EL ROL DE ENTREVISTADOR EN LA CONVERSACIÓN SEMIDIRIGIDA¹

1.1. INTRODUCCIÓN

Durante la primera mitad de este siglo, los resultados de la mayor parte de las investigaciones lingüísticas son herederos de datos procedentes de corpus de lengua escrita o de intuiciones de los propios lingüistas. Sin embargo, en la segunda mitad de siglo la situación empieza a experimentar un cambio, que viene marcado por la interpretación que del hecho lingüístico realizan algunas disciplinas como la sociolingüística. La lingüística, como señala Reyes (1990: 14), “empieza a salir de los laboratorios donde analizaba lo invariable y lo armonioso, y se echa a la calle a ver qué pasa”². Se subraya la necesidad de estudiar el código no como algo aislado, sino en relación con los demás componentes que entran en juego en el proceso de comunicación. Interesa especialmente la observación del uso real que los hablantes hacen de una lengua. En definitiva, se trata de una lingüística que en palabras de Yngve (1970: 567) se podría definir como “the scientific study of how people use language to communicate”. En este contexto, la formación de distintos corpus³ de lengua hablada constituye, pues, un punto de partida indispensable.

Los estudios basados en datos procedentes de la lengua oral han tenido que enfrentarse, según Labov (1972: 203-204), a cuatro dificultades: la agramaticalidad de las producciones orales, la variación y heterogeneidad de las estructuras, los problemas de audición y grabación y la rareza de las formas sintácticas. A estas dificultades nosotros añadiríamos otra. En relación con los problemas de grabación y audición están los de

¹ Este capítulo está elaborado sobre la base de un trabajo ya publicado, *vid.* Vázquez Veiga (1995).

² A propósito de la ampliación del campo de estudio de la Lingüística, señala Cortés Rodríguez (1992: 30): “Nada hay de extraordinario en esta visión social, que no es otra que ver el lenguaje tal y como es usado por las personas cuando hablan en diferentes lugares, en distintas situaciones y con los más diversos propósitos”.

³ A lo largo de este trabajo utilizaremos la forma corpus también para el plural. Consideramos que se trata de la forma más habitual, de ahí que hayamos decidido no emplear el latinismo *corpora*.

transcripción, tarea esta última lenta y tediosa, culpable, entre otros factores, de que algunos corpus no hayan llegado a buen fin. No obstante, estas trabas únicamente constituyen una excusa para no trabajar con datos orales. En su mayoría se trata de problemas superables, calificados por el propio Labov (1972: 203) de “ilusorios y enormemente exagerados”, que tienen que ver, por un lado, con dificultades de tipo técnico (de grabación o de audición) superadas ya desde hace algún tiempo con bastante éxito, y, por otro, con concepciones reduccionistas de una lingüística que podríamos llamar tradicional, una lingüística que apenas se ha despegado de la lengua escrita.

A partir de finales de la década de los 60 en España empiezan a aparecer los primeros trabajos de corpus; las encuestas de Madrid se realizaron en 1968 (cf. Cortés Rodríguez 1994: 48-64). Desde esa fecha en adelante, se han puesto en marcha distintos proyectos de investigación que han dotado de corpus de lengua hablada de diferentes características a varias ciudades españolas (Sevilla, Valencia, Málaga, Almería, etc.). Uno de los últimos corpus de lengua oral que se ha formado es el de la ciudad de A Coruña. Se trata de un corpus grabado de entrevistas o de conversación semidirigida, resultado de un proyecto de investigación titulado “Formación de un corpus de lengua hablada en la ciudad de A Coruña” (*vid.* Cal Varela & Fernández Ferreiro 1993).

En este capítulo, en primer lugar, presentaremos brevemente algunas consideraciones a propósito de los términos “entrevista” y “conversación semidirigida”. En segundo lugar, se hará referencia a ciertos aspectos del proyecto de investigación que dio lugar al corpus de lengua oral de la ciudad de A Coruña. Por último, tras mencionar los problemas que surgen cuando se intenta obtener muestras de habla espontánea en la conversación semidirigida, mostraremos cómo la actuación del entrevistador es una de las claves para lograr esa espontaneidad.

1.2. LA ENTREVISTA Y LA CONVERSACIÓN SEMIDIRIGIDA

Cuando se somete a análisis la entrevista, la mayoría de los estudios comienzan señalando su importancia como instrumento de investigación en diferentes disciplinas: sociología, lingüística, antropología, etc. Sin duda, la utilización que hacen estas disciplinas de la entrevista no es idéntica; el objeto de investigación perseguido en cada caso determina las características de la entrevista. Sin embargo, esto no impide que podamos dar una definición general de entrevista. Así la define Briggs (1986: 102): “Interviews are cooperative products of interactions between two or more persons who assume different roles and who frequently come from contrasting social, cultural, and/or linguistic backgrounds”.

Briggs concibe la entrevista como un “producto cooperativo” puesto que, normalmente, cuando se accede a participar en una entrevista, ambas partes están implícitamente de acuerdo en cumplir unas normas comunicativas determinadas. En situación de entrevista, se dejan a un lado los roles sociales que desempeñamos habitualmente para pasar a

1. CORPUS DE LENGUA HABLADA EN LA CIUDAD DE A CORUÑA:
EL ROL DEL ENTREVISTADOR EN LA CONVERSACIÓN SEMIDIRIGIDA

desempeñar los roles discursivos que marca la estructura del encuentro: el de entrevistador y entrevistado. Es significativo el paso de lo que llamaremos periodo de pre-entrevista, esto es, de la interacción que se produce en los minutos que transcurren desde que se llega al domicilio del entrevistado hasta que se empieza a grabar o a tomar notas, al periodo de entrevista. Se trata de un espacio de tiempo que el entrevistador aprovecha para crear un clima de cordialidad y confianza. El cambio de papeles se produce precisamente en el momento de comenzar a grabar, momento que habitualmente se señala de alguna manera: unas veces, se continúa con la charla ya empezada, haciendo un simple gesto o un breve comentario que indica que se va a accionar el botón del magnetófono; otras, se deja a un lado la conversación que se estaba manteniendo para dar comienzo formalmente a la entrevista. Veamos los siguientes testimonios que ilustran ambas posibilidades:

- (1)
- H. [...]Y Juan se mosqueaba un montón, digo: “Lo siento Juan, pero...”
- E. [risa] No, pero yo creo que haces bien, eh, que es mejor.
- H. Sí, es que además es una tontería que, porque yo, xxxx fumar tenga que que, que echarles el humo a ellos, me parece una tontería, claro. Y aparte sé que les estoy haciendo daño, y eso, para mí es muy fuerte
- E. xxxx Bueno. Umm, empecemos la entrevista.
- H. Humh.
- E. Ehh, cuéntame, de... ¿eres de aquí de Coruña?
- H. Sí
- E. ¿Y siempre viviste por esta zona, por los...
- H. Yo a los nueve meses... yo vivía por Eirís (B, 26-40, M).
- (2)
- E. A ver, vamos a ver, te llamas Petra, ¿no?, ¿dónde naciste tú?
- H. En Santiago.
- E. En Santiago, y... ¿cuándo te trasladaste a La Coruña?
- H. En el año cincuenta y siete (A, 41-59, M).

Los términos “entrevista” y “conversación semidirigida” se han tomado, en ocasiones, como sinónimos en la bibliografía sobre el tema. Briggs (1986: 6-7), por ejemplo, utiliza el término “entrevista” en un sentido amplio:

I will use the term “interview” to cover a wide range of research activities from the most “informal”, “open-ended” interviews to the use of “formal” instruments in survey research. In order to be considered an interview according to my definition, the collection of data must occur in a face-to-face situation. The interaction must also occur in a research context and involve the posing of questions by the investigator.

El término “entrevista” posee un carácter más abarcador, bajo esta denominación se agrupan diferentes formas de interacción con intereses muy diversos: entrevistas de los medios de comunicación, entrevistas de trabajo, encuestas telefónicas, etc. Aunque las muestras de habla que se obtienen en cada tipo de encuentro son diferentes, todas ellas tienen dos rasgos comunes: la existencia de dos participantes, el entrevistador y entrevistado.

tado; y una estructura básica, el par de adyacencia pregunta-respuesta. Así se refiere Milroy (1987a: 62-63) a los dos rasgos fundamentales que caracterizan el estilo de entrevista⁴:

1. It displays a clear two-part elicitation/reply structure. Some replies, however, may be very considerably elaborated.
2. One participant (whom we may describe as the interviewer) controls interaction in the sense that he chooses the form of the elicitation and selects the topics. [...] Conversely, all spontaneous styles have in common the property that they lack a clear two-part discourse structure; they cannot easily be analyzed as replies to an interviewer's elicitations on topics chosen by him. Furthermore, as we would expect, spontaneous styles are characterized by a higher frequency of vernacular speech variants.

De cualquier forma, llegados a este punto debemos introducir alguna precisión con respecto a la conveniencia o no de utilizar el término “entrevista”, para referirnos a nuestro corpus. En realidad, el término que mejor define las características del corpus de A Coruña es el de “conversación semidirigida”⁵, porque lo que se intenta es que durante el encuentro se produzca una conversación con un alto grado de espontaneidad. El entrevistador, o hablante-guía de una conversación semidirigida, no se siente constreñido por la formulación de determinadas preguntas (como sucede, por ejemplo, en las entrevistas de los medios de comunicación); si así fuese, las posibilidades de que surgiera una charla más o menos distendida durante el encuentro serían mínimas. Silva-Corvalán (1989: 25-26) hace referencia a cuál debe ser la actitud del entrevistador-investigador:

El investigador se propone hacer uso de todos los recursos necesarios para lograr que el hablante olvide que está siendo grabado y para que su atención se aleje de su habla de tal manera que haya una cantidad mínima de autoobservación y autocorrección, fenómenos característicos del estilo formal.

El entrevistador profesional no debe atender tanto a este tipo de cuestiones. Las entrevistas que tienen lugar en los distintos medios de comunicación (prensa escrita, radio, televisión) normalmente se realizan a un personaje más o menos popular, el tema de la entrevista suele ser concreto (a menudo existe un determinado hecho que explica el requerimiento para hacer una entrevista) y la serie de preguntas que se debe realizar es más rígida. En definitiva, el tipo de interacción que se ha registrado en este corpus estaría en

⁴ Sobre esta cuestión, cf. Pilleux (1995), que ofrece una detallada lista de los rasgos que caracterizan el estilo de entrevista.

⁵ Así define Silva-Corvalán (1989: 32) la conversación semidirigida: “La conversación semidirigida se conduce básicamente como una observación libre, pero durante su desarrollo el investigador introduce ciertos tópicos que de antemano se han identificado como favorables al uso de ciertas formas gramaticales que interesa estudiar. Esto implica un período de preparación previo al inicio de las grabaciones durante el cual el investigador prepara *módulos temáticos* que sirven de guía para la conversación”.

1. CORPUS DE LENGUA HABLADA EN LA CIUDAD DE A CORUÑA: EL ROL DEL ENTREVISTADOR EN LA CONVERSACIÓN SEMIDIRIGIDA

un punto intermedio de una escala en cada uno de cuyos extremos estarían las llamadas por Gumperz (1971: 169) “interacción transaccional” e “interacción personal”:

Transactional interaction centers about limited socially defined goals, i. e., a religious service, a petition, a job interview, etc. Participants in such interaction in a sense suspend their individuality in order to act out the rights and obligations of relevant statuses.[...] In personal interaction, on the other hand, participants act as individuals, rather than for the sake of specific social tasks. This behavior predominates in periods of relaxation among friends, and within peer groups. (op. cit.: 169-170).

A pesar de que el concepto de conversación semidirigida describe mejor el carácter del corpus y los objetivos que se persiguen al realizar un contacto de este tipo, también utilizaremos a lo largo de este trabajo el término “entrevista”. Abogar por un empleo exclusivo del término “conversación semidirigida” exigiría lógicamente prescindir de nombres como “entrevistador” y “entrevistado”, para referirnos a los participantes de este tipo de interacción. No nos parece rentable emplear nuestros esfuerzos en la búsqueda de nuevos términos, porque, entre otras cosas, entrevistador y entrevistado son los que aparecen con más frecuencia en la bibliografía sobre el tema⁶. Hecha esta precisión, no creemos necesario modificar las denominaciones.

1.3. FORMACIÓN DE UN CORPUS DE LENGUA HABLADA EN LA CIUDAD DE A CORUÑA⁷

En este apartado nos referiremos a dos cuestiones que tienen que ver con el proceso de formación de este corpus. Por un lado, se indicarán cuáles han sido las fases de su elaboración. Por otro, señalaremos cuáles son los objetivos que se persiguen a la hora de realizar una entrevista⁸.

1.3.1. Fases de su elaboración

En el año 1991 se realizan todas las gestiones necesarias para poner en marcha un proyecto de formación de un corpus de lengua oral, que recogiese muestras de habla de

⁶ Como se observa en las convenciones de transcripción del corpus de lengua hablada de la ciudad de A Coruña, aunque se mantiene el término de entrevistador, se sustituye el de entrevistado por el de hablante (H).

⁷ Este proyecto de investigación, dirigido por el prof. Mauro Fernández Rodríguez, ha sido financiado por la Universidad de A Coruña, la Xunta de Galicia (XUGA10402A90) y la DGICYT (PB90-0324).

⁸ El que se pueda dar por concluido este proyecto de investigación no implica que se abandone el trabajo de recogida de datos. Si no de manera tan apremiante como hace unos meses, seguimos pendientes de cualquier ocasión que surja para hacer una entrevista.

las dos lenguas que conviven en la comunidad: gallego y castellano. La necesidad de esta herramienta de trabajo, instrumento utilísimo para llevar a cabo estudios fundamentalmente de carácter sociolingüístico, estaba más que justificada. La idea era formar un corpus de características similares a los de Filadelfia, Montreal, Ottawa, etc. Se trataba del primer proyecto de este tipo que se hacía en Galicia.

Después de obtener subvenciones de tres organismos oficiales, Universidad de A Coruña, Xunta de Galicia y DGICYT, se empieza a trabajar con firmeza en este proyecto. Podemos hablar de tres fases principales en su elaboración:

1ª FASE. Se trata de un periodo inicial en el que era necesario sentar las bases del trabajo. Durante este tiempo se realizó un rastreo demográfico en A Coruña, con el fin de conocer los barrios de la ciudad para seleccionar los individuos a los que se podía entrevistar. Simultáneamente, el grupo de investigación se reunía con cierta frecuencia para elaborar los cuestionarios (módulos conversacionales), comentar alguna entrevista ya hecha, así como aspectos relacionados con las técnicas que debe dominar el entrevistador.

2ª FASE. Una vez elegidos los individuos, debíamos establecer el primer contacto y saber si se prestaba o no a ser interrogado. En un principio, todas las entrevistas se comentaban en distintas sesiones que celebró el grupo de investigación, y las que eran válidas se seleccionaban para transcribir. A medida que pasaba el tiempo y los entrevistadores iban adquiriendo práctica, el trabajo se agilizó en gran manera.

3ª FASE. Tras realizar un detenido proceso de selección de entrevistas, se procedía a la transcripción, todas las entrevistas transcritas eran revisadas posteriormente, y en el caso de que el encargado de realizar la transcripción no fuese el entrevistador, éste se ocupaba de revisarla al final, ya que, como señala Narbona Jiménez (1988: 92), es conveniente que la transcripción sea “realizada por el mismo que ha registrado la conversación, pues, por estar presente —y participar, si es el caso— en ella, conoce los factores contextuales y situacionales que la han rodeado y le será fácil anotar y reflejar todo lo que haya sido relevante en la comunicación”. Con estas revisiones, siempre y cuando la calidad de la grabación fuese aceptable, se solucionaron prácticamente todas las lagunas.

1.3.2. Objetivos

Los objetivos que se persiguen al realizar una entrevista están en consonancia principalmente con tres necesidades del corpus:

a) Necesidad de registrar el mayor número posible de muestras de habla vernácula. Existen ciertos recursos para lograr que el entrevistado ejerza menos control sobre su discurso y obtener así el tan deseado giro hacia lo vernáculo:

I. CORPUS DE LENGUA HABLADA EN LA CIUDAD DE A CORUÑA:
EL ROL DEL ENTREVISTADOR EN LA CONVERSACIÓN SEMIDIRIGIDA

—Conseguir narraciones de experiencias personales.

—Estimular la interacción entre la gente presente, con el propósito de registrar fragmentos de conversación no dirigida al entrevistador. La presencia de un amigo constituye, sin duda, un obstáculo para el control que puede ejercer el entrevistado sobre su habla.

—Registrar el habla de cada hablante (con una calidad razonable) durante un periodo de tiempo que vaya de cuarenta y cinco a noventa minutos, esto es, se procura realizar al menos dos contactos de cuarenta y cinco minutos cada uno; aunque esto no significa que se hayan excluido grabaciones de inferior duración. Existen dos motivos íntimamente relacionados por los que se aconseja que la entrevista dure alrededor de tres cuartos de hora. El primero tiene que ver con la presencia de la grabadora; el segundo, con el control que ejerce el entrevistado sobre su habla al comienzo de la entrevista. Cuanto más largo sea el contacto, aumenta la posibilidad de que el entrevistado olvide la presencia del magnetófono y de que disminuya la atención prestada a su propio discurso. Basta hacer un ejercicio tan sencillo como comparar los minutos iniciales de una entrevista con los finales, para observar que la situación es completamente diferente. Al comienzo, la presencia del entrevistador es mucho más patente, el tamaño de los turnos de entrevistado y entrevistador es similar, el entrevistado se limita a contestar a lo que se le pregunta, etc. En cambio, hacia al final la voz del entrevistador se oye menos y la extensión de los turnos del entrevistado experimenta un importante incremento. Puesto que se busca que el hablante se comporte de modo natural, un segundo contacto será muy conveniente, ya que durante la segunda entrevista los entrevistados suelen sentirse más cómodos y se muestran más distendidos (ya han adquirido cierta familiaridad con el entrevistador, desaparece la desorientación frecuente en los primeros contactos, saben cómo se va a desarrollar la entrevista...); además, resulta especialmente útil para reparar alguna omisión de la primera entrevista, para introducir temas más conflictivos, etc.

b) Necesidad de obtención de datos demográficos. Es importante obtener el mayor número posible de datos demográficos para su posterior análisis (edad, residencia, ocupación, círculo de amistades, hábitos lingüísticos, etc.). Además, el que la entrevista tenga lugar en el domicilio del entrevistado —condición que procuramos que se cumpla— permite conocer algunos datos (calidad de la vivienda, del mobiliario, etc.) que pueden resultar útiles. Se trata del lugar más apropiado para realizar la entrevista, ya que el entrevistado está más cómodo y se evitan todos los ruidos que se producen en los lugares públicos y que perjudican la calidad de la grabación. El módulo dedicado a la demografía es prácticamente el único cuyas preguntas se parecen bastante a las de un cuestionario: “¿Cómo te llamas?”, “¿Siempre has vivido aquí (en La Coruña)?”, “¿En qué año naciste?”. De ahí que se deba procurar introducir este tipo de cuestiones en los difíciles minutos iniciales de una entrevista, con el fin de poder pasar a formular lo antes posible otro tipo de preguntas más efectivas a la hora de aligerar la formalidad del encuentro.

c) Necesidad de conseguir datos sobre actitudes hacia la lengua. Lograr que un informante proporcione opiniones sinceras sobre una lengua es una tarea que requiere especial cuidado. Teniendo en cuenta que A Coruña es una de las ciudades de Galicia en la que el número de castellano-hablantes habituales es superior al de gallego-hablantes, resulta especialmente interesante poder conocer la actitud del entrevistado con respecto a las dos lenguas⁹. Este tipo de datos normalmente se obtienen con más facilidad en el segundo contacto.

d) Necesidad de obtener nuevos contactos, esto es, de entrevistados potenciales. El investigador debe intentar obtener información sobre las relaciones de un individuo con su familia, amigos o vecinos, para poder establecer redes sociales. De este modo, un entrevistado lo llevará a otro y así sucesivamente.

1.4. A LA BÚSQUEDA DEL ESTILO ESPONTÁNEO

Nos vamos a detener en la primera de las necesidades a la que aludíamos en el apartado anterior —recordemos: necesidad de registrar el mayor número posible de muestras de habla vernáculo—, puesto que ahí reside buena parte de las claves del tipo de interacción con que vamos a trabajar. Como es sabido, la eficacia de la entrevista como método de investigación para observar una comunidad de habla se ha puesto a menudo en entredicho. Teniendo en cuenta que el principal objetivo del investigador es obtener muestras de habla que reflejen el modo de hablar habitual de un determinado barrio, ciudad, etc., resulta cuando menos discutible que a través de la entrevista se puedan conse-

⁹ Obsérvese la reacción de este informante —hombre, clase alta, 75 años— cuando la entrevistadora introduce el tema del gallego:

- E. Humh. Y aparte del deporte que puede estar ahí en el fútbol, pues el origen de la rivalidad entre Vigo La Coruña, también La Coruña, en comparación con otras ciudades de Galicia, también se la acusa de que no se habla nunca gallego, ¿cree que es cierto que siempre se... hablamos castellano?
- H. (2) Mira, si me haces preguntas de tipo, tipo poli... Yo soy del Bierzo =
- E. Humh
- H. = entonces no sé. Pero, todo lo que hables de tipo político o tipo es-, yo, no me interesa, estoy, estoy separado de eso. Luego si me dices lo del gallego, a mí de..., lo que se refiere a las..., autonomías se llaman ahora, o re-=
- E. Humh
- H. = yo le llamaba regiones, lo que se llamaba región gallega, ahora resulta que es la..., ¿qué, cómo se dice?, la auto-, ¿autonomía o cómo se dice? (H, A, 60-).

Es evidente que al entrevistado le molestó especialmente esta pregunta. En momentos así es fundamental la actitud que posteriormente muestre el entrevistador, la reacción debe ser inmediata (formular la pregunta de otra manera, dejar a un lado este tema, introducir uno nuevo...) ya que de lo contrario, si se mantiene el clima de tensión actual, la continuación de la entrevista corre peligro.

I. CORPUS DE LENGUA HABLADA EN LA CIUDAD DE A CORUÑA:
EL ROL DEL ENTREVISTADOR EN LA CONVERSACIÓN SEMIDIRIGIDA

guir testimonios de habla vernácula. En la siguiente definición de entrevista, Milroy (1987b: 41) hace referencia a los aspectos esenciales de este tipo de interacción:

An interview in western society is a clearly defined and quite common speech event to which a formal speech style is appropriate. It generally involves dyadic interaction between strangers, with the roles of the two participants being quite clearly defined. Turn-taking rights are not equally distributed as they are in conversational interaction between peers. Rather, one participant (the interviewer) controls the discourse in the sense of both selecting topics and choosing the form of questions. The interviewee on the other hand, by agreeing to be interviewed, has contracted to answer these questions co-operatively.

Acto de habla con normas claramente definidas, estilo formal, interacción diádica entre desconocidos con papeles discursivos perfectamente delimitados, toma de turnos preestablecida...¹⁰ Todos estos rasgos definitorios de la entrevista dejan entrever las dificultades de arrancar de los hablantes muestras de habla vernácula a través de este método.

En general, e intentando sintetizar las características de la entrevista esbozadas más arriba, podemos decir que el rasgo esencial del estilo de entrevista es la formalidad, formalidad que viene dada por la rigidez del marco, porque la interacción se produce entre desconocidos, etc., y formalidad que es la causante del alejamiento de lo vernáculo. De lo que se trata es, pues, de ver si existe algún modo mediante el cual esa formalidad se pueda diluir. Ciertamente, como acabamos de ver, se han propuesto diversas técnicas de las que puede echar mano el entrevistador para conseguir muestras de habla espontáneas. Sin embargo, no todos los investigadores parecen estar de acuerdo sobre su eficacia; por ejemplo, para Wolfson (1976: 196) los resultados que se obtienen cuando se intenta pasar de una entrevista formal a una espontánea son peores:

The subject is frequently quite mystified about why a total stranger, armed with a tape recorder, should want to engage him in conversation. He feels that something is very wrong and he is correct; the rules have been broken and he has no idea what his role should be. Reactions to this sort of interviewing vary, but there is ample proof in my data that people feel very uncomfortable when placed in such situation.

Nuestra experiencia nos lleva a disentir de Wolfson, pues no es frecuente que los hablantes se sientan incómodos ante los intentos que muestra el entrevistador de romper ese clima de formalidad. En los casos en los que se daban evidentes muestras de algún tipo de desorientación, éstas se produjeron siempre al principio de la entrevista y fueron desapareciendo conforme iba avanzando. Veamos uno de estos casos:

¹⁰A propósito de los papeles que desempeñan entrevistador y entrevistado, señala Wolfson (1976: 190): "The native speakers of English are quite aware of the rule which gives one of the participants in the interview event the unilateral right to ask questions and the other(s) the obligation to answer them. The distribution of power between the participants is thus clearly delimited and accepted as part of the speech event".

- (3)
- H. Entonces, eh... hace setenta y cinco años, pues... yo salí del pueblo en realidad a los diez años. A los diez años fui a estudiar el Bachiller a Ponferrada =
- E. Sí
- H. = de Ponferrada... me fui a... Hombre en Ponferrada... cuando tenía doce años tuve una novia =
- E. Ah
- H. = entonces nos... nos separaron dramáticamente =
- E. Ya [risa]
- H. = a mí me mandaron a, interno a los Agustinos, al colegio de los Agustinos de León, entonces terminé el Bachiller a los quince años=
- E. Humh
- H. = ¿*Esto te vale o no te vale?*
- E. *Sí sí sí, no no pero es que... es que no tengo ningún tipo de pregunta establecido, usted cuente pues lo que... quiera.*
- H. *Pero es que yo no sé lo que quieres que te cuente, puedo contar mi vida o te puedo contar {o te puedo contar}*
- E. *{Sí, no, pero cuénteme} su vida*
- H. o te puedo contar el Quijote.
- E. No, no, sí cuénteme su vida, es perfecto, o sea si no...
- H. Si eso te vale...
- E. No, no. Me vale cualquier cosa, de verdad que sí, no se preocupe (A, 60-, H).

Llegado un momento, este hablante piensa que la respuesta que está dando ofrece demasiados detalles que puede que no sean del interés de la entrevistadora. Es consciente de que en situación de entrevista existen unas preguntas que es obligatorio realizar y el detenerse demasiado en una de las respuestas puede perjudicar el curso de la entrevista. Probablemente al no sentirse interrogado, duda de la conveniencia de lo que está diciendo. De hecho, este hablante nada más comenzar el encuentro había hecho el siguiente comentario¹¹:

- (4)
- E. (2) Sí sí. ¿Y por qué motivos se trasladó a La Coruña, o... o, o hasta qué edad estuvo allí en el...?
- H. *Ten en cuenta, ¿no me vas a preguntar la edad más tarde?*
- E. ¿Eh? ¿La edad? [risa]
- H. *¿Por la edad no me vas a preguntar? Porque eso tendrá que ser con arreglo a una edad también, para... para vuestros trabajos.*
- E. Bueno sí, también.
- H. *Pues yo tengo setenta y cinco años* (A, 60-, H).

¹¹ El entrevistador tiene 75 años y la entrevistadora 26, además el entrevistado tiene un nivel cultural alto, y pertenece a una clase social alta. Se trata de un caso similar al que presenta Wolfson (1976: 197-198) entre un hombre de negocios del ramo de la hostelería y una estudiante (entrevistadora). Según Milroy (1987b: 47), "if the interviewed perceives himself/herself as being of higher status than the interviewer, s/he might also perceive an allocation of discourse roles which assigns the role of questioner to the lower-status participant as strikingly inappropriate".

En cualquier caso, se trata únicamente de unos minutos de vacilación que no influyen en la calidad de la entrevista obtenida.

El que sea difícil que el hablante olvide que está en situación de entrevista y que tiene ante sí una grabadora no ha de interpretarse como un motivo que nos lleve a desecher este método de investigación o sospechar de sus resultados. Comentarios como el que presentamos a continuación se producen con bastante frecuencia:

- (5)
- H. Después los fines de semana, normalmente los viernes... pues...
- H2. [se abre una puerta] Hola, buenos días.
- E. {Hola}
- H. {Hola}
- H2. Juan, entonces (toes) tu... quedas con Santiago oíste por la tarde, ¿no?
- H. Sí.
- H2. Por si él sale, que te diga a dónde va y eso.
- H. Bueno bueno.
- H3. [Entrando] Hola, ¿qué hay?
- E. {Hola}
- H. {¿Qué hay?}
- H2. Tú vas a estar, {¿no?}
- H3. {Juan}
- H. ¿Qué?
- H3. Guardar, el atlas de El País, eh.
- H. Ya ya ya.
- H2. Bueno, hasta luego.
- E. Hasta luego (3).
- H. [Con una voz muy baja] ¿*Esto vale también?*
- E. Sí, sí, vale. Y después, o sea me dices que...
- H. Y después pues los viernes, lo que hacíamos era... (A, -25, H).

El hablante, dada la idea de entrevista que tiene, piensa que una interrupción de este tipo tendrá algún efecto negativo sobre el resultado del encuentro. En un primer momento, es posible que le extrañe que el entrevistador la considere normal. Sin embargo, en buena parte de los casos analizados hemos visto que, tras observar un comportamiento natural por parte del entrevistador ante una interrupción, el hablante se muestra más despreocupado en el caso de que se repita.

En el fragmento que a continuación presentamos se observa cómo la entrevistada en un primer momento reacciona de manera natural ante la interrupción de su hija, sólo después de llevar hablando un rato la advierte de la presencia de una grabadora:

- (6)
- E. Ya. Mira, ¿y cuánto... cuánto tiempo hace que sacaste el carnet (carné)?
- H. El de conducir, muchos años, a los dieciocho años, pues fíjate, en el sesenta y ocho, pues veinticuatro, {¿no?}

- E. {Sí}
- H. Yo saqué... el carnet (carné) de conducir lo saqué porque mi padre me obligó, yo no quería. A mí me daba muchísimo miedo conducir y no me apetecía nada. Entonces, en mi casa había un coche, que había sido de mi madre, y que no... no habían vendido, que lo tenía allí... entonces, mi padre decidió... mi padre era así muy...
- H2. Mamá, una cosa, ¿existen las interordinadas compuestas?
- H. Las interordi... si... si... si ¿qué me dices? =
- H2. Si existen, por ejemplo...
- H. = compuestas pueden ser...
- H2. No, por ejemplo, "Tenía una mente tan clara y... era tan brillante que... tirirí", ¿eso qué sería?
- H. A ver, ¿cómo es? Eso es una... es una consecutiva.
- H2. Ya, pero hay un y en medio y después hay un *que*.
- H. Tenía una mente tan brillante...
- H2. ... y —yo qué sé— y era tan rápido que...
- H. Hija, pero es que lo... se... se juntan dos coordinadas y a su vez esa coordinada tiene una consecutiva.
- H2. ¿Y entonces, cómo pongo?, una coordi...
- H. Que hay como una... hay como macroproposición que {es la coordinada}
- H. {Es que el *que* es} de los dos.
- H. No, hay como una... *pero estamos con la cinta, ¿eh?*
- E. *Es igual, es igual.*
- H. Hay como... hay como una macroproposición, ¿no Mari?, tú sabes más de esto ahora, hay como una macroproposición, {¿no?} =
- E. {Humh}
- H. = que es... es la coordinada y dentro de la segunda proposición coorde... coordinada, está interordinada con la consecutiva.
- E. Yo creo que sí.
- H. ¿Entiendes?, hay una P1 y una P2, y entre P1 y P2.
- E. Hay una de coordinación
- H. Hay una coordinación, y entre una P que contiene a P1 y a P2... no
- H2. Me lo explicas después
- H. *Después te lo explico. No sé de qué estábamos hablando, me cortó*
- E. Sí, de... de que tu padre te obligó a sacar el carnet...
- H. Ah, sí. Entonces mi padre tenía una mentalidad como... umm... muy... la palabra podría ser feminista para aquella época (A, 41-59, M).

Lo que se puede apreciar es que no todos los hablantes muestran la misma disposición para retomar el hilo del discurso, pero, en última instancia, debe ser el entrevistador el que facilite esa vuelta. En realidad, es difícil que el hablante olvide la presencia de la grabadora. Los testimonios del corpus evidencian que, aunque una interrupción se produzca hacia el final, cuando el habla del entrevistado es mucho más distendida, siempre se hará alguna referencia al magnetófono. Lo que sí es cierto es que, independientemente de que un hablante sea consciente o no de que está siendo grabado, la idea que tiene de la estructura de un encuentro se va diluyendo hacia el final, y, salvo rarísimas excepciones, los intentos del entrevistador de lograr estilo espontáneo no han sorprendido.

No obstante, pensamos que el debate sobre la espontaneidad o no de las entrevistas ya está superado; no creemos que compense gastar más energías defendiendo la eficacia de este método, que como cualquier otro método de investigación tiene algunos defectos de sobra conocidos¹². Aun así, hemos de decir que la experiencia nos ha mostrado que en el corpus de lengua hablada de la ciudad de A Coruña se han obtenido muestras de habla —repárese en que hablamos de muestras de habla y no de entrevistas— que nos atrevemos a decir que se podrían recoger en cualquier conversación ordinaria.

El entrevistador puede recurrir a diversas técnicas de eficacia demostrada para obtener muestras de habla vernácula y afrontar así el problema de la “paradoja del observador”¹³. Conseguir que se diluya el clima de formalidad que rodea a una entrevista depende, pues, en buena medida de la habilidad que muestre el entrevistador. Éste desempeña, sin duda, un papel muy importante, por esto dedicaremos el siguiente apartado a presentar determinados aspectos de su labor en este tipo de encuentro.

1.5. EL ENTREVISTADOR EN LA CONVERSACIÓN SEMIDIRIGIDA

El entrevistador aparece como un coparticipante en la construcción del discurso. Es el que controla el desarrollo de la interacción, y está, como señala Briggs (1986: 28), sometido a “conflicting pressures; she or he expects to be able to keep the interaction within the confines of the interview”.

La labor del entrevistador no se limita al momento de realizar la entrevista. Generalmente antes de empezar a entrevistar a un determinado individuo, y sabiendo a qué grupo de edad pertenece, su sexo, la clase social y el nivel cultural, procura, si es posible, averiguar otros datos referentes a su carácter, sus experiencias, etc. Por tanto, y esto es

¹² Con respecto a las diferencias existentes entre la conversación espontánea y la “condicionada”, dice Vigara Tauste (1992: 15): “El grado mayor de realización coloquial tiene lugar, sin duda, en lo que llamamos conversación cotidiana (sea “charla”, “palique”, “cháchara”, o “parloteo”): espontánea e irreflexiva, en la que emisor y receptor son interlocutores activos (y alternantes, al menos potencialmente) que cuentan mutuamente el uno con el otro, y cuyo mensaje es codificado, alterado o completado (es decir, “actualizado”: “hecho actual”) en virtud del contexto inmediato; lógicamente, no suele haber en los hablantes atención lingüística consciente o voluntad de estilo (comunicación literaria), ni una intención pedagógica marcada (sermón, conferencia, clase), ni una formalización lingüística previa del tema que se trata, ni trascendencia, ni deseo de automarginación (jergas), etc. Sin embargo, cuando en una situación comunicativa se introducen variables de importancia, el grado de realización o plenitud se modifica: siempre es menor”.

¹³ Así explica Labov (1972: 209) la *Paradoja del Observador*: “The aim of linguistic research in the community must be to find out how people talk when they are not being systematically observed; yet we can only obtain these data by systematic observation. The problem is of course not insoluble: we must either find ways of supplementing the formal interviews with other data, or change the structure of the interview situation by one means or another”.

algo general para todo tipo de entrevistas, en el momento de tomar contacto con el individuo ya existe un trabajo de fondo, de ahí que se tenga una idea aproximada sobre qué tipo de cuestiones son las que pueden proporcionar mejores resultados. Una vez comenzada la entrevista, los esfuerzos del entrevistador se concentran en intentar que la “conversación” transcurra con cierta fluidez; debe estar en todo momento pendiente de su desarrollo, evitando los violentos silencios y los cambios bruscos de tema, proponiendo sucesivos tópicos (siempre de una manera no forzada), etc. Sobre las actividades que caracterizan la participación del entrevistador en el encuentro, López Morales (1994: 77) señala que, aunque debe ser activa, con el objeto de que “no decaiga el interés de su informante (sobre todo cuando éste no es de los mejores)”, “su actividad debe circunscribirse, en la medida de lo posible, a gestos (sonrisas, asentimientos de cabeza, etc.), a brevísimos comentarios de refuerzo y a realizar preguntas subsidiarias cuando sean necesarias”. En efecto, estos son los rasgos que definen su actuación, de ahí la importancia y alta frecuencia de los marcadores de recepción en este tipo de interacción. Pensemos que los roles interaccionales son bastante estrictos: uno de los participantes habla mientras que el otro escucha, el entrevistador pone las preguntas y el entrevistado responde. La participación del entrevistador es activa en cuanto a que se dirige a mantener el flujo conversacional¹⁴. No le corresponde al entrevistador comentar las ideas expuestas del entrevistado, mostrar su desacuerdo en un determinado punto y explicar las razones de su discrepancia, etc. A pesar de que la calidad de una entrevista depende en buena medida de los parlamentos del entrevistado, esto no significa que no interesen las intervenciones del entrevistador, pues, en última instancia en él recae gran parte de la responsabilidad de la obtención de una buena entrevista.

La posibilidad de introducir en situación de entrevista casi cualquier pregunta, al suponerse que una vez que un individuo accede a ser entrevistado tendrá una buena disposición para responder a un amplio abanico de cuestiones¹⁵, es una de las ventajas con las que cuenta el entrevistador. De ahí que siempre sea preferible que el contacto se produzca entre desconocidos, porque de esta manera aumenta el número de preguntas que se pueden realizar. No obstante, conseguir muestras de habla espontánea en un escenario en el que dos o más extraños entablan una conversación, no es una tarea sencilla. Reducir el

¹⁴ Labov (1972: 88, n. 5) indica que “the interviewer is not a passive agent [...]. By his participation in the developing informality, he can help casual speech to emerge. At the termination of the interview, he can also terminate his role as interviewer, and behave like any other tired, hot, or sleepy employee who has now finished his job and is free to be himself”.

¹⁵ A veces después de realizar una entrevista, cuando ya se ha dejado de grabar, el entrevistado pregunta la razón por la que en un momento dado se introdujo un determinado tema. Por ejemplo, al finalizar una de las entrevistas, la informante dijo que cuando se había introducido el tema de los sueños (tema con el que no surgen habitualmente problemas y que, por consiguiente, nos proporciona resultados satisfactorios) se había sentido “psicoanalizada” y que, aunque no había dejado de responder a la pregunta, la situación le había resultado muy violenta. Por supuesto, a pesar de que no se negó a contestar, su respuesta no fue tan fluida como las que dieron otros entrevistados.

1. CORPUS DE LENGUA HABLADA EN LA CIUDAD DE A CORUÑA:
EL ROL DEL ENTREVISTADOR EN LA CONVERSACIÓN SEMIDIRIGIDA

grado de formalidad de este tipo de encuentro es el objetivo central de las técnicas que debe dominar el entrevistador.

Para conseguir muestras de habla vernácula y lograr que el hablante se olvide de que está siendo grabado, el investigador tiene que cuidar determinados aspectos de su conducta, unos de carácter esencialmente lingüístico y otros de carácter extralingüístico. Los primeros, tienen que ver con el modo de expresión y la temática de las cuestiones que realiza¹⁶. Los segundos, se refieren, por un lado, a la presentación del entrevistador y, por otro, a los gestos y movimientos que adopta.

1.5.1. Cómo y de qué hablar

Dentro de los aspectos lingüísticos, nos referiremos, en primer lugar, a aspectos de carácter formal, relacionados con el modo de expresión, y, en segundo, lugar, al contenido de las preguntas realizadas. El lenguaje utilizado por el entrevistador debe ser lo más sencillo posible. El empleo de palabras y expresiones poco comunes, abundantes cultismos, construcciones retorcidas, etc., podría llevar al entrevistado a identificarlo como un individuo de nivel cultural medio-alto¹⁷. Esta asociación es la responsable, en muchos casos, de que se consigan muestras de habla artificiales, porque el entrevistado se esfuerza en utilizar un estilo que poco o nada tiene que ver con el que emplea normalmente. Por consiguiente, su habla fluye con lentitud debido a que piensa bien lo que va a decir a continuación: intenta construir sus enunciados con corrección, procura buscar aquellos términos que considera más cultos, se preocupa por evitar las repeticiones, el empleo de muletillas, las palabras baúl... Esto es especialmente importante cuando se trata de informantes que tienen un nivel de estudios medio-bajo. De ahí la necesidad de cuidar de manera especial tanto la terminología, como las construcciones empleadas en las preguntas.

Como señalábamos más arriba, entablar una conversación de hasta cuarenta y cinco minutos con un hablante desconocido no es una tarea sencilla, no resulta fácil saber qué tipo de preguntas realizar. Los módulos conversacionales, esto es, núcleos temáticos constituidos por un grupo de cuestiones adaptadas a una determinada comunidad, facilitan en gran medida la tarea del entrevistador¹⁸. Para el corpus de A Coruña se elaboraron

¹⁶ A este respecto, Brenner (1981: 117) señala: "Questions may also involve cognitive problems for respondents, particularly in terms of question wording and frame of reference of questions. It is known that the use of leading words, of technical or uncommon terms, or of ambiguous or vague words or phrases may lead to bias [...] Given the possible, and frequently unavoidable, ambiguity of ordinary language expressions, questions may, and often do, involve a cognitive dilemma. On the one hand, the researcher has to try to make sure that questions can be easily comprehended by everyone in the respondent population; this necessitates wording questions in simple terms. On the other hand, it is known that it is the use of simple, everyday language which prevents precise communication about issues".

¹⁷ En el caso de Galicia, es importante que el entrevistador utilice los tiempos verbales típicos de esta zona, esto es, los tiempos simples.

¹⁸ Para la elaboración de los módulos nos hemos basado en las investigaciones de Labov. Cf. especialmente Labov (1984).

veinticinco módulos conversacionales sobre diferentes temas: demografía, lengua, razas, sueños, escuela, familia, inseguridad ciudadana, deportes, pandillas y grupos, juegos, tabaco, peligro de muerte, matrimonio, cambios en la ciudad, etc. Normalmente tienen una estructura jerárquica (van de preguntas de carácter general a otras de carácter más específico). Estos módulos se combinan dentro de redes conversacionales, es decir, las preguntas finales de un módulo están elaboradas de manera que se pueda enlazar con otros: del de la demografía se puede pasar al de la familia, del de la familia al de la escuela, de ahí al de pandillas y grupos, de éste al de citas o ligues... La red es una guía para que el entrevistador construya una conversación simulada que siga unos principios bastante similares a las conversaciones de cada día¹⁹.

La existencia de estos módulos no implica que el entrevistador deba ceñirse estrictamente a los cuestionarios preparados. Por el contrario, el investigador tiene libertad para preguntar sobre cualquier tema a propósito del cual el entrevistado demuestre cierto interés. Así, dependiendo del hilo que tome la conversación, puede modificar la encuesta, aunque no en lo sustancial. Por ejemplo, si un individuo parece tener poco interés por un tema o se muestra reacio a responder a determinadas preguntas, inmediatamente ha de modificarse el orden de temas en aras del mejor aprovechamiento de recogida de buenas respuestas para formar el corpus. López Morales (1994: 78) habla de “varias de las posibilidades de extender la entrevista sin tener que acudir a temas totalmente nuevos”:

La técnica *amplificatoria* puede dar resultados excelentes cuando el sujeto no sólo está muy interesado en el tema sino que sabe mucho sobre el mismo. Consiste en insistir sobre algún aspecto presentado “de pasada” en la exposición [...]. También puede emplearse la técnica *relacionante* en la cual, una vez agotado el tema, se procede a dirigir la entrevista sobre puntos circunvecinos.

Encontramos en nuestro corpus no pocos testimonios que reflejan la utilización de estas dos técnicas con resultados excelentes; como muestra presentamos a continuación dos ejemplos. En el primero, el entrevistador echa mano de la técnica *amplificatoria*. Del tema de la lengua se había pasado al de los sueños y de éste al de la obsesión que puede producir el pensar mucho en algo. El entrevistado, al enumerar aquello que en algún momento lo había obsesionado, menciona de pasada la informática. Posteriormente, la entrevistadora, conociendo la afición del entrevistado por la informática, vuelve al tema.

(7)

- E. Sí, o o o por ejemplo, estás leyendo en inglés durante una temporada y hasta sueñas en inglés [risas].
- H. Sí, pero bueno, tienes, tienes... bueno, a mí me pasa también, estás oyendo ... la ópera Carmen, que es en francés y empiezas a hacer gorgoritos, ¿no? [risas E, H] Pero... porque te queda el cerebro así un poco... ehh, como resonando, ¿no?, con la... Le estás machacando con algún tema, y te queda... pues yo sé que a lo mejor

¹⁹ Con respecto a los tópicos que se desarrollan en los módulos, señala Silva Corvalán (1989: 33) que “algunos son universales, otros específicos a una comunidad”.

estoy estudiando así, eh, Física un poco... fórmulas, ecuaciones de estas, equis equis, y prima, tal tal; y en ese momento, eh, me cortan, y y voy a pedir un vaso de agua o tal, y a lo mejor te digo: "Equis prima, zeta", porque... queda como un eco en el cerebro, ¿no?, tienes que, eh, parar un momento y, y dejarlo descansar. O haciendo, informática, estás escribiendo un montón de instrucciones raras: eco, pause, no sé qué, tal, y... sales a tomar cualquier cosa, o a relajarte, y se te van las palabras. Lo... lo dices, como si hubieses estado [...]

E. *Tú decías antes de del ordenador, ¿te costó mucho, a ti, meterte en la informática?*

H. Ah, no.

E. ¿No?

H. Es eh (6) me gusta porque (4) te revela un poco tu forma de pensar. Bueno, a mí siempre me gustó pensar, ¿no? Pe... no profundamente, pero... eh, sí escalonadamente. Me encanta, si si puedo hacerlo bien, ¿no? Si no... ya no disfruto tanto, pero... es como la persona que siente pasión por las novelas policíacas o una cosa así, pues, eh, cuando estás hablando de cualquier cosa siempre te gusta empezar a argumentar y, "Y si fuera así, entonces pasaría esto otro, y si fuera de esta manera entonces pasaría lo de más allá", y siempre intentando sacar eh, consecuencias, ¿no?, poniendo, la, la tesis, y después viendo haber hacia dónde van las cosas. Y con el ordenador ocurre eso, pero es que lo ves. Y además el ordenador es... es frío y eficaz. O sea, tú cometes un error y te lo... te lo va arrastrando, entonces, tiene su lógica que se hace simpática, llega un momento, no entiende las cosas como... en lenguaje vulgar, o sea, nosotros cuando... hablamos sin demasiada... concentración o tal, pues, sobrentendemos muchas cosas, muchas ideas. Y el ordenador no, el ordenador, no sobrentiende nada [risas]. A veces hay, creo que hay un juego, que lo hacen los niños, ¿no?, decir: "Bueno, tú haces ahora como un robot y yo te digo, lo que tienes que hacer", entonces, "Camina hacia delante", "Ahora, coge ese objeto", y el otro sigue caminando, "Es que no me has dicho que me pare", "Claro, es verdad, te tengo que decir que te pares, es lógico" [risas E, H, H1]. Entonces, el eh, tú vas buscando la interpretación exacta de lo que el otro te está diciendo, y no le sobrentiendes nada, y ahí está el juego, ¿no?. Entonces se dan situaciones muy cómicas, de paradojas y tal, por, eso. Y el ordenador te proporciona todo eso y más en nada. A mí una de las primeras sorpresas que me dio [...] (A, 26-40, H).

Este segundo ejemplo ilustra el empleo de la técnica relacionante. Agotado el tema de la adopción se pasa al de la raza, como punto de transición, la adopción de niños de otra raza:

(8)

E. *¿Y conoces a alguien que haya adoptado...?*

H. Yo tengo una prima, que tiene dos... dos hijos adoptados, y les han dado muchísimos problemas [...]

E. *Y a un niño de otra raza, por ejemplo, ¿conoces a alguien que lo haya adoptado?*

H. No, yo que haya adoptado así a un niño... bueno, conozco a... a los de la tele, ¿no?, a... a la mujer de Woody Allen... a Mía Farrow, por ejemplo. Pero así que haya adoptado a un niño de otra raza, no. Y a mí realmente, aunque no soy racista, no me haría ilusión ninguna.

- E. ¿Por qué, por ejem...?
- H. Pues porque yo creo que un niño negro, imagínate, en esta sociedad, sufre; aunque tú le digas que... aunque tú... tú le inculques ideas no racistas, pues la sociedad es racista...
- E. ¿Tú crees que La Coruña es racista?
- H. Ay, yo creo que sí. Yo creo que es... racista y, de hecho, fíjate, en un Instituto en... en el COU de este año hay una chica, que yo nunca me había dado cuenta de que era negra, ¿no?, pero no me había dado cuenta nunca, porque es una niña... muy morenita, pero yo no tenía conciencia de que era negra, tiene el pelo rizado y los labios un poco abultados [...] (A, 41-59, M).

No es posible contar siempre con un módulo que se pueda adaptar a los diferentes temas que surgen a raíz de la respuesta a una determinada pregunta. De cualquier forma, debemos pensar que los módulos conversacionales constituyen únicamente un apoyo para que el entrevistador prepare su entrevista que variará dependiendo de las condiciones del entrevistado (edad, sexo, estado civil, nivel cultural...). En suma, entrevistar no es adaptar al entrevistado a unos módulos, sino poner unos módulos al servicio del entrevistado. De ahí que si un módulo diseñado, en principio, para la obtención de buenas respuestas no demuestra en la práctica excesiva rentabilidad, lo mejor es prescindir de él. Así, por ejemplo, a pesar de la recomendación de Labov (1984) de introducir en situación de entrevista el tema del peligro de muerte, porque si el informante contesta de manera afirmativa a esta pregunta, al revivir ese momento crítico, suele sumergirse de tal modo en su relato que olvida que está siendo grabado, en el corpus de A Coruña se ha decidido “ponerlo en cuarentena” y sólo utilizarlo en aquellos casos en que su pertinencia en relación con el desarrollo temático de la conversación esté clara. Ciertamente, han sido muy pocos los entrevistados que se han encontrado en peligro de muerte, es más, responder a una pregunta de este tipo para muchos resulta embarazoso y cualquier cambio de tema que se haga puede resultar algo brusco, ya que se trata de un módulo con el que no resulta fácil enlazar (en algunos casos se enlazó con el del temor a la muerte). Obsérvese en (9) las dificultades de la entrevistadora para salir de este tema, tras obtener una respuesta negativa por parte de la entrevistada:

- (9)
- E. ¿Y, por ejemplo, tú le tienes miedo a la muerte?
- H. Hombre, yo no suelo pensar en ella ¿no? [...]. Me horrorizaba, y siempre, como mi pa-, mi padre había hecho la guerra, pues me pasaba la vida preguntándole: “Papá, ¿verdad que no va a haber otra guerra?, ¿verdad (verdá) que tú no vas a tener que ir a otra guerra?”. Y eso sí que me, me preocupaba horrores, fíjate, mucho más que, que morirme yo, que yo creo que lo veía muy lejano.
- E. Humh. *¿Y te encontraste alguna vez en peligro de muerte?*
- H. *No, yo no, así sensación de muerte no tuve nunca, nunca, así..., no, nunca tuve. Hombre, tuve accidentes de coche pero pequeñitos, pero así tener sensación de que me moría, nunca.*
- E. Umm, ¿qué...? o sea, cho- o sea, ¿tuviste choques así...?
- H. Sí, pero pequeños, además no me di cuenta, o sea, cuando me di cuenta, ya había chocado, ¿no?

1. CORPUS DE LENGUA HABLADA EN LA CIUDAD DE A CORUÑA:
EL ROL DEL ENTREVISTADOR EN LA CONVERSACIÓN SEMIDIRIGIDA

- E. Sí.
H. [...] *Pero así un, una sensación así de peligro de muerte...* Me pasa ahora, ahora es cuando por la noche, yo... no sé, debo tener una bronquitis o algo así, y por la noche me da la sensación de que me ahogo, siempre pienso, “Me voy a morir”, pero me vuelvo a dormir. O sea, que debe de ser así en el duermevela, un momento determinado, tengo la sensación de ¡ah! =
E. Sí.
H. = como si me fuese a morir de un momento a otro, pero no es sensación así de =
E. Humh.
H. = de peligro de muerte, ¿no?, no. Y además, yo para eso soy un poco caguetas [risas].
E. *Ya. Mira ¿y cuánto, cuánto tiempo hace que sacaste el carnet (carné)?* (A, 41-59, M).

Finalmente, la entrevistadora decide cambiar de tema, introduciendo una pregunta que guarda relación con algo mencionado anteriormente, los accidentes de coches. Una situación similar se produce en (10) y en (11):

- (10)
E. *¿Se encontró alguna vez en peligro de muerte?*
H. No.
E1. *No. ¿Ni un accidente así grave, ni nada?*
H. Nada, nada, a mí no me ha pasado nada (2,5). Bueno, la única vez, y eso sí, una apuesta, sí, que hice con unos compañeros de tomarme una botella de coñac (coñac), y de dos tragos la tomé; me quedaron tres o cuatro dedos en el fondo... Bah, y estuve pues sin conocimiento, yo qué sé, cuatro, cinco horas, y pude haberla diñado (diñado) =
E. Humh.
H. = porque muchos han muerto de eso (deso). Pero de otra cosa, no. Del, de, de un accidente, ni de caerme de un sitio, no (B, 60-, H).
(11)
E. [...] Y después, ya veo que en la mili no, *¿en otras situaciones te has encontrado realmente en peligro alguna vez?, ¿en peligro de muerte?, por decirlo de alguna manera.*
H. (6) No, yo creo que no (4). Umm... no, seguramente no.
E. *O sea que no has pasado nunca...* =
H. Conscientemente no, por lo menos ¿no?
E. = miedo, ¿no? *¿No has pasado (pasao) realmente miedo en este sentido?*
H. [Risa] Pues no, creo que no (M, 26-41, H).

Mientras que en (10), a pesar de que el entrevistado responde que nunca se encontró en peligro de muerte, acaba por referirse a una situación que entrañó cierto riesgo para su persona, en (11), en cambio, ni la excesiva insistencia de la entrevistadora sobre el tema consigue arrancar una respuesta de H.

1.5.2. Cómo comportarse

Nos ocuparemos en esta sección de dos aspectos que hemos observado tienen una especial importancia en el desarrollo de una entrevista: la presentación y los gestos y movimientos adoptados por el entrevistador. Por lo que se refiere al primero de estos aspectos, cabe decir que desde el momento en que el entrevistador contacta telefónicamente con el entrevistado, para saber si existe la posibilidad de concertar una cita, debe tener especial cuidado en su presentación, lo mismo sucede a la hora de llegar a su domicilio.

Para acceder a los entrevistados se recomienda establecer redes sociales que lleven de una persona a otra y que permitan al entrevistador presentarse como un amigo de un familiar, de otro amigo, etc. Así, según Milroy (1987a: 54), “my social role was definable in relation to the network, the role of researcher being secondary to the extent that it was often not mentioned in introductions”. El hecho de venir de parte de una persona conocida por el entrevistado facilita mucho la tarea al entrevistador; la casi totalidad de los contactos que se han realizado para el corpus de A Coruña se han producido de este modo. Esta circunstancia evita en gran manera el rechazo a ser entrevistado, porque al primer contacto del entrevistador le precede una llamada de otra persona, a través de la cual ya se sabe si es posible realizar la entrevista²⁰. De este modo, esos minutos tan difíciles que transcurren desde que el entrevistador llega al domicilio del entrevistado hasta el momento en que se empieza a grabar se suavizan, y en no pocas ocasiones se suele hablar del conocido común. Además, a veces el contacto permanece en el lugar de la entrevista y realiza algunas intervenciones²¹, facilitando de esta manera el giro hacia lo vernáculo, ya que el entrevistado prácticamente olvida que está siendo grabado. El siguiente fragmento da muestra de una de esas intervenciones (H1 es el contacto):

(12)

- E. ¿Cómo aceptáis al novio de una amiga vuestra en la pandilla? ¿lo aceptáis bien?
 H. [Suspiro] Depende. Nosotros tuvimos una amiga que empezó a salir con un chico y nunca más la volvimos a ver o sea...
 H1. No, no nos llamaba, o sea, increíble eh
 H. Horrible, o sea, empezó a salir con él y no sólo a salir con él y a y a evitarnos sino que encima, según decían yo no lo sé, encima nos ponía mal por ahí, decía que éramos [ruido con la boca] que sus amigos eran con mucha de mucha más clase y que nosotras que no, que prefería salir con ellos, y desde aquella o sea...
 H1. Y ni que descendiese de la pata del Cid, no es por nada [risas E y H]. ¡Ay hija!, no me digas, son unos marulos los otros, no es por nada.
 H. Bueno, ay hija no [risa E].

²⁰ Esto es especialmente importante en el caso de los informantes de avanzada edad, sobre todo cuando se trata de mujeres que viven solas.

²¹ Biber (1988) utiliza el término de audiencia (*audience*) para designar a los participantes secundarios. Nosotros preferimos el término de hablantes secundarios (en el corpus, H1, H2, etc.) porque, aunque sus intervenciones son muchas veces muy breves, en ocasiones participan activamente durante unos minutos.

1. CORPUS DE LENGUA HABLADA EN LA CIUDAD DE A CORUÑA:

EL ROL DEL ENTREVISTADOR EN LA CONVERSACIÓN SEMIDIRIGIDA

- H1. ¿¡Ah no!?
- H. No qué va era también encontrártela por la calle y ni saludarte o sea un gesto así pero nada, n
- H1. Estaba muy ocupada con el otro.
- H. Nunca volvimos a saber de ella.
- E. Ya.
- H1. Pero en general...
- H. En general bien luego, cada una tiene claro sus folloncitos y tal pero en general bien, o sea suelen salir con el novio por ahí (ahí) y quedamos luego o antes y siempre...
- H1. Siempre que no se crucen los novios
- E. Ya [risa].
- H. Eso ya son [risa] problemas mayores [risa].
- E. Cómo cómo que qué, cómo que se crucen [risa].
- H1. No o sea quiero decir, que siempre que no tengas tú un novio y otra venga y te lo quite hasta ahí sí, todo perfecto. En cuanto te lo quita la otra [risa H] ya nos vamos a los pelos.
- H. Eso te refieres al problema de este sábado [risas H, H1 y E]
- E. A ver ¿y eso os pasa o eso es secreto?
- H1. No no es secreto.
- H. No es ningún secreto.
- H1. Lo que pasa es que hay una niña que, hija, yo lo siento mucho por ti Laila, e... es o sea es encantadora, pero hija es una ninfómana y yo lo siento ¿eh? pero es... es...
- H. Eres una exagerada.
- H1. No, es encantadora cuando quiere pero hija el otro día se enrolló, bueno en día año en el día de año nuevo se enrolló con mi, y subrayo lo de mi, ex
- H. ¿Con tu ex?
- H1. Bueno con mi pero mi ex [risa E] ex eh... pero todavía no o sea, e... es hija seguimos siendo súper amigos y súper así hija de vez en cuando [...] (A, -25, H).

Y así, intentando solucionar sus problemas se enzarzan en una discusión que se prolonga durante varios minutos.

Tras las presentaciones iniciales, el entrevistador puede dedicar el tiempo de que dispone hasta el momento de empezar a grabar —tarea que no es aconsejable que se produzca inmediatamente después de llegar al lugar del encuentro— a explicar al hablante en qué va a consistir la entrevista, mostrarle cómo funciona la grabadora (al tiempo que se está preparando), enseñarle algunas de las preguntas que le va a formular para que vea que no entraña ninguna dificultad el responderlas, etc. Tanto esto último, como el decirles que su nombre va a permanecer en el anonimato son factores que tranquilizan mucho a la mayoría de los entrevistados. Obsérvese como en el siguiente ejemplo el informante, al caer en la cuenta de que acaba de mencionar el nombre de una calle y de que este dato puede dar pistas para su identificación, da muestras evidentes de preocupación:

(13)

- H. Yo tenía la consulta en la calle #nombre de una calle#. *Ah, bueno, eso no se puede decir porque entonces me localizan, le, le, le..., estoy diciendo quién soy, =*
- E. Bueno.
- H. = *y parece ser que es anónimo. Pero donde tenía yo la consulta, cerca había un ... barrio de los gitanos. Y entonces, me empezaban a ir gitanos [...]* (A, 60-, H).

Por lo que se refiere al segundo de los aspectos, mencionado más arriba y relacionado con la conducta del entrevistador, esto es, los gestos o movimientos adoptados, hemos constatado la existencia de toda una serie de detalles que a simple vista pueden parecer banales e intrascendentes, pero que el entrevistador debe cuidar en el curso de una entrevista. Por ejemplo, en algunos casos desviar la mirada del entrevistado, consultando el cuestionario o el reloj, puede producir cortes en la conversación y comentarios del tipo “¿voy bien?”, “ya es la hora, me estoy enrollando mucho”. De este modo, se interrumpe el discurso del entrevistado y, sólo a los entrevistados más locuaces, no les cuesta reanudar la conversación. Observemos este ejemplo:

(14)

- E. ¿Y tu película preferida?
- H. (4) Tengo varias, y a mí una que me había encantado de pequeñito era... eh, “La guerra de las galaxias”. Después una que me gustó así como película buena, una que se llamaba xxxx. Una historia así de un cura... de un cura que de repente va de viaje a una parroquia uno, así un tío como muy, porque era un cura muy acomodaticio, ¿no? Él daba la misa, vivía en una buena parroquia, vivía muy bien... y... el diácono este, el tipo este, en espera de que lo hicieran cura, bueno s... era una, como muy, una creencia muy vital, y muy... [*E mira hacia la grabadora*]. *Y eso es, y el conflicto que hay entre el curetas joven, y el otro. ¿Qué, falta mucho?*
- E. *No no.*
- H. *No no no no, digo sí...*
- E. *No no.*
- H. *Cuando quieras...*
- E. *No no, si ya {xxxx}*
- H. *{xxxx}*
- E. *Ehh, te iba a preguntar una cosa, ¿el cine español te gusta?* (A, -25, H).

1.6. REFLEXIÓN FINAL

A pesar de los problemas que presenta la entrevista o conversación semidirigida como método de investigación lingüístico, consideramos exageradas algunas críticas de las que ha sido objeto. El análisis detenido de la interacción que tiene lugar en este tipo de encuentros nos lleva si no a rechazar sí a reconsiderar, los defectos que se le han achacado. No nos parece rentable seguir cuestionando el grado de espontaneidad de las muestras de habla obtenidas. Como indica Narbona (1988: 92),

1. CORPUS DE LENGUA HABLADA EN LA CIUDAD DE A CORUÑA:

EL ROL DEL ENTREVISTADOR EN LA CONVERSACIÓN SEMIDIRIGIDA

es posible que haya que desestimar algo (o mucho) de lo grabado en algunos casos. La experiencia demuestra, sin embargo, que el recelo y la preocupación por esforzarse en hablar lo mejor posible apenas se produce en las capas inferiores; a lo sumo, puede ser aconsejable prescindir de los minutos iniciales, de tanteo, de la conversación, que enseguida comienza a discurrir con naturalidad y fluidez.

Por otra parte, pretender convertir una entrevista en una conversación ordinaria no tiene mucho sentido. Empeñarse en mostrar que en los datos obtenidos influyó mínimamente la presencia del entrevistador o de la grabadora no parece resultar muy productivo. Consideramos preferible, a la vista de la escasez de monografías sobre el tema, centrar nuestros esfuerzos en el estudio de los rasgos característicos de este tipo de interacción: cómo en ocasiones el entrevistado se dirige a la grabadora, cómo en otras rectifica su discurso al percatarse de que está siendo grabado, cómo no pocas veces se obtienen muestras excelentes de estilo espontáneo, etc. Utilizar un corpus de conversación semidirigida es tan lícito como utilizar un corpus de conversación espontánea, y si insistimos en compararlos es muy probable que, entretenidos en la búsqueda de las diferencias existentes entre ambos, no repararemos lo suficiente en la importancia de conocer las características del corpus del que se han extraído los datos. Cada tipo de interacción nos proporciona unos datos concretos²². Aislarlos del contexto en el que han tenido lugar supondría volver al punto de partida de la gran mayoría de las investigaciones lingüísticas herederas del estructuralismo y generativismo.

Aunque es cierto que parte de la responsabilidad de obtener el tan deseado giro hacia lo vernáculo recae en el entrevistador, no debemos olvidar que la obtención de una buena entrevista va a depender en última instancia del entrevistado. Señala Brenner (1981:26-27) que el papel del entrevistado es proporcionar respuestas adecuadas a las preguntas del entrevistador, pero, puesto que evidentemente no se le puede forzar a cumplir este cometido, la actitud que adoptará en el momento de ser entrevistado no se puede prever: el entrevistado puede decidir cooperar o no cooperar. En realidad, aunque el entrevistado demuestre una gran habilidad, si el hablante no se muestra cooperativo, los resultados de la entrevista no serán buenos. Podemos hablar, pues, de dos tipos de informantes: el informante cooperativo y el informante no cooperativo. Los hablantes cooperativos se esfuerzan por responder a todas las preguntas, incluso a aquellas que les pueden llegar a resultar violentas o absurdas, intentan evitar los silencios, buscan nuevos temas de conversación, en fin, facilitan en gran medida la labor al entrevistador. Así, es frecuente que al final de la entrevista hagan comentarios de este tipo: "Oye, lo de los sueños no sé a qué venía, yo respondí igual pero no entendí muy bien por qué me lo preguntabas", "Creo que muchas cosas de las que te he contado no te van a interesar, pero como me lo preguntaste", "¿Lo hice bien? Hablé todo lo que pude y al final ya no sabía qué decir, me

²² Briggs señala (1983: 237): "The importance of the particular social roles, the overall social situation, and the type of communicative event that pertain to a given interview is revealed in their joint role in defining norms of interaction. Such norms determine who can participate, what sorts of information can be conveyed, how much can be said, what linguistic forms can be used, and so forth".

pareció demasiado larga”, etc. Y si nos referimos explícitamente a este tipo de informantes se debe a que su actuación tiene especial importancia en nuestra investigación. Pensemos que cuanto más locuaces sean los informantes, más marcadores de recepción aparecerán en boca del entrevistador. La longitud de las intervenciones del informador influye sobre la producción de reguladores por parte del entrevistador: “plus l’informateur parle, plus l’intervieweur a à manifester son attention, l’encourageant de ce fait à continuer de s’exprimer” (cf. Laforest, 1992: 40). Por consiguiente, y teniendo en cuenta que las entrevistas seleccionadas fueron realizadas a informantes cooperativos y que la actuación del entrevistador ha sido bastante homogénea, podemos afirmar que este tipo de interacción ha resultado ser un terreno productivo para el inicio de una investigación sobre la actividad verbal del oyente. Basta con que reparemos en algunos de los fragmentos de conversación semidirigida que se han reproducido para darnos cuenta de que al entrevistador le corresponde la mayor parte del tiempo el papel de oyente. En síntesis, podemos decir que el interés que en nosotros ha despertado la actuación del entrevistador no se debe exclusivamente a la influencia que ésta pueda tener a la hora de conseguir habla espontánea, sino que se debe a que vamos a estudiar la figura del oyente, uno de los grandes olvidados del proceso de comunicación. Por tanto, hemos considerado necesario detenernos en algunos aspectos del comportamiento del entrevistador, puesto que es el autor de un buen número de los ejemplos que analizaremos. Parece bastante claro que el desenvolvimiento de un determinado papel en la interacción condicionará, en mayor o menor grado, su actividad verbal.

INTERJECCIONES Y MARCADORES DISCURSIVOS: DE LA GRAMÁTICA AL DISCURSO

2.1. INTRODUCCIÓN

El paso de la gramática al discurso supone ir de un terreno ya consolidado a otro en vías de consolidación. Como se sabe, la interjección constituye una materia que desde tiempos inmemoriales tiene generalmente reservado un lugar, aunque no muy destacado, dentro de la gramática de la lengua; en cambio, el estudio de los marcadores del discurso está vinculado principalmente al desarrollo de determinadas corrientes teórico-metodológicas surgidas en los últimos años, que tienen como objeto de estudio el texto, el discurso o la conversación. De todos modos, conviene advertir que la terminología nos puede conducir a engaño, y que en un primer momento podemos llegar a pensar que entre interjecciones y marcadores del discurso hay mucha más distancia de la realmente existente. La historia de estos dos fenómenos lingüísticos no es tan diferente como en un principio pudiera parecer, pues no es extraño encontrar referencias a expresiones que en la actualidad se incluyen dentro de los “marcadores del discurso” en el apartado correspondiente a la interjección. Además, a pesar de que no han sido objeto de un estudio pormenorizado, obviamente nuestros gramáticos tradicionales no ignoraban la existencia de estos elementos de enlace. Es importante notar que la presencia —por supuesto, no siempre obligada— de un apartado dedicado a la interjección en las gramáticas, frente a menciones esporádicas sobre determinados elementos de enlace, no trajo como consecuencia un tratamiento más serio y riguroso de la primera. En general, podemos decir que si algo tienen en común las interjecciones y los elementos que caen bajo la denominación de “marcadores del discurso” es el haber recibido un tratamiento deficiente y marginal dentro de la mayor parte de los tratados gramaticales. En otra ocasión, hemos tomado prestado de Alcina Franch & Blecua (1975) el adjetivo “residual” para referirnos a estos dos fenómenos lingüísticos, porque creemos que refleja muy bien la situación de estos elementos en nuestras gramáticas; son las partes o porciones que quedan del “pastel gramatical” que, por distintas razones, pocos se animan a tomar (*vid.* Vázquez Veiga 1999: 673).

Son muchas las características que comparten marcadores del discurso e interjecciones, y el hecho de que exista un alto grado de coincidencia entre los rasgos que definen a una categoría supuestamente gramatical y a otra pragmática ha hecho que en la descripción de ambos fenómenos aparezca vinculado su funcionamiento. Y es precisamente esta coincidencia lo que hace levantar ciertas sospechas porque, en ningún caso, parece conveniente identificar estas dos categorías. Además, también se discute a menudo la adecuación o no de considerar a las interjecciones “marcadores del discurso”. A pesar de que teóricamente se afirma que pueden funcionar como marcadores discursivos o conectores pragmáticos elementos pertenecientes a distintas categorías gramaticales, en la práctica, a la hora de estudiar la función conectiva de las interjecciones se muestran, como veremos, algunas reticencias. Por consiguiente, y a pesar de que las interjecciones comparten más características con los fenómenos típicamente discursivos que con los gramaticales, tampoco desde esta perspectiva parece haber acuerdo para integrarla dentro de sus límites. Sin duda, estamos ante una categoría marginal o periférica tanto de la gramática como del discurso.

Curiosamente, nos acercamos al estudio de la interjección con cierto escepticismo. No esperamos encontrar información reveladora, pero a la vez la escasa atención que se le dedica en los tratados generales de gramática despierta en nosotros cierta sospecha. A la vista de las pocas dificultades que tenemos para identificar aquellos elementos que caen bajo la imprecisa etiqueta de “interjección”, la insistencia de nuestras gramáticas sobre esta cuestión puede parecer innecesaria. Obviamente, resulta mucho más rentable centrar los esfuerzos en explicar, por ejemplo, lo que es un sujeto o un predicado; o lo que es un nombre, un verbo o un adverbio. Los anteriores son conceptos que necesariamente tendremos que dominar para analizar con éxito morfológica y sintácticamente una oración. A nadie se le ocurre proponer un texto para analizar que contenga una interjección. Teniendo ejemplos como el citado por López García (1994: 33-34), *El niño come manzanas*, quién puede tener la feliz idea de pensar en una secuencia—bastante habitual, por otra parte, en la conversación ordinaria—como: ¡Ah!, el eh... niño, ¡ojo!, come manzanas. A simple vista, parece bastante absurdo. Sin embargo, bastan unas horas de estudio y reflexión sobre este fenómeno lingüístico para ser conscientes de las dificultades que entraña su tratamiento, y para que empecemos a dudar sobre si determinados elementos son o no interjecciones. Quizá la Real Academia Española no fuese tan desencaminada, cuando en la edición de su gramática de 1771 dice: “Todo lo demas que se pudiera decir de la interjeccion sería más embarazoso que útil á los que pretendan saber la Gramática” (228)¹. Aunque los motivos por los que esta afirmación desaparece en sucesivas ediciones parecen bastante evidentes, creemos que en el fondo encierra una gran verdad. Es más, probablemente sería preferible decir de la interjección tan poco como decían las

¹A la vista de las líneas que a continuación reproducimos, tampoco Salvá (1988 [1930]: 291) consideraba necesario dedicar especial atención a este tema: “Sobre las interjecciones poco más hay que añadir. No sucede lo mismo respecto de las otras partículas indeclinables—se refiere al adverbio, preposición y conjunción—cuyos usos y significados expondré detenidamente en la parte que sigue”.

2. INTERJECCIONES Y MARCADORES DISCURSIVOS:
DE LA GRAMÁTICA AL DISCURSO

primeras ediciones de la gramática de la RAE, que incurrir en ciertas contradicciones que, como veremos, se producen en ediciones posteriores.

Paradójicamente, pues, bajo la aparente candidez de la interjección se ocultan algunos de los problemas que han preocupado desde siempre a los lingüistas. Así por ejemplo, el estudio de la interjección nos sumerge de lleno en la cuestión debatida desde antiguo del número de clases de palabras o de partes de la oración. Lenz (1935 [1920]: 35) hace ya algunos años hacía la siguiente reflexión: “Es, sin duda, una de las cuestiones fundamentales del estudio analítico del idioma averiguar cuántas clases de palabras hay. ¿Cómo es posible que hasta hoy no hay uniformidad de opiniones sobre tan importante materia?” Como vemos, en esta cita Lenz mostraba su extrañeza por el hecho de que en 1920 no hubiese acuerdo sobre el número de clases de palabras. Quizá se sorprendería si comprobase que en la actualidad, en el siglo XXI, los gramáticos aún no han logrado ponerse de acuerdo sobre “tan importante materia”. Del mismo modo que existen categorías cuyo establecimiento es escasamente discutido, también encontramos otras mucho más problemáticas, como la interjección. En este sentido Alcina Franch & Blecua (1975: 486) afirman:

A lo largo de la historia de la Gramática tradicional, conceptos como *sustantivo*, *adjetivo*, *verbo* y, de alguna manera, *adverbio*, han gozado de cierta fiabilidad y hoy mismo resulta incómodo prescindir de tales términos. Han sido, en cambio, constantes los titubeos y divergencias de unos gramáticos a otros, al hablar de *pronombre*, *artículo*, *preposición*, *conjunción* e *interjección*.

Con la interjección ha sucedido lo mismo que con otras categorías gramaticales. Presenta una serie de características que hacen que resulte muy difícil describirla adecuadamente, o dicho de otro modo, resulta prácticamente imposible ofrecer una descripción que se adecue a todos los casos, debido, entre otras cosas, a la heterogeneidad de los elementos que entran dentro de la etiqueta “interjección”. De ahí que normalmente se haya agrupado con otras categorías, cuya delimitación ha presentado también ciertos problemas. Resulta cuando menos sorprendente el hecho de que, por un lado, estemos como decía Sapir (1954 [1921]: 13), ante uno de “los elementos menos importantes del lenguaje”, y que, por otro, su estudio plantee tantos problemas². Precisamente, la combinación de ambos factores —poca importancia y dificultad de su tratamiento— explica en buena medida la escasa atención de la que han sido objeto. De ahí que siempre que en las gramáticas se les dedique un apartado se sitúe en posición final, posición por excelencia de los elementos periféricos³, marginales o residuales⁴, o si queremos, de aquellos elementos

² En este sentido García (1960: 75) afirma que “la interjección ha sido discutidísima. Hay quienes como el Brocense, la rechazan del análisis lingüístico por ser algo especial que no cabe dentro de los límites de la oración, y hay quienes la afirman como algo esencial al lenguaje. ¿Quién lleva la razón? Imitando a Bröndal, diremos: he aquí una tarea interesante, sin resolver aún”.

³ En estos términos se refiere Wilkins (1992: 119-120) al carácter periférico de las interjecciones: “It has been common to treat interjections as peripheral to the ‘real’ concerns of linguistics. Indeed, it has even been common to treat interjections as though they were outside of the concerns of linguistics altogether: placed so to speak, into a wastebasket labeled ‘paralinguistic phenomena’”.

con los que no se sabe muy bien qué hacer, pero que, por otra parte, no conviene obviar porque parece poco prudente excluirlos sin más de una gramática.

Si en el caso de la interjección no hay acuerdo sobre su estatus, tampoco lo hay en el caso de los marcadores del discurso. Desde nuestro punto de vista, se trata, sin duda, de una categoría pragmática, pues, como veremos, no tiene ningún sentido defender su consideración como categoría gramatical, pues llevaría a hacerle un hueco dentro de las tradicionalmente establecidas o a crear una nueva. Sin embargo, no todo el mundo comparte esta opinión. En cualquier caso, y de cara a decantarnos por alguna de estas opciones, resulta muy útil observar la situación de la interjección dentro de la gramática, ya que sus rasgos definitorios están próximos a los de los marcadores. Pero la investigación sobre marcadores del discurso no sólo tiene como asignatura pendiente la clarificación de su estatus, sino que ha de hacer frente a otro importante problema, que es intentar poner orden dentro de la maraña terminológica existente. Aquí hemos elegido la etiqueta “marcador del discurso”, porque generalmente tiene un carácter más abarcador, pero durante los últimos años se han acuñado otros muchos términos con un significado próximo. Así pues, en el momento presente, cualquier acercamiento al estudio de interjecciones y elementos de enlace ha de partir de unas consideraciones en torno a cómo se concibe el término que finalmente se seleccione para hacer referencia a estos últimos.

En este capítulo, nos centraremos en todas estas cuestiones a las que nos hemos referido. Como hemos señalado en la introducción, la mayor parte de este libro está dedicada a un tipo de interjecciones, pero su tratamiento nos ha llevado necesariamente a reservar un espacio para los marcadores del discurso, ya que se trata de dos fenómenos relacionados y, además, algunos de los elementos que aquí se estudian han sido considerados “marcadores del discurso”. De ahí que este capítulo esté concebido para tratar estos dos fenómenos, pero siempre dirigiendo nuestra mirada a aquellos aspectos que nos interesan para el estudio posterior; no sería muy pertinente dedicar una esmerada atención a marcadores de consecución, cuando de lo que vamos a hablar en los siguientes capítulos es básicamente de marcadores con función fática. Este capítulo consta de cuatro apartados, además de la introducción y de la reflexión final: los dos primeros, dedicados respectivamente a la interjección y los marcadores del discurso; los dos últimos, a un tratamiento conjunto de ambos fenómenos lingüísticos. Por lo que se refiere a la interjección, haremos un repaso histórico de las cuestiones que han centrado el debate sobre esta clase de palabras, pues pensamos que resulta necesario para una mejor comprensión de su naturaleza. Mostraremos la opinión de algunos gramáticos respecto a la consideración de la interjección como una clase de palabras (o parte de la oración) o como una oración (o un equivalente a una oración). Aquí ofreceremos argumentos para defender que se trata de una clase de palabras, pues, entre otros motivos, la ausencia de contenido proposicional parece restar peso a su consideración como oración. Pero aun en el caso de que admita-

⁴ Este es el calificativo que Alcina Franch & Blecua (1975: 817) aplican a interjecciones, conjunciones y preposiciones.

2. INTERJECCIONES Y MARCADORES DISCURSIVOS: DE LA GRAMÁTICA AL DISCURSO

mos que se trata de una clase de palabras, los problemas no desaparecen, ya que posee unas características que, al tiempo que la alejan del resto de las clases de palabras tradicionalmente establecidas, la aproximan a un tipo funcional de unidades que reciben el nombre de “marcadores del discurso”, “conectores pragmáticos”, etc. Veremos qué tienen en común y cuáles son sus diferencias, tras revisar algunos de los términos acuñados para nombrar a estos elementos de enlace. La especificación terminológica es un paso necesario porque, aunque en esta introducción hayamos utilizado las denominaciones de “marcadores discursivos” y “conectores pragmáticos” con un sentido idéntico, sin embargo, no siempre se hace así; antes bien, existe una amplia gama de términos para referirse a elementos de empleos discursivos próximos, cuando no idénticos. Veremos que las interjecciones también pueden establecer vínculos entre distintos tipos de unidades de la conversación, pero su modo de “vincular” es diferente del de otros elementos que entran en la nómina de los “marcadores del discurso”. Además, daremos cuenta de algunas de las transformaciones que sufren las interjecciones que pasan a funcionar como marcadores del discurso. En cualquier caso, y a pesar de los rasgos que tienen en común, es importante insistir en la no conveniencia de identificar ambos fenómenos, esto es, cualquier intento de asignar un estatus categorial a los marcadores del discurso ha de hacerse al margen de la interjección. Como mostraremos en el último apartado, la propuesta de Zwicky (1985) de dar a los marcadores del discurso el estatus de categoría gramatical no parece tener mucho sentido, pues parte de una identificación de ambos fenómenos. Más sentido parece tener la propuesta de Christidis (1990) de crear una nueva categoría de distintas características (la holofrase), aunque, como veremos, adolece de falta de precisión a la hora de establecer diferencias entre marcadores e interjecciones. Nosotros también defenderemos que los marcadores del discurso constituyen una categoría al margen de las categorías gramaticales, pero no de la gramática: una categoría pragmática. Revisaremos, finalmente, la posibilidad de excluir la interjección del conjunto de categorías gramaticales e incluirla dentro de las categorías pragmáticas.

2.2. LA INTERJECCIÓN: MÁS DE VEINTE SIGLOS DE CONTROVERSIA

Aun siendo conscientes de que el título de este apartado es en exceso abarcador, ya que no es nuestra intención hacer un repaso histórico tan minucioso —de hacerlo así constituiría por sí mismo el tema de este libro—, hemos decidido mantenerlo porque queremos poner de relieve el hecho de que, desde los griegos hasta nuestros días, la interjección no ha dejado de ser una fuente de discordia entre los gramáticos, los lingüistas, los filósofos, etc.⁵. El debate, dejando fuera la opinión de quienes juzgan que la interjección no debe ser considerada un fenómeno lingüístico⁶, se centra fundamentalmente en torno a estas dos cuestiones:

⁵ Rojas (1981) y Almela Pérez (1990) ofrecen un interesante repaso histórico sobre esta cuestión.

⁶ Sobre esta cuestión, *vid.* Almela Pérez (1990: 41-58).

a) ¿Se trata una parte de la oración o debe incluirse dentro de otra tradicionalmente aceptada?

b) ¿Constituye o es el equivalente a una oración?

Aunque en este apartado nos interesa sobre todo revisar estas dos posturas, no podemos dejar de mencionar que, además del conocido debate de si la interjección es una parte de la oración o constituye por sí misma una oración, paralelamente surge otro que tiene que ver, según señala Calero Vaquera (1986: 170-171)—refiriéndose a los gramáticos del periodo que va de 1847 a 1920 (de Bello a Lenz)—con la conveniencia de aplicar el término “palabra” para referirse a estos elementos:

Es conveniente señalar que un número no despreciable de los gramáticos de este periodo (tanto de un grupo como de otro⁷) muestran ciertas reservas en referirse a la interjección como una “palabra”, y prefieren denominarla con algunos de los siguientes términos: “voz” [...], “exclamación” [...], “grito” [...], “exclamación, grito natural” [...], “expresión” [...], “signo” [...], “vocablo” [...]. Este hecho parece conllevar una grave contradicción en el caso de aquellos autores que previamente habían identificado la interjección como una de las clases de palabras.

Idéntica vacilación se observa en las sucesivas ediciones de la gramática de la Real Academia Española. Por ejemplo, si consultamos las ediciones de 1771 y 1796, veremos que se utiliza el término “palabra”; si hacemos lo propio con las 1928 y 1931, veremos que se emplea el de “voz” (cf. Almela Pérez 1990: 75-78). Esta modificación terminológica no parece que tenga que ver con el número de constituyentes que puede tener una interjección. En la nómina de interjecciones que presenta la RAE en estas cuatro ediciones aparecen exclusivamente interjecciones formadas por un único constituyente. De acuerdo con esto, no hay ninguna razón para dudar de la operatividad del concepto de palabra. Es más, en la edición de 1771 se dice explícitamente:

Las expresiones que constan de dos, ó mas voces, y que algunos llaman interjecciones, como: *gracias á Dios, bendito sea Dios, Jesus mil veces*, y otras semejantes, no deben considerarse como interjecciones, sino como verdaderas oraciones que quando mas, necesitan suplemento de algun verbo (227)⁸.

⁷ Se refiere a “los autores que consideran la interjección como una ‘parte de la oración’ o ‘clase de palabras’, y a aquellos que no la tienen como tal” (170).

⁸ Resulta curioso observar las dudas que a Salvá (1930: [1988: 283]) le planteaba aplicar el término “partículas indeclinables” al adverbio, la preposición, la conjunción y la interjección: “Algunas no merecen ciertamente el nombre de *partículas* (partecillas), existiendo adverbios en castellano de nueve y de más sílabas [...]. Pero a excepción de las que pueden reputarse como dicciones compuestas, todas las partículas son palabras cortas y no debe parecer extraño que se las distinga con un nombre *que conviene a casi todas las preposiciones, a las conjunciones e interjecciones más usuales y a la mayor parte de los adverbios*” [cursiva final nuestra]. En una nota de la editora a pie de página se da cuenta de las modificaciones sufridas por estas dos últimas líneas: “En II: “que conviene a todas las preposiciones, a las conjunciones más usuales, a todas las interjecciones y aun a la mayor parte de los adverbios”. En III, “que conviene a todas las preposiciones, a las conjunciones más usuales, a las interjecciones y a la mayor parte de

Pudiera ser que la Academia con posterioridad creyera conveniente la utilización de “voz”, al tener ciertos reparos para considerar “palabras” a unidades que en ocasiones alteran el patrón fonético de la lengua. Otra posible explicación sería vincular la interjección a las manifestaciones orales de la lengua, y de ahí la preferencia por el término “voz”. De todos modos, cualquier hipótesis que se formule sobre este cambio terminológico difícilmente podrá ser verificada. Es probable que la Academia utilizase estos términos como sinónimos; de esta forma, el cambio que se percibe en las ediciones no tendría la relevancia que en un principio pudiera parecer.

A juzgar por la cita de la GRAE (1771) que acabamos de reproducir y, teniendo en cuenta que, aunque con posterioridad desaparecen estas líneas, implícitamente esta idea no deja de estar presente en las sucesivas ediciones de la GRAE (no tenemos más que observar los ejemplos propuestos), podemos pensar que la consideración de la interjección como una parte de la oración o como una clase de oración depende en última instancia del número de constituyentes que la conforman. De ahí la necesidad de cuidar especialmente la terminología empleada.

La consideración o no de la interjección como una parte de la oración tiene consecuencias inmediatas en el número de clases de palabras o partes de la oración de una lengua. Así, la posibilidad que una interjección tiene de ser una parte de la oración en una lengua determinada es, con frecuencia, directamente proporcional al número de partes de la oración que se establezcan para esa lengua. Por consiguiente, las posibilidades de ser una parte de la oración aumentan en aquellos esquemas que contemplan un mayor número de clases de palabras (cf. Calero Vaquera 1986: 51-66). Pero vayamos, sin más dilación, con el breve repaso histórico.

2.2.1. De Dionisio de Tracia a nuestros días: entre la palabra y la oración

En Grecia existían dos posturas: para algunos las interjecciones no entraban dentro de la oración y para otros, entre los que se encontraba Dionisio de Tracia, eran un tipo de adverbio. Tampoco faltaron quienes, según señala García (1960: 72), “defendieron que se relacionaban con el verbo”⁹. Para los latinos, en cambio, constituían una parte más de la oración. Así Donato las definió como “*pars orationis significans mentis affectum voce incondita*” (García 1960: 72). En ambos casos, las partes de la oración sumaban el número mágico, esto es, el número ocho (vid. Ameka 1992a: 102-103). En época renacentista, el criterio de Dionisio de Tracia es adoptado por Nebrija (1992 [1492]: 207): “Nos otros con los griegos no distinguiremos la interjección del adverbio”. Más adelante dice:

los adverbios”” [cursiva nuestra].

⁹ Esta idea aparece también en Bello (1981 [1847]: 745); en el apartado correspondiente a NOTAS —concretamente en la NOTA 1, referida a la clasificación de las palabras— dice: “La interjección, en fin, es como un verbo inconjugable, que envuelve el sujeto, y está siempre en la primera persona de indicativo”. El editor a través de una nota a pie de página (nota 7) señala que en I, II, III y IV no decía “como”.

Los latinos como diximos en otro lugar: pusieron la interjection por parte dela oracion distinta delas otras. pero nos otros a imitacion delos griegos: contamos la con los adverbios. Assi que sera interjection una delas significaciones del adverbio: la cual significa alguna passion del anima con boz indeterminada. como ai. del que se duele. hahaha. del que se rie. tat tat. del que vieda T assi delas otras partezillas: por la cuales demostra alguna passion del anima (269).

El Brocense, cuya originalidad se pone a menudo de relieve, y cuyo firme propósito era escribir una obra que constituyera una seria alternativa a la gramática de Nebrija, no mantiene la misma opinión en la *Minerva* y en las *Verae brevesque Grammatices Latinae Institutionis*. Mientras que en esta última, aunque no les dedicaba un lugar específico, incluía las interjecciones dentro de los adverbios —al igual que había hecho Nebrija— “ya que afirma la existencia de adverbios *dolentis, pauentis, silentis, exclamatio-nis...*” (García 1960: 73), con anterioridad, en la *Minerva* de 1587, no la consideraba parte de la oración: “no son ni oraciones, ni partes de la misma, sino signos de tristeza o de alegría independientes del lenguaje” (García 1960: 72)¹⁰.

Dando un salto en el tiempo veamos lo que dice la RAE a este respecto¹¹. En un primer momento, en 1771, establece un sistema de nueve clases de palabras: nombre, pronombre, artículo, verbo, participio, adverbio, preposición, conjunción e interjección. En la edición de 1870 propone un sistema de diez clases de palabras: nombre, adjetivo, artículo, pronombre, verbo, participio, adverbio, preposición, conjunción e interjección. Y posteriormente, vuelve al sistema de nueve clases de palabras (1928 1931): nombre substantivo, nombre adjetivo, pronombre, artículo, verbo, adverbio, preposición, conjunción e interjección. De estas modificaciones lo que nos interesa es que el paso de un sistema de nueve a diez, y luego nuevamente de diez a nueve no afectó a la interjección, que siempre ocupó un lugar entre las partes de la oración. Una vez establecidas las partes de la oración, la GRAE (1931: 10) las clasifica como declinables o variables e indeclinables o invariables:

Las partes de la oración se dividen en variables e invariables. Llámense invariables aquellas que por virtud de ciertos accidentes gramaticales admiten en su estructura alguna alteración, y son el nombre, el adjetivo, el pronombre, el artículo y el verbo. Las invariables

¹⁰ Lo que aparentemente puede considerarse como un cambio de opinión en el Brocense, en realidad, podría no serlo, ya que en una edición anterior de la *Minerva*, en la de 1562, incluía la interjección entre los adverbios: “Interiectiones Graeci adverbiiis adnumerant, quos sequimur” (cf. Almela Pérez, 1990: 81). Además, según señala Almela Pérez (1990: 81-82), existen ciertas incoherencias en la *Minerva* de 1587, pues de modo indirecto también aquí incluye a la interjección entre los adverbios (cf. *op. cit.*: 82).

¹¹ Aunque, como ya hemos dicho al principio, no vamos a ser exhaustivos en este repaso, el que hayamos pasado directamente del siglo XVI al XVIII se debe a que, como señala Calero Vaquera (1986: 15): “Todas las obras gramaticales que vieron la luz en el s. XVII fueron seguidoras de la de Nebrija y conservan la estructura tradicional, sin aportaciones originales [...]”. Más adelante añade: “Durante la primera mitad del s. XVIII apenas existen contribuciones a la historia de la gramática española” (17).

2. INTERJECCIONES Y MARCADORES DISCURSIVOS: DE LA GRAMÁTICA AL DISCURSO

se llaman así porque no consienten tales modificaciones, y son el *adverbio*, la *preposición*, la *conjunción* y la *interjección*.

A propósito del tratamiento que la interjección recibe en la GRAE, merece especial atención, por sus repercusiones en el resto de las gramáticas, el hecho de que a partir de 1870 se empieza a equiparar con la oración. Así, en la edición de 1870 se afirma: “las interjecciones, más bien que partes de la oración, son oraciones enteras”. En 1911, la anterior afirmación se sustituye por: “la interjección es una parte de la oración que generalmente forma por sí sola una oración completa”. Prueba del éxito de estas reflexiones es que no han dejado de repetirse hasta hoy tanto en gramáticas, como en estudios de distinta índole que se han realizado sobre este fenómeno lingüístico. En efecto, estas dos opciones aparentemente tan dispares vienen conviviendo —a menudo pacíficamente— desde hace muchos años.

Podemos decir que la tendencia general que han seguido nuestros gramáticos —nos referimos, claro está, a aquellos para los que la interjección es una parte de la oración— ha sido la de agruparla con las palabras invariables, es decir, con adverbios, preposiciones, conjunciones, etc.; aunque reconociendo las peculiaridades de esta clase, como el hecho de no poder integrarse en la estructura oracional. Así, Seco (1989: 202), que dedica en su gramática un mismo apartado a las interjecciones y a los enlaces, dice:

La interjección, que coincide con los adverbios y palabras de enlace en no estar sometida a ninguna concordancia, se distingue de ellos en no pertenecer al entramado de la oración. Tiene entonación independiente de la de esta y se separa con comas del resto de la frase.

Estos rasgos característicos de la interjección apuntados por Seco son, en parte, los responsables de la desorientación que ésta produce entre los gramáticos y lingüistas, que conlleva la aparición de un buen número de afirmaciones ambiguas. Desorientación que, por supuesto, no sólo se percibe dentro del ámbito hispano. Como muestra reproducimos a continuación las palabras de Bloomfield (1964 [1933]: 237 [cursiva nuestra]):

Las lenguas de la familia indoeuropea se caracterizan por tener muchas partes de la oración, de modo que cualesquiera sean las construcciones sobre las que fundemos nuestro esquema, una lengua como el inglés mostrará por lo menos media docena de partes de la oración, a saber: sustantivo, verbo, adjetivo, adverbio, preposición, conjunción coordinante y conjunción subordinante, *además de las interjecciones*.

Del mismo modo, podríamos calificar de ambigua la postura de Gili Gaya. En el *Curso* incluye las reflexiones sobre la interjección en el apartado de las oraciones exclamativas. Gili Gaya (1991 [1943]: 41-42) señala a este respecto [cursiva nuestra]:

Una *interjección*, una blasfemia, una palabra cariñosa o entusiasta, no contienen ni más ni menos que la expresión de la emoción particular que las motiva. *Es inútil empeñarse en ver en ellas una oración elíptica*, una condensación de elementos de juicio que no han estado nunca en la mente del que las profiere [...] *Pueden distinguirse grados dentro del carácter sintético de la oración exclamativa. Primero, los gritos inarticulados o las interjecciones llamadas propias* (¡Ah!, ¡Oh!; ¡Ay!; ¡Uy!; ¡Hola!) *que tienen validez social dentro de un grupo lingüístico; palabras de toda clase habilitadas como interjecciones* (¡Bravo!;

¡Ánimo!; ¡Diablo!; ¡Ya!, etc.), o los vocativos, dirigidos ya con plena intención a una persona o grupo [...].

Por un lado, dice que “es inútil empeñarse en ver en ellas una oración elíptica”, pero por otro, las incluye en el apartado correspondiente a las oraciones exclamativas. Además, en una obra posterior, Gili Gaya (1983) titula el capítulo XV “Partes de la oración. Interjecciones”. Se supone, pues, que para él son una parte de la oración. No obstante, cuando establece la clasificación entre palabras variables e invariables no menciona la interjección. Y unas líneas más adelante Gili Gaya (1983: 86) afirma:

Además de estas clases de palabras, usamos las interjecciones, como *¡ay!; ¡oh!; ¡bravo!; ¡ea!*, que expresan estados de ánimo: sorpresa, asombro, dolor, indignación, alegría y otros afectos. La interjección no forma parte de la oración; más bien suele ser el equivalente de una oración entera. Decir *¡ah!*, por ejemplo, significa lo mismo que podríamos expresar con una oración entera: estoy admirado de esto, me sorprende la noticia, etc.

Para este autor la interjección no forma, pues, parte de la oración. Sin embargo, a juzgar por sus palabras tampoco podemos concluir que para él sea una oración: “más bien suele ser el equivalente...”. Del mismo modo, unos años antes afirmaba Lenz (1935 [1920]: 65):

Todas las interjecciones primitivas y secundarias no son partes de la oración, ni oraciones, sino que deben clasificarse como *equivalentes de oración*. Expresiones como *¡ajo!; ¡adelante!; ¡bravo!*, pueden considerarse como fragmentos de oraciones, lo mismo que los vocativos.

En general, y sin ánimo de ser en exceso prolijos, podemos decir que el debate en torno a si la interjección es una clase de palabras o una oración continúa abierto y, hasta el momento, ni el paso del tiempo, ni el surgimiento de nuevos modelos teórico-metodológicos trajeron consigo una solución satisfactoria que despoje a esta categoría de la etiqueta de “marginal”. Dentro de este panorama, donde la ambigüedad y la confusión son dos de las notas que rodean el tratamiento de la interjección, especial interés por la coherencia de sus planteamientos merece el análisis que de ella realiza Almela Pérez (1990) que, como dice, nace “del ánimo insatisfecho por lo ofrecido hasta el momento” (*op. cit.*: 88). Almela Pérez (1990: 88) considera la interjección un “lexismo autovalente factitivo”: “Los tres términos aluden, respectivamente, a la clasificación gramatical de la interjección, a su dimensión sintáctica y a su dimensión lexémica” (*op. cit.*: 89). Por lo que se refiere al primero de esos términos, “lexismo”, señala que “designa global y simultáneamente tanto el tipo de discurso, como el estrato a los que se puede adscribir la interjección” (*ibíd.*). Las interjecciones son lexismos que, junto con los modismos, conforman los dos tipos de discurso repetido o reproducido. Aunque los lexismos no son palabras, se realizan habitualmente como palabras. Por “autovalente” alude al hecho de que la interjección “no está regida por ningún miembro de la cadena sintagmática” (*op. cit.*: 100). Por último, con el término “factitivo” se refiere al tipo de significado de la interjección, sobre el que sostiene que se trata de palabras lexemáticas que aprehenden el *qué* presentativo, factitivo del mundo, contienen un significado léxico factitivo: “El significado léxico

2. INTERJECCIONES Y MARCADORES DISCURSIVOS: DE LA GRAMÁTICA AL DISCURSO

factitivo se completa en relación con el cotexto/contexto, y se concreta de un modo paralelo a como lo hace el significado óntico-material de las oraciones” (*op. cit.*: 112). Las interjecciones tienen un significado léxico presentativo, “se refieren a las cosas (=lo extralingüístico), como las demás palabras; pero no se refieren a ellas de la misma forma que las demás. Las otras clases de palabras conceptualizan la realidad; las interjecciones tratan la realidad, pero no la conceptualizan, sino que *señalan su presencia*—en palabras de Karcevski—, es decir, que presentan la realidad en su dinamismo” (*op. cit.*: 115).

El surgimiento y desarrollo de la lingüística cognitiva ha traído consigo algunas novedades en el tratamiento de la interjección. Desde la lingüística cognitiva, el problema que rodea en general a las categorías gramaticales reside en que los “modelos gramaticales más importantes—la gramática tradicional, la estructural y la generativa—han abordado este tema desde perspectivas diferentes, pero siempre manteniendo el punto de vista que impone el modelo de condiciones necesarias y suficientes” (Cuenca Ordinyana & Hilferty 1999: 53). El mérito de la aplicación del modelo cognitivo en el tratamiento de la interjección es hacer compatible su consideración como categoría gramatical y como oración. Como señalan Cuenca & Hilferty (1999: 61),

nuestra intención es poner de manifiesto que la idea de prototipo, la hipótesis de la estructuración jerárquica alrededor del nivel básico y la definición por haces de rasgos puede ofrecer una explicación más completa e integrada en el sistema gramatical de las categorías que la descripción gramatical de la interjección.

Las interjecciones son oraciones no prototípicas, esto es, “constituyen una subcategoría de la categoría de nivel básico *fragmento*, de la que forman parte todos los equivalentes de oración que no presentan la estructura sujeto-predicado” (*op. cit.*: 59).

Evidentemente, a pesar de las importantes diferencias entre el enfoque de Almela Pérez (1990) y el de Cuenca Ordinyana & Hilferty (1999), podemos decir que se trata de dos propuestas serias encaminadas a reducir, o eliminar en el mejor de los casos, el alto grado de marginalidad de este fenómeno lingüístico. Nuestro análisis, como veremos en el siguiente apartado, se aproxima más al de Almela Pérez que al ofrecido desde presupuestos cognitivistas. Para nosotros las interjecciones son palabras, o mejor dicho “unidades léxicas”, siguiendo a Iordanskaja & Mel’čuk (1995 y 1999)—término similar al de *lexema*—, de significado no descriptivo o, si preferimos, no proposicional.

2.2.2. Nuestra postura: la interjección como unidad léxica no descriptiva

Antes de presentar nuestra propuesta de análisis de la interjección, queremos señalar que, si bien es cierto que existe un alto grado de vacilación a la hora de caracterizarla, también lo es que tenemos que ser especialmente cautos con la terminología empleada en los distintos trabajos. En principio, considerar la interjección como una parte de una oración para más tarde afirmar que se trata de un equivalente a una oración puede parecer contradictorio, pero, antes de emitir ningún juicio al respecto, debemos tener en cuenta

que el concepto de oración del que se parte no tiene por qué ser siempre el mismo. En efecto, la validez de las distintas consideraciones dependerá de cómo se haya definido el concepto de oración. En este sentido, somos de la opinión de que los intentos de dar excesiva rentabilidad a este concepto no suelen proporcionar buenos resultados. Dar a la interjección el estatus de oración obliga en la mayoría de los casos a reconocer inmediatamente después que se trata de un tipo de oración especial. Así, Bloomfield (1964 [1933]: 209), por ejemplo, en el capítulo dedicado a los tipos de oraciones, afirma a propósito de las interjecciones que se presentan a menudo como “oraciones menores”, esto es, como “formas no favoritas de oraciones”¹². En la misma línea se encuentra la opinión de Seco (1989: 202), quien las considera “oraciones unimembres”. Sea como fuere, para interpretar la interjección parece necesario flexibilizar el concepto de oración, lo que supone una vuelta atrás para modificar los criterios establecidos inicialmente. El problema, como señala Rojo (1983: 61-62), es que la mezcla de criterios no es un hecho anecdótico en la definición de unidades en la gramática tradicional:

La segunda deficiencia del tratamiento tradicional está relacionada con la mezcla de factores externos e internos en la definición de las unidades. El ejemplo más claro de ello es, sin duda, la definición de oración. Son muchos los autores que comienzan por afirmar que oración es la secuencia que consta de sujeto y predicado para líneas después admitir la existencia de “oraciones” que no presentan este esquema pero deben ser consideradas como tales por poseer independencia semántica y sintáctica. El paso siguiente es, lógicamente, exigir independencia semántica y sintáctica para considerar que una cierta cadena es una oración.

Aun siendo conscientes de que “oración” es un término ambiguo y que, por tanto, no siempre se emplea con el mismo significado, podemos decir que *Yo estoy sorprendida*, a diferencia de *ah*, posee todas las características que, desde perspectivas gramaticales distintas, se han atribuido a dicho término, esencialmente, poseer autonomía sintáctica, semántica, una estructura Sujeto-Predicado e ir entre pausas. La necesidad de que exista una estructura Sujeto-Predicado para que un determinado segmento sea considerado oración desaparece desde el momento en que le damos ese estatus a la interjección *ah*. Por consiguiente, hemos de considerar que los otros tres criterios (autonomía sintáctica, semántica y prosódica) han de tener la fuerza suficiente como para defender el estatus oracional de la interjección. Es cierto que la interjección goza de autonomía desde un punto de vista sintáctico, semántico y prosódico, pero la pregunta que nos hacemos es si su consideración como oración debe apoyarse en este tipo de criterios. A menudo se habla de la autonomía significativa de la interjección y paralelamente se afirma que posee un significado igual o equivalente a una oración. Obsérvense, por ejemplo, las siguientes líneas de la GRAE (1928: 143):

La interjección es una parte de la oración que generalmente forma por sí sola una oración completa; un *jah!*, *joh!*, equivalen a *estoy admirado*, *estoy sorprendido*, etc. Pero su carácter sintético y su forma, por lo general monosilábica, son causa de que puedan entrar y co-

¹² Sobre el concepto de oración, *vid.* Bloomfield (1964 [1933]: 201-218).

2. INTERJECCIONES Y MARCADORES DISCURSIVOS: DE LA GRAMÁTICA AL DISCURSO

locarse entre otras dicciones de la frase (sin alterar su sentido, aunque no sin darle cierta energía), de donde les viene la denominación que llevan, del latín *interjectio*, de *inter*, entre, y *jacere*, echar, arrojar.

De modo similar, Gili Gaya (1983: 86) señalaba, como hemos visto, que “decir *¡ah!*, por ejemplo, significa lo mismo que podríamos expresar con una oración entera: estoy admirado de esto, me sorprende la noticia, etc.”. Desde nuestro punto de vista, y aun reconociendo las dificultades que existen a la hora de definir este fenómeno lingüístico, basarse en la equivalencia significativa para conferirle a la interjección el estatus de oración no parece tener mucho sentido, a pesar de los adjetivos con los que se acompañe el término (“menor”, “unimembre”, etc.). Consideramos que *ah*, o cualquier interjección, no significa lo mismo que una oración, pues las oraciones contienen una proposición, tienen contenido proposicional, mientras que las interjecciones no lo tienen. *Estoy sorprendida* contiene una proposición, expresada por una oración declarativa, que se enuncia para hacer una aseveración verdadera o falsa, en cambio, *ah* no es proposicional en carácter, no puede juzgarse en función de su verdad o falsedad. Así, en este sentido, dice Sapir (1921 [1954]: 11):

Si el involuntario grito de dolor que convencionalmente se representa con “¡ay!” se considera como un verdadero símbolo del habla, equivalente a una idea más o menos como ésta: “siento un fuerte dolor”, entonces será igualmente lícito interpretar la aparición de nubes como símbolo equivalente, portador del mensaje concreto “es probable que llueva”. Sin embargo, una definición del lenguaje tan amplia que abarque cualquier modo de deducción pierde todo sentido.

No tiene tampoco mucho sentido buscar el contenido proposicional de las interjecciones; como señala Lyons (1990: 124):

Por ejemplo, si alguien exclama *¡válgame Dios!* con el acento y la entonación que indican sorpresa, podemos decir, razonablemente, que esta persona está sorprendida (o no) y, por tanto, que *Juan está sorprendido* (en el supuesto de que “Juan” sea su nombre) es una aseveración verdadera (o falsa). Sería absurdo sostener que *¡válgame Dios!* describe las emociones o el estado mental del hablante tal como lo hace *Juan está sorprendido*.

Aunque sobre la cuestión del contenido proposicional de las interjecciones y su fuerza ilocutiva volveremos con más detalle en el último capítulo de este libro, por el momento, únicamente queremos señalar que el significado de la interjección no tiene carácter proposicional, de ahí que su conceptualización como oración parezca tambalearse una vez más. Si desde un punto de vista gramatical, su consideración como oración es insostenible por la ausencia de unos determinados rasgos internos, como la estructura sujeto-predicado, desde un punto de vista semántico, tampoco tenemos argumentos de peso sobre los que apoyarla. No creemos que valga la pena acudir a otro tipo de criterios que puedan llegar a avalar la inclusión de la interjección dentro de la oración. Las interjecciones pueden, efectivamente, ser equivalentes a una oración en algunos contextos:

(1)

A: Lo que intento decirte es que Juan no quiere aceptar el trabajo.

B: *Ahora lo entiendo.*

(2)

A: Lo que intento decirte es que Juan no quiere aceptar el trabajo.

B: *Ah.*

Está claro que *Ahora lo entiendo*, una oración, y *ah*, una interjección, pueden ser equivalentes en este contexto; pero, al igual que sería absurdo, defender que *bonito* y *que me gusta* pertenecen al mismo tipo de unidad por la capacidad de ambos para desempeñar el papel de modificador de una frase nominal (*El vestido bonito* / *El vestido que me gusta*), también lo es afirmar que *ah* es una oración. Para observar lo que la oración y la interjección tienen en común tendremos que acudir no a criterios internos, sino a factores externos. Las interjecciones son palabras, no oraciones, pero son palabras que se utilizan convencionalmente como enunciados (cf. Wilkins, 1992: 153), entendiendo enunciado como una unidad comunicativa producto de la enunciación, que no se identifica con una estructura sintáctica concreta. Por tanto, lo que tienen en común *Ahora lo entiendo* y *ah* es que son enunciados.

Creemos que son necesarias mayores dosis de rigor y precisión a la hora de definir conceptos como el de interjección, oración y enunciado, pues no resulta nada sencillo librarse de la herencia que nos ha dejado la tradicional mezcla de criterios en la definición de oración. En definitiva, consideramos que las oraciones, por tratarse de unidades gramaticales, al igual que las frases, las palabras, los morfemas, deben ser definidas atendiendo exclusivamente a sus rasgos internos; esto no impide que las cadenas puedan clasificarse según factores ajenos a su estructura interna, el más importante de los cuales es la existencia o inexistencia de independencia semántica y sintáctica. Las cadenas gramaticales pueden, por tanto, considerarse, como señalan Rojo & Jiménez Juliá (1989: 99), desde dos perspectivas diferentes y complementarias:

De una parte, ciertos elementos de su estructura interna, a partir de los cuales consideramos si estamos ante morfemas, palabras, frases, cláusulas u oraciones. De otra, la existencia o inexistencia de independencia semántica y sintáctica [...], con lo que las secuencias se dividen en enunciados (los independientes) y no-enunciados (los que son constituyentes de una cadena más amplia).

Insistimos: las interjecciones, desde nuestro punto de vista, no pueden ser nunca oraciones, pero sí enunciados, pues poseen autonomía sintáctica y semántica. El que posean autonomía semántica no significa que posean contenido proposicional. Las interjecciones expresan significado no proposicional, significado que podemos llamar procedimental, discursivo, pragmático, etc. Son “unidades léxicas no descriptivas”. De ahí que su estudio deba ponerse en relación con el de otros elementos que expresen este tipo de significado como, por ejemplo, los marcadores discursivos.

2.3. LOS MARCADORES DEL DISCURSO

Bajo esta denominación se incluye un conjunto de elementos muy heterogéneo cuya función es, como dice Portolés (1998: 26), guiar “las inferencias que se realizan en la comunicación” y, aunque ciertamente sólo podemos hablar de un interés generalizado por su estudio dentro del ámbito hispano a partir de los años 80, como consecuencia del auge de la pragmática, del análisis del discurso, del análisis de la conversación, de la lingüística del texto, etc., esto no significa que nuestros gramáticos tradicionales ignorasen su existencia.

2.3.1. Breves apuntes bibliográficos sobre marcadores del discurso

No es nuestra intención realizar en este apartado una descripción minuciosa del tratamiento de los marcadores del discurso ofrecido dentro de las gramáticas y demás estudios lingüísticos en el ámbito hispánico, porque, por un lado, en el apartado siguiente enlazaremos con nuestros gramáticos tradicionales al hablar de la relación entre interjecciones y marcadores, y por otro, la revisión de esta materia superaría los límites de este capítulo.

El estudio de los marcadores del discurso no es una invención de las últimas décadas del siglo XX. Por ejemplo, ya en los años 40, Gili Gaya dedicaba el capítulo XXIV de su *Curso* a los “enlaces extraoracionales”. De hecho, si no fuese porque la autoría de este capítulo es de sobra conocida, pues ha sido referencia inexcusable en prácticamente todos los estudios sobre marcadores del discurso, la datación de las ideas de Gili Gaya (1991 [1943]: 325) expresadas en las siguientes líneas probablemente se haría en una fecha posterior:

Sin embargo, las oraciones se suceden guardando entre sí una relación de coherencia representativa, lógica o afectiva, una trabazón psíquica de orden superior. Si esta relación de continuidad no se revela, decimos que el discurso es incoherente. La unidad total del discurso a la cual sirven las oraciones que lo componen, obedece a leyes psicológicas, y según ellas percibe el oyente o el lector la coherencia o incoherencia del discurso que se le dirige. Su estudio excede de los límites de la Sintaxis, la cual sólo puede operar en presencia de medios formales de relación lingüística. Como quiera que estos medios formales de enlace quedan en su mayor parte confinados dentro de la oración, nuestro estudio habrá de ceñirse a los recursos de que el idioma pueda valerse para dar expresión gramatical a relaciones que van más allá de la oración.

La expresión “enlaces extraoracionales”, además de incluir determinados empleos de las conjunciones que “no son ya signo de enlace dentro de un período, sino que expresan transiciones o conexiones mentales que van más allá de la oración” (*op. cit.*: 326), también incluye la repetición, la anáfora, la elipsis y el ritmo. Se trata de procedimientos lingüísticos que en los últimos años han centrado el interés de la lingüística del texto, dada su vinculación al estudio de la coherencia y de la cohesión (*vid.* por ejemplo, Halliday & Hasan 1976).

También Alcina Franch & Blecua (1975: 884) dedican algunas líneas al tratamiento de estos elementos, a los que denominan “elementos periféricos”. Los “elementos periféricos” son procedimientos lingüísticos similares a los que, por ejemplo, Fraser (1996) denomina “marcadores pragmáticos”: frases de infinitivo, predicativos absolutos, comentarios oracionales, vocativos, ampliaciones y ordenadores del discurso (cf. Alcina Franch & Blecua 1975: 884-886). Dentro de lo que estos autores denominan “comentarios oracionales” y “ordenadores del discurso” se incluyen buena parte de las formas que actualmente integran la nómina de los “marcadores del discurso”. Los comentarios oracionales, elementos como *ciertamente*, *sí*, junto con determinadas frases interjectivas, “refuerzan o comentan de alguna manera—con gran libertad posicional, pero siempre entre pausas—lo que dice la oración” (vid. Alcina Franch & Blecua 1975: 885). Los ordenadores del discurso son, según estos autores, unidades de distinto tipo—*por tanto*, *por ello*, *por eso*, *con todo*, *en consecuencia*, *por consiguiente*, *pues*, *luego*, *así que*, *y eso que*, *sin embargo*, *no obstante*, etc.—que se utilizan “para relacionar la oración con la que le precede o sirve para situarla dentro del discurso en una jerarquía o relación lógica. Determinados elementos autónomos pueden llenar esta función” (op. cit.: 886).

Pero el rastreo de antecedentes sobre esta materia puede hacerse en fechas mucho más tempranas. Así, ya en el siglo XVI Juan de Valdés en el *Diálogo de la lengua* aludía con el término de “bordones” a algunas expresiones que hoy se podrían incluir entre los marcadores del discurso: *no sé qué*, *¿entendéisme?*, *pues*, etc. (cf. Juan de Valdés 1969 [1535]: 153-154). Pons Bordería (1994, 1996a, 1996b y 1996-97) ha recogido las referencias que aparecen en Valdés, Correas, Salvá, Bello, Lenz, etc. Lo que le lleva a concluir:

En la tradición gramatical pueden verse, por tanto, referencias no sólo a lo extraoracional, sino también a fenómenos de tipo textual (en especial, referidos al concepto de coherencia), y a características propias del habla, como el énfasis. Como era de esperar, se trata de comentarios más bien escasos, que tocan el tema de pasada (no otra cosa sería esperable en una gramática tradicional) y son más frecuentes cuanto más reciente es la gramática (1996-1997:280).

Es importante, pues, tener en cuenta que, aunque el estudio de una materia, esté vinculado especialmente al surgimiento de nuevas disciplinas, eso no significa que se trate de una temática completamente novedosa. Lo que es nuevo en el caso de los marcadores del discurso es el interés generalizado por su estudio a partir sobre todo de los años 80, algo que se hace patente en la bibliografía que empieza a experimentar un importante incremento. En el ámbito hispano, hace apenas una década, en los trabajos que se publicaban a propósito de ciertas formas que transcendían los límites de la oración, o que establecían relaciones semánticas inter o extraoracionales, era un lugar común dedicar al menos unas líneas a poner de manifiesto la escasez de referencias bibliográficas. En cambio, en la actualidad, contamos con un número nada despreciable de trabajos dedicados a la descripción de determinadas partículas desde distintas perspectivas teóricas. Así, por ejemplo, en la bibliografía sobre marcadores del discurso elaborada por Cortés Rodríguez

2. INTERJECCIONES Y MARCADORES DISCURSIVOS: DE LA GRAMÁTICA AL DISCURSO

(1995a, y 1995b), encontramos no pocos trabajos referidos al español (*vid.* también Casado Velarde 1996).

En el momento presente, incluso nos podemos atrever a hablar, si no de escuelas, sí de ciertos puntos de la geografía española donde se desarrollan distintos tipos de investigaciones sobre marcadores del discurso o conectores pragmáticos: Almería (Cortés Rodríguez), Barcelona (Montolío Durán), La Coruña (Acín Villa, Fernández Bernárdez y Vázquez Veiga), Navarra (Casado Velarde), Madrid (Portolés Lázaro), Sevilla (Fuentes Rodríguez), Valencia (Briz Gómez, Pons Bordería) y Zaragoza (Martín Zorraquino, Porroche Ballesteros). Esta relación no pretender ser exhaustiva, y existen por supuesto en el resto de España lingüistas que también han publicado estudios centrados en esta cuestión. Desde nuestro punto de vista, la inexistencia de una escuela o de una única perspectiva teórica dominante en el ámbito hispano ha supuesto que se realicen descripciones de estos elementos de enlace desde distintos ángulos, lo cual lejos de entorpecer la investigación, la enriquece. Pero, como apuntábamos en la introducción, la investigación sobre marcadores del discurso tiene una importante asignatura pendiente, cuya superación no parece fácil: la terminología. En la siguiente sección nos referiremos a la confusión terminológica que existe en torno a este tema, pues si vamos a tratar de interjecciones y marcadores necesariamente hemos de precisar qué entendemos por “marcador discursivo”, pues las definiciones que se ofrecen no son equivalentes.

2.3.2. La confusión terminológica

Cuando alguien se inicia en el estudio de los marcadores del discurso, le llamará la atención la cantidad de términos que se utilizan para referirse a elementos que desempeñan funciones similares: “enlaces extraoracionales”, “marcadores discursivos”, “marcadores pragmáticos”, “conectores pragmáticos”, “gambitos”, “partículas discursivas”, “elementos de cohesión”, “apéndices modalizadores”, “ordenadores epistémicos”, “operadores pragmáticos”, etc. (*vid.* Cortés Rodríguez 1995a y 1995b). Además, pronto descubrirá que no en todas las listas que de ellos se proporcionan se incluyen las mismas expresiones. Por ejemplo, el elenco de formas que recubre uno de los términos empleados con más frecuencia en inglés, “marcador del discurso”, no coincide con el que recoge el de “conector pragmático”, denominación más frecuente dentro de la tradición francófona. Como tampoco recubre la misma realidad el término de “partículas discursivas” utilizado en alemán, holandés y noruego que el de “marcadores del discurso” en inglés (*vid.* Jucker & Ziv 1998: 2). Señalan estos autores que la multiplicidad en la terminología refleja, por un lado, un amplio conjunto de elementos con funciones similares en diferentes lenguas y, por otro, distintas perspectivas teóricas¹³ (*ibíd.*).

¹³ Pons Bordería (1998: 22) se refiere también a la confusión terminológica existente, que se explica por “las diferentes connotaciones que asume el término conector en función de las diferentes posturas teóricas”. Y considera que “la búsqueda de un punto en común entre diversas teorías es necesaria para llegar a un cierto grado de comprensión intersubjetiva”.

Pero la profusión terminológica no aparece sólo cuando estudiamos trabajos referidos a diferentes lenguas, pues dentro de una misma lengua encontramos varias denominaciones, que no responden simplemente a caprichos terminológicos de los autores, sino que esconden diferentes concepciones teóricas de este fenómeno, e incluso también podemos encontrar empleos de un mismo término para recubrir distintas realidades¹⁴. El número de formas que se incluyen bajo cada término está en función de la mayor o menor laxitud con la que se define. Así, dentro del ámbito hispano, tenemos términos de carácter más abarcador: “conectivos” (Mederos Martín 1988); “elementos de cohesión” o “partículas” (Martín Zorraquino 1991, 1992); “marcadores”, “operadores” o “partículas discursivas” (utilizados como sinónimos, Casado Velarde 1991, 1995); “conectores pragmáticos” (Briz Gómez 1993a, 1993b). Por otro, contamos con términos de carácter más restrictivo, utilizados por los partidarios de una mayor especificación terminológica. Por ejemplo, “enlaces conjuntivos” (Fuentes Rodríguez 1987) y “conectores” (Portolés Lázaro 1993) se pueden aplicar sólo a las formas que posean ciertas características. A continuación revisaremos de manera sucinta cómo se han definido estos términos.

Uno de los primeros trabajos sobre estas expresiones es el de Fuentes Rodríguez (1987), dedicado al estudio de formas como *más aún, todavía más, incluso, aparte, por el contrario, no obstante, en cambio, ahora bien, sin embargo, pues, en consecuencia*, etc., que denomina “enlaces conjuntivos”, esto es, “elementos cuya función es conectar dos enunciados” (*op. cit.*: 61). La expresión “enlaces conjuntivos”, como adelantábamos más arriba, posee un carácter más bien restrictivo: “Sólo serán enlaces aquellas unidades o combinatorias que han perdido su valor deíctico y han pasado a la lexicalización (pérdida del contenido individual de sus miembros) y a un primer grado de gramaticalización como conectores” (Fuentes Rodríguez 1987: 73). Por tanto, aunque reconoce el valor conector de unidades como en conclusión, en suma, de todas maneras... no las estudiará de manera específica. No encontramos en la autora un término que recubra todas aquellas unidades que, aunque señalan conexión, quedan fuera de los límites del nombre de enlaces conjuntivos. Algunas reciben simplemente la denominación de “enlaces”, a otras, las llama “conectivos” (de todas formas, de cualquier modo), “ordenadores discursivos” (en conclusión, en definitiva, en suma, total), “conectores” (o sea, es decir). Esta proliferación terminológica a nuestro parecer no es rentable. Como veremos más adelante, si estamos describiendo un fenómeno de naturaleza esencialmente pragmática —o si preferimos, semántico-pragmática—, la observación de las características gramaticales de las formas, así como la diferenciación entre el mantenimiento o no de su carga significativa, complica de forma innecesaria su definición¹⁵.

¹⁴ Esto, como veremos, es lo que sucede con el término “marcador del discurso”, que es utilizado por Fraser (1996) con un sentido más restrictivo que Schifffrin (1987).

¹⁵ Basta con observar los títulos de algunas de las publicaciones de esta autora para apreciar la variada terminología que utiliza, para hacer referencia a distintos tipos de elementos de conexión. Véase, por ejemplo, Fuentes Rodríguez (1990a), (1990b), (1993).

2. INTERJECCIONES Y MARCADORES DISCURSIVOS: DE LA GRAMÁTICA AL DISCURSO

Mederos Martín (1988: 211), quien define la conexión como un mecanismo que pone en relación globalmente las oraciones y “especifica la relación semántica que media entre un segmento de una oración y la precedente o las precedentes”, utiliza el término de “conectivos” para referirse a los elementos que son los “indicadores de las relaciones conexivas” (*op. cit.*: 212). Según este autor, tienen función cohesiva todos los conjuntivos (*en cambio, por lo demás, esto es*, etc.), algunos adjuntos (*también, asimismo, antes*, etc.), así como complementos adverbiales de clases distintas y de variada estructura: adverbios simples (*también, tampoco, además, así*); adverbios compuestos (en *-mente* y otros como *asimismo, entretanto*); locuciones adverbiales de estructura variada: frase preposicional (*a su vez, de hecho, en cambio, en suma*), preposición-adjetivo (*a poco, por último, con todo*), frase adverbial (*más aún, más bien*), cláusula finita (*esto es, es decir*), cláusula no finita (*a saber, para concluir*), expresiones correlativas (*primero... luego, de un lado... de otro...*). Además, también incluye dentro de la conexión expresiones que no han alcanzado el grado de fijeza de las anteriores (*dicho en otros términos / palabras, después de esto / eso*), así como algunas expresiones que llama “residuales” de uso muy frecuente y con un valor cohesivo interno (*pues, pues bien, bueno*) (cf. Mederos Martín 1988: 214-255)¹⁶.

Martín Zorraquino (1991, 1992) ha utilizado la denominación de “elementos de cohesión” o “partículas”, que define de esta manera:

Se trata de elementos lingüísticos que “relacionan la oración en que se hallan con el sentido general de lo que se viene diciendo”, y que sufren diversas modificaciones distribucionales y semánticas para convertirse en nexos de continuidad o enlace, o de vehículo expresivo de diversos estados de ánimo por el hablante en relación a lo enunciado —sorpresa, extrañeza, asombro; conformidad o desacuerdo, etc.— o con lo que se va a decir, y que pueden llegar incluso a sentirse como verdaderos “bordoncillos” o “muletillas” del diálogo. Aludo a los valores que partículas como *y, pero, pues, ¡hombre!, ¡bueno!, ¡claro!*, etc. pueden adquirir en la conversación en español, valores que implican —insisto— modificaciones en la distribución y en el sentido de tales entidades lingüísticas (la posible obligatoriedad de la inclusión entre pausas; la gramaticalización para algunas de ellas —bueno, claro, hombre...—, etc.) y que, además, suelen ir acompañadas de matizaciones que se manifiestan por medio de rasgos suprasegmentales (el acento y la entonación) y de fenómenos paralingüísticos (gestos, etc.) (cf. 1991: 255).

En su trabajo de 1992, cuando hace referencia a cuestiones terminológicas, explícitamente se inclina por el mantenimiento del término tradicional “partícula”, “que alude simplemente a la estructura componencial de las unidades objeto de análisis y que tiene la ventaja de resultar apto para referirse a elementos que operan en la gramática de la ora-

¹⁶ Mederos Martín (1988) sigue las pautas establecidas por Halliday & Hasan (1976) al tratar las unidades que sirven para establecer vínculos cohesivos. Lo que él llama conexión es a lo que los autores ingleses se refieren con el término de “conjunción” (*conjunction*). Inspirándose en estos autores, Mederos Martín (1988: 216) establece una distinción basada en el significado entre cinco tipos de conectivos: aditivos, disyuntivos, adversativos, causales y temporales.

ción y en la del discurso” (cf. *op. cit.*: 118-119). Luego especifica que “junto a *partícula* deberían utilizarse especificaciones que hicieran explícito el nivel de análisis en que se opera (*partículas discursivas/partículas oracionales*)” (*ibíd.*).

Casado Velarde (1991, 1995) utiliza indistintamente los términos “marcadores”, “operadores” o “partículas discursivas”: “piezas lingüísticas que tienen como función marcar relaciones que exceden los límites de la sintaxis oracional” (cf. 1995: 30). A su vez dentro de estas formas distingue dos grupos: adverbios modificadores oracionales (*afortunadamente, resumidamente, finalmente*) y marcadores de función textual (*y, además, ¡eh!, sí, claro, bien, bueno, vaya, en fin, hombre, ahora bien, quizá, por ejemplo, ¿no?, mira, oiga, entonces, en realidad, al fin y al cabo...*) (cf. 1995: 32-41).

Briz Gómez (1993a: 146) selecciona la denominación de “conectores pragmáticos” que define como “un conjunto de señales de naturaleza diversa que explicita la relación entre los enunciados, del antes con el después”. Dentro de este grupo incluye expresiones como *y, o, pero, además, incluso, entonces, bueno, pues, es que, porque, aunque, así (es) que, claro (que), ahora que, en efecto, ciertamente, sin embargo, vamos (que), por cierto, oye, en consecuencia, en suma, en fin, en definitiva, total, en primer lugar, ¿estás?, ¿entiendes?, ¿eh?, ¿no?, lo que quiero decir, a ver si me entiendes, pues nada, y nada, bueno a ver*. Se trata, según Briz Gómez (1993a: 146-147), de una clase funcional, heterogénea

que engloba categorías gramaticales distintas, pero que desempeñan un papel similar: encadenar las *unidades de habla* y determinar la transición de determinadas secuencias del texto (hablado), colaborando así en el mantenimiento del hilo discursivo y la tensión comunicativa: de ahí que bien pudieran llamarse de forma más general *transiciones de habla* o, como los denomina Schiffrin (1987), *marcadores del discurso* (*discourse markers*) (cf. también Briz Gómez, 1993b y 1994).

Presentamos, por último, las denominaciones que propone uno de los lingüistas que resaltan la importancia de utilizar de manera precisa los términos aplicados a estos elementos. Portolés Lázaro (1993) señala la necesidad de distinguir dentro de los marcadores discursivos entre “conectores” (*y, o, de hecho, de igual manera, al fin y al cabo, porque, puesto que, ahora bien, al contrario, en cambio*) y “marcadores”. Dentro de estos últimos se incluyen elementos pertenecientes a varias clases: marcadores reformulativos, marcadores de rectificación, ordenadores del discurso, marcadores de digresión, marcadores de inferencias paralelas, marcadores de inversión inferencial, modalizadores y retardadores del coloquio y muletillas.

Portolés Lázaro (1993: 144) define “conector” de la siguiente manera:

Es una unidad que vincula un enunciado con otro elemento anterior, ya sea realmente proferido o simplemente accesible en el contexto. La significación del conector proporciona una serie de instrucciones que guían las inferencias que se han de obtener de los dos miembros relacionados. De este modo, se llega con mayor facilidad a contextos particulares que no serían evidentes, se refuerzan unas inferencias o se eliminan otras que equivocadamente pudieran suponerse [...] Se han de distinguir, pues, dos facetas en los conecto-

2. INTERJECCIONES Y MARCADORES DISCURSIVOS: DE LA GRAMÁTICA AL DISCURSO

res: la puramente gramatical, esto es, las instrucciones que proporciona su significación, y la pragmática, los procesos inferenciales que se desencadenan en su relación con el contexto.

Con respecto a los marcadores del discurso, presentamos a continuación algunas de las definiciones propuestas. Los marcadores reformulativos “presentan el enunciado en el que se encuentran como una nueva formulación de un primer elemento, que en ocasiones no está expreso”: *aclaro, con otras palabras, en efecto, o sea, en resumen, en suma, en fin*, etc. (1993: 152-153). Los marcadores de rectificación son los que efectúan el fenómeno de retroactividad “anulando la verdad de lo dicho o sugerido”: *al contrario, mejor dicho, miento*, etc. (*op. cit.*: 153). Los ordenadores del discurso “indican el lugar que ocupa un enunciado en el conjunto del discurso. Para ello es preciso que el hablante pretenda crear un discurso planificado, por lo que son mucho más frecuentes en la lengua escrita que en la oral”: *en primer lugar, para empezar, en segundo lugar, por último*, etc. (*op. cit.*: 153-154). Los marcadores de digresión “son aquellas locuciones que indican un distanciamiento del discurso con respecto a la planificación discursiva iniciada. Contrariamente a los ordenadores del discurso, aparecen con frecuencia en la lengua oral: *a este respecto, a todo esto, a propósito, dicho entre paréntesis, dicho sea de paso, entre paréntesis, por cierto*, etc.” (1993: 154). Los modalizadores son los encargados de la expresión de la modalidad: *a lo mejor, a mi modo de ver, con seguridad, en el fondo, en mi opinión, claro, por suerte*, etc. (*op. cit.*: 155-156). En definitiva, lo que, según este autor, distingue a los conectores del resto de las formas es que, partiendo de la distinción entre inferencias convencionales (forzadas lingüísticamente) y las conversacionales (obtenidas exclusivamente gracias al contexto), los conectores proporcionan instrucciones convencionales para procesar el contexto a partir de la vinculación de dos enunciados, frente a los otros elementos con funciones próximas.

A modo de resumen, únicamente podemos indicar que deberíamos ser especialmente cuidadosos a la hora de utilizar e interpretar cualquiera de estos términos. No sólo es importante observar en cada caso el término genérico que se utiliza, sino también tener en cuenta qué adjetivo lo acompaña; así por ejemplo, lo que Portolés considera conectores, no es lo mismo que lo que Briz llama conectores pragmáticos, término este último de carácter más abarcador. Pero esta breve revisión de algunas de las etiquetas que se han utilizado para aludir a elementos de funciones similares no estaría completa si no dijéramos que en los últimos años una de las denominaciones está triunfando sobre las demás: “marcador discursivo”. La publicación de dos estudios sobre esta materia tiene, desde nuestro punto de vista, una importancia fundamental en la consolidación de este término. Nos referimos al manual de carácter introductorio coordinado por Martín Zorraquino y Montolío Durán en 1998, que recoge los marcos teóricos y las líneas de aplicación que se han mostrado más fecundas en la investigación sobre estos elementos, y que lleva por título *Los marcadores del discurso*, y al capítulo, que con ese mismo título figura en la *Gramática descriptiva de la lengua española*, cuya autoría corresponde a Martín Zorraquino y Portolés Lázaro.

Sin duda, la publicación de un capítulo dedicado a los marcadores del discurso dentro de la *Gramática descriptiva de la lengua española* nos parece importante esencialmente por dos motivos. Por un lado, los marcadores del discurso han dejado de ser “elementos residuales” y han pasado a constituir un capítulo independiente, de tal modo que el merecido protagonismo que en esta materia dio a Gili Gaya (1991 [1943]) el capítulo XXIV de su *Curso*, “Enlaces extraoracionales”, ha pasado a un discreto segundo plano: ya no es el único concebido exclusivamente para tratar “los recursos de que el idioma pueda valerse para dar expresión gramatical a relaciones que van más allá de la oración” (*op. cit.*: 326). En estos momentos, el protagonismo le corresponde al capítulo 63 de la *Gramática descriptiva de la lengua española*, “Los marcadores del discurso”, donde son objeto de un análisis pormenorizado. El generoso espacio que esta gramática les dedica —nada menos que 162 páginas— viene a compensar de alguna manera la escasa atención que en el pasado se les prestó. Por otro lado, consideramos que puede ayudar a poner algo de orden dentro de la maraña terminológica existente, porque inevitablemente será un punto de referencia fundamental para el que se inicie en el estudio de esta materia. En estos momentos, pues, podemos afirmar que el término “marcador discursivo”, aunque ajeno a nuestra tradición, parece que ha triunfado como término genérico. Desde nuestro punto de vista, la utilización de este término tiene ciertas ventajas: nos parece más adecuado que “conector”, por la relación de este último con las conjunciones coordinadas, y mejor que “partícula”, porque esta denominación remite tradicionalmente a elementos de distinto tipo, algunos de los cuales no pueden ser considerados elementos de enlace entre oraciones, enunciados u otras unidades de habla. Nos parece fundamental que se trate de una denominación que permita acoger a un amplio número de elementos, ya que cuanto más estrechos sean los límites del término empleado, más problemas presenta y más dudas surgen a la hora de clasificar ciertas expresiones. Así, por no poner más que un ejemplo, Fraser en un primer trabajo (1990: 388) incluye las formas *finally* y *to begin* dentro de los marcadores del discurso, que para él son sólo un subtipo dentro de los marcadores pragmáticos, en cambio, en un trabajo posterior (1996: 182), las considera marcadores pragmáticos de comentario. Con esto no pretendemos poner en entredicho la práctica de establecer varios grupos dentro de los marcadores del discurso, dándoles denominaciones diferentes; sólo pretendemos poner de relieve la importancia de la existencia de un término genérico.

En relación con la propuesta de Martín Zorraquino & Portolés Lázaro (1999), únicamente nos parece discutible el hacer depender el estatus de marcador de su grado de fijación:

Mientras que *por consiguiente* es un marcador del discurso, no lo es *por este motivo*. Ello se manifiesta en que el primero se encuentra gramaticalmente fijado —es un adverbio— (**por consiguientes*), mientras que *por este motivo* conserva su capacidad de flexión y de recibir especificadores y complementos (*hasta por estos pequeños motivos*). De acuerdo con esta propiedad de los marcadores, tampoco se estudiarán dentro del presente capítulo otros sintagmas que poseen un comportamiento gramatical semejante al de *por este moti-*

2. INTERJECCIONES Y MARCADORES DISCURSIVOS: DE LA GRAMÁTICA AL DISCURSO

vo, por ello, por eso, por esto, por esta razón, por esta causa, a causa de esto, etc. (op. cit: 1999: 4060).

No creemos que deban excluirse estas formas, porque, si bien es cierto que de alguna manera hay que poner límite a las expresiones que se describen en un capítulo de este tipo, dada la imposibilidad de incluirlas a todas, lo fundamental, desde nuestro punto de vista, es que, independientemente de sus características internas, puedan funcionar o funcionen como marcadores del discurso.

2.4. MARCADORES DEL DISCURSO E INTERJECCIONES: EL ARTE DE CONECTAR CON DISCRECIÓN

En el repaso bibliográfico que acabamos de esbozar, hemos procurado mostrar algunas de las unidades que los autores incluían dentro de cada uno de los términos presentados. Por lo general, cuanto más laxos sean los límites trazados para definir los distintos conceptos, “marcador discursivo”, “conector pragmático”, etc., mayores son las posibilidades de que se recojan ciertas interjecciones en las nóminas de estos elementos. Lo que sí parece claro es que dentro de las clasificaciones de los marcadores del discurso, las interjecciones se incluyen en aquellos apartados relacionados con la organización de la conversación, la coordinación entre el hablante y oyente en la monitorización de la toma de turnos, etc. Son los casos en los que las interjecciones se pueden analizar, como dice Ameka (1992a: 102), “in terms of their discourse marking function and hence have been called discourse markers”. Piénsese, por ejemplo, en los “conectores metadiscursivos” de Briz Gómez (1998) o en los “marcadores conversacionales” de Martín Zorraquino & Portolés Lázaro (1999)¹⁷. Así, Briz Gómez (1998: 203), a propósito de este tipo de conectores, señala que “tienen una función conectiva al articular dos unidades de habla (como los conectores argumentativos)”, sin embargo, “actúan más bien como transiciones de habla que hacen referencia esencialmente al control de la situación de habla, al control del mensaje por parte del hablante y al control mutuo que ejercen los participantes entre sí”¹⁸. También Redeker (1990), tras distinguir entre “marcadores de estructura ideacional” (*markers of ideational structure*) y “marcadores de estructura pragmática” (*markers of pragmatic structure*), incluye a las interjecciones en este último grupo¹⁹. Mientras que los marcadores de estruc-

¹⁷ Las interjecciones tienen cabida dentro de los llamados en la Escuela de Ginebra “marcadores de estructuración de la conversación” (*marqueurs de structuration de la conversation*). Vid. Auchlin (1981a y 1981b) y Roulet *et al.* (1991).

¹⁸ En este sentido, dice Ameka (1999: 215): “Some interjections may be used as discourse markers. That is, they may serve to mark the boundaries of discourse units (e.g., English *oh, ah*). Other interjections can function as interrogative tags (e.g., English *It's tasty, eh?*)”. Asimismo, Cuenca Ordinyana (2000: 38) señala que las interjecciones con función metalingüística son las que se usan como marcadores del discurso (*right, huh, eh*), éstas además poseen algunas veces un componente conativo o fático.

¹⁹ Se trata de una distinción muy próxima a la de Van Dijk (1979) entre conectores semánticos y pragmáticos.

tura ideacional establecen relaciones entre hechos denotados, los marcadores de estructura pragmática establecen relaciones retóricas o secuenciales²⁰. Así se refiere Redeker (1990: 373) a las interjecciones como un tipo de marcadores de la estructura pragmática:

Conjunctions are not the only kind of pragmatic discourse markers. Equally important in function and in frequency are interjections and comment clauses. Interjections that signal pragmatic relations include utterance-initial uses of *oh*, *all right*, *okay*, *anyway*, and *well* [...], as well as utterance-final tags like *okay?* or *right?* [...] Utterance-final interjections have a primary function of eliciting acknowledgement from the listener, but their regular location at the end of discourse unit gives them a secondary function as markers of unit boundaries.

Por consiguiente, parece que la habilitación de algunas interjecciones para funcionar como marcadores discursivos está ligada a la realización de determinadas funciones, que en ocasiones se juzgan como marginales, si se comparan con las que realizan otros como: *en consecuencia*, *sin embargo*, *en cambio*, *de hecho*, etc. De ahí que en el título de este apartado hablemos de “conectar con discreción”, inspirándonos en Halliday & Hasan (1976), quienes, tras distinguir cuatro tipos de relaciones conectivas (aditivas, adversativas, causales y temporales), realizadas fundamentalmente por distintos tipos de adverbios, conjunciones y frases preposicionales, se refieren a otros elementos conjuntivos, los continuativos, que, aunque no expresan ninguna de las relaciones conjuntivas identificadas con anterioridad, son usados con fuerza cohesiva en el texto (cf. 1976: 267). Concretamente aluden a seis partículas (*now*, *of course*, *well*, *anyway*, *surely*, *after all*), algunas de ellas interjecciones, que son elementos que poseen una menor fuerza cohesiva: “Continuatives of the kind just discussed are as it were subdued cohesives; they cohere by stealth” (1976: 271). Del mismo modo, Mederos (1988: 252) también dedica un último apartado a las continuativas: “Incluimos bajo este epígrafe varias expresiones residuales que no se dejan acomodar con facilidad en la clasificación establecida. Son expresiones de uso muy frecuente y que tienen un valor cohesivo interno”. Se incluyen dentro de las continuativas formas como *pues*, *bueno*, *bien* (*pues bien*, *ahora bien*). En síntesis, y en palabras de Pons Bordería (1998), estamos ante elementos que habría que situar en “la periferia de la conexión”.

Podría considerarse también significativo que las pocas líneas que en estos trabajos se dedican a discutir las posibilidades de las interjecciones para conectar enunciados se sitúen en posición final. Si en un apartado anterior de este trabajo nos referíamos a la cara gramatical de las interjecciones y veíamos que su estudio no estaba exento de pro-

²⁰ Dice Redeker (1990: 369) que “two discourse units are *ideationally related* if their utterance in the given context entails the speaker’s commitment to the existence of that relation in the world the discourse describes. Examples are: temporal sequence, elaboration, cause, reason, consequence, and so forth”. En cambio, dos unidades discursivas “are considered to be rhetorically related if the strongest relation is not between the states of affairs described in the two units, but rather between the utterances themselves or, to be more precise, between the beliefs and intentions motivating them. Examples are antithesis, concession, evidence, justification, conclusion, and so forth” (*op. cit.*: 1990: 369).

2. INTERJECCIONES Y MARCADORES DISCURSIVOS: DE LA GRAMÁTICA AL DISCURSO

blemas, ahora, al examinar su cara discursiva o pragmática, también nos encontramos con que algunos lingüistas muestran ciertas reticencias a la hora de agruparlas junto con otros elementos cuya función es básicamente la vinculación de distintas unidades de habla. Ciertamente, se trata de un fenómeno lingüístico que encuentra difícil acomodo tanto dentro de las descripciones de carácter gramatical, como dentro de las descripciones referidas a fenómenos de carácter pragmático. Prueba de las reticencias de los lingüistas es que *ah*, ejemplo prototípico de interjección (propia), no suele aparecer en los listados de marcadores del discurso. Sin embargo, en principio, desde un punto de vista funcional, nada parece justificar un tratamiento diferenciado de *ah* y *bueno* a la vista de los siguientes ejemplos:

(3)

A: Me parece sorprendente que no te haya dado los apuntes.

B: *Bueno*, no fue así exactamente. Él tampoco los tenía.

(4)

A: Me parece sorprendente que no te haya dado los apuntes.

B: *Ah*, no fue así exactamente. Él tampoco los tenía.

Tanto *bueno* como *ah* se utilizan para marcar recepción de mensaje y, además, cambio de turno conversacional. En ambos casos actúan como señales de apertura de un turno y sirven para mitigar una respuesta no preferida. Aunque acaso podamos postular una diferencia en el significado, en el sentido de que la aparición de *ah* parece que remite al proceso de comprensión, ello no justifica un tratamiento diferenciado. Si concedemos el estatus de marcador discursivo o conector pragmático a la forma *bueno* que aparece en (1), parece lógico concluir que *ah* en (2) desempeña idéntica función. Sin embargo, mientras que *bueno* figura prácticamente siempre en la relación de marcadores del discurso, no sucede lo mismo con *ah*. Igual ocurre en el siguiente par de ejemplos con las unidades *a todo esto*, lexema incluido dentro de la nómina de marcadores discursivos de digresión, y *ah*:

(5)

María ya estaba arriba, *a todo esto*, nadie sabía como había subido, y Jaime nos esperaba abajo.

(6)

María ya estaba arriba, *ah*, nadie sabía como había subido, y Jaime nos esperaba abajo.

En un determinado contexto y con unas determinadas características entonativas podemos decir que se trata de empleos discursivos próximos o prácticamente equivalentes.

En los apartados que siguen, revisaremos, en primer lugar, los rasgos que comparten los marcadores del discurso y las interjecciones, y, en segundo lugar, aludiremos a aquellos aspectos sobre los que podemos basar su diferenciación.

2.4.1. Características compartidas

Paradójicamente, y a pesar de que, como ya hemos dicho, su consideración como marcadores del discurso parece levantar sospechas, en cierta medida la historia de ambos fenómenos ha corrido paralela. La relación entre interjecciones y marcadores discursivos, aunque no en estos mismos términos, ya había sido puesta de manifiesto, por ejemplo, por Lenz (1935 [1920]: 85-86), quien vincula genéticamente la interjección con las “partículas enfáticas”, al dar a estas últimas el estatus de “parientes cercanos”:

Existe otra clase más de palabras que merece ocupar un lugar especial en la clasificación de las partes de la oración; son muy numerosas en algunas lenguas, tanto de alta como de baja cultura; en otras, como precisamente el castellano, escasas. Me refiero a lo que se ha llamado *partículas enfáticas*, que sirven para aumentar o rebajar el acento, la importancia que atribuimos a un elemento de la oración o a la idea expresada en conjunto. Estas palabras tienen el aspecto de fórmulas muy antiguas y primitivas, parientes cercanos de las interjecciones; otras veces se acercan a las conjunciones, sobre todo a las que en castellano se llaman conjunciones continuativas *pues*, *conque* (este último en Chile casi desconocido), o son adverbios y frases adverbiales que han perdido su significado primitivo, como *tan sólo* (en Chile *no más*), *sin embargo*, *no obstante*, *en verdad*, *propiamente*, *aun*, *además*, etc., o restos de frases con verbos, como *es que*, y equivalentes de oración, *sí que*, *verdad que*, etc. También fórmulas verbales, como *vamos*, *vaya*, *oye* (en Chile de preferencia *mire*, *mira*), desempeñan el mismo oficio.

Si observamos las formas que aparecen en esta cita, veremos que se trata de elementos que pueden considerarse marcadores del discurso. A la vista del fragmento presentado, podemos decir que las “partículas enfáticas” constituyen una clase de palabras o una categoría de límites difusos, puesto que tienen un “parecido de familia” con la interjección, las conjunciones, los adverbios, formas equivalentes a la oración, etc. Por consiguiente, no sólo están entre determinadas clases de palabras de dudoso estatus (conjunciones continuativas, esto es, conjunciones de funcionamiento especial; adverbios, cajón de sastre de la gramática), sino que también presentan puntos de contacto con las oraciones.

Por su parte Gili Gaya (1991 [1943]: 326) también se refiere a las interjecciones en el capítulo dedicado a los enlaces extraoracionales, afirmando que “en el habla afectiva, ciertas interjecciones y frases exclamativas que se completan, apoyan o contraponen entre sí” pueden desempeñar el mismo papel que algunas conjunciones y frases conjuntivas (*pues bien*, *por el contrario*, *con todo*, *en segundo lugar*, *por otra parte...*), esto es, establecer “un nexo de continuidad, contraste o distribución en el sentido general del razonamiento”. A juzgar por sus palabras, Gili Gaya no parece tener inconveniente en atribuir facultades conectivas o de enlace a algunas interjecciones.

2. INTERJECCIONES Y MARCADORES DISCURSIVOS: DE LA GRAMÁTICA AL DISCURSO

Beaugrande & Dressler (1997 [1981]: 127), aunque no incluyen dentro de los conectores a las interjecciones, consideran que en determinados casos pueden establecer las mismas funciones²¹:

Tan probable es que los conectores sean simplemente un detalle de cortesía del productor con respecto al receptor, para ayudarle a realizar una recepción eficiente del texto, como que ayuden de manera eficaz al productor textual durante la organización y la presentación del mundo textual [...] Los conectores pueden sugerir e, incluso en ocasiones, imponer, una determinada interpretación a las secuencias afectadas, aunque, bien es verdad, no siempre aparecen en todas las transiciones entre todos los acontecimientos y situaciones que concurren en un mundo textual. En apariencia, al menos, puede suponerse que una manera de elevar el nivel de *informatividad* de un texto es no usar conectores, o al menos no utilizarlos de manera continuada. En cualquier caso, existen otras categorías que pueden satisfacer las mismas funciones, por ejemplo las formas verbales causativas o mediante la inserción de interjecciones.

Lo cierto es que existen bastantes coincidencias en la definición de las interjecciones y de los marcadores del discurso. Si, por ejemplo, revisamos las características básicas que, según Hölker (*apud* Jucker 1993: 436), posee un marcador discursivo²², veremos que también la interjección las posee:

1. No debe afectar a las condiciones de verdad de un enunciado.
2. No debe añadir nada al contenido proposicional de un enunciado.
3. Se relaciona con la situación discursiva y no con la situación sobre la que se habla.
4. Tiene una función emotiva o expresiva más que una referencial, denotativa o cognitiva.

Y todavía podemos añadir algunas más que hacen que la aproximación entre ambos fenómenos sea aún mayor. Así, atendiendo a los distintos planos de la descripción lingüística, las características definitorias de las interjecciones son: en el plano morfológico, la posibilidad de funcionar como interjecciones formas pertenecientes a distintas ca-

²¹ Kryk (1992: 196) indica que las interjecciones comparten algunas propiedades con partículas discursivas, expletivos, etc.: "They are short expressions, usually isolated from the propositional content of the utterance, but expressing the attitude of the speaker towards his utterance. In this sense they function like discourse particles, expletives, etc. Compare the following: Oops / Shit / Well, I've dropped something again!".

²² Schiffrin (1987: 328) también se refiere a las condiciones específicas que permiten a una expresión ser usada como marcador discursivo: "It has to be syntactically detachable from a sentence; it has to be commonly used in initial position of an utterance; it has to have a range of prosodic contours, eg. tonic stress and followed by a pause, phonological reduction; it has to be able to operate at both local and global levels of discourse, and on different planes of discourse, this means that it either has to have no meaning, a vague meaning, or to be reflexive (of the language, of the speaker)".

tegorías gramaticales, piénsese en las interjecciones impropias; en el plano del significado, la variedad de sentidos que pueden tener, que en ocasiones hace muy complicado cualquier intento de clasificación; en el plano sintáctico, la ausencia de integración en la estructura sintáctica de la oración, ya que se presentan separadas de los enunciados a los que se refieren, constituyendo por sí mismas una unidad entonativa²³ y ocupando, por lo general, posición inicial. Si ahora pasamos revista a los marcadores del discurso teniendo en cuenta estos tres planos, el resultado es muy parecido.

Se trata de un hecho cuando menos curioso el que las características de una categoría supuestamente gramatical puedan coincidir con las de un fenómeno de carácter pragmático o discursivo. Se puede decir que necesariamente han de compartir ciertos rasgos, si se admite que las interjecciones pueden funcionar como marcadores del discurso, del mismo modo que otras categorías gramaticales también se comportan de un determinado modo, cuando su tarea pasa a ser la de vincular o encadenar unidades de habla (conjunciones, adverbios, etc.). Pero sin embargo, a diferencia de la interjección, el comportamiento de las conjunciones y adverbios, cuando no funcionan como marcadores, es distinto; así, sin ir más lejos, un adverbio como *bien*, mientras que en *Lo hizo bien* tiene una lectura descriptiva, esto es, tiene significado conceptual y está integrado dentro de la estructura sintáctica de la oración modificando a un verbo, en *Bien, no sé de qué estábamos hablando*, posee un significado no descriptivo, pragmático o procedimental y no desempeña ningún papel en la oración. En cambio, a simple vista, las características de las interjecciones y las de los marcadores presentan, como acabamos de ver, un grado bastante elevado de coincidencias.

2.4.2. Características diferenciadoras

A pesar de que comparten un número importante de rasgos, es evidente que no parece adecuado identificar interjecciones y marcadores del discurso, pues está claro que no todas las interjecciones pueden funcionar como marcadores del discurso, pensemos, por ejemplo, en el *¡ay!* que emitimos tras darnos un golpe. A la hora de diferenciar las interjecciones y los marcadores del discurso, normalmente se suele poner énfasis sobre dos de los rasgos definitorios de la categoría interjección: autonomía (sintáctica y significativa) y contorno de entonación exclamativo. La interjección constituye convencionalmente un enunciado por sí misma, esto es, no necesita ir acompañada de otro enunciado, y por lo general se emite con intensidad y tono elevado, por este motivo se representa gráficamente entre signos de admiración. De ahí que, en principio, podamos suponer que la aproximación entre ambos fenómenos se producirá, por un lado, en los casos en los que la interjección no sea el único constituyente de un turno de habla, sino que vaya seguida de un

²³ Alcina Franch & Blecua (1975: 825) dicen a este respecto: “Según se ha dicho, la interjección forma unidad melódica que se separa en el escrito por coma, punto y coma o punto. Aparece, generalmente, al frente del enunciado o en situación parentética, subrayando el sentido de la frase, vocativo u oración. Cuando va dentro de la frase o enunciado constituye un paréntesis”.

2. INTERJECCIONES Y MARCADORES DISCURSIVOS: DE LA GRAMÁTICA AL DISCURSO

enunciado, y, por otro, donde se registre una pérdida de intensidad tonal y acentual (*vid.* por ejemplo, Cuenca Ordinyana 1996: 220). A continuación revisaremos si la consideración de una interjección como marcador del discurso ha de estar condicionada por estas dos características.

La autonomía significativa de las interjecciones es, por ejemplo, el argumento que utiliza Fraser (1990) para distinguirlas de los marcadores del discurso. Fraser (1990: 391) afirma que el significado de la interjección y el de los marcadores del discurso es significativamente diferente: “An interjection is not part of a sentence but is an entirely separate ‘sentence’, an expression (usually but not always a single word) which encodes an entire basic message typically involving the speaker’s emotional state. As such, they are simply pragmatic idioms”.

Antes de seguir adelante conviene advertir que lo que Fraser denomina “marcador del discurso” es, en realidad, un tipo de marcador pragmático²⁴, es decir, el concepto de marcador discursivo que él maneja es mucho más restrictivo que el de Martín Zorraquino & Portolés Lázaro (1999). Según este autor, la definición de los marcadores del discurso como una clase de expresiones, que señalan cómo pretende el hablante que se relacione el mensaje básico que emitirá a continuación con el discurso anterior, excluye ciertas formas a menudo consideradas miembros de esta clase (cf. Fraser 1990: 392). En concreto se refiere a *oh*. Para Fraser, en ejemplos como *¡Oh! (oh!)* y *Oh, no lo sabía (Oh, I didn’t know that)*, la interjección transmite un mensaje que se podría parafrasear de la siguiente manera: ‘I acknowledge receipt of an unanticipated previous message’. Además *oh* puede por sí misma constituir un mensaje completo. Por tanto, y según Fraser, no señala una relación discursiva, rasgo determinante para que una unidad se pueda considerar un marcador discursivo.

Una vez más aquí hemos de hacer frente a la confusión terminológica a la que nos referíamos más arriba, y es que, aunque Fraser no esté de acuerdo con los que incluyen esta expresión dentro de la nómina de marcadores discursivos, no todo el mundo utiliza este término con el sentido que él le otorga. Así, por ejemplo, es probable que las críticas

²⁴ Según Fraser, el componente no proposicional del significado de la oración puede ser analizado en diferentes tipos de señales que denomina “marcadores pragmáticos”: “These pragmatic markers, taken to be separate and distinct from the propositional content of the sentence, are the linguistically encoded clues which signal the speaker’s potential communicative intentions” (1996: 168). Fraser (1996: 168-169), quien incluye dentro de su clasificación distintos procedimientos no sólo de carácter léxico, sino también de carácter estructural, como el modo de las oraciones, distingue cuatro tipos de marcadores pragmáticos que contienen mensajes con distintos tipos de significados que se añaden al mensaje básico: marcadores básicos (*basic markers*), marcadores de comentario (*commentary markers*), marcadores paralelos (*parallel markers*) y marcadores del discurso (*discourse markers*). Así explica este autor esta distinción: “To summarize to this point, a basic marker signals the force of the basic message, a commentary marker signals a message which comments on the basic message, a parallel marker signals a message in addition to the basic message, and a discourse marker signals the relationship of the basic message to the foregoing discourse” (*op. cit.*: 169).

de Fraser vayan dirigidas, entre otros, a Schifffrin (1987), quien en su libro dedicado a la descripción de marcadores del discurso incluye *oh*. Sin embargo, esta inclusión se justifica si observamos la definición de marcador del discurso de Schifffrin (1987: 31) "I operationally define markers as sequentially dependent elements which bracket units of talk"²⁵.

Desde nuestro punto de vista, aunque no le falta razón a Fraser cuando insiste en la necesidad de no confundir marcadores del discurso e interjecciones, pues es evidente que no todas las interjecciones pueden funcionar como marcadores, es más, su equiparación supondría desvirtuar ambos conceptos, sin embargo, creemos que los argumentos sobre los que sustenta su diferenciación deben ser revisados. Entre otras cuestiones, no consideramos que el modo de significar de las interjecciones sea esencialmente diferente del de los marcadores del discurso, ya que tanto unas como los otros poseen un significado no descriptivo o, si preferimos, no proposicional, como ya hemos señalado y como veremos con más detenimiento en el capítulo 4 de este trabajo; además, el que las interjecciones tengan la capacidad de constituir un enunciado por sí mismas no significa que posean un significado proposicional, de ahí que, como dijimos, no consideremos acertada la equiparación de la interjección a la oración. En cualquier caso, la exclusión de *oh* de la nómina de marcadores del discurso parece perder fuerza, si examinamos el siguiente ejemplo en el que *well* se considera un marcador del discurso (Fraser 1990: 388):

- (7)
A: I want another candy.
B: *Well*, there are six left.

A propósito de este ejemplo comenta Fraser que *well* funciona como un marcador discursivo, que señala que a continuación se producirá una disonancia (cf. *op. cit.*: 388-389). Pero si en este ejemplo reemplazamos la intervención de B por otra como

- (8)
A: I want another candy.
B: *Oh*, there are six left.

podemos decir que *oh* también indica que se producirá cierta disonancia. Cuando menos, y a falta de más información, podemos afirmar que en lo que Fraser subraya a propósito de *oh* hay cierta ambigüedad; no sabemos si decide automáticamente no considerar marcadores del discurso a todos los empleos de *oh* o sólo a algunos. Aunque, en realidad, nuestras dudas disminuyen si consideramos lo mencionado en un trabajo anterior: "Interjections differ significantly from discourse markers: they do not signal a comment on the current utterance" (cf. Fraser 1988: 25), y si tenemos en cuenta que *oh* se excluye sistemáticamente de todas las listas de marcadores del discurso que ofrece. Lo que sí podemos decir a la vista de los ejemplos examinados es que no parece muy conveniente excluir *oh*.

²⁵ Una definición de características similares es la que propone Hölker (1989: 84): "By 'marqueur' I mean an expression that has the function of marking/characterizing the rôle/function of an utterance within a co- or context".

e incluir *well* (forma que en los diccionarios aparece registrada como interjección). Además, *well* también se puede emplear como único constituyente de un enunciado.

Otra partícula de características similares a las anteriores es *ok* (*vale*). A propósito de esta forma, Fraser (1996: 176, n. 11) afirma que se utiliza como marcador del discurso, cuando señala la intención de reorientar la conversación en marcha. De ello podemos deducir que si *oh* se puede utilizar con sentido similar, también podremos considerarlo un marcador discursivo. Precisamente, Schiffrin (1987: 86) se refiere a casos en los que *oh* puede aparecer en respuestas “when a question forces an answerer to reorient him/herself to information”. Veamos el siguiente par de ejemplos:

- (9)
A: ¿Nunca sospechaste de sus intenciones?
B: No quiero seguir hablando del tema.
A: *Vale*, ¿qué vas a hacer mañana?

- (10)
A: ¿Nunca sospechaste de sus intenciones?
B: No quiero seguir hablando del tema.
A: *Oh*, ¿qué vas a hacer mañana?

Estas expresiones anticipan una reorientación de la información, aunque el hablante a través de cada una de ellas parece comunicar una actitud diferente. Así, *oh*, a diferencia de *vale*, señala recepción de información no esperada y cierta contrariedad de A ante la respuesta de B a la pregunta anterior. De cualquier forma, la relación que *vale* establece entre la intervención de A y la intervención de B es similar a la que establece *oh*. Si hablamos de funciones o tareas discursivas, no nos queda más que reconocer que la función de estas unidades es muy similar.

El propósito de revisar con detenimiento las decisiones de Fraser de incluir o excluir algunos elementos de la nómina de marcadores del discurso no es otro que mostrar la dificultad de mantener separadas ambas categorías, pues la exclusión sistemática de *oh* produce ciertas inconsistencias a lo largo de su trabajo. La capacidad de las interjecciones de poder aparecer como único constituyente de un enunciado puede, sin duda, ser un criterio determinante que nos lleve a diferenciarlas de los marcadores. Como ya hemos explicado, es importante no caer en el error de pensar que si las interjecciones pueden funcionar de manera autónoma es porque equivalen a una oración. Recordemos que las interjecciones no tienen contenido proposicional, pero tienen fuerza ilocutiva, de ahí que puedan constituir un acto de habla. En definitiva, es lógico suponer que si una interjección funciona como elemento de enlace, necesariamente tenga que enlazar algo, tenga que unir dos partes. Así, Ameka (1992a: 105) señala que, cuando la interjección acompaña a un enunciado, es donde conectores (o marcadores) e interjecciones se relacionan; esto es, los casos en los que acompaña a un enunciado se acercan a los miembros prototípicos de la categoría de los marcadores discursivos. En cambio, cuando son el único constituyente de un enunciado, la relación parece más dudosa. Ameka (1992a: 105) propone los siguientes ejemplos:

- (11)
Oh, tengo otro traje (*Oh, I have another suit*).
(12)
Y, tengo otro traje (*And, I have another suit*).
(13)
¡Oh! (*Oh!*).
(14)
?? Y (*And*).

y señala que, aunque *oh* e *y* (*and*) pueden ocupar huecos estructurales similares en el primer par de ejemplos, la conjunción no puede aparecer sola en un enunciado, a no ser que se utilice elípticamente. Por esta razón *y* no es una interjección. Si *y* fuese utilizada como un enunciado elíptico, llevaría generalmente una entonación ascendente señalando que se trata de un enunciado incompleto. De este modo, los interlocutores interpretarían que el hablante tiene algo más que añadir o quiere que el destinatario diga algo más en relación con lo que acaba de decir (cf. Ameka 1992a: 105).

En este sentido, Calvo Pérez (1997: 87), refiriéndose a las diferencias entre *¡ah!* y *pero* o entre *¡huy!* y *aunque*, señala que “los extremos de generación categorial que se perfilan entre interjección y nexos también se tocan —de ahí su confusión—, pero la distancia entre ambos es igualmente infinita: los nexos no son nada sin lo que unen, las interjecciones son prácticamente todo en sí mismas, por más que a veces comiencen y hasta parezcan unir (o unan de hecho en el límite) enunciados”.

El problema que surge, si condicionamos el papel de marcador de la interjección a aquellos casos en los que va acompañada de un enunciado, es que podemos llegar a tener análisis poco coherentes. Aunque sea cierto que las conjunciones que funcionan como marcadores no pueden aparecer solas, como tampoco lo pueden hacer la mayoría de los adverbios que funcionan como marcadores del discurso (*vid.* Portolés 1988: 68), cabe realizar algunas matizaciones al respecto. Así, uno de los firmes candidatos a aparecer dentro de la nómina de marcadores del discurso es *en fin* que, cuando funciona como marcador de cierre que señala resignación por parte del hablante, aparece con frecuencia sin un enunciado que lo siga (cf. Vázquez Veiga 1994-1995). Compárese:

- (15)
No tiene solución, *en fin* no podemos hacer nada.
(16)
No tiene solución, *en fin*...

A propósito de estos ejemplos, de seguir el criterio de Ameka y Fraser, tendríamos que decir que en el primer caso *en fin* funciona como un marcador del discurso y, en el segundo, no, o lo que es lo mismo, decir que en (15) es un marcador discursivo y en (16) una interjección. Alternativamente, en el caso de que considerásemos que en las dos ocurrencias de *en fin* funciona como un marcador discursivo, tendríamos que admitir, según Ameka y Fraser, que en (16) se usa elípticamente. Y lo mismo sucede con los siguientes

2. INTERJECCIONES Y MARCADORES DISCURSIVOS:
DE LA GRAMÁTICA AL DISCURSO

ejemplos, habría que decir que en (17) *ah* funciona como marcador y que en (18) lo hace como interjección:

(17)

A: Íbamos solo tres en el coche.

B: *Ah*, ya te entiendo.

A: Entonces nos paró la policía.

B: ¿Y pagaste la multa?

(18)

A: Íbamos solo tres en el coche.

B: *Ah*.

A: Entonces nos paró la policía.

B: ¿Y pagaste la multa?

A pesar de que hayamos ejemplificado con una expresión, como *en fin*, cuyo empleo sin un segmento de habla que lo siga es muy generalizado, dudamos de la conveniencia de explicar el cambio de naturaleza de una forma en función de la posibilidad de aparecer o no como único constituyente del enunciado²⁶. Creemos que si *ah* es marcador en (17) también lo ha de ser en (18). Su producción en ambos casos está vinculada con la realización de diversas tareas metadiscursivas, relacionadas esencialmente con el control de la interacción en distintos niveles: toma de turno y recepción de la información. Lo que ocurre es que, como decíamos al principio, su capacidad para “enlazar” la hemos de tomar en un sentido laxo, pues enlazan con discreción, a veces no enlazan enunciados, sino que vinculan unidades conversacionales de distinta índole: intervenciones, actos, movimientos, etc. Por tanto, aunque en los casos en que las interjecciones van seguidas de enunciados se parecen más a los marcadores, hemos de decir que, desde nuestro punto de vista, lo realmente relevante no es que puedan aparecer solas o no, sino que tengan una función discursiva, entendida en sentido amplio; función discursiva que tiene otra manifestación formal: la frecuente pérdida de entonación enfática.

Alarcos Llorach (1994: 240) señalaba que los enunciados interjectivos tanto simples como compuestos tienen un rasgo común que “consiste en el contorno de entonación exclamativo; lo cual concuerda con la intención comunicativa de aquellos, a saber, la expresión de las actitudes, los sentimientos y las sensaciones del hablante, así como también la apelación al oyente”. Sin embargo, basta con escuchar unos minutos de una grabación para observar que no todas las interjecciones se emiten con tono alto y con con-

²⁶ Sobre esta cuestión, *vid.* Blas Arroyo (1995: 98), quien tampoco parece partidario de negar el estatus de marcador discursivo a la interjección *eh*, cuando funciona como único constituyente de un enunciado. Concretamente, sus reflexiones son fruto del análisis de un ejemplo en que ¿*eh*? es el único constituyente de la intervención de uno de los participantes: “Recuérdese cómo para algunos lingüistas, al menos cuando la interjección puede aparecer como unidad equivalente a una oración, no podríamos hablar en puridad de verdaderos marcadores discursivos. No obstante los argumentos anteriores no nos parecen razones suficientes para descartar la posibilidad de un análisis de la interjección como marcador discursivo, incluso en este contexto”.

torno melódico descendente, y esto es especialmente frecuente en los casos en los que su función está ligada, por ejemplo, con la segmentación de unidades comunicativas en la conversación, con el reparto de turnos de habla, etc., esto es, cuando las funciones discursivas parecen superponerse a la expresión de los sentimientos del hablante. Rojas (1981: 39), aunque no habla específicamente de marcadores discursivos, sí señala que, cuando las interjecciones tienen función fática como en *Ah, ya comprendo* o en *Ajá, está bien* se oyen con frecuencia sin ningún refuerzo:

Las características en que coinciden todas las formas primarias y las llamadas derivadas, son las de la intensidad acentual y tonal, y la de ir acompañadas gráficamente por signos de admiración. Sin embargo, estas marcas son más obligatorias quizás en el empleo de las interjecciones derivadas, donde justamente el rasgo que las distingue como tales es el de mayor expresividad. En cambio, en el caso de las primarias, muchas veces su uso no revela tanta intensidad acentual ni tonal.

El estudio de las interjecciones en corpus orales ha hecho que se debilite la ecuación “interjección = entonación exclamativa”, como tendremos ocasión de ver con más detalle en el capítulo dedicado a los marcadores de recepción. No obstante, el que la pérdida de entonación enfática sea bastante frecuente en los casos en los que tienen una tarea discursiva no significa que se tenga que producir necesariamente. Por ejemplo, sí es habitual que *ah* utilizada simplemente como señal de recepción adecuada de la información no vaya acompañada de entonación enfática, en cambio, no lo es en el caso de *¡ah!* como señal de ocurrencia repentina, con un sentido próximo al de ciertos marcadores de digresión (*por cierto, a todo esto...*), donde el componente de ‘llamada de atención’ al interlocutor juega un papel fundamental.

A modo de resumen únicamente nos gustaría indicar que quizá podamos añadir otra clasificación a las ya existentes de la interjección, teniendo en cuenta que la posibilidad de funcionar como marcadores del discurso lleva aparejada una pérdida en mayor o menor medida de su expresividad. Por ejemplo, la distinción de Ferrari (1983: 57-58) entre “interjecciones débiles”, de uso retórico y convencional, e “interjecciones fuertes”, caracterizadas por una mayor espontaneidad y expresividad, aunque en algunos puntos necesite ser matizada, como cuando habla de “simples elementos de relleno”, recoge de alguna manera esta idea:

Las interjecciones débiles, a fuerza de utilizarse en circunstancias que las despojan de su valor de espontaneidad y afectividad, pueden convertirse en simples elementos de relleno, “tics” del lenguaje [...]. La interjección se convierte así en una muletilla. Frente a ellas llamamos “interjecciones fuertes” no precisamente a las palabrotas, sino a aquellas palabras que conservan plenamente su valor de exclamación espontánea y que responden de manera inmediata a la irrupción de un estado de dolor, alegría, tristeza, sorpresa, etc.

En definitiva, y por el momento —sobre todas estas cuestiones volveremos cuando analicemos el comportamiento de los marcadores de recepción—, podemos decir que la pérdida de significado expresivo en algunas de las interjecciones viene compensada por una mayor especialización en distintas tareas metacomunicativas o metadiscursivas, diri-

gidas, en palabras de Briz Gómez (1998:206-207), “por un lado, al control y organización del mensaje conforme fluye o, por otro, al control de los paleles comunicativos y del contacto entre los participantes de la enunciación y de éstos con el mensaje”.

2.5. MARCADORES DEL DISCURSO E INTERJECCIONES: ¿CATEGORÍAS PRAGMÁTICAS?

Llegados a este punto, podemos preguntarnos si las características que los marcadores del discurso comparten con las interjecciones son suficientes como para defender su integración dentro de una misma clase de palabras. Esto no habría de conducir necesariamente a identificar ambos fenómenos, pues del mismo modo que dentro del adverbio tienen cabida unidades tan dispares como *hoy* y *sí*, también la categoría interjección podría incluir formas como *en resumen*, *por consiguiente*, *por cierto*, *bueno*, *uy*, etc. La solución consistiría en establecer distintos tipos o subtipos de interjecciones: unos, por ejemplo, especializados en la expresión de los sentimientos del hablante, otros, en la relación entre el hablante y su discurso, etc. Y siguiendo con este razonamiento, también podríamos postular la inclusión de esta macrocategoría interjección dentro del adverbio, al igual que hacían los griegos, pues como hemos visto también los marcadores del discurso presentan ciertas afinidades con algunos tipos de adverbio. Si seguimos el primer camino y mantenemos el número de clases de palabras, entrarían a formar parte de la interjección unidades como *no obstante*, *sin embargo* y *por consiguiente*, que pocos rasgos comparten con sus elementos prototípicos; y si apostamos por una reducción del número de clases de palabras, lo único que haremos será crear más confusión dentro de una de las categorías que difícilmente conseguirá deshacerse del apelativo de “cajón de sastre” de la gramática, nos referimos, claro está, al adverbio. Ninguna de estas soluciones parece, pues, satisfactoria.

Otra posibilidad es dejar las cosas como están, es decir, considerar la interjección como una clase de palabras y habilitar una nueva, para acoger a los marcadores del discurso. Recordemos que Lenz (1935 [1920]: 85-86), refiriéndose a las partículas enfáticas, mencionaba explícitamente la necesidad de crear una nueva categoría gramatical o un nuevo tipo de clase de palabras donde incluir estos elementos: “Existe otra clase más de palabras que merece ocupar un lugar especial en la clasificación de las partes de la oración”. Aparte de la conveniencia o no de hablar en este caso de “partes de la oración”, ya que en su mayoría son elementos que no se integran en la estructura sintáctica de la oración, la creación de una nueva clase de palabras supondría partir de unos principios de constitución distintos de los establecidos para definir las ya existentes. Si bien es cierto que los rasgos definitorios de la categoría interjección difieren de los de las restantes clases de palabras, también lo es el que ésta sea una de las razones que le han hecho ganar los calificativos de “residual” o “marginal”. Dudamos, pues, de la conveniencia de crear una nueva clase de palabras desde los mismos presupuestos que están en la base de las tradicionalmente consolidadas; téngase en cuenta que dentro del concepto de “marcador

del discurso” tienen cabida elementos de naturaleza bien diferente, como señala Martín Zorraquino (1998: 26), “pretender establecer una relación biunívoca entre el término *marcador del discurso* y una categoría gramatical determinada es algo así como intentar ajustar el término *deíctico* —“los deícticos”— a una sola clase de palabra”.

Quizá la labor de remodelación que han de llevar a cabo los gramáticos no deba efectuarse en el “edificio” de las clases de palabras, aumentando una planta o remodelando una de las ya existentes, sino que deba orientarse a la construcción de un nuevo edificio sustentado sobre otro tipo de cimientos, que permita la entrada de nuevos materiales tradicionalmente excluidos —al menos de manera explícita— del ámbito de la gramática. Desde nuestro punto de vista, las categorías pragmáticas deberían acompañar a las gramaticales a la hora de estudiar el hecho lingüístico, lo cual también podría llevar a un tratamiento más adecuado de la interjección.

2.5.1. ¿Dentro o fuera de los límites de las categorías gramaticales?

Decantarse por cualquiera de las soluciones propuestas anteriormente acarrea un importante número de dificultades. La consideración de los marcadores del discurso como una categoría gramatical, tal y como hace Zwicky (1985), no está exenta de problemas, pues su propuesta parte de una identificación entre marcadores del discurso e interjecciones —a la vista de lo cual la insistencia de Fraser (1996) sobre la importancia de no confundir ambos fenómenos parece estar plenamente justificada. Así, Zwicky (1985) señala que los marcadores del discurso son una categoría gramatical de cierta importancia que han sido tradicionalmente incluidos entre las partículas. Sin embargo, considera que las lenguas no poseen partículas, sino que poseen palabras pertenecientes a categorías sintácticas, clíticos y afijos, y puesto que los marcadores del discurso son palabras, han de pertenecer a una determinada categoría sintáctica, al no existir palabras acategoriales:

Within the great collection of things that have been labeled ‘particles’, we find at least one grammatically significant class of items, in English and in languages generally. These have been variously termed ‘discourse particles’ and ‘interjections’; here I will call them ‘discourse markers’. On the grounds of distribution, prosody, and meaning, discourse markers can be seen to form a class (*op. cit.*: 302-303).

A juzgar por la lista de marcadores del discurso que propone, observamos que un buen número de ellos son interjecciones: *well, hey, okay, oh, yes, like, y’know, no, uh, now, say, why, look, listen y please* (cf. Zwicky 1985: 303). Por razones distribucionales, agrupa con estos marcadores la clase tradicional de interjecciones exclamativas (*exclamatory interjections*) del inglés: *ouch, boy, gosh, holy cow, wow, my goodness, dear me y hell* (*ibíd.*). Además, por lo que señala más adelante podemos concluir que o bien identifica marcadores del discurso e interjecciones, o bien considera que los marcadores del discurso incluyen la clase tradicional de las interjecciones: “The special characteristics of discourse markers have long been recognized. Traditional grammars of many languages distinguish a class of interjections, and detailed grammars based on distributional analysis

2. INTERJECCIONES Y MARCADORES DISCURSIVOS:
DE LA GRAMÁTICA AL DISCURSO

(like Fries 1952 for English) must separate discourse markers from other function words” (*ibíd.*).

En realidad, se trata de una posición algo confusa, motivada por un desajuste terminológico (equiparación de marcadores del discurso e interjecciones). Si el coste que se ha de pagar al excluirlas del grupo de las partículas supone reajustar los elementos que funcionan como marcadores dentro de una de las clases de palabras existentes, no creemos que resulte rentable asumirlo. No obstante, existen argumentos que podrían avalar este intento de integración; téngase en cuenta, por ejemplo, que la reubicación categorial que sufren algunas formas, como resultado del proceso de pragmatización²⁷ que experimentan, se produce dentro de la clase de las interjecciones. No tenemos más que consultar un diccionario para observar que los sentidos de *bueno* y *hombre*, que tienen una función discursiva, se registran bajo la categoría interjección, pero, ojo, también figuran otros sentidos no vinculados a tareas discursivas o metadiscursivas. Creemos, pues, que es preferible mantener diferenciados ambos fenómenos, interjección y marcadores del discurso, y aceptar la categoría gramatical que generalmente se les asigna, pese a que esta asignación se realice la mayor parte de las veces de una manera un tanto arbitraria. En suma, dar entrada al conjunto heterogéneo de elementos que caen bajo la denominación de “marcadores del discurso” en la gramática de una lengua por la puerta de las categorías gramaticales no ayuda, desde nuestro punto de vista, a comprender mejor su naturaleza.

Dejando a un lado el intento de encajar estos elementos dentro de las categorías gramaticales, Christidis (1990), quien critica el afán de Zwicky (1985) por mostrar que las lenguas no contienen partículas sino palabras que pertenecen a categorías sintácticas, clífticos y afijos, considera que los marcadores del discurso son “holofrases”. La holofrase²⁸ es una categoría de límites claramente borrosos, una proto-categoría, resistente a categorizarse en términos de las categorías sintácticas generales. A diferencia de Zwicky, quien considera a los marcadores del discurso (= interjecciones) palabras independientes, Christidis señala que las interjecciones no son realmente palabras, sino holofrases. El que se hayan descrito como “oraciones menores” (Bloomfield 1933), “equivalentes de oraciones enteras” (Sasse 1987) o como “enunciados de respuesta completos” (Fries 1952) representa, según él, variantes terminológicas que intentan captar la naturaleza holofrástica de estos elementos: “They attempt, that is, to capture the fact that here we are

²⁷ La pérdida de significado léxico que se produce como consecuencia de este proceso de pragmatización va unida a un incremento de significado pragmático (*vid.*, por ejemplo, Traugott & König 1991).

²⁸ Este término lo toma prestado de la bibliografía sobre adquisición lingüística. Christidis (1990: 67) dice que “it refers to the pre-syntactic, single ‘word’ utterances of children aged between 9 and 18 months”. Especifica que generalmente se considera que estos elementos contienen oraciones completas o que subyacentes a ellos se encuentran oraciones completas. Christidis aclara que no comparte esta visión y que no usa el término holofrase con este sentido, sino que lo emplea para dar cuenta de la naturaleza indiferenciada de algunos elementos tanto de la lengua de los niños como de los adultos (*ibíd.*).

dealing with ‘primitive’, (relatively) formless, pre-syntactic expressions which cannot be categorized either as words or as sentences and, thus represent a ‘blurring’ of the distinction between ‘word’ and ‘sentence’” (1990: 70). Además, sugiere que ese contorno desdibujado y su carácter borroso lleva a Zwicky a analizarlas como palabras. Como consecuencia de esta decisión descriptiva, se elimina, según Christidis, el área borrosa existente entre los límites no discretos de las categorías palabra y oración.

Christidis presta atención a las relaciones de parentesco de los marcadores del discurso con otras categorías. En concreto, se detiene a observar su vinculación con los adverbios oracionales, por su parentesco o proximidad, como ya había señalado Zwicky al final de su artículo, con los marcadores del discurso²⁹. Selecciona los marcadores del discurso *yes* y *no*, que parecen firmes candidatos a engrosar las listas de los adverbios oracionales. Presentamos a continuación una versión traducida de los ejemplos que propone (cf. *op. cit.*: 71):

(19)

¿Vas a ir a Atenas?

a. *Sí*.

b. *Sí*, voy a ir.

c. *Sí*, probablemente.

d. Probablemente *sí* / Probablemente *no*.

e. *Sí*, por supuesto.

(20)

**Evidentemente Juan probablemente se fue.*

Los supuestos adverbios oracionales *sí* y *no* funcionan de forma diferente a otros miembros de esa categoría: ni pueden aparecer con adverbios oracionales de la misma clase semántica (19c-e), al violar una bien conocida restricción como en (20), ni ser modificados por un adverbio oracional (19d). Christidis (1990: 71) señala que “the cost of analysing them as sentence adverbials, even in the mitigated form that the expressions ‘affinity’, ‘subtype of’ or ‘kinship’ implies, amounts, essentially, to reducing to vacuity the notion ‘sentence adverbial’”.

Para Christidis (1990: 71-72) todas estas complicaciones desaparecen si adoptamos la visión de que las interjecciones completivas *yes*, *no* (y otros elementos menos gramaticalizados que Zwicky incluye en la clase de marcadores del discurso: *hey*, *wow*, *yeah*, *aha*, *ouch*, *uh?*, etc.) no son palabras o componentes de oración, sino holofrases. La naturaleza híbrida de *yes* y *no* explica por qué, al igual que las oraciones, pueden coocurrir con los adverbios oracionales; por qué, como las palabras, pueden ser modificadas por adjetivos —pueden aparecer en construcciones como un *sí inconsciente* / un *no caprichoso* (a positive *no* / a positive *yes*). El hecho de que *yes* y *no* puedan ser traducidas en lenguaje proposicional (la respuesta es positiva / la respuesta es negativa), y que, por

²⁹ Zwicky (1985: 304) señala: “There is much more to be said about discourse markers, their subtypes, and their affinities with other syntactic categories (in particular, with sentence adverbial)”.

2. INTERJECCIONES Y MARCADORES DISCURSIVOS: DE LA GRAMÁTICA AL DISCURSO

tanto, estructuras no proposicionales tengan equivalentes proposicionales, indica que no son palabras sino holofrases (“holistic ‘ancestors’ of propositional language”). Este autor intenta mostrar que los marcadores del discurso a los que se refiere Zwicky son partículas que ni son palabras ni oraciones, sino que son holofrases. Esto explica la dificultad de incluirlos dentro de las categorías habituales. A propósito de que se hayan etiquetado o bien como palabras o bien como oraciones, dice que de ese modo se fuerza “a semblance of categorial discreteness which is alien to their nature” (1990: 75). Es importante señalar que no todos los miembros que se incluyen dentro de la holofrase son idénticos, sino que considera que la estructura de la proto-categoría holofrase es gradual; no le concede, por ejemplo, el mismo estatus a la interjección *ouch* que a las que él llama partículas discursivas, *well* y *now*:

Some of its exponents are (relatively) formless —e.g. typical exclamatory interjections like *ouch*, *wow*— and have a very diffuse holophrastic content [...]. Other holophrastic items are more structured and have a clearer content, e.g. interjections like *hell*, or the French *diable* [...], *yes*, *no*, discourse particles like *well*, *now*, *why*, etc. Some of them are descended from words and to these lexical sources they seem to owe their clearer holophrastic meaning (1990: 72).

Las partículas discursivas, a diferencia de *ouch*, no están vinculadas al contexto extralingüístico, sino al lingüístico; este tipo de contexto tiene un efecto relevante sobre la naturaleza indicativa de la holofrase. Estamos ante indicadores en un sentido textual, por ello son más abstractos y han desarrollado una dimensión simbólica. Se trata de holofrases que proceden en su mayoría de palabras plenas, por ejemplo, del adverbio de modo *well* o del adverbio de tiempo *now*, de las que heredan su contenido simbólico, pero, como señala Christidis (1990: 79), “they differ from their lexical (or phrasal sources) in that they are contextualized, indicative, holophrases”.

A falta de más explicaciones, únicamente podemos afirmar que existe otro tipo de marcadores para los que parece más difícil defender el carácter holofrástico, pensemos, por ejemplo, en *pues*, *encima*, *es más*, *o sea*, *sin embargo*, *no obstante*, etc. Poner de manifiesto la naturaleza híbrida de la interjección, como hace Christidis, no es ninguna novedad; aunque no en estos términos, los lingüistas y los gramáticos de distintas escuelas se han referido al carácter especial de este fenómeno lingüístico. Y lo mismo podemos afirmar de algunos marcadores del discurso, de los que se dice que son formas detrás de cuyo origen están distintas categorías gramaticales, pero que a la vez no funcionan como miembros prototípicos de estas categorías: así por ejemplo, *vamos* y *hombre*, en cuyo origen están respectivamente una forma verbal y un nombre. Precisamente esa transformación de su naturaleza, cuando se habilitan para establecer distintos tipos de vínculos entre enunciados, es uno de los motivos que nos hace pensar en la posibilidad de ampliar las clases de palabras o de darles cabida, como hace Christidis, dentro de una nueva categoría, la holofrase. Nosotros, como enseguida veremos, somos partidarios de integrarlos dentro de una categoría de carácter pragmático.

2.5.2. Sobre las categorías pragmáticas

Defender la naturaleza holofrástica de estas expresiones tiene la ventaja de evitar la difícil labor de encajar estos elementos dentro de las clases de palabras existentes, no obstante, dentro de la proto-categoría holofrase tienen cabida elementos cuyo comportamiento es sustancialmente diferente, de ahí que dudemos de la conveniencia de enfatizar sus semejanzas a expensas de sus diferencias. Desde nuestro punto de vista, todo intento de aproximación a la naturaleza categorial de la interjección y de los marcadores del discurso ha de pasar por mantener ambos fenómenos diferenciados. Los marcadores del discurso constituyen, como afirma Fraser (1990), una categoría pragmática bien definida dentro de la gramática de una lengua³⁰; su clase ha de ser establecida teniendo en cuenta criterios pragmáticos, puesto que cualquier acción encaminada a acomodarlos dentro de las categorías gramaticales existentes parece estar abocada al fracaso. Resulta tentadora la idea de otorgar también a la interjección el estatus de categoría pragmática; pensemos que sería difícil escribir aunque sólo fuesen unas líneas sobre ella, prescindiendo de los conceptos de “hablante” y “contexto”, componentes que tradicionalmente han quedado al margen del ámbito de estudio de la gramática de una lengua. En palabras de Calvo Pérez (1997: 85), la interjección es “un producto meramente signifiante que sólo alcanza rendimiento absoluto al “decir” del contexto”, pues de otro modo nada (o casi nada) le es dado en significar³¹. Su tratamiento también nos obliga a trascender los límites de la oración. Al igual que los marcadores, en cuanto expresiones que no poseen significado descriptivo, sino significado pragmático o procedimental, su estudio podría abordarse desde una perspectiva pragmática. Como señala Calvo Pérez (1997: 87), parece lógico que cuando una categoría encuentra difícil acomodo dentro del espacio semántico-sintáctico, “puede tener cabida real en el componente regulador más externo, en la Pragmática, al ser este el espacio abarcador de los demás componentes de las lenguas y estar mucho más cerca del mundo que ellos”³².

De cualquier forma, y aun a riesgo de que se nos acuse de adoptar una postura en exceso inmovilista y conservadora, damos en parte la razón a Zwicky (1985), ya que no

³⁰ Aunque esta afirmación la hace a propósito de lo que él denomina “marcadores del discurso” (cf. Fraser 1990)—recuérdese que no coincidía exactamente con el sentido con el que aquí se utiliza—, también se puede hacer extensiva a los marcadores pragmáticos en general (comunicación personal, 21/2/1997).

³¹ Para Calvo Pérez (1997: 89) la interjección es una categoría pragmático-fónica, “y ello no sólo por ser un gesto sonoro (Schleicher) o afecto inmediato del alma (Kilwardby), sino por constituir en sí misma enunciado pragmático completo (rasgo hipertónico)”. [...] La interjección tampoco es exactamente un enunciado completo, que no requiere ningún tipo de complementación, sino que es un acto de habla en toda la extensión de la palabra, al que como señala López García (1989, § 6.1.2.6.) le falta el DICTUM, ya que la enunciación ha absorbido al enunciado”.

³² Sobre la consideración de la interjección como categoría pragmática, *vid.* también Calvo Pérez (1994a y 1994b).

2. INTERJECCIONES Y MARCADORES DISCURSIVOS:
DE LA GRAMÁTICA AL DISCURSO

nos parece defendible la existencia de palabras acategoriales, esto es, de palabras que no puedan incorporarse dentro de las tradicionales partes de la oración. De modo que nos inclinamos por mantener la interjección dentro de las clases de palabras. Nuestra decisión está motivada por algunos problemas prácticos surgidos en el momento de crear la *Base de datos de marcadores del español*. Como veremos en el cuarto capítulo, nuestra intención es registrar en esta base de datos no sólo las expresiones que normalmente son consideradas marcadores del discurso, sino otras, con significado pragmático o no descriptivo, como algunas fórmulas o interjecciones; así que nos pareció importante mantener la doble adscripción categorial, al igual que se hace con los deícticos (*aquí* o *tú* conservan su pertenencia categorial a la clase de los adverbios y de los pronombres respectivamente). Por ejemplo, el vocablo *ah* es, desde un punto de vista gramatical, una interjección y no funciona como marcador discursivo con todos sus sentidos, de modo que sólo en los casos en los que así se comporta, indicamos esta circunstancia, tras su clasificación categorial. Las transformaciones que experimenta una vez habilitada para funcionar como marcador del discurso (tanto desde un punto de vista fónico como significativo) no nos parecen suficientes como para desestimar su consideración como interjección.

Frente a conceptos ya plenamente fijados dentro de la teoría lingüística, como el de categoría gramatical o categoría léxica, el de categoría pragmática no goza del mismo grado de integración. Se trata de uno de esos términos que aparece en algunos trabajos procedentes de distintos marcos teórico-metodológicos y cuyo significado, al menos intuitivamente, todo el mundo conoce. Sin embargo, no encontramos estudios específicos sobre la delimitación de esta categoría y el tipo de fenómenos que se pueden incluir en ella. Han recibido la denominación de categorías pragmáticas fenómenos lingüísticos de distinto tipo: alteración de orden de palabras, marcadores del discurso, fórmulas de agradecimiento y de disculpa, interjecciones, vocativos, deícticos, entonación enfática, aspecto, implicaturas, etc. Una simple búsqueda en el *Linguistics and Language Behaviour Abstract* (LLBA) muestra, además, que a menudo este término se acompaña de determinados adjetivos: categoría semántico-pragmática, categoría discursiva-pragmática, categoría comunicativa-pragmática, etc.

El término “categoría” se ha utilizado de distintas maneras. Observemos cómo se define en el *Diccionario de lingüística moderna* de Alcaraz Varó & Martínez Linares (1997):

1. En el sentido más amplio del término, “categoría” alude a cualquier concepto ordenador que se introduce en el análisis o en la descripción lingüística. Así, por ejemplo, transitividad, sujeto, tópico, clítico, sema, denotan “categorías” en esta acepción amplia del término.
2. “Categoría” se utiliza también para designar una clase de unidades lingüísticas establecida atendiendo a criterios de tipo variable (sintácticos, semánticos, formales). Por ejemplo, sustantivo, adjetivo, verbo son términos que designan “categorías” (más específicamente conocidas como categorías léxicas) puesto que hacen referencia a las clases en que, tradicionalmente, se han agrupado las palabras que comparten determinadas propiedades. Pero también verbo transitivo, verbo intransitivo, por ejemplo, pueden considerarse, ya

“categorías”, ya subcategorías o subdivisiones de una clase más amplia, puesto que los límites de las clases sólo vienen dados por los parámetros que se toman en consideración para establecerlas. Igualmente, sintagma nominal, sintagma verbal, sintagma adjetivo, denotan categorías (en este caso, categorías sintácticas), pues aluden a clases configuradas tomando como base la estructura interna de los sintagmas. “Categoría”, en este sentido del término, suele oponerse a función.

3. “Categoría” designa, asimismo, las modificaciones gramaticales (tales como el número, el caso, el tiempo, la persona, el género) de que son susceptibles las “categorías” léxicas mencionadas (s.v. categoría, categorial y categorización).

Si partimos de la primera y segunda acepción del término podemos, en principio, decir que las categorías pragmáticas son conceptos ordenadores de la descripción lingüística o clases de unidades que se establecen atendiendo a criterios pragmáticos. Se trata, sin duda, de una definición amplia, pero necesaria para dar cabida a los fenómenos que han recibido esta denominación. Téngase en cuenta que en la relación anteriormente ofrecida de “categorías pragmáticas” se incluían aspectos relacionados con la estructura de la lengua dependientes del contexto, como aspectos cuya relación con la estructura lingüística está más diluida, pues tienen que ver con principios de uso del lenguaje y su comprensión.

Ha de suponerse, pues, que la información referida a los contextos de uso ha de desempeñar un papel importante en el establecimiento de las categorías pragmáticas. Como dice Hernández Sacristán (1994: 210), podría pensarse que una categoría pragmática vendrá determinada básicamente por “norma de uso”, esto es, por el tipo de contexto o situación interactiva en el que la categoría desempeña su papel (función). Así, podríamos pensar que la existencia de dos normas de uso diferentes es lo que hace que en japonés, a pesar de que se utilice una misma forma para agradecer un regalo o un favor que para disculparse, las categorías no se confundan (existen situaciones características de agradecimiento y de petición de disculpas). Sin embargo, este autor señala que conferir la mayor parte de responsabilidad a la “norma de uso” para definir las categorías pragmáticas no es completamente satisfactorio; pues si bien es cierto que la norma de uso influye tanto en la forma como en el significado, también lo es que forma y significado lo hacen sobre la norma de uso.

Hernández Sacristán (1994) se muestra partidario de establecer una relación constitutiva intencional (*intentional constitutive relation*), esto es, una relación más o menos icónica entre formas, significados y referencias (usos específicos), para todas las clases de entidades semióticas. La función (norma de uso) de las categorías pragmáticas está determinada por la interacción entre el significado y la referencia (uso específico) (cf. Hernández Sacristán 1994: 211). A propósito de lo que entiende por “relación constitutiva intencional”, dice que la extensión en uso y función de una determinada categoría pragmática, la caracterización o evaluación por medio de un creciente número de escenas interactivas, conlleva varios cambios en su significado y en su forma. Así, el uso de una pregunta para formular una petición en casos como *¿Puedes pasarme la sal?* hace que se produzca un cambio en el significado de un verbo que normalmente expresa “capacidad”.

2. INTERJECCIONES Y MARCADORES DISCURSIVOS: DE LA GRAMÁTICA AL DISCURSO

También podríamos decir lo mismo del significado de la palabra *perdón*, en la situación pragmalingüística en la que se detiene a alguien para preguntar una dirección: *Perdón, ¿podría decirme dónde está la Avenida de Pennsylvania?* La expresión *perdón*, además de utilizarse para pedir disculpas, adopta el papel adicional de “gambito” de apertura conversacional. Asimismo, la extensión de las situaciones pragmalingüísticas que cubre una expresión performativa normalmente conlleva cambios en su forma, que pueden, por ejemplo, observarse en la entonación característica de las diferentes funciones. Cuando la forma se representa por una estructura sintáctica, dado el carácter icónico con el que ésta significa, la alteración formal inducida por el cambio de sentido es particularmente marcada. La alteración formal puede entenderse simplemente como la sustitución de una fórmula por otra que es más apropiada para el nuevo contexto.

Pero, como hemos dicho, el control que la función ejerce sobre el significado y la forma, no nos puede llevar a olvidar que el signo (forma y significado) de una categoría pragmática también ejerce un control sobre su función. Centrando nuestra atención en las relaciones entre significado y función de una categoría pragmática, debería apuntarse que el significado de una expresión performativa no simplemente cambia cuando su función o norma de uso cambia —no significa que la función o norma de uso sea la constante y que el significado sea la variable de la relación. En efecto, el significado también nos permite evaluar la función, lo que es parcialmente equivalente a determinarla. Diferentes funciones pragmáticas están en juego cuando nosotros, por ejemplo, hacemos una petición por medio de una expresión que literalmente significa invitación y cuando hacemos la misma petición utilizando una pregunta.

En definitiva, frente al reduccionismo de quienes sostienen que las categorías han de definirse exclusivamente a partir de criterios formales, Hernández Sacristán (*op. cit.*: 213) señala que “any linguistic category and especially a pragmatic category, should always be considered as the product of various semiotic components (forms, meanings, functions, references) that all interact in the process of categorial synthesis” (1994: 213)³³.

2.6. REFLEXIÓN FINAL

Probablemente, tras la afirmación de que los marcadores del discurso constituyen una categoría pragmática, debería venir una descripción mucho más exhaustiva de la ofrecida en líneas anteriores de lo que se entiende en general por categoría pragmática,

³³ Como se observa, a la hora de definir las categorías pragmáticas, el dominio referencial es un factor determinante. El mundo referencial (en este caso, la clase de contextos interactivos que determinan la norma de uso de una determinada categoría) no es, como la teoría estructuralista nos ha llevado a pensar desde Saussure, un mundo extralingüístico “in the sense that it is made in part by and for the language that refers to it. The act of reference incorporates what is referred to in the framework of a semiotics, making reference a functional part of it” (Hernández Sacristán 1994: 212).

así como una discusión sobre lo que ahí se puede o se debe incluir. Sin embargo, las dificultades que esta tarea conlleva, el espacio que requeriría y, lo que es más importante, el objetivo central de este trabajo, nos aconsejan dejarlo en este punto. “Categoría pragmática” no es un término de uso consolidado. Pese a la utilidad de esta noción, en su interior se han de establecer distinciones más finas que ayuden a una mejor comprensión de la naturaleza de los conceptos que puede cubrir. Colgar la etiqueta de “categoría pragmática” sobre determinados fenómenos resulta sencillo; en cambio, decidir qué elementos se pueden incluir dentro de una categoría pragmática conlleva una mayor complejidad. Una reflexión seria sobre esta cuestión es la manera de evitar que la frecuencia de uso del término “categoría pragmática”, y no su probada utilidad, constituya el único motivo para merecer un lugar destacado dentro del conjunto de términos lingüísticos. Pensemos, por ejemplo, en los problemas que plantean las categorías gramaticales, a pesar de los esfuerzos que durante muchos años se han empleado para definir las. Como muestra, presentamos la siguiente cita en la que Bosque (1989: 24) menciona la opinión de Tesnière con relación a las categorías:

Para Tesnière, la clasificación tradicional de las partes de la oración es (1959; cap. 27) “viciosa”, “estéril”, “inconsecuente” y “peligrosa”, entre otros calificativos. Con el vigor y la vehemencia que lo caracterizan, Tesnière se unía a la larga lista de los gramáticos que han hecho notar no sólo la vaguedad de los criterios de identificación categorial, sino su propia inconsistencia. Valga como ejemplo aislado su comprensible indignación ante la inclusión tradicional de fr. *oui* entre los adverbios, cuando sabemos que nunca puede modificar a un verbo.

Pese a las diferencias fundamentales entre las categorías gramaticales y las categorías pragmáticas, parece que hay algunos problemas que se repiten, como la vacilación en la consideración de ciertos fenómenos como categorías o como funciones —aunque quizá no tenga la trascendencia que ha tenido dentro del ámbito gramatical. Si, por ejemplo, nos fijamos en algunos de los intentos de explicar las alteraciones que se producen en el orden de los constituyentes de una oración, podemos percibir la vacilación a la que aludíamos:

(21)

Las cosas en los retiros que nos pasaron (*Corpus de lengua hablada en la ciudad de A Coruña*, A, -25, H).

- a) Las cosas que nos pasaron en los retiros.
- b) En los retiros nos pasaron cosas.
- c) Nos pasaron cosas en los retiros.

De estos enunciados habitualmente se afirma que tienen el mismo contenido proposicional, pero que no transmiten la misma información y que se usan en contextos comunicativos diferentes. Son varios los términos que se utilizan para dar cuenta de las diferencias en la intención comunicativa: “tema” y “rema”; “tópico” y “comentario”; “información nueva” e “información vieja”, etc. (cf. Rojo 1983: 89-100). Pues bien, para algunos autores el tópico es una categoría pragmática, mientras que para otros, se trata de una función pragmática. Así, por ejemplo, Alcaraz Varó & Martínez Linares (1997) lo incluyen

2. INTERJECCIONES Y MARCADORES DISCURSIVOS: DE LA GRAMÁTICA AL DISCURSO

dentro de la acepción amplia de las categorías. También Balari (1996: 233) habla de categorías pragmáticas: “Toda oración, en el contexto de un discurso, puede analizarse de acuerdo con las dos categorías pragmáticas de *información dada o tema e información nueva o rema*”³⁴. Sin embargo, otros, consideran funciones pragmáticas a los mecanismos que sirven para marcar el estatus informativo de los constituyentes. Concretamente, Dik (1981: 38) distingue cuatro funciones pragmáticas, dos externas, tema y apéndice, y dos internas a la predicación propiamente dicha, tópico y foco. Este autor afirma:

En la teoría lingüística en general, el principio de que funciones pragmáticas de cualquier clase representan un papel importante en un nivel descriptivo de las lenguas naturales está reconocido sin controversia, como prueba la aparición constante de distinciones tales como “tópico” y “comento”, “tema” y “rema”, “dado” y “nuevo”, “foco” y “presuposición”, todas las cuales pueden interpretarse como funciones pragmáticas en nuestro sentido de este concepto. Son *funciones* en tanto que pueden predicarse de los constituyentes con respecto a un contexto más amplio que aquel en el que aparecen. Y son *funciones pragmáticas* en tanto que, de un modo u otro, dependen crucialmente de la información pragmática (1981: 170).

Si en el nivel puramente gramatical no hay acuerdo entre las diferentes escuelas lingüísticas en lo que respecta a la relación entre funciones y categorías (cf. Briz Gómez & Pérez Saldanya 1994), lograr cierto consenso en el nivel pragmático, en principio, parece bastante difícil. Las categorías pragmáticas han de dar cabida a fenómenos de distinta naturaleza. Por un lado, habría que incluir aquellos procedimientos encargados de codificar significado no descriptivo, independientemente de los mecanismos gramaticales que se empleen para expresarlos (sintaxis, léxico, etc.); por otro, procedimientos cuya interpretación está íntimamente vinculada a condicionamientos de tipo cultural (fórmulas de saludo, de agradecimiento, etc.). En general, podemos decir que de alguna manera buena parte de todos los temas de los manuales de pragmática son susceptibles de tratarse en términos categoriales (actos de habla, déxis, cortesía...). A nuestro juicio, como indicamos más arriba, cualquier intento de descripción de las distintas categorías pragmáticas ha de tener en cuenta los cuatro aspectos a los que alude Hernández Sacristán (1994): formas, significados, funciones y usos específicos.

Parece claro que la definición y el establecimiento de distintos tipos de categorías pragmáticas proporcionarán explicaciones más adecuadas para todos aquellos temas cuyo estudio desde una perspectiva esencialmente gramatical no parece ofrecer resultados plenamente satisfactorios. Así, por ejemplo, detrás de muchas de las deficiencias existentes en el tratamiento de la interjección se encuentra la necesidad de recurrir al hablante y el contexto, componentes que no tienen cabida en una concepción tradicional de la gramática. De ahí que a ambos se les haga responsables, primero, de la cantidad de significados que las interjecciones pueden expresar, y segundo, y como consecuencia lógica de lo anterior, de la imposibilidad de definirlos. Del mismo modo que el estudio de los defectivos

³⁴ Finegan & Besnier (1989) y Gallardo Paúls (1995) son otros de los autores que utilizan la expresión “categorías pragmáticas”.

constituye una materia que se puede abordar tanto desde un punto de vista gramatical como desde un punto de vista pragmático, también el estudio de la interjección se verá beneficiado con la aplicación de esta doble perspectiva, entre otros motivos, por la importancia de los componentes defécticos dentro de su composición semántica. Estamos, pues, ante una materia que, al encajar con dificultad en las categorías tradicionalmente establecidas, nos obliga a trascender los límites de la gramática o, si preferimos, los límites de la oración y nos lleva a otro terreno, llámese enunciado, conversación, texto, discurso... Y esta idea es la que hemos querido reflejar en el subtítulo de este apartado: “De la gramática al discurso”. Si las categorías gramaticales eran nuestro punto de partida, las categorías pragmáticas constituyen nuestro punto de llegada, pues en los siguientes capítulos nos ocuparemos de un tipo de categoría pragmática, cuyo significado ha de describirse en relación con el hablante, el oyente y el contexto: los marcadores discursivos de recepción. De alguna manera, la terminología que se ha ido introduciendo y manejando a lo largo de este capítulo es sintomática del cambio de orientación que el estudio de este tema nos exige: categorías gramaticales, oración, enunciado, categorías pragmáticas, discurso. Además, el paso de una concepción de la lengua como sistema o estructura a una concepción de la lengua como discurso, práctica o comunicación es fundamental para llevar a cabo el análisis de las expresiones que a partir de ahora serán objeto de nuestra atención. Es importante notar que el cambio de una perspectiva formalista a otra que podríamos denominar funcionalista no supone renunciar a la valiosísima información que hallamos en estudios de distinta índole, donde estas expresiones son tratadas en abstracto, sino complementar sus logros, puesto que es necesario atender a distintos factores contextuales para dar adecuada cuenta de sus funciones y de su significado no descriptivo. Por consiguiente, si, en palabras de Morris (1994 [1938]), vamos a atender a la relación de los signos con sus intérpretes, además de las reglas semánticas y sintácticas, tendrán un importante papel las reglas pragmáticas:

Interjecciones como “¡Oh!”, órdenes como “¡Ven aquí!”, expresiones valorativas como “afortunadamente”, expresiones como “¡Buenos días!”, y los diversos recursos retóricos y poéticos se dan sólo bajo determinadas condiciones en los usuarios del lenguaje; puede decirse que tales reglas expresan esas condiciones, pero no las denotan en el nivel de semiósis en que realmente se emplean en el discurso ordinario. La expresión de las condiciones en que se usan los términos, en la medida en que no pueden formularse en términos de reglas sintácticas y semánticas, constituye lo que denominaremos reglas pragmáticas para los términos en cuestión (Morris 1994 [1938]: 75).

En resumen, este capítulo nos ha introducido en el terreno dentro del que se ha de realizar y desarrollar el análisis de una serie de interjecciones (*ah*, *humh*, *oh*, *sí* y *ya*), vinculadas por su funcionamiento dentro del discurso: todas ellas pueden funcionar como marcadores de recepción —como se puede apreciar, consideramos que en estos casos tanto *sí* como *ya* son interjecciones, y no adverbios³⁵. Y este es el motivo que nos ha llevado

³⁵ Aunque la mayoría de los diccionarios registran los sentidos de *ya* como marcador discursivo de recepción bajo la categoría gramatical interjección, no sucede lo mismo con *sí*. No obstante, la consideración de *sí* como interjección, ya la encontramos en Lenz (1935[1920]) y Bloomfield (1964[1933]).

2. INTERJECCIONES Y MARCADORES DISCURSIVOS: DE LA GRAMÁTICA AL DISCURSO

a dedicar un capítulo conjunto a interjecciones y marcadores, aunque pueda parecer un poco osado, teniendo en cuenta la cantidad de información que sobre ellos puede ofrecerse. De cualquier forma, pensamos que se trata de reflexiones necesarias de cara al estudio de estos marcadores. La síntesis, por supuesto, nos ha exigido selección. Pensemos, por ejemplo, que sólo la interjección nos remite a muchos de los temas que han sido fuente de discusión entre los lingüistas, filósofos, etc., desde tiempos inmemoriales: el número de partes de la oración, la definición de oración, el carácter natural o arbitrario de los signos lingüísticos³⁶, etc. Así pues, hemos tenido que dejar en el tintero otros muchos aspectos no menos importantes relacionados tanto con la interjección como con los marcadores del discurso y centrarnos principalmente en aquellos puntos que tienen especial relevancia en el análisis que, en las páginas siguientes, ofreceremos de algunas interjecciones-marcadores.

En las primeras páginas de este capítulo reproducíamos una reflexión de Lenz y ahora, al llegar al final, queremos nuevamente hacer referencia a esa cita. Han pasado más de setenta años desde que Lenz escribiera esas palabras, y aún no se ha llegado a un acuerdo sobre el número de clases de palabras del español; y es más, las categorías establecidas siguen siendo insuficientes para describir algunos fenómenos, muy al contrario de lo que pensaba la Academia (1796: 4): “De suerte, que siendo tantas las palabras de la lengua castellana, no hay ninguna clase que no se reduzca á una de estas nueve clases, inventadas para que se puedan conocer y distinguir unas de otras con facilidad”. Quizá el llegar a un consenso sobre las clases de palabras del español no sea tan importante como Lenz suponía. Es probable que nunca haya acuerdo en esta materia, entre otras cosas, porque muchas de las posturas existentes son irreconciliables.

Pese a ser discutible la asignación de la categoría de adverbio a esta expresión cuando funciona como proforma oracional, más discutible nos parece seguir manteniéndola en estos casos, donde, como señala Brucart (1999: 2837), no reproduce “el contenido proposicional de una oración anterior”. *Sí* como MR no responde a una pregunta, sino a una declaración (*vid.* Bald 1980: 181 y Fries 1952: 49-51). Por tanto, al igual que Ameka (1992a: 115), consideramos que, cuando *sí* (*yes*) funciona como MR o regulador (*back channel*), es una interjección.

³⁶ Sobre esta cuestión, cf. Saussure (1916 [1980: 106-107]), quien se refiere a “dos objeciones” que podrían hacerse con respecto al carácter arbitrario del signo lingüístico: las onomatopeyas y las exclamaciones. Con respecto a estas últimas, que son las que aquí nos competen, llega a la conclusión de que, aunque “uno se siente tentado a ver en ellas expresiones espontáneas de la realidad, dictadas, por así decir, por la naturaleza”, sin embargo, “para la mayor parte de ellas se puede negar que haya un lazo necesario entre el significado y el significante. Basta comparar dos lenguas a este respecto para ver cuánto varían estas expresiones de una a otra (por ejemplo, al francés *aié!* corresponde al alemán *au!*)”.

EL ARTE DE RECIBIR: LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN

3.1. INTRODUCCIÓN

En el capítulo anterior hemos hecho un recorrido cuyo punto de destino era el discurso, pues sólo situados en este terreno podremos ofrecer una descripción adecuada de la materia de la que enseguida nos ocuparemos. El paso de la lingüística de la lengua a la lingüística del habla, de la lingüística de la competencia a la lingüística de la actuación, o mejor dicho, el paso del monólogo al diálogo es necesario si queremos dar cuenta de lo que ocurre en una conversación. No podemos perder de vista el hecho de que la conversación es una empresa cooperativa creada por las acciones de al menos dos participantes: “conducting a conversation means conducting a conversation *with* someone and not without that someone” (Bublitz 1988: 141). En otras palabras, “language use is really a form of *joint action*. A joint action is one that is carried out by an ensemble of people acting in coordination with each other” (Clark 1996: 3). Por tanto, cualquier enfoque que prime la descripción de las actividades de únicamente uno de sus participantes nos dará necesariamente una visión sesgada de lo que ahí ocurre. Aun en el caso de que asignemos el papel de protagonista al hablante, esto no significa que se pueda menospreciar el trabajo de los actores secundarios, pues, una conversación, al igual que una película, no se sostiene sólo con el trabajo de su protagonista por muy importante que éste sea, sino que resulta estrictamente necesaria la colaboración de otros individuos, ya sea en calidad de coprotagonistas, actores secundarios, extras, etc. De ahí la importancia de insistir en el hecho de que el papel del otro o de los otros no es de ninguna manera un papel “pasivo”. El compañero o los compañeros del hablante en la conversación también desempeñan un papel destacado, y al estudio de su actividad verbal en el curso de la interacción vamos a dedicar buena parte de este capítulo. Concretamente, centraremos nuestra atención en un conjunto de marcadores, de estructura normalmente monosilábica (*ah, humh, oh, sí, ya*), cuyo carácter marginal se manifiesta al menos en dos vertientes: desde un punto de vista gramatical, son interjecciones, al menos las que estudiaremos aquí, clase de palabras que siempre ha tenido, como acabamos de ver, un estatus marginal; desde un punto de vista comunicativo, se trata de elementos que están vinculados fundamentalmente a la actividad verbal del oyente, participante del proceso comunicativo cuyo papel aparece con bastante frecuencia subordinado al del hablante: “The speaker alone is the active interlocutor

3. EL ARTE DE RECIBIR: LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN

lidad de evitar malentendidos recae sobre el hablante, de forma que todo lo que el oyente tiene que hacer es seguir adelante y utilizar los códigos y la información contextual que tenga más a mano.

De ahí que el oyente interese sólo cuando le corresponde guiar el baile, o mejor dicho, cuando le llega el turno de palabra y, por tanto, deja de ser oyente. Sin embargo, aunque indudablemente desempeña un trabajo—y permítasenos la expresión—“menos lucido” que el emisor, productor o hablante, nadie pone en duda la importancia de su presencia. De una u otra manera, todo aquel que produce un discurso tiene en mente un auditorio. Así, un escritor construye su obra pensando en un determinado público; un conferenciante normalmente adapta su conferencia al nivel de su auditorio; un columnista de un periódico incluye en sus textos guiños dirigidos a un tipo de lector o destinatario habitual. Los ejemplos podrían multiplicarse.

Con bastante frecuencia se habla de los receptores o de los oyentes para explicar la conducta del productor o hablante, y nada o casi nada se dice a propósito de la actividad que realiza el que escucha. Pocas dudas caben del hecho de que escuchar es un arte—de ahí el título de este capítulo—, y es harto conocido que para el desenvolvimiento de determinadas profesiones es fundamental “saber escuchar”. No se trata de una tarea sencilla, y aquellos profesionales cuyo trabajo consiste principalmente en escuchar a los demás se quejan a menudo del cansancio que produce esta actividad, ya que requiere una buena dosis de disciplina y disposición (*vid.* Hargie *et al.* 1994: 217). Son muchos los ejemplos que dan muestra del grado de complejidad de la labor del oyente. Así, muchas veces nos damos cuenta de que nuestro interlocutor se ha equivocado y, aunque en ocasiones intentamos que perciba su error a través de la emisión de alguna señal lingüística o paralingüística, o simplemente lo corregimos, otras, no necesitamos hacerlo: somos conscientes de que se ha equivocado y a la vez somos capaces de sustituir en nuestra mente la palabra o el segmento “incorrecto” por el “correcto”; incluso a veces ni siquiera apreciamos su error. Esto es, somos capaces de comprender sin problemas el mensaje que transmite nuestro interlocutor (cf. Humphreys-Jones 1986: 119; *vid.* además Shegloff *et al.* 1977). Como señalan Sperber & Wilson (1994 [1986]: 37):

La comunicación tiene éxito no cuando los oyentes reconocen el significado lingüístico del enunciado, sino cuando infieren el “significado” que el hablante le atribuye. Así lo demuestra la siguiente observación, fácilmente verificable: cuando los oyentes se dan cuenta de que el hablante ha utilizado mal una palabra o ha cometido un *lapsus linguae*, generalmente descartan el significado erróneo. El significado que descartan, no obstante, no tiene por qué ser indescodificable, o estar mal formado: es “erróneo” simplemente porque ofrece pruebas engañosas sobre las intenciones del hablante.

Curiosamente, a pesar del hecho de que aprendemos a escuchar antes que a hablar, y de que algunas investigaciones han mostrado que pasamos más tiempo escuchando que hablando, dentro de la enseñanza la “técnica” de escuchar normalmente se ignora; se pone especial énfasis en la lectura, escritura y, en menor medida, en la expresión oral (*vid.* Hargie *et al.* 1994: 194-195). No resulta difícil encontrar testimonios que evidencien que los criterios que utilizamos para juzgar nuestra capacidad como productores son más se-

3. EL ARTE DE RECIBIR: LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN

sección, veremos que la distinción entre hablante y oyente no se corresponde con la distinción entre tomar o no un turno; el rol de oyente no es incompatible con la emisión de determinadas señales verbalizadas. Presentaremos algunas de las clasificaciones que se han propuesto para distinguir entre dos tipos de turnos o de roles en la conversación, basadas en distintos criterios (estatus de participación, tamaño de los turnos, desarrollo temático de la conversación, roles de los participantes, etc.). La siguiente sección, centrada en la descripción de los tipos de actividad del oyente —o del que no tiene la palabra— durante la conversación, abre la segunda parte de este capítulo, cuyo foco son los MR. En primer lugar, mostraremos el tipo de actividades que caen bajo la denominación de *back channels* y nos centraremos en los MR; tras examinar brevemente algunos de los términos empleados para referirse a este tipo de señales, justificaremos el porqué de la elección del término “marcadores de recepción” y explicaremos cómo los hemos definido. En segundo lugar, observaremos algunos de los problemas que surgen a la hora de aplicar en el análisis de los MR las diferentes distinciones entre dos tipos de turnos. Finalmente, y tras los resultados del análisis previo, presentaremos la propuesta de clasificación de turnos que en adelante utilizaremos para el estudio de los MR: turnos del hablante y turnos del oyente.

3.2. DEL MONÓLOGO AL DIÁLOGO: DEL OYENTE PASIVO AL OYENTE ACTIVO

Antes de comenzar este apartado conviene hacer algunas precisiones referidas a su título y que tienen con ver con la materia que se desarrollará a continuación. Como suele suceder, no es fácil seleccionar un título cuya extensión se mantenga dentro de unos márgenes razonables, que nos permita sintetizar con rigor y precisión los contenidos que se expondrán. Se puede estudiar el paso de las orientaciones monológicas a las dialógicas tomando como punto de referencia un periodo de tiempo mayor o menor, aunque, en cualquier caso, algunos de los discursos que caerían bajo la etiqueta de “diálogo” poco tendrían que ver con el discurso del que nos ocuparemos —pensemos en el tipo de interacción que cae bajo la denominación de “diálogo” en el sentido tradicional (diálogos de Platón). Podríamos empezar, por ejemplo, el recorrido en Heráclito, seguir con Platón, Aristóteles e ir avanzando en el tiempo hasta llegar a los etnometodólogos. Y si hemos mencionado a Heráclito como punto de partida es porque el paso de Heráclito a Aristóteles supone ir, según Linell (1998: 38), “from an ‘ontology’ of language as ‘action’ (in Heraclitus) to one of ‘expression’ (in Aristotle)”. Más adelante, precisa este mismo autor que “Heraclitus’s ‘language as action’ and Aristotle’s ‘language as expression’ correspond closely to the perspectives on language (and logos) as discourse (practice) and structure (form), respectively” (Linell 1998: 38). Sin embargo, el periodo de tiempo que hemos decidido acotar es más modesto, pues, a pesar de que se pueden rastrear a lo largo de la historia concepciones dialógicas —recordemos la consideración de Humboldt de la lengua como *energeia* (actividad), más que como *ergon* (producto)—, creemos que, para el objetivo que perseguimos, basta con repasar el siglo veinte, prestando especial atención

3. EL ARTE DE RECIBIR: LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN

- oyente abstracto → modelo de código
- oyente real en segundo grado → modelo de código e inferencial
- oyente real en primer grado → modelo interaccional

3.2.1. El oyente abstracto

Como consecuencia de la primacía que estructuralistas y generativistas conceden al estudio de la lengua, el estudio de los hechos relacionados con la enunciación y el discurso quedó eliminado del campo de la lingüística. Las oposiciones lengua/habla y competencia/actuación implican que todo hecho vinculado a la enunciación pertenece no a la lengua ni a la competencia, sino a la actuación. El hecho de centrar sus intereses en “el producto que el individuo registra pasivamente” (Saussure 1980 [1916]: 40), o dicho de otro modo, en el “sistema de reglas internalizado que relacionan el sonido y el sentido de un modo determinado” (Chomsky 1971: 48-49), supone renunciar a todo aquello que tiene que ver con el uso concreto de una lengua. Por consiguiente, todos aquellos fenómenos relacionados con los procesos de producción y comprensión quedan al margen del objeto de estudio de la lingüística. La observación de cómo los hablantes y oyentes se comunican sólo tiene sentido en la medida en que permite realizar una delimitación precisa de la lengua. Así, la reconstrucción del circuito del habla permite a Saussure (1980 [1916]: 37-38) hallar la esfera que corresponde a la lengua:

Sean, pues, dos personas, *A* y *B* que conversan: el punto de partida del circuito está en el cerebro de una, por ejemplo *A*, donde los hechos de conciencia, que llamaremos conceptos, se encuentran asociados a las representaciones de los signos lingüísticos o imágenes acústicas que sirven a su expresión. Supongamos que un concepto dado desencadena en el cerebro una imagen acústica correspondiente: es un fenómeno enteramente *psíquico*, seguido a su vez de un proceso *fisiológico*: el cerebro transmite a los órganos de fonación un impulso correlativo a la imagen; luego las ondas sonoras se propagan de la boca de *A* al oído de *B*: proceso puramente *físico*. Luego el circuito se prolonga en *B* en un orden inverso: del oído al cerebro, transmisión fisiológica de la imagen acústica; en el cerebro, asociación psíquica de esa imagen con el concepto correspondiente. Si *B* habla a su vez, este nuevo acto seguirá —de su cerebro al de *A*— exactamente la misma ruta que el primero y pasará por las mismas fases sucesivas.

La comunicación se consigue, pues, mediante la codificación y decodificación de mensajes, en esto consiste el modelo de código³. Este modo de representar el circuito del habla remite a una imagen idílica del proceso de comunicación; parece, como señala Humphreys-Jones (1986: 106), que “the competence of the ideal hearer is simply the converse of the competence of the ideal speaker”. El conocimiento de la lengua que ambos poseen es lo que garantiza la eficaz transmisión de la información. De este modo, una

³ Señala Schiffrin (1994: 392) que “various scholars (Sperber & Wilson 1986, Harris 1981) argue that Saussure’s development of a theory of signs in the early twentieth century helped to guarantee the code model of communication a prominent place in linguistics”.

3. EL ARTE DE RECIBIR: LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN

Pero es justo decir que, si bien estructuralistas y generativistas establecen de manera muy explícita el objeto de estudio de la lingüística, a la hora de llevar a cabo la descripción de la gramática de una lengua no resulta fácil dejar a un lado los procesos de producción y comprensión lingüísticos. Para Straight (1986: 71) es el proceso de producción el que mejor parado sale, pues existe de manera implícita una orientación mayor hacia las características que tienen que ver con la producción lingüística:

In his actual descriptive practice, however, Saussure, like all other linguists before and after him, presented a view of language that largely ignored processual issues, but which exhibited, if anything, an implicit bias towards variables more relevant to speaking than to listening. His phonology focused almost exclusively on the articulatory basis of speech sounds, and the remainder of his grammar neglected such thing as how a listener might go about recognizing and understanding words, phrases, sentences, and so forth.

Según Straight (1986: 71), el que Saussure dé prioridad al proceso de producción entraría en contradicción, a juzgar por las siguientes líneas del *Curso*, con la identificación entre lengua y proceso de recepción: “La lengua es un objeto bien definido en el conjunto heteróclito de los hechos del lenguaje. *Se la puede localizar en la porción determinada del circuito en que una imagen auditiva viene a asociarse a un concepto*” (1980 [1916]: 41 [cursiva nuestra]). Esa porción del circuito corresponde al proceso de recepción. Por tanto, Straight (1986: 71)⁴, coherentemente, concluye que Saussure no sólo incumplió su propio proyecto al apartarse en la práctica del estudio de la comprensión, sino que también se contradijo al señalar que los procesos de producción o habla no pueden ser científicamente estudiados. Tal vez una lectura menos rígida de la afirmación saussureana nos permita interpretar que el autor, al referirse a la asociación de la imagen auditiva con un concepto, no pretendía indicar direccionalidad, por lo que la lengua se localizaría también en la porción del circuito en la que el concepto se asocia con una imagen acústica, esto es, en las dos porciones del circuito en las que concepto e imagen acústica se unen, sin importar cuál de los elementos asociados es el desencadenante de la asociación. Sea como fuere, lo que sí podemos afirmar es que el modo de proceder de la lingüística tradicional, a diferencia, por ejemplo, de la pragmática, por lo general ha seguido el camino que va del sonido al pensamiento, es decir, se ha hecho lingüística del receptor, lingüística semasiológica. Ciertamente el modo de actuar de determinados lingüistas que llevan a cabo la descripción de una lengua da muestras de una mayor inclinación hacia el proceso de recepción. Pensemos, por ejemplo, en los diccionarios de lengua, cuyas entradas están organizadas para que podamos acceder a ellas sobre bases fonéticas, alfabéticas u otras bases no semánticas. El sistema de búsqueda de información parece recordar a los modelos de acceso que tenemos de las palabras de nuestra lengua durante la comprensión lingüística (cf. Straight 1986: 76).

⁴ Straight (1986: 71) señala que “Saussure simply adopted the tools that were available, despite their profound incompatibility with his own perception-oriented precepts”.

3. EL ARTE DE RECIBIR: LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN

même mesure, à savoir: qui adresse la parole et à qui elle est adressée. La parole est un produit des rapport réciproques entre le sujet parlant et l'auditeur [...]. Le linguiste anglais Alan H. Gardiner [...] a consacré aux problèmes de la parole un livre spécial, riche en contenu, paru à Oxford en 1932 sous le titre *The Theory of Speech and Language*. Suivant l'une de ses thèses essentielles, la parole (*speech*) ainsi que quelques autres actes humains ont simultanément deux aspects — l'un social et l'autre individuel. C'est de nouveau le dialogue et notamment les rôles interchangeables des interlocuteurs qui servent à démontrer le caractère social de la parole.

Sin embargo, en la práctica hemos de esperar hasta avanzada la mitad de siglo para encontrar estudios que incluyan aspectos relacionados con la naturaleza interactiva del proceso de comunicación. Pero, como dice McGregor (1986: xi), aunque se ha reconocido la naturaleza cooperativa del proceso de comunicación,

vis-à-vis investigation of the activities of which “speaking” and “hearing” are part, various different scholars have been wont to point out that research has tended to focus on the question of what it is to be a “speaker” of a language rather than on the question of what kinds of contribution are made by those to whom spoken language is addressed, namely, the “hearers” or “listeners” of this world.

En general, pues, a pesar de que se reconoce la importancia de cada uno de los elementos que configuran la situación comunicativa, en la práctica no se consiguió el equilibrio deseado; es decir, el interés de los lingüistas no se centró de igual manera en cada uno de ellos⁵. Si la lingüística anterior había sido la lingüística del código, ésta va a ser la lingüística del hablante. De ahí que aun reconociendo la importancia del destinatario en el proceso comunicativo, el protagonismo le corresponda siempre al hablante y a su discurso. La presencia del destinatario es fundamental puesto que condiciona la producción lingüística del hablante, quien ocupa siempre el primer plano. Hemos utilizado el calificativo “real en segundo grado” con la intención de poner de manifiesto el papel secundario o segundo plano que ocupa el oyente.

Se diferencia del oyente abstracto en que éste es real, es un oyente concreto al que en cada sociedad se le atribuyen determinadas características. Es un oyente que tiene sexo, que posee un determinado nivel socio-cultural, que pertenece a un grupo de edad concreto, etc. Se trata de un oyente que es el responsable de la variación estilística del hablante: “Intraspeaker variation must be explained in common terms with the interspeaker variation from which it derives” (cf. Bell 1984: 159). Dentro de la sociolingüística, se reconoce la importancia que tiene el oyente, o en términos más generales, la audiencia, en la configuración del discurso del emisor. En función de las características de su interlocutor, el hablante empleará un estilo u otro. De ahí que se hable de un “diseño para una audiencia” (*audience design*):

⁵ Vid. la distinción que establece Gallardo Paúls (1995: 30-68) dentro de la pragmática, según el grado de interés que se pone en cada uno de los elementos de la situación comunicativa: pragmática enunciativa, pragmática textual o del enunciado y pragmática del receptor.

3. EL ARTE DE RECIBIR: LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN

cipen o no en un determinado encuentro. Así, si yo le pregunto a un amigo, en presencia de su novia, “¿Dónde os conocisteis?”, estoy realizando dos tipos de actos ilocutivos: un acto ilocutivo en el sentido en que tradicionalmente se entiende, estoy formulando una pregunta a mi interlocutor; y un acto ilocutivo informativo, que se dirige a todos los participantes de la conversación (en el ejemplo propuesto, a mi amigo y a su novia), a través del que se informa que se está formulando una pregunta al destinatario. La información que en este ejemplo le proporciono a la novia de mi amigo me permitirá realizar (a ella) a continuación una pregunta como “¿Quién tomó la iniciativa?”. Por consiguiente, determinados actos ilocutivos están dirigidos al destinatario, y otros, al resto de los oyentes. Los hablantes distribuyen, pues, los papeles entre su auditorio y diseñan sus enunciados de acuerdo con esto. No obstante, a pesar de las interesantes ideas que Clark & Carlson exponen a lo largo de su trabajo, el énfasis se pone en el hablante. La observación de los distintos tipos de oyentes es importante en la medida en que el hablante los tiene en cuenta a la hora de construir su discurso.

Dentro del ámbito de la pragmática, es referencia obligada Grice y su estudio sobre cómo la gente usa el lenguaje. Según este autor, existe una serie de principios que regulan la interpretación de enunciados: principio de cooperación y máximas conversacionales. La existencia de estos principios supone que cuando hablamos lo hacemos para alguien. De alguna manera, el principio de cooperación y las máximas se dirigen al hablante, dan instrucciones al hablante, pero teniendo en cuenta a un oyente⁸. Humphreys-Jones (1986: 123-124) señala que las máximas de Grice dan al hablante un papel muy activo, mientras que la labor del oyente consiste en asimilar pasivamente el enunciado, asumiendo que está construido de acuerdo con las máximas apropiadas o que el incumplimiento de una máxima ha de responder a un determinado propósito⁹. Este enfoque ignora que el oyente no es una réplica del hablante. Lo que es informativo, verdadero, relevante y claro para uno, no lo es necesariamente para el otro. Cada uno es un individuo distinto que comunica desde su propia perspectiva. En resumen, como indica Schiffrin (1994: 13), “assume an idealized speaker/hearer whose specific social, cultural, or personal characteristics do not enter into participant strategies for building text at all”.

⁸ Así, por ejemplo, dentro de la máxima de modo o manera se incluyen varias submáximas: evite la oscuridad de expresión, evite la ambigüedad, sea breve y sea metódico. Con respecto a la segunda de estas máximas —evite la ambigüedad— resulta cuando menos curioso hacer esta recomendación al hablante. Como hablantes, tenemos no pocas dificultades para proporcionar ejemplos de oraciones o enunciados ambiguos. La ambigüedad, como hemos indicado más arriba, es fenómeno relacionado con el proceso de comprensión, no con el de producción.

⁹ Humphreys-Jones (1986: 123) advierte del “peligro” de que los participantes crean que el principio de cooperación se está observando cuando se produce un malentendido, ya que tiene lugar un intercambio de enunciados sin cuestionarse si se están comprendiendo de la manera deseada y, además, se asume que la conversación es coherente.

3. EL ARTE DE RECIBIR: LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN

nificados intencionales a los que más importancia confiere en la comunicación (cf. Schiff-
frin 1994: 397):

In sum, both Gricean pragmatics and speech act theory assume a model of communication that is centered on the inferencing of speaker meaning, while also allowing the code a role in such inferencing. Inferences about speaker meaning are allowed not only by conventional meaning that are linguistically encoded (either at sentential or textual level), but also by the operation of the cooperative principle—a particular kind of cognitive context—in conjunction with background and situational knowledge.

A pesar de las diferencias existentes en el “oyente sociolingüístico” y en el “oyente pragmático”, tanto en el modelo de código como en el inferencial el principio fundamental de la comunicación verbal es el “principio de intersubjetividad”, esto es, el reconocimiento por parte de una persona de las intenciones de otra¹⁰. Esto nos ha parecido suficiente para ofrecer un tratamiento conjunto.

3.2.3. El oyente real en primer grado

Al igual que el anterior se trata de un oyente concreto. Su papel, en cambio, no está supeditado al del hablante, sino que participa en la misma medida que el hablante en la construcción del habla. Se le concede al oyente la coautoría, ya que el resultado final es el producto de la participación de hablante y oyente (cf. Duranti 1986: 243). No existen razones para primar la actividad del hablante sobre la del oyente, ambos son los responsables de que la comunicación se produzca sin problemas, y los modos de alcanzarlo implican, como señala Humphreys-Jones (1986: 120), una compleja negociación: “The responsibility for successful communication lies with both speakers and hearers, and the ways in which they are able to achieve successful communication can involve complex negotiation” (*vid.* también McGregor 1986: 154).

Se trata de un oyente cuyas reacciones son observadas por el hablante en cada momento, que es capaz de comprender secuencias gramaticalmente incorrectas, de modificar el discurso del hablante, de reconstruir un enunciado incompleto¹¹, de diferenciar

¹⁰ Así se refiere Schifffrin (1994: 395) al papel tan importante que en estos dos modelos de comunicación se le otorga al principio de intersubjetividad: “First, the goal of communication is the achievement of intersubjectivity, *i.e.* one person’s recognition of another’s intentions. Second, intersubjectivity is achieved through a procedure in which recipient recognition of intentions mirrors the communicator’s display of intentions. Third, procedures for achieving intersubjectivity are based in prior knowledge: people share the same linguistic code, as well as the same principles of communication”.

¹¹ Concretamente, Hockett (1961 [1986]: 66) señala que en la conversación las oraciones gramaticales completas son más bien algo raro. Encontramos algunas, por supuesto, pero también encontramos una alta incidencia de falsos comienzos, de inserciones parentéticas, de oraciones pseudogramaticales, etc. Los gramáticos durante décadas han ignorado estos fenómenos, pero los hablantes y los oyentes no los ignoran.

3. EL ARTE DE RECIBIR: LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN

determinados aspectos que Bell no menciona. Nos referimos concretamente a las cuestiones que remiten al carácter interaccional de la conversación (mecanismo de toma de turnos, sistema de dirección local...). Así definen Sacks *et al.* (1974: 727) esta noción:

By “recipient design” we refer to a multitude of respects in which the talk by a part in a conversation is constructed or designed in ways which display an orientation and sensitivity to the particular other(s) who are the co-participants. In our work, we have found recipient design to operate with regard to word selection, topic selection, admissibility and ordering of sequences, options and obligations for starting and terminating conversations, etc. [...]. Recipient design is a major basis for that variability of actual conversation glossed by the notion “context-sensitive”. In referring to the particularizing operation of recipient design on turn-size and turn-order, we are noting that parties have ways of individualizing some “this conversation”; their collaboration in turn-allocation and turn-construction achieves a particular ordering of particular-sized turns and turn-transition characteristics of the particular conversation at a particular point in it. In evolving a machinery by which turn organization is subjected to recipient design in a workable way, turn-taking, abstractly conceived, is adapted specifically for conversation.

Esta noción alude al dinamismo conversacional. No es de extrañar que únicamente en aquellos trabajos que parten de una concepción dinámica del discurso, encontremos referencias a propósito de la actividad verbal del oyente, o si preferimos, de aquel que no tiene el turno de palabra en un momento dado. La consideración del discurso como proceso tiene una estrecha vinculación con el tipo de corpus utilizado. La posibilidad de manejar corpus de lengua oral presenta considerables ventajas para estudiar la actividad de los que participan en un determinado encuentro. El tipo de interacción registrada en los distintos corpus orales favorecerá el análisis de determinados aspectos. Por ejemplo, si queremos estudiar el comportamiento verbal del oyente en el curso de la interacción del hablante, lógicamente, no obtendremos los mismos resultados si empleamos un corpus grabado de conferencias que si utilizamos uno de conversación semidirigida o de conversación espontánea. Podemos poner este hecho en relación con los dos sentidos que, según Hargie *et al.* (1994: 196), tiene el término “escuchar” en los encuentros sociales:

The first sense in which this term is used emphasizes the *overt* nature of listening, and is referred to as “active listening”. Active listening occurs when an individual displays certain behaviours which indicate that he is overtly paying attention to another person. The second sense of listening emphasizes the cognitive process of assimilating information. This second sense of the term “listening” does not imply anything about the overt behaviour of the individual, but rather is concerned with the *covert* aspects.

Existe, pues, una estrecha vinculación entre la situación comunicativa y el papel del oyente (*vid.* apartado dedicado a los cuatro actos de escuchar).

Aunque a la hora de explicar este tipo de oyente (oyente real en primer grado), se ha hecho referencia a la opinión mostrada por distintos autores, esto no significa que no se puedan establecer distinciones más sutiles teniendo en cuenta los resultados de sus estudios. Obviamente, una conversación grabada en vídeo proporcionará al analista muchos más datos sobre el comportamiento del oyente que una conversación grabada en audio

3. EL ARTE DE RECIBIR: LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN

manera, el término que finalmente seleccionemos haga referencia al aspecto oral de la comunicación. Como indicábamos más arriba, el término “hablante” va a ser el que utilizemos para referirnos al encargado del proceso de producción.

Existen, por supuesto, algunos problemas que tienen que ver con el término seleccionado. Por un lado, como señala Escandell Vidal (1996: 26), tiene un carácter abstracto: “Un hablante es un sujeto que posee el conocimiento de una determinada lengua, independientemente de que en un momento dado actualice o no este conocimiento”. Por otro, remite explícitamente a la comunicación verbal, dejando fuera la quinésica y la proxémica. Schifffrin (1994: 387) menciona algunas cuestiones relacionadas con el empleo de los nombres “hablante” y “oyente”: “Use of “speaker” and “hearer” conforms to a tacit assumption that communication is typically verbal and dyadic, and that communicative roles can be neatly segregated as to relatively active versus passive roles (*i.e.* speaking versus hearing)”. En este sentido, quizá el nombre de “comunicador” o “comunicante” parecería más apropiado, porque permitiría integrar la comunicación verbal y la no verbal. Sin embargo, para nosotros este último aspecto no tiene especial relevancia, ya que los datos con los que trabajamos están grabados en audio y no en vídeo. Por consiguiente, no podemos observar ni los gestos ni los movimientos de los interlocutores en el curso de la interacción. Además, en última instancia podemos señalar, como hacen Hargie *et al.* (1994: 196) a propósito de escuchar, que hablar incluye los aspectos verbales y no verbales de la comunicación: “listening will be regarded as the process whereby one person pays careful attention to; and attempts to understand, the verbal and nonverbal signals being emitted by another”.

El único motivo para no utilizar el término “hablante” sería, pues, su carácter abstracto, en la medida en que puede llevar a confusiones. Sin embargo, hechas las precisiones necesarias, no creemos que resulte confuso. Además, es el término que se emplea en el corpus para hacer referencia al entrevistado. Por tanto, las razones que podíamos tener para desechar el término quedan compensadas por el hecho de que creemos que se trata de un término habitual y que no compensa complicar la lectura de este libro con el empleo de determinadas perífrasis de mayor exactitud, pero que, en cambio, oscurecerían en exceso su estilo.

Por último, únicamente mencionaremos el hecho de que se han acuñado distintos términos para hacer referencia al posible desdoblamiento del hablante o emisor. Desde la teoría de la enunciación, se distingue entre el autor de las palabras (*locuteur*) y los agentes de los actos ilocutivos (*énonciateurs*) (cf. Ducrot *et al.* 1980: 43-44). Por su parte, Goffman (1981: 144-46) distingue entre “animador”, “autor” y “principal”. El primero, el animador, es el individuo que se encarga de la producción de enunciados; el segundo, el autor, es alguien que selecciona los sentimientos que se expresan y las palabras mediante las que se codifican; finalmente, el principal (causante) es aquel cuya posición se establece a través de las palabras pronunciadas; es, en definitiva, el responsable de las palabras que se dicen.

3.3.2. El proceso de comprensión: receptor, oyente y escuchador

La elección del término adecuado desde el otro extremo, es decir, teniendo en cuenta a los que reciben el mensaje, parece bastante más compleja. Desde nuestro punto de vista, existen dos cuestiones a las que debemos prestar atención, pues reflejan las características de la audiencia y contribuyen a moldear la configuración del mensaje por parte del emisor. En primer lugar, al igual que decimos que no siempre hablamos de la misma manera, y este además es uno de los temas objeto de estudio de la lingüística o más concretamente de la sociolingüística, también podemos afirmar que no siempre escuchamos de la misma manera. Las distintas maneras de escuchar llevan aparejado un tipo de comportamiento verbal y no verbal determinado. En segundo lugar, normalmente, sólo habla una persona cada vez, sin embargo, esta restricción no afecta a los receptores u oyentes; evidentemente, no sólo escucha una persona cada vez.

En relación con la primera de estas cuestiones, cabe decir que, siguiendo a Hargie *et al.* (1994: 198-199), se pueden distinguir cuatro tipos de actos de escuchar: acto de escuchar comprensivo, acto de escuchar evaluativo, acto de escuchar apreciativo y acto de escuchar enfático. Veamos a qué se refieren con cada una de estas clases.

1) Acto de escuchar comprensivo (*comprehension listening*): se produce cuando escuchamos mensajes instructivos o informativos para incrementar nuestra comprensión, aumentar nuestra experiencia y adquirir datos que podremos utilizar en el futuro. El énfasis se pone, pues, en el hecho de que lo que se escucha son cuestiones centrales, ideas principales y temas críticos para comprender perfectamente los mensajes que se están recibiendo. Ejemplos: asistir a conferencias, dirigir una entrevista de investigación, etc.

2) Acto de escuchar evaluativo (*evaluative listening*): se produce cuando un hablante está intentando persuadirnos, intentando influir en nuestras actitudes, creencias o acciones. Escuchar de forma evaluativa nos permite hacer juicios apropiados referidos a mensajes de carácter persuasivo. Ejemplos: tratar con vendedores, ver anuncios de la televisión, etc. El énfasis se pone aquí en el hecho de escuchar las proposiciones centrales que hace el hablante, y ser capaz de determinar la fuerza y la debilidad de cada una.

3) Acto de escuchar apreciativo (*appreciative listening*): se produce cuando buscamos ciertas señales o mensajes para conseguir satisfacción con su recepción. Escuchamos de manera apreciativa para relajarnos, disfrutar, etc. Ejemplos: escuchar música, asistir a una conferencia para escuchar a nuestro líder, etc.

4) Acto de escuchar enfático (*empathic listening*): se produce cuando escuchamos a alguien que tiene necesidad de hablar y de ser comprendido por otra persona. Aquí el oyente demuestra su deseo de prestar atención y de intentar comprender los pensamientos, creencias y sentimientos del hablante. Ejemplos: entre amigos íntimos, en situaciones formales de ayuda, etc.

Los actos de escuchar números 1, 2 y 3 redundan en beneficio del que escucha, mientras que el último lo hace en beneficio del que habla. Según los autores, se puede es-

(cf. Goodwin 1981). Y de hecho, esta es una de las críticas de las que han sido objeto Sacks *et al.* (1974). A pesar de haber reivindicado, como hemos visto, la importancia del oyente, en sus trabajos descuidaron el papel que éste desempeña en la regulación de la conversación, ya que las cintas grabadas en audio no permiten al analista un acceso completo a la contribución del oyente en la toma de turnos (cf. McLaughlin 1984: 104).

Antes de finalizar este apartado, queremos mencionar que las figuras del oyente abstracto, del real en segundo grado y del real en primer grado, no se excluyen sino que se complementan. Esto es, el oyente real en primer grado incluye a los dos restantes. No quiere esto decir que desechar los marcos teóricos y los modelos de comunicación relacionados con el oyente abstracto y el real en segundo grado, ya que cada uno hace hincapié en determinados aspectos de la actividad de escuchar; y son estos aspectos los que en su globalidad contribuyen a un mejor conocimiento del oyente. No obstante, para estudiar la actividad verbal y no verbal del oyente en el curso de la interacción, encontramos un mayor número de referencias en los trabajos que se inscriben dentro de la sociolingüística interaccional, etnografía de la comunicación, análisis del discurso y pragmática dialógica.

3.3. ACTIVIDAD PRODUCTORA Y ACTIVIDAD RECEPTORA: ALGUNAS CUESTIONES TERMINOLÓGICAS

No resulta sencillo poner orden en la maraña terminológica que envuelve a los conceptos relacionados con los procesos de producción y de comprensión. En la bibliografía a menudo se emplean unos y otros indistintamente. En los apartados anteriores los hemos utilizado sin excesivo rigor, aunque la frecuencia con que hemos empleado los términos “hablante” y “oyente” es considerablemente mayor. Parece conveniente intentar conseguir una mayor precisión a la hora de utilizar unos y otros nombres. En primer lugar, revisaremos brevemente algunos de los términos que se han empleado para referirse al responsable del proceso de producción. En segundo lugar, y de manera más detenida, veremos cómo se ha nombrado al encargado del proceso de recepción.

3.3.1. El proceso de producción: productor, emisor y hablante

Los términos “productor”, “emisor” y “hablante” son los que se utilizan más a menudo para hacer referencia al encargado del proceso de producción. El término que encabeza la lista, esto es, “productor”, posee un carácter excesivamente amplio de ahí que no nos parezca el más adecuado dentro del ámbito de la lingüística. Además, el o lo que produce algo no ha de tener necesariamente el rasgo +humano. Idéntico motivo —puede hacer referencia a un aparato— nos lleva a prescindir de la palabra “emisor”, aunque, sin duda, se trata de un nombre que aparece con mucha frecuencia en los estudios de lingüística. Además, emisor se emplea tanto para hacer referencia a la persona que produce un texto oral como al que produce un texto escrito, y nosotros pretendemos que, de alguna

entre lo que se dice y lo que se quiere comunicar, de extraer información del mensaje o de la conducta de su interlocutor producida de manera no intencional, de interpretar un largo silencio, de producir secuencias de habla montada, interrumpiendo así el discurso de su interlocutor. Este oyente que desempeña, en fin, un papel esencialmente activo es el que hemos dado en denominar oyente real en primer grado. Como señala Gumperz (1982: 1):

To participate in such verbal exchanges, that is, to create and sustain conversational involvement, we require knowledge and abilities which go considerably beyond the grammatical competence we need to decode short isolated messages [...] Once involved in a conversation, both speaker and hearer must actively respond to what transpires by signaling involvement, either directly through words or indirectly through gestures or similar nonverbal signals.

La figura de este oyente está vinculada a un modelo concreto de comunicación: el modelo interaccional. A propósito de este modelo dice Schiffrin (1994: 397-98):

This model assumes that what underlies communication is behavior [...] This belief shifts much of the responsibility for communication from initiator (one who displays information) to recipient (one who witnesses and interprets information); it is this shift that diminishes the role of intersubjectivity.

Esta visión es característica de aquellos que se centran en la naturaleza contextualizada del comportamiento. Puesto que la sociolingüística interaccional, la etnografía de la comunicación y el análisis conversacional prestan más atención al contexto social, no sorprende que subyacente a su teoría se encuentre un modelo de comunicación que proporciona al contexto un papel más que cognitivo. Los estudios que se enmarcan dentro del modelo interaccional tienen el mérito de desarrollar una teoría en la que hablante y oyente ocupan posiciones similares. Por ejemplo, para Schegloff (1982: 73) la consideración del discurso como algo que proviene de la mente del hablante de acuerdo con un determinado plan cognitivo no parece que responda a la realidad. El discurso se va construyendo poco a poco, sobre la marcha, y tiene un carácter interaccional. Según Schegloff, producir un fragmento de habla es algo que implica colaboración con las otras partes presentes (cf. 1982: 73). Por consiguiente, como indica Duranti (1986: 239), hemos de considerar “verbal communication as an achievement, that is, as the collective activity of individual social actors whose final product (viz. the resulting ‘text’ or speech event) is qualitatively different from the sum of its parts (viz. individual utterances by individual speakers)”. Por lo que se refiere al ámbito europeo, dentro de la pragmática dialógica encontramos presupuestos similares. El objetivo de la pragmática dialógica es mostrar cómo los distintos individuos que participan en un intercambio se influyen, colaboran para asegurar la gestión de la interacción gracias a mecanismos de ajuste mutuo, de intersincronización y de negociación permanente; en resumen, cómo construyen en común, paso a paso, una conversación (*vid.* Cosnier *et al.* 1988: 9).

Si Bell (1984) hablaba de “diseño para una audiencia”, los analistas de la conversación hablan de “diseño del receptor” (*recipient design*). Noción esta última que incluye

En definitiva, a propósito de dos de las líneas de investigación más importantes dentro de la pragmática, esto es, la de Austin y Searle y la de Grice, podemos afirmar, como hace Linell (1998: 11) que

they stand for a monologism, which sustains the authority and domination of the speaker, at the cost of his partners, the listeners. At the same time, their theories invoke, at least implicitly, a classical notion of 'dialogue', stressing clarity, symmetry, egalitarianism, mutuality, harmony, openness, consensus, and agreement, at the same time suppressing negotiations of meaning, hedges, vagueness, ambiguity, polyvocality, misunderstanding, conflicting interests, concealment, opposition, power, domination, and fragmentation of participation and knowledge.

Podemos decir, en consecuencia, que tanto en los estudios de sociolingüística que observan la variación estilística, como en los trabajos de pragmática arriba mencionados, se tiene en cuenta al oyente. Este es un hecho indudable, además, a un oyente que podríamos llamar de “carne y hueso” con todas sus virtudes y limitaciones. No obstante, el centro de interés no reside en la figura del oyente, sino en la del hablante. Este último se describe bien como individuo concreto que se encarga de asignar papeles dentro de una audiencia —hecho que queda reflejado en los términos acuñados para establecer distinciones en su interior: destinatario, participantes ratificados, participantes no ratificados... (*vid.* apartado 3.3)—, o bien, se describe a través de sus producciones lingüísticas, cuya observación permite conocer las características de su audiencia.

Por razones estrictamente prácticas el “oyente sociolingüístico” y el “oyente pragmático” reciben en este estudio un tratamiento conjunto. Somos conscientes, sin embargo, de que existen algunas razones que nos podían haber llevado a establecer una caracterización diferenciada. El oyente real en segundo grado es el eslabón intermedio entre el oyente abstracto y el oyente real en primer grado. El “sociolingüístico” se encuentra quizá más próximo al abstracto, y el “pragmático” al real en primer grado. Así por ejemplo, según Schiffrin (1994), que relaciona el enfoque variacionista con el modelo de código, muchos de los conceptos variacionistas sólo tienen sentido si se asume que el emisor y receptor codifican y decodifican un código. Como ejemplo propone la noción de variable: “The reason we identify different ways of speaking as variants is because we assign them the same conventionally based link between sound and meaning” (Schiffrin, 1994: 393). A pesar de la importancia que se concede al contexto social en el enfoque variacionista, esta autora señala que “context is viewed as a constraint on the way people use the code —not as something that pervades the definition of categories in the code” (*ibíd.*). Las teorías pragmáticas que hemos mencionado —teoría de los actos de habla y de Grice— no están, en cambio, vinculadas al modelo de código sino al modelo de comunicación inferencial. En este modelo de comunicación, el papel del destinatario en el proceso de comunicación es sorprendentemente simple en algunos aspectos y muy complejo en otros. Aunque en la visión de la comunicación de la teoría de los actos de habla el oyente no sea centro de mucha atención, la consideración de los efectos perlocutivos como un tipo de acto aproxima esta teoría al modelo interaccional. Como éste último, asigna un papel a los actos o significados no intencionales; pero aun así es a los sig-

It assumes that persons respond mainly to other persons, that speakers take most account of hearers in designing their talk [...] Differences within the speech of a single speaker are accountable as the influence of the second person and some third persons, who together compose the audience to a speaker's utterances (Bell 1984: 159).

El hecho de que el hablante construya el discurso para una audiencia da cuenta también del hecho de que el discurso de un bilingüe no sea el mismo si se dirige a un monolingüe o a un bilingüe. Cuando se dirige a un monolingüe, pueden aparecer en su discurso ciertas “desviaciones”⁶ producto de la influencia de una lengua sobre otra (simplificaciones, hipercorrecciones, falsa analogía, interferencias o transferencias, etc., etc.). En cambio, cuando se dirige a un bilingüe es habitual la aparición de alternancia de códigos, en sus distintas manifestaciones (cf. Grosjean 1982: 289-341). Por otra parte, en los últimos años varios estudios centrados en lengua y sexo (o género), han mostrado que el comportamiento lingüístico de los hombres y de las mujeres varía en función del sexo de los interlocutores. Así, el comportamiento lingüístico de las mujeres no será igual si se dirigen sólo a otras mujeres que si el grupo en que tiene lugar la interacción es mixto (cf. Romaine 1996: 143).

Por lo que se refiere al tipo de investigaciones que caen propiamente en el ámbito de la pragmática, también se le ha reservado un lugar al oyente concreto. Así, difícilmente se puede prescindir de él para explicar la teoría de los actos de habla de Austin y Searle, que tiene que ver con la interpretación de las intenciones del hablante. Más concretamente, cómo explicar si no los actos perlocutivos. El constructo teórico del hablante oyente-ideal se pone en entredicho a la hora de dar cuenta de los desajustes que, en ocasiones, se producen entre actos ilocutivos y perlocutivos⁷. Por ejemplo, un hablante puede emitir el enunciado “Hay demasiada gente en el salón”, con la intención de pedir al grupo de personas que tiene al lado que se traslade a otra habitación de la casa, y no conseguir el efecto deseado. Es decir, ese grupo de personas se puede limitar a darle la razón y a permanecer en el salón.

Sin embargo, a pesar de que el oyente es un componente central dentro de la teoría de los actos de habla, Clark & Carlson (1982: 332) señalan que no se ha profundizado lo suficiente en el estudio del papel que desempeña. Ciertamente se habla del oyente, pero no se habla de los distintos tipos de oyentes que pueden participar en una conversación, y cuya presencia puede tener un reflejo en el discurso del hablante. Para Clark & Carlson (1982) la consideración de distintas clases de oyentes permite ampliar los límites de la teoría de los actos de habla, ya que los hablantes realizan los actos de habla ilocutivos no sólo dirigidos a los destinatarios, sino que también tienen en cuenta a otros oyentes, parti-

⁶ Sin duda, no se trata del término más adecuado, pero lo mantendremos por razones prácticas.

⁷ A este respecto Schiffrin (1994: 397) dice: “Although speech act theory stresses speaker intentions [...], it also makes a place for effects upon recipient other than the recognition of speaker intentions, *i.e.* what we described earlier as perlocutionary effect. Perlocutionary effect is not the focus of much attention in orthodox speech act theory”.

De cualquier forma, aunque podamos describir la lingüística tradicional como lingüística del receptor esto no significa que el oyente esté implicado como categoría pragmática, esto es, no se ofrece un tratamiento del oyente como participante en la conversación, pues no deja de ser un oyente pasivo. Su centro de interés era, y sigue siendo, la lengua o el código y todo lo demás no entraba en su concepción de lo que debía ser el objeto de estudio de la lingüística. Como señala Bajtin (1990[1979]: 258-259),

aquel oyente que, con su pasiva comprensión, se representa como pareja del hablante en los esquemas de los cursos de lingüística general, no corresponde al participante real de la comunicación discursiva [...] el esquema falsea el cuadro efectivo de la comunicación discursiva, eliminando de ella los momentos más importantes: el papel activo del *otro* en el proceso de comunicación discursiva se debilita de este modo hasta el límite.

Nuestra intención es seguir la pista de ese oyente que es un “participante real de la comunicación discursiva”. El oyente que nos interesa hay que buscarlo en el discurso, en tanto que actualización de las unidades lingüísticas en la comunicación, donde la dimensión extra-lingüística prime sobre la dimensión lingüística o donde se consiga un deseado equilibrio entre ellas. No creemos que compense emplear esfuerzos en la búsqueda de ciertos indicios que nos conduzcan a pensar que determinados autores concedían al proceso de recepción más peso en su teoría del que podríamos suponer, porque esto nos puede llevar a poner énfasis sobre ciertos aspectos que no merecen ser sobredimensionados; y puede llevarnos en última instancia a perder de vista en qué consiste la grandeza de sus estudios.

3.2.2. Oyente real en segundo grado

En la segunda mitad de siglo, son varios los autores que denuncian la descripción incompleta que del hecho lingüístico ofrecen los estudios de estructuralistas y generativistas. Serán principalmente los sociolingüistas y los pragmáticos —entendiendo estas etiquetas en sentido amplio— quienes subrayen la necesidad de revisar la lingüística anterior. El centro de interés pasa de ser la lengua considerada en sí misma, a la lengua como el instrumento utilizado por hablantes concretos. Así, de los componentes que entran en juego en el proceso de comunicación no interesa sólo el código, sino que, al menos en principio, merecen la misma consideración el resto de los elementos: emisor, mensaje, destinatario, etc. Esto no significa que en la primera mitad de siglo no se encuentren algunas referencias sobre la importancia de tener en cuenta, por ejemplo, a los encargados del proceso de producción y comprensión. Jakobson (1988 [1942]: 407) se refiere a algunos autores que hablan del carácter interactivo de la conversación:

Contrairement à la théorie individualiste de ce fonctionnement, théorie soutenue par Saussure et ses disciples, deux linguistes modernes, un Russe et un Anglais ont développé une conception nettement sociologique. C'est d'abord Voloshinov qui, dans son livre russe *Le marxisme et la philosophie de la langue*, défend la thèse “La parole est sociale”. Voloshinov fait observer que l'orientation de la parole vers l'interlocuteur a une grande importance. La parole est en réalité un acte bilatéral. Deux questions la déterminent dans la

oración construida de acuerdo con determinadas convenciones gramaticales no debe plantear al receptor ningún problema de descodificación, en virtud del conocimiento de la gramática que ambos comparten. Se trata en esencia del hablante oyente ideal del que habla Chomsky. Éste, en realidad, representa una entidad abstracta, que poco tiene que ver con individuos concretos que como usuarios de una lengua han de hacer frente a ciertas dificultades de producción y comprensión. Incluso aquellos casos que podrían llevar a cuestionar esta visión idílica de la comunicación se pueden explicar sin necesidad de abandonar este hablante oyente ideal. Nos referimos concretamente a la ambigüedad. Si entre hablante y oyente existiese esa comunicación casi “telepática” —permítasenos la exageración— la ambigüedad desaparecería, ya que el problema de la ambigüedad en sus distintas manifestaciones, léxica, por homonimia y polisemia, y estructural, tiene que ver con el oyente. En efecto, desde el punto de vista del hablante la ambigüedad no existe. Pero según Chomsky (1978: 12) la solución se encuentra en la competencia del oyente:

Como oyente, su problema es determinar la descripción estructural asignada por su gramática a una emisión presentada (o, donde la oración es ambigua, determinar la descripción estructural correcta de este ejemplo particular), utilizando la información de la descripción estructural para entender la emisión. Es evidente que no hay que confundir la descripción de la competencia intrínseca que proporciona la gramática con una explicación de la actuación real.

Nuestra gramática interiorizada atribuye dos estructuras abstractas distintas a una oración como “El perro de Juan fue quien lo hizo”. Remite, pues, al oyente a dos contenidos posibles: “Juan tiene un perro que hizo algo” o “Juan, que es una persona despreciable, hizo algo”. El oyente de esta emisión debe elegir cuál es la descripción estructural correcta en una determinada ocasión, y aquí inevitablemente es necesario echar mano del contexto extralingüístico. Chomsky (1978: 149) reconoce la existencia de factores extralingüísticos que ayudan a resolver los problemas de ambigüedad, pero no le incumben, ya que dice que pertenecen a la actuación:

En una situación particular, el oyente puede utilizar información que va más allá de la gramática para determinar cuál de las interpretaciones potenciales era la que se pretendía comunicar (o si se quería comunicar algo que va más allá del contenido semántico explícito de la emisión en que se utilizó realmente). No se sabe absolutamente nada significativo sobre esa utilización de la información extra-gramatical en la interpretación de oraciones, más allá del hecho de que existe y de que es una característica importante de la actuación [...] Por supuesto que la determinación de lo que realmente quería comunicar el hablante implica consideraciones extra gramaticales y otros conocimientos que están más allá del conocimiento del lenguaje.

Desde esta perspectiva, no hay nada que impida seguir hablando de ese hablante oyente ideal como las dos caras de la misma moneda. Bastará con que el hablante haga uso de la lengua de acuerdo con determinadas convenciones fonológicas, sintácticas, semánticas y pragmáticas para generar una comunicación exitosa. Cualquier desajuste que se produzca queda fuera del centro de interés del lingüista, que es la lengua o la competencia.

a la segunda mitad, ya que para describir el comportamiento del oyente durante la interacción es necesario, cuando menos, que los lingüistas salgan del “laboratorio”. Nuestra intención es ofrecer unas pinceladas desde Saussure hasta nuestros días. En realidad, pretendemos observar la figura del oyente dentro de los estudios de algunos de los representantes de lo que se ha denominado con más o menos rigor “lingüística interna” y “lingüística externa”.

Elaborar una teoría lingüística prescindiendo del oyente resulta una tarea bastante difícil, por no decir imposible. Tanto estructuralistas y generativistas, como sociolingüistas y pragmáticos, hacen referencia en sus trabajos al oyente o receptor. Sin embargo, el tipo de receptor al que se refieren y el papel que desempeña en sus descripciones es esencialmente diferente. Precisamente, las peculiaridades que se le atribuyen en cada caso nos han permitido distinguir entre tres tipos de oyentes: *oyente abstracto*, *oyente real en segundo grado* y *oyente real en primer grado*. El primero, esto es, el oyente abstracto, es compatible con la prioridad que estructuralistas y generativistas dan al estudio de la lengua. Se trata de un oyente cuyo papel es esencialmente pasivo. Los oyentes reales, tanto el real en segundo grado como el real en primer grado, son una consecuencia de la ampliación del objeto de estudio de la lingüística que potenciaron principalmente sociolingüistas, pragmáticos y analistas de la conversación. Se trata de un oyente cuya presencia se deja ver, ya sea porque de alguna manera condiciona la producción lingüística del hablante (real en segundo grado), ya porque, además de influir en el hablante, es junto con él el responsable del producto final (real en primer grado).

La distinción entre estos tres tipos de oyentes está estrechamente vinculada a los modelos de comunicación que subyacen a cada uno de los modelos teóricos observados: *modelo de código*, *modelo inferencial* y *modelo interaccional* (cf. Sperber & Wilson 1994: 38; Schiffrin 1994: 405):

1. El modelo de código: la comunicación se consigue mediante la codificación y descodificación de mensajes.

2. El modelo inferencial: la comunicación se consigue cuando el emisor puede proporcionar indicios de sus intenciones, a partir de los cuales el oyente infiere cuáles son sus intenciones.

3. El modelo interaccional: la comunicación se consigue cuando el emisor expone información contextualizada que es interpretada por un receptor.

Schiffrin (1994: 386) relaciona estos modelos de comunicación con los distintos enfoques del discurso. Así, el enfoque variacionista adopta el modelo de código; el pragmático y el de los actos de habla toma el modelo inferencial; y, finalmente, la sociolingüística interaccional, la etnografía de la comunicación, el análisis de la conversación y la pragmática dialógica —esta última no figura en la relación de enfoques discursivos que proporciona la autora— adoptan el modelo interaccional. Partiendo de esta idea, podemos establecer la siguiente relación entre los tres tipos de oyente que hemos diferenciado y los modelos de comunicación:

veros que los que utilizamos para juzgar nuestra actividad como receptores. Por ejemplo, es probable que cualquiera de nosotros rechacemos una secuencia como “las cosas en los retiros que nos pasaron” (ejemplo ya presentado con anterioridad, procedente del *Corpus de lengua hablada de la ciudad de A Coruña*), y que nuestra primera explicación para el rechazo sea “yo nunca lo diría”, esto es, emitimos juicios desde el punto de vista de productores potenciales. Sin embargo, como oyentes no es infrecuente que una secuencia de este tipo pase desapercibida.

El prisma desde el que se observa la figura del oyente produce imágenes no coincidentes. Así, si adoptamos una perspectiva formalista y partimos de una concepción de la lengua como sistema o estructura, el papel del oyente será sustancialmente diferente de aquel que se deriva de una perspectiva funcionalista, donde el hecho lingüístico es observado como discurso o comunicación. En principio, podríamos pensar que en todas aquellas disciplinas que se ocupan del habla, de la actuación o de todos aquellos aspectos que están al margen de lo que tradicionalmente se ha considerado “estrictamente lingüístico”, el oyente tendrá un papel destacado al lado del hablante junto con los demás componentes que configuran la situación comunicativa. Sin embargo, algunas de las líneas de investigación más importantes en el desarrollo de la pragmática, como las teorías de Austin, Searle y Grice, muestran una orientación monológica. Por consiguiente, no se libran de la tendencia “to identify the speaker alone as the origin of the utterance” (Linell 1998: xii); al hablante se le confiere autoridad por encima de sus compañeros, los oyentes. Como señala, Hernández Sacristán (1994: 209), la discusión se centra inicialmente en lo que un hablante es capaz de hacer por medio de la lengua; y, aunque se reconoce que sus acciones están intencionalmente guiadas por la existencia de un oyente, ni el oyente, ni lo que podemos comprender como la actividad del oyente constituyen su foco de interés. Habrá que esperar a aquellos enfoques teórico-metodológicos que ponen énfasis en la naturaleza contextual de la interacción para otorgar al oyente el puesto que realmente le corresponde dentro del proceso comunicativo. Nos referimos esencialmente al análisis de la conversación, enfoque no inscrito en el paradigma de la lingüística (formal), detrás de cuyo origen están la etnometodología, la sociología interaccional y la microsociología de Goffman.

Afirmar que en este capítulo nos vamos a ocupar de la figura del oyente puede parecer en exceso pretencioso, porque sólo nos referiremos a una de las muchas facetas de la actividad receptora: su actividad verbal. Hemos estructurado este capítulo, como queda reflejado en el título y en el subtítulo, en dos partes: la primera, dedicada al oyente, y la segunda, a uno de los tipos de su actividad verbal. A su vez, la primera parte consta de tres secciones. En la primera, nos ocuparemos de la figura del oyente dentro de los estudios surgidos al amparo de algunas de las corrientes lingüísticas —entendidas en sentido amplio— más importantes de nuestro siglo. Concretamente, estableceremos tres tipos de oyentes: oyente abstracto, oyente real en segundo grado y oyente real en primer grado. Dedicaremos la segunda sección a fijar la terminología, ya que, como se ha visto en esta breve introducción, hemos utilizado indistintamente, por un lado, términos como “hablante”, “emisor” y “productor”, y por otro, “oyente”, “destinatario” y “receptor”. Desde nuestro punto de vista, es importante mantenerlos diferenciados. Por último, en la tercera

and the only authority” (Linell 1998: 91). Aunque para aludir a estos marcadores hemos acuñado y utilizado otras veces el término de “respuestas mínimas reguladoras”, pues remite a los tres rasgos básicos que las caracterizan (ser respuestas o pseudorespuestas, ser breves y estar vinculadas a la actividad receptora¹ —*vid.* Vázquez Veiga 2000a), en esta ocasión hemos preferido sustituirlo por el de “marcadores discursivos de recepción” (MR)², que es el que emplean, entre otros, Jucker & Smith (1998). Obviamente, los MR también poseen los rasgos mencionados más arriba; el cambio de denominación se explica porque hemos preferido sacrificar una mayor precisión terminológica, en aras de una mayor claridad y coherencia expositiva: el uso generalizado del término “marcador”, la transparencia significativa del complemento “de recepción” y nuestra inclinación por entender “marcador discursivo” en sentido amplio son los motivos que avalan este cambio. Además, algunas de las unidades que aquí se estudian, en concreto, *sí* y *ya*, han sido consideradas por Martín Zorraquino & Portolés Lázaro (1999) “marcadores metadiscursivos conversacionales”.

Aunque quizá la afirmación de Parker-Rhodes (*apud* McGregor 1986: xi) de que “nuestra civilización es una civilización de hablantes y nuestra lingüística se ha interesado únicamente por los problemas del hablante” sea un tanto exagerada, no podemos dejar de reconocer que en parte no le falta razón. Mel’čuk (1997: 15) menciona algunos ejemplos que muestran que las propias lenguas dan una prioridad absoluta a los hablantes: se habla de “hablantes nativos” y no de “destinatarios nativos”; “hablar español” es una expresión idiomática, mientras que “comprender / entender el español” es libre; la lengua es “egocéntrica”, en el sentido de que muchos signos lingüísticos codifican el punto de vista del que habla, como por ejemplo, los deícticos. En nuestra sociedad, es frecuente que digamos al enumerar las virtudes de un individuo que es “un buen conversador”. Al menos a primera vista, “ser un buen conversador” parece que se valora más que “ser un buen oyente” —esto no significa que “saber escuchar” no sea una cualidad en nuestra sociedad. En ciertos contextos, decir de alguien que es un “buen oyente” o incluso un “excelente oyente” implica que hay poco que decir sobre el comportamiento de esa determinada persona. A menudo se presenta a los hablantes como creadores de la lengua y a los oyentes como receptores pasivos, ya que son los hablantes los que mediante sus intervenciones hacen avanzar la conversación. Sperber & Wilson (1994 [1986]: 60) comparan al emisor con aquella persona que en una pareja de bailarines tiene la responsabilidad de conducir el baile:

Se deja que sea el emisor quien se encargue de construir los supuestos correctos acerca de qué códigos y qué información contextual serán más accesibles para el oyente y más propensos a ser utilizados por éste durante el proceso de comprensión. También la responsabi-

¹ Como señalan McGregor & White (1990: 1), la noción de recepción está indisolublemente vinculada a la noción de respuesta, “since for us reception is response, and response is reception”.

² En adelante utilizaremos la sigla MR. Por razones obvias, no nos ha parecido oportuno adoptar para el plural MMRR.

3. EL ARTE DE RECIBIR: LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN

tablecer otra distinción que tiene que ver con las implicaciones interaccionales de la actividad de escuchar. A diferencia del acto de escuchar apreciativo, los actos de escuchar comprensivo, evaluativo y enfático tienen que ver con la vertiente social de la comunicación.

Desde nuestro punto de vista, esta distinción, aunque útil, presenta algunos problemas, por ejemplo, la diferencia entre el acto de escuchar comprensivo y evaluativo parece débil, si no se establecen otras dimensiones. De cualquier forma, es importante tener en cuenta la diferenciación entre distintos actos de escuchar, ya que las características de la actividad verbal y no verbal del oyente están íntimamente relacionadas con el tipo de acto de escuchar que está llevando a cabo, y éste depende en última instancia del contexto situacional en el que se desenvuelve la interacción. En situación de entrevista o de conversación semidirigida, por ejemplo, el tipo de acto de escuchar por excelencia es el acto de escuchar comprensivo, como hemos visto a la hora de describir el rol discursivo de entrevistador.

En relación con la segunda de las cuestiones a las que aludíamos más arriba, mientras que en una conversación lo esperable es que sólo hable una persona de cada vez, evidentemente no sólo escucha una persona de cada vez. La presencia frente a la ausencia de habla es la característica más evidente que nos permite diferenciar entre aquel que habla y aquel o aquellos que en un momento dado están oyendo o escuchando. La diferenciación entre “oír” y “escuchar”, esto es, entre percibir sonidos y prestar atención a los sonidos percibidos, se puede recoger con el empleo de los sustantivos correspondientes: “oyente” y “escuchador”. Como sabemos, no todos aquellos que están presentes en una conversación necesariamente han de estar escuchando. Ser oyente o escuchador es algo que depende de la voluntad del receptor. Sin embargo, es el hablante quien distribuye papeles dentro del grupo de escuchadores. Así, hay que distinguir entre aquel o aquellos a quienes dirige explícitamente su mensaje y los que son escuchadores ratificados. Con frecuencia, se emplea la palabra “destinatario” para hacer referencia al individuo o grupo de individuos a quien se dirige el hablante. La clásica distinción que estableció Goffman (1976: 260) entre tres clases de “escuchadores” es un lugar común a la hora de hablar de la audiencia:

Those who *overhear*, whether or not their unratified participation is inadvertent, and whether or not it has been encouraged; those who are ratified participants but (in the case of more than two-person talk) are not specifically addressed by the speaker; and those ratified participants who *are* addressed, that is, oriented to by the speaker in a manner to suggest that his words are particularly for them, and that some answer is therefore anticipated from them, more so than from the other ratified participants.

Sintetizando, y adaptando su clasificación, podemos decir que en un intercambio existen “escuchadores participantes” frente a “escuchadores no participantes”. Dentro del primer grupo, escuchadores participantes, hay que distinguir entre “escuchadores principales” y “escuchadores secundarios”. Los escuchadores principales reciben normalmente el nombre de destinatarios, Goodwin (1986a: 297) emplea el término de “receptor focal”

(*focal recipient*)—receptor para quien el hablante diseña su habla. Para referirse a los escuchadores secundarios, Clark & Carlson (1982: 343) y Bell (1984: 159) emplean respectivamente los términos *side-participants* y *auditors*. Dentro de los escuchadores no participantes, dependiendo de si el hablante conoce o no su presencia se distingue entre: “escuchador/es advertido/s” (*overhearer/s*) y “escuchador/es indavertido/s” (*eavesdropper/s*)¹² (cf. Bell 1984: 159; Clark & Carlson 1982: 342-5). Todos estos tipos de escuchadores son importantes porque el hablante diseña su enunciado con ellos en mente. Según Bell (1984: 160), podemos representar a los miembros de la audiencia en círculos concéntricos, que reflejan la distancia entre los componentes de la audiencia y el hablante:

Often in an interaction, the physical distance of audience members from the speaker coincides with the role distance, with addressee physically closest and eavesdropper farthest away. Certainly, audience roles are assigned by the speaker, and their degree of salience for the speaker’s style design is generally relative to role distance.

Nosotros centraremos nuestro interés en los “escuchadores participantes principales”. De cualquier forma, la utilización de términos como “escuchador participante principal” o “escuchador participante secundario” probablemente complicaría en exceso la lectura de este trabajo. Además, dentro de la bibliografía pragmática en español el término “escuchador” no es precisamente frecuente. En estos casos, consideramos preferible sacrificar la originalidad y la precisión terminológica en aras de una mayor sencillez expositiva, de ahí que hayamos decidido utilizar el término “oyente”. No ignoramos, sin embargo, algunos de los problemas que su empleo suscita. Por un lado, como hemos visto, no todo el que oye escucha. Por otro, al igual que sucedía con hablante, se llama así a “todo aquel que tiene la capacidad abstracta de comprender un determinado código lingüístico [...] puede usarse la combinación hablante-oyente para hacer referencia al sujeto que posee conocimiento de una lengua” (*vid.* Escandell Vidal 1996: 27). No obstante, el tipo de corpus que utilizamos suaviza estas dificultades, si bien no las elimina. En primer lugar, oír no significa necesariamente no escuchar. Normalmente solicitamos permiso para asistir a una clase “como oyente”, lógicamente con la intención de escuchar en el sentido original del término. Además, en situación de entrevista (conversación semidirigida) en que habitualmente sólo contamos con dos participantes, no tiene mucho sentido establecer la diferencia entre oyente / escuchador. Incluso en aquellos casos en que hemos de hablar de distintos integrantes de una audiencia, distinguir en la práctica entre oyentes y escuchadores es algo que resulta prácticamente imposible. En segundo lugar, y respecto a la precisión señalada por Escandell Vidal, aunque nos parece adecuada, no creemos que en el contexto en que se utiliza el término pueda causar confusión. Además es el correlato de “hablante”, término seleccionado con anterioridad. El propio Searle utiliza oyente con el sentido de destinatario y otros teóricos los emplean indistintamente (cf. Clark & Carlson 1982: 332). En resumen, al hablar de oyente nos referimos al “escuchador participante principal”, término que equivale, como hemos visto más arriba, al de “destinatario” y

¹² McGregor (1983: 275) utiliza este término en su estudio para referirse a “listeners who have been specifically invited to overhear and comment on the tape-recorded conversations of others”.

3. EL ARTE DE RECIBIR: LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN

al de “receptor focal”. Si bien utilizaremos el término de “destinatario” como equivalente, o el de “interlocutor”, por razones meramente estilísticas, no emplearemos, en cambio, el de “receptor” al tratarse de un término que no necesariamente ha de poseer el rasgo +humano (cf. Escandell Vidal 1996: 26). Cuando presentamos datos de alguna entrevista en la que está presente otra persona además del escuchador participante principal (destinatario), se indicará con un dígito acompañando a E o a H (cf. convenciones de transcripción).

A modo de conclusión, nos interesa resaltar el hecho de que la terminología acuñada pone de relieve que la noción de audiencia, como señala Brenneis (1986: 340), no es algo homogéneo, no es una noción estática. La audiencia de un determinado mensaje no siempre reacciona de la misma manera:

An audience is rarely a single unit; students of rhetoric have long distinguished, for example, between primary and secondary audiences, groups with different relationships to the message and, therefore, different interests and interpretative frames. Audience members vary considerably in the degree of knowledge and investment they bring to particular messages. Further, roles shift; the audience of one moment might be the speaker of the next. Finally, those present who never speak [...] may nonetheless be defined as critical for the authenticity of the event, not by their passive presence but by unspoken participation.

Así, incluso en aquellos casos en que un oyente no participa, su papel no es “esencialmente pasivo”, desde el momento en que puede influir en el discurso del emisor. Como hemos señalado en el primer capítulo, en las entrevistas sociolingüísticas la simple presencia de un amigo o de un conocido común en el espacio en el que se va a desarrollar el encuentro tiene a menudo una influencia favorable en las muestras de habla obtenida. La presencia física del contacto influye tanto en la actividad discursiva del entrevistador (diseña su entrevista de un determinado modo), como en la del entrevistado.

La audiencia, pues, configura lo que se va a hacer en el habla, y recíprocamente, la estructura del habla en curso puede modificar la audiencia (Goodwin 1986a: 284). Estos hechos ponen de relieve la idea de que el sentido y la relevancia del habla no provienen únicamente de las acciones del hablante, sino que se construyen dentro de un proceso de colaboración en la interacción, que incluye a la audiencia como un co-participante muy activo (cf. Goodwin 1986a: 284).

3.4. HABLANTE Y OYENTE: LA DISTINCIÓN ENTRE TENER LA PALABRA Y NO TENERLA

En los apartados anteriores hemos intentado aclarar algunos de los principales problemas terminológicos referidos a los responsables del proceso de producción y de recepción. Sin embargo, antes de seguir adelante, conviene hacer algunas precisiones sobre la elección finalmente realizada, hablante y oyente. Hablar de la actividad verbal del oyente plantea algunos problemas. En principio, podemos pensar que la presencia vs. la

ausencia de actividad verbal es lo que distingue al hablante del oyente. Por consiguiente, parece una contradicción referirnos a la actividad verbal del oyente. Pero esta contradicción desaparece si tenemos en cuenta que hablar y escuchar no son actividades sucesivas sino simultáneas. Hargie *et al.* (1994: 11) proponen el término “comunicadores” para englobar a los participantes en el proceso comunicativo. Según ellos, los comunicadores son al mismo tiempo enviados y receptores de mensajes. Mientras una persona A habla, también está controlando los efectos de su enunciado, y al hacer esto recibe información de B. Del mismo modo B cuando escucha a A también reacciona a su contribución, incluso si es sólo para ignorarla. Pues bien, si el hablante también es oyente o receptor, el oyente también es hablante (cf., por ejemplo, Hockett 1986[1961]: 66] y Gallardo Paúls 1992: 56).

Así pues, podemos hablar de actividades relacionadas con el hablante y de actividades relacionadas con el oyente, pero no podemos establecer una ecuación entre, por un lado, ser hablante y ser oyente, y por otro, tener el turno y no tenerlo. Por tanto, la afirmación de que sólo habla quien tiene el turno ha de ser matizada. Como señala Yngve (1970: 568), es posible hablar fuera de turno y es incluso frecuente que los que participan en una conversación lo hagan:

In fact, both the person who has the turn and his partner are simultaneously engaged in both speaking and listening. This is because of the existence of what I call the back channel, over which the person who has the turn receives short messages such as “yes” and “uh-huh” without relinquishing the turn.

Las definiciones que propone Duncan (1974: 164-165) de hablante y oyente también apuntan a esa diferenciación. Según este autor, existen dos estados opuestos para cada participante en la conversación diádica. El hablante se define como el participante que reclama el turno de habla en un momento dado y el oyente (*auditor*, toma el término de Kendon 1967) como el participante que no reclama el turno de habla en un momento determinado. El que no reclame el turno de habla no es incompatible con el hecho de que realice algún tipo de comentario en el curso de la intervención del hablante. Algunos años antes ya se refería Fries (1952: 50) a que “these oral reactions on the hearer’s part do not interfere with the continuous flow of the utterances of the speaker. They simply serve to give something of the hearer’s reaction and to signal the fact that he is listening attentively to the speaker”.

Yngve (1970), tras distinguir, de un lado, entre “actividades del hablante” y “actividades del oyente”, y de otro, “tener el turno” y “no tener el turno”, observa la necesidad de diferenciar entre “tener / tomar el turno” (*having the turn*) y “tener / tomar la palabra” (*having the floor*):

We have confirmed that speaking and listening activities go on simultaneously and that it is a normal and usual occurrence for messages to flow simultaneously in both directions between the participants in a dialog. We have found that not only is there a difference between roles of speaker and hearer and the roles of having the turn or not, but there is a further distinction of having the floor or not (cf. *op. cit.*: 575-576).

3. EL ARTE DE RECIBIR: LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN

Según esta distinción, por ejemplo, los turnos del entrevistador y entrevistado que en el comienzo de una entrevista van encaminados a negociar o sentar las bases sobre el modo en que se va a desarrollar el encuentro serían ejemplos de “toma de turno” (E: *Bueno vamos a dar comienzo a la entrevista* / F: *¿De qué quieres que hable? ¿Quieres que te cuente mi vida?* / E: *Vale.*). La “toma de palabra” no se producirá hasta el momento en que el entrevistado empieza a contar sus experiencias (F: *Bueno... pues yo nací en*).

De una manera u otra, son varios los autores que han puesto de manifiesto la necesidad de distinguir entre dos categorías de fenómenos, llámense turnos, movimientos, etc., entre otros motivos, para una explicación coherente de la actividad del oyente en la conversación. La distinción entre “tomar la palabra” (*having the floor*) y “tomar un turno” (*having the turn*) de Yngve es similar a la que establecen Weiner & Goodenough (1982: 216), quienes llevan a cabo un análisis psicológico de los procesos conversacionales, y diferencian entre “movimientos sustantivos” (*substantive moves*) y “movimientos de control” (*housekeeping moves*):

First, there seemed to be “substantive” moves that made up the subject matter of conversations. [...] The second class of activities are what we call “housekeeping” or “management” moves. Housekeeping moves are distinct from substantives moves because they appear to add nothing new to the subject matter of the conversation.

Por su parte, Cosnier (1988: 182-183) en un trabajo titulado “Turnos grandes y turnos pequeños” (“*Grands tours et petits tours*”), señala que la interacción conversacional está formada por dos categorías de fenómenos:

—Los turnos de palabra propiamente dichos, que poseen una cierta extensión (generalmente superiores a diez palabras).

—Las emisiones breves (en general inferiores a cinco palabras) que a primera vista no son más que elementos complementarios de retroalimentación, pero cuya naturaleza y múltiples funciones incitan a considerarlos más bien como elementos activos y determinantes de la evolución de la interacción. Estos pueden mantenerla, interrumpirla y orientarla.

También Bublitz (1988) insiste en la necesidad de ofrecer una descripción adecuada de las acciones que realiza el participante de la conversación que no tiene la palabra. Su manera de proceder consiste en determinar, en primer lugar, los papeles de los participantes en relación con el modo de conducir y manejar el tema, para posteriormente establecer una correlación entre esos papeles y las acciones comunicativas simples, hablar y escuchar, y las más complejas, dar una señal de oyente o hacer una contribución mayor o menor como hablante (*op. cit.*: 153). Distingue, pues, entre: “dar una señal de oyente” (*giving a hearer signal*), “hacer una contribución menor como hablante al desarrollo temático” (*making a minor speaker contribution to the topic*) y “hacer una contribución mayor como hablante al desarrollo temático” (*making a major speaker contribution to the topic*). La primera de estas acciones es la que realiza normalmente el oyente y

las otras dos, el hablante, respectivamente el hablante principal y el hablante secundario¹³. Los papeles de hablante y oyente quedan así definidos por Bublitz (1988: 161):

—El oyente es el participante que realiza tanto la acción comunicativa básica de oír (escuchar) como la de hablar. Pero esta última se limita a la emisión de señales lingüísticas que indican que está tomando nota de lo que se ha dicho y de lo que ha oído; de este modo realiza la acción comunicativa compleja de “dar una señal de oyente”.

—El hablante es el participante que (además de oír) también realiza la acción comunicativa básica de hablar, y al hablar, realiza la acción comunicativa compleja de “hacer una contribución mayor o menor como hablante al tema”. El hablante principal es el responsable de las contribuciones mayores al tema de la conversación, pues es quien normalmente realiza tanto actos de habla como contar, informar, argumentar, etc., como las acciones temáticas de introducir un tópico, cerrar un tópico, etc. El hablante secundario es el que realiza una contribución menor como hablante, al corresponderle normalmente actos de habla como estar de acuerdo, apoyar, aprobar, dudar, pedir información, etc., a través de los cuales expone cuál es su posición y manifiesta su actitud. Por consiguiente, no cae generalmente dentro de las atribuciones de este hablante realizar acciones relacionadas con el tópico.

El criterio en el que se basa Gallardo Paúls (1993: 18-19) para distinguir entre los dos subniveles de toma de turno es similar al establecido por Weiner & Goodenough. La autora habla de “turnos sin intervención” e “intervenciones”:

El TURNO de habla no es propiamente una unidad de la escala de rango, sino un hueco estructural que puede, o no, ser rellenado por una INTERVENCIÓN. Con esta distinción intentamos reflejar nuestra concepción dual del sistema de toma de turno, donde distinguimos un nivel primario, integrado por intervenciones temáticas (con un grado variable de informatividad) que hacen progresar la conversación, y un nivel secundario (los canales de retroceso) cuyos turnos se explican sólo por referencia a intervenciones previas, y se rellenan con señales de atención, continuadores y expresiones *feed-back*, a las que de modo genérico nos referimos como APORTACIONES¹⁴.

¹³ Aunque en la propuesta de Bublitz (1988) se mantiene intacta la clasificación tripartita de Yngve (hablante / oyente; tener el turno / no tener el turno; tener la palabra / no tener la palabra), sin embargo, las categorías que emplea son diferentes, pues, “tomar un turno” se reemplaza por “hacer una contribución menor como hablante” y “tener la palabra” por “hacer una contribución mayor como hablante”. Una propuesta tripartita como la de Bublitz (1988) es la que realiza Laforest (1992), quien también postula la existencia de tres roles conversacionales: “hablante”, “oyente en posición débil” (*allocataire en position faible*) y “oyente en posición fuerte” (*allocataire en position forte*) (cf. Laforest 1992: 92). La diferencia fundamental con respecto a la clasificación de Bublitz es que no distingue entre dos tipos de hablantes, sino que establece una distinción entre dos tipos de oyentes.

¹⁴ Gallardo Paúls (1993: 19-20) incluye dentro de los “turnos sin intervención”, los “turnos de paso” y las “aportaciones” (señales de atención, continuadores y refuerzos).

3. EL ARTE DE RECIBIR: LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN

Podemos concluir que las distinciones que acabamos de presentar, aunque concedidas desde distintas perspectivas y para responder a distintos propósitos (definición de turnos, de roles conversacionales, etc.), permiten dar cuenta de la actividad vinculada a oyente o al que no tiene la palabra. A pesar de que volveremos sobre ellas en un próximo apartado, queremos anticipar que nosotros diferenciaremos entre “turnos del hablante” y “turnos del oyente”, de tal modo que definiremos al hablante como la persona que tiene la palabra —obviamente, damos un sentido más amplio al sintagma “tener la palabra” que Yngve— y al oyente, como la persona que no la tiene, pero el que no tenga la palabra no significa que no pueda ser el responsable de la emisión de un turno de habla.

3.5. LA ACTIVIDAD DEL OYENTE EN EL CURSO DE LA INTERACCIÓN: LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN

Como acabamos de ver, Yngve (1970) acuña el término *back channels*¹⁵, que traduciremos por “reguladores”¹⁶, para hacer referencia a mensajes breves como *sí* y *uh-huh* que recibe el hablante —la persona que tiene el espacio conversacional— y cuya emisión por parte del oyente no supone intención de tomar el turno de palabra, esto es, el hablante no necesita renunciar a su turno. El término “regulador” alude a distintos tipos de actividades: señales con la cabeza, preguntas y enunciados breves, etc. (Yngve 1970: 574). Concretamente, Duncan (1974: 166-167) estableció cinco clases de reguladores (*auditor back-channel signal*), que presentamos a continuación, aunque adaptadas al español y con ejemplos contruidos al efecto:

1. Señales como *humh*, *sí*, *claro*, *exacto*, *seguro*, *ya*, *ya veo*, *es cierto*, *efectivamente*, etc. A menudo se emplean estas partículas de forma reduplicada: *humh humh*, *sí sí*, *ya ya*. También con frecuencia encontramos emisiones que consisten en una combinación de dos o más partículas: *sí, claro*; *ya, seguro*. Ejemplos (H: hablante; O: oyente):

- (1) H. Salimos de casa a las seis =
 O. *Ya*
 H. = y lo que menos nos esperábamos era encontrar a María en la calle, con un aspecto terrible, con la carpeta en la mano y...

¹⁵ Laforest (1992) pasa revista a algunos de los términos que se han empleado para aludir a este fenómeno (vid. especialmente las páginas 13-30). El término *back channel* es el que aparece con más frecuencia en la bibliografía. Así, por ejemplo, Drummond & Hopper (1993a: 157-158): “[...] recipient activity consists largely of token acknowledging the teller’s continuing speakership. Such brief acknowledgment tokens as *yeah* or *uh huh* are sometimes labeled *back channel* responses because the speakers of these turns do not take the conversational floor”. Otros autores, en cambio, prefieren emplear otros términos para referirse a la actividad verbal del receptor: *pilotage* (cf. Cosnier, 1988: 183); *contrôle* (cf. De Gaulmyn, 1991: 213).

¹⁶ Así aparece traducido, por ejemplo, en la versión española de la obra de Brown & Yule (1993: 123).

- (2) H. No salimos temprano. Eran las seis cuando salimos de casa =
 O. Sí, ya ya
 H. = y no había nadie esperando en la cola. Eso que Juan nos había dicho que si no estábamos allí antes de las cuatro...

2. Terminación de enunciados. Se refiere a los casos en los que de manera muy breve el oyente completa determinados enunciados que el hablante ha empezado. Tras el enunciado del oyente, el hablante continúa su turno como si no hubiese sido interrumpido. Ejemplo:

- (3) H. Como María ayer no estaba y no...=
 O. =pudisteis localizarla.
 H. por eso no está en la fiesta...

3. Petición de clarificación. Se trata de solicitudes de clarificación cuya extensión ha de ser necesariamente breve. Ejemplo:

- (4) H. No fuimos capaces de conseguir las medicinas.
 O. Te refieres a las del niño, ¿no?
 H. Y todo porque no había ninguna Farmacia de guardia a menos de 200 kilómetros de aquí. Pensamos que...

4. Breves reafirmaciones. Consisten en reafirmar en pocas palabras un pensamiento expresado inmediatamente por el hablante. Ejemplo:

- (5) H. Estaban todos sus compañeros.
 O. Los del equipo, sí.
 H. Y sin embargo, ni su presencia bastó para que contase de una vez lo que le había pasado.

5. Señales o movimientos con la cabeza. Se utilizan solos, aunque es bastante frecuente que acompañen a cualquiera de las señales verbalizadas mencionadas con anterioridad. Su duración varía desde un simple movimiento hasta una serie continuada de ellos.

Por consiguiente, los reguladores incluyen tanto el comportamiento verbal como el comportamiento no verbal del oyente en el curso de la intervención del hablante. La distinción entre reguladores vocales y visuales se encuentra en casi todos los trabajos referidos a los reguladores. Duncan (1974: 167) distingue entre “reguladores vocales” (*vocal back channels*) y “reguladores visuales” (*visual back channels*). Cosnier (1988: 183) dice que “ce système ‘back-channel’ comprend en sus des éléments voco-verbaux classiquement considérés, des éléments gestuels et mimiques, l’ensemble s’associant pour assurer le ‘piloteage’ de l’interaction”. Huelga decir que nuestra atención se centrará en los reguladores verbales, o dicho con más precisión, en los reguladores vocales y verbales, porque no parece del todo correcto considerar a *humh humh* como una señal verbalizada, sino más bien como una señal vocalizada, o simplemente como una vocalización; entraría dentro de las “exclamations proférées à bouche fermée” de Karcevski (1969 [1941]: 210). Esta restricción viene necesariamente impuesta por el corpus utilizado, ya que se trata de un corpus grabado en audio, y no en vídeo.

3. EL ARTE DE RECIBIR: LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN

A la vista de la clasificación de Duncan y del tipo de señales o enunciados que según Yngve forman parte de la actividad reguladora¹⁷, podemos decir que dentro de los reguladores verbales se incluye una gama muy heterogénea de elementos, o dicho en otras palabras, que las fronteras de este término son demasiado amplias, y no parece claro que todos ellos hayan de recibir el mismo tratamiento; así, por ejemplo, muchos de los que rechazan que se le otorgue el estatus de turno a *humh*, lo aceptarían sin discusión para las peticiones de clarificación o la terminación de enunciados (*vid.* Bublitz 1988; Laforest 1992). Por consiguiente, y permítaseme la expresión, ni están todos los que son en la clasificación de Duncan, ni son todos los que están, esto es, por un lado, da la sensación de ser una agrupación de elementos en la que se han primado de manera excesiva sus semejanzas a expensas de sus diferencias, y por otro, no resulta difícil imaginar otro tipo de categorías susceptible de ser tratadas en los mismos términos. Aquí sólo nos referiremos a un grupo de reguladores; concretamente, nos centraremos en el primer grupo que menciona Duncan (1974), esto es, reguladores como *ah*, *humh*, *oh*, *sí*, *ya*. Sin embargo, para el desarrollo de su análisis estructural y funcional no podemos prescindir de los segmentos de habla, generalmente de extensión limitada, que con bastante frecuencia los acompañan y que pueden pertenecer a los tipos dos, tres y cuatro, de los reguladores establecidos por Duncan (1974). Se nos puede acusar de realizar un acercamiento sólo parcial a la actividad del oyente. Ciertamente. De cualquier forma, dada la escasez de estudios concretos referidos a estos elementos, diremos en nuestra defensa que nos parece preferible ser más selectivos y emplear nuestros esfuerzos en la descripción y análisis pormenorizados de determinadas partículas, en vez de intentar establecer generalizaciones de mayor alcance¹⁸.

Como anticipábamos en la introducción, el conjunto de marcadores que estamos estudiando, además de poseer todos una estructura monosilábica, se caracterizan por estos tres rasgos básicos: ser (cuasi)respuestas, ser breves y estar vinculados a la actividad receptora. Al igual que sucedía con los marcadores discursivos en general, lo primero que se observa, después de una revisión bibliográfica más o menos exhaustiva sobre el tema, es que son muchos los términos que se emplean para hacer referencia a este tipo de señales y a otras de significado o funcionamiento similar: *oral signals of continued attention* (Fries 1952), *OK pass* (Weiner & Goodenough 1982), *gambits that signal a person's state of consciousness* (Keller 1979), *marqueurs confirmatifs* (Spengler 1980), *marques de prise en compte* (Auchlin 1981a), *minimal responses* (Bennet & Jarvis 1990), *signs of at-*

¹⁷ En este sentido Yngve (1970: 574) afirma: "Back channel activity is quiet varied. At one extreme there is simply an attitude of attention and interest. This shades into nods of agreement and short comments such as, "Oh, I can believe it", or short question like, "You've started writing it then your dissertation".

¹⁸ Sobre los problemas relacionados con el estudio de los reguladores, cf. Sorjonen 2001: 22-23. La autora alude, entre otros, a los inconvenientes de tratarlos como una clase indiferenciada de expresiones que son identificadas sin problemas y de manera inmediata en los análisis estadísticos y al modo en que son aislados de los contextos de uso reales y, por consiguiente, de las actividades interaccionales a partir de las que obtienen sus significados.

tention and agreement (Oliveira e Silva & Tavares de Macedo 1992), *acknowledgment tokens* (Jefferson 1984; Drummond & Hopper 1993a; Zimmerman 1993), *continuers* (Schegloff 1982), *hearer signals / recipient speaker contributions* (Bublitz 1988), *receipt tokens* (Gardner 1997), *listener support items* (Linell 1998).

Con el término “marcador discursivo de recepción” (MR) pretendemos evitar cualquier referencia al significado o función de estas expresiones o primar una de ellas sobre las demás, pues no siempre funcionan como señales de apoyo del oyente, ni como signos de atención o acuerdo, ni como continuadores. Como tendremos ocasión de mostrar más adelante, a veces expresan acuerdo, pero otras, comprensión, reconocimiento, acuse de recibo¹⁹, etc. Aunque efectivamente el responsable de su emisión es en buena parte de los casos el oyente, también es cierto que en el corpus utilizado hay un número importante de ocurrencias donde aparecen iniciando un turno del hablante: de ahí que denominarlas sin más reguladores o, por ejemplo, señales del oyente, puede que no resulte del todo transparente, aunque se especifique que, en cualquiera de los dos casos, remiten a la actividad como oyente del participante responsable de su producción. Además, es importante tener en cuenta que en ocasiones una de estas señales, emitida en principio sin intención de tomar la palabra, en el curso de la interacción se acaba convirtiendo en una toma de palabra. Todo esto nos podría obligar a cambiar la denominación, en la línea de lo que hace, por ejemplo, Linell (1988: 174), quien diferencia entre “elementos de apoyo del oyente” (*listener support items*) y “respuestas mínimas” (*minimal responses*). Así, refiriéndose a enunciados que no funcionan como auténticas contribuciones al diálogo, señala que

amongst these items, we find, first and foremost, so-called listener support items, *i.e.* utterances in the form of response particles like “yeah, mm, mm-hm, no”, etc, when these are not intended nor treated as attempts to gain the conversational floor. Such support items may have different functions, chief among them that of encouraging the speaker to continue (Schegloff 1982), but they do not, by definition, claim the floor and or bring the floor to the utterer. They do not in and by themselves resolve topics, nor do they introduce new topical aspects (McLaughlin 1984: 116). If, however, such an utterance is indeed heard and taken up as a genuine dialogue contribution, *i.e.* accorded status in the text of joint discourse, it becomes, by definition, a (minimal) response (Linell 1988: 174).

El empleo del término MR también refleja nuestro modo de proceder a la hora de llevar a cabo este estudio, pues hemos adoptado una perspectiva fundamentalmente semasiológica: nuestro interés por el estudio de un conjunto de expresiones de comportamiento similar nos ha remitido, por una parte, a su función como reguladores en la conversación, al estar su emisión vinculada al participante que no tiene la palabra, pero, por otra, también hemos advertido su frecuente aparición antecediendo una toma de palabra.

¹⁹ Utilizamos el término “acuse de recibo” con el mismo sentido que tiene en el registro de correos. Del mismo modo que el acuse de recibo avisa al autor de una carta de que ha sido recibida, también un MR puede informar al emisor de un mensaje de su recepción.

3. EL ARTE DE RECIBIR: LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN

En este último caso, aunque remiten a la actividad como oyente de su emisor, no funcionan como reguladores en sentido estricto, pues se insertan dentro de una toma de palabra o intervención. En definitiva, el que hayamos señalado la vinculación de los MR con la actividad del oyente no implica que la aparición de un MR constituya necesariamente un turno sin intervención, sino que también puede constituir una intervención o la primera parte de una intervención, como se puede observar en los ejemplos que a continuación presentamos (por el momento, y en aras de una mayor claridad expositiva, utilizamos los términos “turno sin intervención” e “intervenciones” que son los que emplea Gallardo Paúls):

- (6)
- H. Allí era mucho más divertido y en-... Por ejemplo, m-, mira que a mí la..., o sea, a mí la Física y la Química pues me horroriza y la Biología, bueno, un horror, pero habían puesto proyecciones sobre una célula y no sé qué y te lo explicaban todo tan tal, que hasta me resultó interesante, y mira que a mí, nada.
- E. Sí, sí.
- H. Y, umm, no sé lo que pasa es que se pasan muchísimas horas en clase, ¿eh?, muchísimo más que nosotras [...] (A, -25, M).
- (7)
- E. ¿Y cómo fue tu experiencia allí?
- H. Ah, muy bien, muy poco estudio. No aprendí; bueno, de inglés sí, de inglés sí que aprendí bastante. Pero allí es una coña marinera lo, los estudios. Son bastante vagos los americanos.
- E. Ya. ¿Y cómo era un día normal allí?, por ejemplo, ¿qué hacíais? (A, -25, M).

En (6) forman parte de un turno sin intervención, pues E emite el MR sin el propósito de tomar la palabra. En cambio, en (7), tras la emisión del *ya*, E introduce una pregunta que hace que la conversación avance; se produce, pues, una toma de palabra. Sin embargo, tanto en un caso como en el otro el MR tiene que ver con la actividad receptora. En los dos casos se refieren al discurso anterior, se informa al interlocutor de que se ha recibido y comprendido su discurso sin problemas y de la decisión de no añadir nada en relación con el tópico que se está desarrollando. Podemos observar dos partes claramente diferenciadas en el segmento de habla producido por E en (7): por un lado, *ya*, y por otro, la pregunta *¿Y cómo era un día normal allí?, por ejemplo, ¿qué hacíais?*. *Ya* está en relación con la actividad de oyente de E, marca un cambio de estado de oyente a hablante. Constituye lo que Weiner & Goodenough (1982: 217-218) llaman un *framing move* —clase de “movimiento de control” que no ocupa un turno entero sino una parte de un turno—: E renuncia a la posibilidad de añadir un comentario en relación con lo que H acaba de exponer (los estudios en los EE.UU); sin embargo, a continuación realiza una pregunta de carácter más general que lleva a E a introducir un nuevo tópico. En situación de entrevista, es muy frecuente la aparición de MR constituyendo un “movimiento de marco”, el entrevistador da por zanjado un tópico conversacional (a través de un MR) e introduce otro nuevo (normalmente a través de una pregunta). Este tipo de movimientos aparece más a menudo cuando uno de los participantes en la conversación tiene un esta-

tus más elevado, un mayor conocimiento, un poder mayor, etc. —discurso de los médicos, profesores... (cf. Weiner & Goodenough 1982: 220).

En resumen, los ejemplos anteriores muestran las dos acciones a las que se circunscribe la actividad del oyente o del participante que no tiene la palabra en el sistema de toma de turnos: comunicar a través de un MR, por ejemplo, algún tipo de contenido que no suponga un cambio de estado en el reparto de papeles; y reclamar el turno de habla, cambiando, pues, al estado de hablante (Duncan 1974: 76).

Como veremos en el siguiente apartado, en el que volveremos sobre estas cuestiones, la interpretación de los MR puede plantear más de un problema, porque a veces no resulta fácil decidir si estamos ante el único constituyente de un turno sin intervención o de una intervención. Téngase en cuenta que muchas de esas expresiones se utilizan típicamente como respuestas a preguntas o a peticiones. La observación detenida de lo que ocurra en el fragmento de habla en el que se produzca esta dualidad interpretativa, así como la consideración global del reparto de papeles correspondiente al evento comunicativo dentro del cual se inscribe, junto con los rasgos prosódicos, nos darán algunas de las claves para decantarnos por una u otra opción²⁰.

3.6. LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN Y EL SISTEMA DUAL DE TOMA DE TURNOS

Acabamos de ver que los MR pueden aparecer en dos tipos de turnos, en otras palabras, pueden constituir una toma de turno o dar paso a una toma de palabra. En este apartado revisaremos aquellos casos en que un MR solo o acompañado por breves fragmentos de habla constituye una toma de turno. Para ello volveremos sobre las distinciones que se han propuesto para establecer dos subniveles en la toma de turno, que —recordemos— se basaban en criterios de distinto tipo: estatus de participación, tamaño o extensión de las emisiones, desarrollo temático de la conversación, actos de habla realizados, etc. (Yngve, Cosnier, Weiner & Goodenough, Gallardo Paúls y Bublitz). Sin duda, todos ellos son rasgos pertinentes que ayudan a perfilar y definir esta dualidad característica del sistema de turnos. Enseguida veremos que empleados conjuntamente o de manera separada ofrecen resultados en cierta medida satisfactorios en el análisis de los MR:

(8)

E. Ay, #mismo nombre#, sí. ¿Dónde nació?, ¿no nació aquí en Galicia?

²⁰ Es un lugar común en la bibliografía sobre el tema aludir a las dificultades de distinguir entre un turno sin intervención y una intervención, entre una toma de turno y una toma de palabra, entre un turno del hablante y un turno del oyente, etc. A propósito de las dificultades para diferenciar entre el carácter de regulador o de intervención de ciertas emisiones breves, *vid.* De Gaulmyn (1991: 208-212). Cf., además, Bublitz (1988: 178) y Linell (1998: 174).

3. EL ARTE DE RECIBIR: LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN

- H. No, no, no. Yo nací en : , en el partido de Ponferrada, en el Bierzo, pero ya al..., limitando, lindando con Galicia =
- E. *Humh*
- H. = se llama el pueblo San Pedro. Y es un pueblo pequeño, industrial, de..., se dedican más que nada a canteras a pizarras, a canteras de pizarra.
- E. *Ah, humh*
- H. Es un pueblo..., pues no sé cómo describirlo... (A, 60-, H).
- (9)
- H. [...] es que para ella..., o sea, no, pues sí, sale con alguien o así, pero mucho más normal; y por ejemplo, cuando vino aquí, y bueno, este año ya no, pero el año pasado o hace dos años, cuando teníamos quince años o así, que, hombre, yo salía, y no es que bebía ahí, bueno pero un Martini, una cerveza y tal, pues es que se quedaba..., y que nos maquillásemos, y..., =
- E. *Sí*
- H. = s-, se quedaba pero es que alucinada, y venía aquí y estamos..., venían mis amigas y hablamos: "Te enteraste y no sé qué", per-, todo cotilleo, "Te enteraste que vino no sé qué y me dijo, ¡oh!..." (A, -25, M).
- (10)
- H. Es que había muchísimas religiones. Yo estaba en un pueblo de setecientos habitantes y había (3) de todo =
- E. *Ya.*
- H. = los Masones eran..., se anunciaban por la..., ponían carteles en los postes de luz, o sea, no tenían, en el aspecto religioso, ninguno, y había muchísimas iglesias. Claro, había algunas que tenían diez o doce. Y son un coñazo, te hacen cantar un montón. Parece que vas a un concierto, en vez de a misa [risas E]. Y en la misa protestante... Umm, ¡ah!, otra manía de la señora es que quería que me confesara. Y yo no sabía inglés, ¿qué le iba a contar? (A, -25, H).

En todos estos casos, los turnos de E—excepto el primero de (8)—están constituidos por uno o más MR. Teniendo en cuenta los criterios mencionados, podemos, en primer lugar, afirmar que en todos estos ejemplos es H, y no E, quien tiene la palabra; en segundo lugar, que los turnos de E, a diferencia de los de H, se caracterizan por su brevedad; y, en tercer lugar, que los turnos de E son turnos de control, señales de oyente o aportaciones, que no hacen avanzar la conversación e indican que E está simplemente tomando nota de lo que H dice, mientras que los turnos de H son los que hacen progresar la conversación, pues está contando algo o informando sobre algo. Hasta aquí la aplicación de todos estos criterios ofrece resultados coincidentes. Sin embargo, esta coincidencia no se produce siempre. Así, si observamos, por ejemplo, el estatus de participación y el tamaño, veremos que tomar un turno no supone realizar una contribución de extensión previamente determinada. Parece muy arriesgado hablar en términos numéricos, esto es, tomar en consideración la longitud de los turnos para distinguir entre dos tipos de categorías; el establecimiento de límites más o menos fijos va en contra de la naturaleza de la conversación. Veamos el siguiente ejemplo:

(11)

- H. Y que ya no es llevar el Levis, ahora es llevar el Adolfo Domínguez, o... Bueno, eso más bien es de tíos, pero =
- E. Sí
- H. = una cosa así, un Chanel, y no decirlo pero que se note, que es un Chanel y...
- E. *Ya, ya. O sea, llevar la marquita, discretamente pero llevarla, {¿no?}*
- H. {Y} que además ya no un Levis, un Levis ya no es nada, o sea, es llevar, pues algo más, unos pantalones Caramelo, una cosa así, que son lo más [...] (A, -25, M).

Desde nuestro punto de vista, quien tiene la palabra es H; sin embargo, E toma un turno, constituido por un MR más un comentario de carácter explicativo. El que se trate de un turno cuya extensión no es precisamente breve no influye en el reparto de papeles, ni en el discurso de H. Vemos, por tanto, que la aplicación del criterio basado en el estatus de participación y la del basado en el tamaño de las emisiones ofrece resultados no coincidentes. Lo mismo podemos decir a propósito del estatus de participación y de la progresión temática. Observemos los siguientes ejemplos del corpus:

(12)

- E. ¿Cuándo la conociste?
- H. Fue hace ya unos años. Acepté dirigirle el trabajo porque... en principio, me pareció bueno. Pero yo no la conocía no sabía nada de ella, nunca, nunca, le había dado clase, ni nada de nada =
- E. *Ya, no la conocías*
- H. = que no es como cuando tú sabes que tienes una alumna o un alumno brillante y decides, que bueno... puede fallar pero ya sabes algo, no sé. [...] (A, 41-59, M).

(13)

- H. [...] Y entonces, me moví así un poco rápido pero con decisión, ¿no?, como diciendo: "No me voy a chulear ni nada", y tal. Y... y no me pasó nada, me dejaron escapar=
- E. *Ah, pues qué suerte*
- H. = no, no, yo creo que los tíos iban a por los que veían así con cara ... de insociables, o gente que tal, o sea, si les ponías así una cara de "¡Qué asco, sois fuerzas represivas!", claro que cobrabas, ¿no?, pero si te ponías cara así de ciudadano... normal, que yo no hice nada, si te pegaban podía... no venía a cuento, vamos, ya tenía que ser un tío desquiciado, ¿no? [...] (A, 26-40, H).

Si tenemos en cuenta la distinción entre 'tener el turno' y 'tener la palabra', podemos decir que tanto en (12)—tras la primera intervención de E—como en (13), es H quien tiene la palabra, mientras que E toma un turno. Asimismo, teniendo en cuenta la extensión de las emisiones de H y E, podemos afirmar que estamos respectivamente ante un turno de palabra propiamente dicho (superior a 10 palabras) y una emisión breve. Hasta aquí no parece que existan problemas. Sin embargo, si nos fijamos en el desarrollo temático de la conversación, surgen más dudas. Evidentemente, son los turnos constituidos por los parlamentos de H los que hacen avanzar la conversación, excepto como ya dijimos el primer turno de E en (12). Si observamos lo que sucede en (12) veremos que el comentario que introduce E no altera la exposición de H; en cambio, en (13) la reacción de H ante el co-

3. EL ARTE DE RECIBIR: LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN

mentario introducido por E lleva aparejadas ciertas alteraciones en la línea discursiva que estaba siguiendo, puesto que H se detiene a aclarar un malentendido, para después retomar la historia que estaba contando. Por consiguiente, aunque E no tiene intención de tomar la palabra, a nuestro juicio la reacción de H ante su enunciado podría convertirlo en una intervención (Gallardo Paúls) o en un movimiento sustantivo (Weiner & Goode-nough), por sus consecuencias en el desarrollo temático de la conversación. Por tanto, observar la reacción del participante que tiene la palabra puede resultar pertinente a la hora de decidir ante qué tipo de turno nos encontramos.

Estos fragmentos también son susceptibles de recibir otro tipo de análisis: si partimos de la distinción establecida por Bublitz (1988) entre oyente, hablante primario y hablante secundario, y tenemos en cuenta los actos de habla que E realiza en ambos casos, observaremos la distinción que existe entre ellos. Así, podríamos decir que H es el hablante primario, quien realiza, por tanto, una contribución mayor al desarrollo temático, pues está respectivamente proporcionando la información solicitada por el entrevistador y contando una anécdota; en cambio, E actúa en (12) como oyente, pues simplemente señala que está tomando nota de la respuesta²¹, y en (13), como hablante secundario, al realizar una contribución menor al desarrollo temático de la conversación, consistente en una valoración. En cualquier caso, e independientemente de la interpretación que ofrezcamos, no parece conveniente identificar estas dos emisiones de E.

Una situación similar a la anterior se produce en el siguiente ejemplo:

(14)

E. ¿Y puedes contar alguna anécdota de esa...?

F. ¿En el colegio?

E. Sí.

F. Eh, había un tío que se llamaba #nombre# se apellidaba (apedillaba) #mismo nombre#, y le faltaba un ojo =

E. *Pobre*

F. = No, pobre, era tonto del culo. Y, entonces, eh, era el administrador, o algo así, y entonces íbamos al despacho, le abríamos, el despacho así, umm, de repente, y lo, lo breábamos a tizazos [risa de E]. Le cantábamos: "Feliz, feliz en tu día..." [risa E]. Y el tío nos iba a clase y decía: "¡Qué!, ¡qué me xxxx a insultar! y no sé qué". Entonces el profesor, eh, al, nosotros le tomábamos el pelo, y decía: "¡Que yo los vi!, ¡que yo los vi!" Y como era tonto del culo, le decían: ASÍ, #mismo nombre#, nos viste con el ojito chungo, con el ojito chungo" (A, -25, H).

Aunque el reparto de papeles se mantiene intacto una vez que F comienza a contar su anécdota, la emisión de *pobre* por parte de E hace reaccionar a H, quien interrumpe su discurso para aclarar que la conclusión extraída por E no es correcta. En este sentido, Bu-

²¹ Aunque Bublitz (1988) sólo considera "señales de oyente" a un conjunto determinado de formas de estructura generalmente monosilábica (*yes, yeah, uhuh, m, mhm, I see...*), creemos que este turno de E, a pesar de que el MR vaya acompañado por el enunciado *no la conocías*, podría interpretarse de ese modo, pues la acción que realiza H es la de "tomar nota", acción que este autor atribuye al oyente.

blitz (1988: 184) señala que si el hablante principal (quien tiene la palabra) reacciona ante una señal del oyente deteniendo su discurso, se interpreta generalmente como una indicación certera de que ha comprendido la señal verbal del interlocutor no como una señal de oyente, sino como una contribución de hablante.

Veamos qué ocurre en el siguiente ejemplo:

(15)

- H. [...] Pero eso nada, como carecen de argumento porque lo del argumento es lo de menos. Y, bueno, pues (3)... Y una cosa que es verdad, porque les habla, aunque con otro acento y con otro idioma, les habla como habla la gente de verdad. Como yo creo que no deben de tener mucho guión, salen allí...
- E. *Y dicen lo que sea, humh*
- H. Y dicen lo que sea, eso la gente, también como... (2) =
- E. Y despu-...
- H. = pero no, yo lo veo, lo paso mal, ¿eh?, me pongo colorado. Me da vergüenza, pero lo tengo que ver (A, -25, H).

Quien tiene la palabra es H, lo que hace E es completar un enunciado de H que planteaba ciertos problemas, esto es, emite un turno de colaboración, que de alguna manera conduce la narración de H por un determinado camino. Para nosotros, el primer turno de E podría interpretarse como una intervención o un movimiento sustantivo. Además, si observamos el curso de esta interacción vemos que este turno iba camino de convertirse en una toma de palabra, porque, tras la repetición de H y tras una pausa, E intenta intervenir, pero H no había terminado. Por consiguiente, H convierte el primero y el segundo turno de E en una toma de turno y no en una toma de palabra, que no se produce hasta tres turnos más adelante. En cambio, otros ejemplos plantean más dificultades, ya que no existe intención de tomar la palabra, pero sí de que la conversación avance por una línea temática determinada:

(16)

- E. Pues sí que era entretenida aquella época, ¿eh? Es más entretenida que la que nos tocó vivir a nosotros.
- H. Ay, no sé, no sé. Yo creo que hubo para todos los gustos.
- H1. *Los grises*
- H. ¡Ah!, los grises... bueno, lo que más divertía eran las batallas que te contaban.
- E. Sí
- H. El famoso cerco de Santiago, de la catedral, ése me lo perdí [risa]; ése fue el año anterior al que llegué yo, ¿no?, y me lo contaba el hijo de mi prima que..., estaba yo en casa de una prima, ¿no?, y el otro: "Pues el año pasado en la catedral se encerraron doscientos y tal, y estuvieron un mes, y les pasaban pan, por la puerta de no sé qué lado", y tal ¿no? El caso es que se encerraron doscientos y [...] (A, 26-40, H).

A propósito de (16) hay que mencionar que con anterioridad H había manifestado su deseo de contar una historia relacionada con las fuerzas de orden público (los grises) en su época de estudiante, por tanto, en un punto en el que H da muestras de no tener in-

3. EL ARTE DE RECIBIR: LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN

tención de añadir nada más (lugar pertinente de transición, LPT), H1 le recuerda el tópico que él mismo había mencionado —H1 es el ‘escuchador advertido’ (*overhearer*, cf. Bell 1984: 159) o contacto, esto es, la persona que normalmente no participa pero que está presente durante el desarrollo de la entrevista. A continuación, H comienza una narrativa relacionada con ese tema. ¿Tiene la palabra H1? Nos inclinamos a pensar que no, pero su comentario produce efectos en el desarrollo temático de la conversación, pues introduce un tópico.

Por tanto, si en la teoría estos criterios empleados conjuntamente o de manera separada parecen ofrecer resultados en cierta medida satisfactorios, ya que es probable que exista una correlación entre el hecho de tener la palabra, realizar una contribución de cierta extensión y hacer avanzar la conversación, en la práctica, su aplicación parece mucho más complicada.

3.7. NUESTRA PROPUESTA: TURNOS DEL HABLANTE Y TURNOS DEL OYENTE

Teniendo en cuenta lo expuesto en el apartado anterior, y a la vista de la falta de correspondencia estricta entre los criterios establecidos para distinguir entre dos tipos de turnos, nos parece conveniente seleccionar aquel criterio que desde nuestro punto de vista resulte más operativo, y a partir de él diseñar la distinción que posteriormente utilizaremos en el análisis de los MR. Aunque hemos decidido tomar el estatus de participación como punto de partida, esto no significa que no tengamos en cuenta el resto de las propuestas analizadas, con el objeto de complementar la diferenciación adoptada. En vez de utilizar los términos “tener la palabra” y “tomar el turno” preferimos hablar de “turnos del hablante” y “turnos del oyente” para mantener el paralelismo, ya que, desde nuestro punto de vista y teniendo en cuenta nuestro objeto de estudio, en los dos casos se trata de turnos. Los turnos serían, como señala Gallardo Paúls (1993:18), huecos estructurales, que pueden ser rellenados por una toma de turno o por una toma de palabra. En el primer caso, estaríamos ante un turno del oyente, en el segundo, ante un turno del hablante. Como ya anticipamos, no hay acuerdo a la hora de conferir el estatus de turnos a determinadas emisiones. Así, por ejemplo, para Edelsky (1981:404) los enunciados “where the speaker intends to provide only a feedback but not a referential message —*mhm, yeah*, and so on— not be considered turns”. El recurrir a su significado, alegando que son expresiones desprovistas de contenido semántico, para desechar su consideración como turnos, no nos parece un criterio demasiado sólido, pues, aunque no tengan un significado referencial, sí son portadoras de otro tipo de significado, llamémosle fático, social, etc., y lo que es más importante, tienen fuerza ilocutiva (*vid.* McLaughlin 1984: 102-103)²². En determinados

²² Recuérdese lo expuesto en el capítulo anterior sobre la fuerza ilocutiva de las interjecciones.

contextos, *Te sigo (continúa hablando)* y *Sí* pueden ser equivalentes, a pesar de no poseer el mismo tipo de significado, responden a una misma intención comunicativa. En definitiva, aquí defenderemos que estas expresiones (*sí, ya, ah...*), aun en los casos en que se especializan en la actividad reguladora, constituyen “turnos”, en concreto, “turnos del oyente”.

Aunque, como ya hemos dicho, hablar y escuchar son actividades simultáneas, a través de las denominaciones de “turnos del hablante” y “turnos del oyente”, pretendemos poner de relieve cuál es la acción comunicativa básica que el responsable de su emisión realiza en cada caso. Nuestra propuesta tiene en cuenta el carácter dinámico de la conversación. Partiendo del hecho de que la conversación es un producto conjunto de dos o más participantes que se va construyendo sobre la marcha, es lógico que además de la intención del hablante tengamos que tener en cuenta la reacción del “otro” o la interpretación que el otro hace de la conducta del hablante. Pensemos que la interpretación de los enunciados en la conversación depende generalmente de su situación dentro de secuencias de acciones —recordemos, por ejemplo, lo que ocurría en (13), donde un enunciado, emitido por el participante que no tiene la palabra aparentemente sin intención de influir en el desarrollo temático de la conversación, acaba recibiendo otro tipo de interpretación por parte del interlocutor. Por consiguiente, y con el propósito de recoger en nuestra distinción el grado de implicación estructural de los distintos tipos de turnos en el intercambio, hablaremos, por un lado, de “turnos del hablante en posición fuerte” y “turnos del hablante en posición débil”; y, por otro, de “turnos del oyente en posición fuerte” y “turnos del oyente en posición débil”²³. Esto es, la calificación de un turno como “débil” o “fuerte” está en función de la importancia de su papel estructural en la conversación. Veamos cómo hemos perfilado esta distinción concebida y diseñada a raíz del estudio del comportamiento de los MR dentro de un tipo determinado de interacción:

—Turnos del hablante: son los espacios que corresponden al participante que tiene la palabra y que hacen que la conversación avance. Pueden ser de dos tipos:

—Turnos del hablante en posición fuerte: son los que contribuyen al desarrollo temático de la conversación, esto es, los que hacen progresar la conversación en los planos temático e informativo. Las dos acciones básicas de la conversación semidirigida son, como ya se ha apuntado, preguntar y responder, a través de ellas se introducen, desarrollan y cierran los distintos temas. La actividad del entrevistador se centra principalmente en la petición de información sobre las opiniones, vivencias, experiencias, etc., del hablante (entrevistado); en cambio, los actos de habla que caracterizan la actividad del entrevistado son: contar, informar, argumentar, explicar, exponer un punto de vista, dar una opinión, etc. En (17), los turnos de E y de H son de este tipo:

²³ La distinción “posición fuerte” vs. “posición débil”, aunque utilizada para aludir a otra realidad, ha sido tomada de Laforest (1992) (*vid.* nota 73).

3. EL ARTE DE RECIBIR: LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN

(17)

- E. ¿Cómo es la relación que tienes con tus amigos?
H. Buena, o sea, yo me llevo muy bien con..., no me llevo mal con nadie, y me llevo muy bien con poca gente, pero con nadie me llevo mal. No soy rencoroso y no, no pienso mal nunca de, de nadie. O sea, no le tengo manía, ¿eh?, que te dice la gente: "Le tengo una manía..., no lo puedo ver delante". Pues yo no, yo respeto muchísimo a la gente que... Lo que pasa es que no tengo, por ejemplo, tampoco ese amigo al que le cuentas, ahí... [...] (A, -25, H).

—Turnos del hablante en posición débil: son los turnos que, a pesar de constituir una toma de palabra, pues el interlocutor decide intervenir, bien a petición del hablante en curso, quien le cede momentáneamente la palabra, bien por decisión propia, no repercuten en el desarrollo temático de la conversación. Esto no significa que se trate de emisiones superfluas, ni innecesarias, ya que su ausencia puede provocar consecuencias serias en el desarrollo de la interacción. Dentro de este tipo de turnos se incluyen todos aquellos que tienen que ver con distintos aspectos relacionados con la gestión de la interacción. Confirmar, reafirmar, rectificar, precisar, solicitar una aclaración, etc., son algunos de los actos que se llevan a cabo en estos turnos. En (18), el primer turno de H y el segundo turno de E, que constituyen una secuencia de inserción, son turnos de este tipo; E toma la palabra momentáneamente a petición explícita de H, para aclarar o precisar el contenido de la pregunta formulada anteriormente. Ninguno de estos dos turnos hace avanzar la conversación en el plano temático, pero se trata de acciones dirigidas a conseguirlo:

(18)

- E. Y a ti, si te dicen ahora que te vas a morir, ¿qué harías?
H. ¿Si me dicen que me muero dentro de una semana, por ejemplo?
E. Sí.
H. Iría a Empresariales y le daría dos bofetones a #nombre de persona# profesor titular de la asignatura, asignatu-, eh #nombre de la asignatura#. Le llamaría incompetente, gilipollas, lerdo, chupóptero... vamos, le llamaría de todo. (A, -25, H).

—Turnos del oyente: son los espacios que corresponden al participante que no tiene la palabra y que, por consiguiente, están estrechamente vinculados a los turnos del hablante. Se utilizan para señalar si se está recibiendo o cómo se está recibiendo lo que se ha dicho o para manifestar una actitud ante lo que se ha dicho expresando acuerdo, desacuerdo, sorpresa, alegría, etc.²⁴, tienen, pues, un carácter retroactivo. Pueden ser de dos tipos:

²⁴ Goffman (1976: 275) utiliza la metáfora de "paseo gratuito" (*ride free*) para referirse a este tipo de emisiones, pues se trata de espacios que tienen a disposición los participantes en una conversación, "to provide at no sequence cost an evaluative expression of what they take to be occurring".

—Turno del oyente en posición débil: son los casos en los que las emisiones del oyente no alteran, o al menos no lo hacen aparentemente, el curso de la intervención del hablante. En (19), el segundo turno de E constituye un turno de estas características:

(19)

- E. ¿Qué tienes, alguna pandilla o así?
 H. Sí, somos..., sí, somos..., a ver, somos un grupo de amigos, bueno, más bien de amigas, así que somos amigas desde hace ya tres años o así. Estuvimos todas en el Instituto juntas =
 E. *Humh*
 H. = ahora están en la Universidad (universidá), menos yo [risa], y, y nada, y salimos siempre juntas [...] (A, -25, M).

—Turno del oyente en posición fuerte: son los casos en los que las emisiones del oyente llevan aparejada una interrupción o modificación en el discurso del hablante, hasta el punto de que pueden condicionar el desarrollo temático de la conversación. En (20) el segundo turno de H sería de este tipo, a juzgar por la reacción de H:

(20)

- E. ¿Qué opinión tenía, estaba de acuerdo con todo... el ...?
 H. No, bue-, al menos no aparentemente, pero luego hacía, actuaba como le daba la gana... {que no...}
 E. {Ya, por detrás}
 H. *No, no por detrás y por delante, no es que sólo actuase así a tus espaldas, no, no le importaba darte con la puerta en las narices, que un día estábamos todos reunidos en su despacho y [...]* (A, -25, M).

Como se observará, no hemos hecho alusión explícita a la extensión de los turnos, pues un turno del hablante, por ejemplo, puede estar constituido por distintos tipos de unidades y su extensión puede ir desde un morfema a un conjunto de enunciados. Aunque no existe una relación estrecha con respecto a la longitud del turno, es evidente que los turnos del oyente tendrán una extensión menor, ya que, si no, lo lógico es que se produzca una negociación entre los participantes de la conversación y que acabe teniendo la palabra el que anteriormente era oyente. Con todo, estamos en contra del establecimiento de límites numéricos. Con respecto a la relación entre ambos tipos de turnos (del hablante y del oyente) y el desarrollo temático de la conversación, hay que decir que los turnos del hablante se corresponden a menudo con los movimientos sustantivos o intervenciones, y los del oyente con los movimientos de control o turnos sin intervención, pero no necesariamente ha de ser así (Weiner & Goodenough 1982). Es importante apuntar que, aunque hayamos partido de la distinción establecida por Ygnve (1970) entre “tener la palabra” y “tomar un turno”, no la hemos manejado del mismo modo que él. La emisión de un *humh* por parte del oyente mientras el hablante está, por ejemplo, contando una historia no sería

3. EL ARTE DE RECIBIR: LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN

para Ygnve un turno. En nuestra propuesta se amplían, por consiguiente, los límites de “tomar un turno” y los de “tener la palabra”. “Tomar un turno” comprende los turnos del oyente en las dos posiciones, fuerte y débil, y “tener la palabra” abarca asimismo los turnos del hablante en posición fuerte y débil —recuérdese que estos últimos no representarían para Ygnve una toma de palabra.

De cualquier forma, antes de seguir adelante, queremos hacer hincapié en el hecho de que la propuesta de distinción entre dos tipos de turnos que hemos establecido ha sido elaborada sin más pretensiones que la de satisfacer ciertas necesidades creadas en relación con el análisis de los MR; de ningún modo ha de tomarse como una explicación completa y sin fisuras sobre la dualidad del sistema de turnos. En este sentido, hemos de decir que los MR aparecen, por lo general, en los turnos del hablante en posición fuerte, a modo de preámbulos que marcan un cambio de estado de oyente a hablante, y en turnos del oyente en posición débil (preferentemente) o fuerte. Así pues, difícilmente *sí* o *humh* podrán considerarse MR en los casos en que aparezcan como único constituyente de un turno del hablante (en posición débil o fuerte):

(21)

- E. ¿Ah sí? ¿Y dónde está?
H. On es el antiguo Pirámide. ¿Sabes dónde está?
E. *Humh*
H. Eh, sí, entonces ahora abre de o-, de diez y media a, a, a dos, o así, y se llama On, y es a donde vamos [...] (A, -25, M).

En (21) *humh* no puede interpretarse como un MR, sino como una respuesta confirmatoria a una pregunta: su sentido es ‘Estoy respondiendo afirmativamente a tu pregunta’, y no, ‘Estoy tomando nota de lo que dices’. En términos de Linnell (1998: 174), ya no se trataría de un “elemento de apoyo del oyente”, sino de una “respuesta mínima”. Vemos, pues, que la clase de turno en que figura el MR, en tanto que recoge el papel del responsable de su emisión en la interacción, es en ocasiones un factor determinante a la hora de delimitar sus sentidos.

El corpus nos ha proporcionado un buen número de ejemplos en los que un MR encabeza un turno del hablante (en posición fuerte):

(22)

- E. ¿Y cómo os lleváis?, ¿cómo es la relación?
H. ¡Ah, muy bien! Nos pegamos constantemente, nos insultamos, no, bien, bien, bien, sí.
E. ¿Con cuál te llevas mejor tú?
H. Yo, en general con todos, nos llevamos, con todos nos llevamos bien.
E. *Humh*. Y ellos estudiaron también, los niños ahí, ¿no? (A, -25, H).

(23)

- H. Y después nada, leímos a Pío Baroja, que, bah, nada, entretenido, está bien, pero tampoco me, bueno, me maravilló. Y después leímos Valle Inclán, “Lucas de Bohemia”, que según todo el mundo es una obra maestra, no sé que, y no sé si es

- porque la trabajamos fatal, de esto (d'esto) que, bueno, a toda, a toda prisa, yo qué sé, en quince días la, la..., tal, y no me, no me, no me gustó; o sea, es que no me gusta el teatro, además.
- E. Sí. Me dices que la profesora esa que es mala, ¿no? ¿Cuál es la mejor profesora que, que recuerdes que has tenido? (A, -25, M).
- (24)
- E. ¿Y cómo fue tu experiencia allí?
- H. Ah, muy bien, muy poco estudio. No aprendí; bueno, de inglés sí, de inglés sí que aprendí bastante. Pero allí es una coña marinera lo, los estudios. Son bastante vagos los americanos.
- E. Ya. ¿Y cómo era un día normal allí?, por ejemplo, ¿qué hacíais? (A, -25, H).

En estos ejemplos *humh*, *sí* y *ya* van acompañando fragmentos de habla de distinto tipo. En todos estos casos terminan en cadencia y van seguidos de una pausa. Marcan una transición del estado de oyente a hablante. Téngase en cuenta que la emisión de estos MR se produce en un punto en que H da muestras de haber terminado su intervención, lugar en el que es importante para las partes demostrar su comprensión del estado actual del habla. A través del MR, E indica que ahí se inicia su toma de palabra y que da por terminado el turno anterior (cf. Schegloff 1982: 81). Parece bastante claro que los turnos que contienen esos elementos se pueden segmentar al menos en dos partes: la primera, formada por el MR, y la segunda, por enunciados lingüísticos pertenecientes a distintas categorías. La distinción que Gallardo Paúls (1993, 1996) establece entre “movimientos de enlace” (con la intervención previa o siguiente) y “movimientos constitutivos” (que acoge a los elementos no referidos a otro turno, o sea, las aportaciones nuevas del hablante) o la de Weiner & Goodenough (1982) entre “movimientos de control” (no contribuyen al desarrollo temático de la conversación) y “movimientos sustantivos” (contribuyen al desarrollo temático de la conversación), daría cuenta de la estructura bipartita a la que nos referimos y que queda reflejada en los ejemplos que acabamos de revisar. Así, por ejemplo, el MR que en estos casos ocupa una parte de un turno constituiría, según Weiner & Goodenough (1982: 218), un “movimiento de marco” (*framing move*), tipo de movimiento de control a través del que se marca una sección en el discurso. Como apuntábamos más arriba, en los ejemplos procedentes de situación de entrevista aparecen con mucha frecuencia los MR en turnos del hablante, indicando que se cambia de tema y que se introduce otro, y marcando el cambio de estado de oyente a hablante. Así lo indican Weiner & Goodenough (*op. cit.*: 220):

Since the topic shift takes place without explicit collaboration from the other participants, one might expect unilateral framing moves to occur more frequently when one participant in a conversation has relatively greater power, knowledge, status, etc. In effect, the acceptance of a low-status role seems to involve yielding continuation rights before the conversation begins.

3. EL ARTE DE RECIBIR: LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN

Hemos de reconocer que el empleo de un corpus de conversación semidirigida hace más sencilla la identificación de los turnos del oyente y de los turnos del hablante²⁵. Pensemos que se trata de conversaciones entre dos personas con roles discursivos perfectamente definidos²⁶, lo cual facilita el conocimiento de quién tiene la palabra, es decir, cuáles son los turnos del hablante y cuáles los del oyente. Somos conscientes de que en las conversaciones espontáneas surgen más problemas a la hora de clasificar los turnos basándonos en el estatus de participación de los conversadores. Es más, frente a lo que pudiera parecer, el principio de que sólo debería hablar una persona de cada vez no es una norma universal. Como muestra presentamos a continuación un fragmento en el que Reisman (*apud* Hudson 1981: 129) describe las prácticas de un pueblo de la isla antillana de Antigua:

Las convenciones de Antigua parecen, a primera vista, casi anárquicas. Fundamentalmente, no hay ningún condicionamiento regular para que no hablen dos o tres personas a la vez. El comienzo de una voz nueva no es en sí una señal para que la voz del que está hablando deje de seguir haciéndolo ni de instituir un proceso que decidirá quién va a dominar el campo. Cuando alguien se acerca a un grupo informal, por ejemplo, no se le hace ningún recibimiento especial; ni existe ninguna pausa ni otra señal formal de que se le incluye en el grupo. Nadie parece prestarle ninguna atención. Cuando le parezca oportuno, simplemente empezará a hablar. Puede que se le escuche, puede que no. Es decir, puede que eventualmente las otras voces paren para escuchar, o puede que algunas lo hagan; puede que se le dirija la vista a él o no. Si no se le escucha la primera vez, lo intentará de nuevo una y otra vez (a menudo con la misma observación). Eventualmente, será oído o desistirá en su empeño.

Aunque en la conversación semidirigida no tenemos excesivos problemas para identificar los turnos del hablante y del oyente, no queremos dejar de presentar algún caso que plantea más de una duda:

(25)

- E. ¿Y recuerdas así algún profesor que, que te haya gustado mucho? O sea, como daba las clases.
H. ¡Ah: : !
E. [risas E, H] ¡Hombre, claro!
H. Estuve enamorado de un profesor [risas E, H], =
E. No, digo yo de, {de los que están haciendo...}
H. = {lo que pasa es que lo dejé} porque tenía bigote y rascaba.
E. [risas] No, hombre, me refiero a que te gustase mucho la manera de dar las clases, y que..., no sé. Que tengas un buen recuerdo de él, quiero decir.

²⁵ Gallardo Paúls (1996: 63) también señala que esta distinción “resulta mucho más clara en otros sistemas de intercambio de turnos, como el debate o el coloquio”.

²⁶ Según Jucker & Smith (1988: 176-177), existe una interacción significativa entre dos variables: relación (amigos vs. extraños) y tipo de marcador; de tal modo que los marcadores de recepción se emiten con más frecuencia en las conversaciones entre desconocidos. Este hecho explicaría la alta frecuencia de aparición de los MR en nuestro corpus.

- H. Sí, el profesor de literatura de octavo de EGB; =
 E. *Humh*
 H. = y organizaba debates; y entonces eso me gustaba. Y además eran un desastre siempre los debates. Más que debates eran mesas redondas, o, o de repente teníamos que exponer un tema, o algo así. Y en los debates siempre acabábamos insultándonos (A, -25, H).

En (25), E formula una pregunta en unos términos que se prestan a una interpretación ambigua. Ante un gesto de sorpresa de H—gesto del que doy fe, puesto que la que escribe era quien hacía la entrevista— y tras ser consciente de la ambigüedad de su pregunta, E incluye una especificación. A partir de ahí se suceden distintos turnos en los que resulta difícil decir quién tiene la palabra. ¿Constituye el primer turno de H un turno del hablante o un turno del oyente?, ¿tiene H la palabra? Si bien se produce una negociación momentánea del espacio conversacional, en situación de entrevista lo lógico es que, tras unos momentos de confusión, se restablezca el orden.

3.8. REFLEXIÓN FINAL

Queremos aprovechar esta sección para subrayar algunas cuestiones ya expuestas, para precisar determinados aspectos de otras y para mencionar algunos puntos que, aunque consideramos de interés, quedan fuera de los límites de este trabajo.

A pesar de que en este capítulo hemos hecho referencia al oyente dentro de distintas escuelas lingüísticas, sobra decir que la visión ofrecida dista mucho de ser exhaustiva. Hemos intentado mostrar cómo el salto del estudio de oraciones aisladas al estudio de oraciones o enunciados inscritos en determinados contextos comunicativos, el salto del monólogo al diálogo, el salto del texto al discurso, tiene importantes implicaciones en lo que se refiere al papel desempeñado por los comunicantes, o más concretamente, por el oyente. Lógicamente, pasar de utilizar datos basados en la introspección del propio lingüista a datos obtenidos en interacciones reales ha de conducir necesariamente a un tipo de investigaciones que suponen un cambio en la manera de acercarse al hecho lingüístico. El análisis del habla diaria ha contribuido a una mejor comprensión no sólo de fenómenos pragmáticos sino también lingüísticos. A medida que el hablante-oyente ideal va cobrando vida, la figura del oyente va poco a poco incrementando su relevancia en el proceso comunicativo. El centro de interés pasa de la competencia lingüística a la competencia comunicativa. La observación de la interacción nos permite estudiar el proceso de comprensión, que depende tanto de los participantes como de los enunciados. Si prestamos atención a lo que los oyentes hacen o a lo que hacen para comprender correctamente, llegaremos a ser más conscientes de las inmensas dificultades a las que deben hacer frente para comprender lo que un hablante quiere transmitir. Por tanto, la escasa atención que se le ha prestado al oyente no es simplemente fruto de la casualidad, pues el estudio de su actividad resulta muy complejo (cf. McGregor 1986).

3. EL ARTE DE RECIBIR: LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN

La consideración del texto como producto deja fuera cuestiones relacionadas con cómo se produce el texto o cómo se recibe (*vid.* Brown & Yule 1993: 45). Por consiguiente, para estudiar el comportamiento del oyente, es necesario pasar del producto al proceso. La postura que adoptan Brown & Yule (1993: 45) refleja bien este paso:

Nos ocuparemos en particular de estudiar cómo puede llegar a comprender un receptor el mensaje pretendido por el emisor en una determinada ocasión, y cómo las necesidades de un(os) receptor(es) determinado(s), en circunstancias definibles, influyen en la organización del discurso del emisor. Evidentemente, esta perspectiva adopta la función comunicativa del lenguaje como su campo básico de investigación y, en consecuencia, trata de describir la forma lingüística, no como un objeto estático, sino como un medio dinámico de expresar el significado pretendido.

La consideración del discurso como proceso conduce a la completa integración del oyente en el estudio del fenómeno comunicativo. Una integración que, como hemos visto, es más débil o depende en mayor medida del hablante en las escuelas teóricas más propiamente lingüísticas y que tiene más fuerza en los enfoques sociológicos²⁷.

El acercarse al hecho lingüístico dejando a un lado el binomio actividad *vs.* no actividad para referirse respectivamente al hablante y al oyente permite obtener una imagen de este último mucho más cercana a la realidad. Tanto el hablante como el oyente tienen un comportamiento activo en la conversación, aunque lógicamente el tipo de actividades que realizan sea diferente (*vid.* Bublitz 1988: 143). A través del estudio de los MR hemos sido conscientes de que, aunque parte de la actividad del oyente se subordina a la del hablante, esto no significa que sea menos importante, ni que se pueda dar cuenta de manera adecuada de la actividad del hablante prescindiendo de lo que dice o hace su interlocutor. De ahí que quizá no haya sido muy afortunada la acuñación del término *back channel* para referirse a la actividad del oyente, en la medida en que la oposición *main channel vs. back channel* puede conducir a una infravaloración del rol que desempeña (*cf.* Bazzanella 1990: 639). No basta, pues, con reconocer e identificar las tareas realizadas por cada uno de los participantes y llevar a cabo su estudio de manera aislada, ya que sus acciones se influyen mutuamente. No olvidemos que la conversación es una actividad conjunta y coordinada de dos participantes.

A la vista de las escasas referencias, por no decir nulas, y del deficiente tratamiento de las expresiones que caen bajo la etiqueta de MR en las gramáticas, manuales de lingüística y obras lexicográficas dentro del ámbito hispano —en el ámbito anglosajón es donde han recibido más atención en los últimos años—, no es extraño que en una primera

²⁷ Levinson (1989: 273-280) expone las diferencias entre los analistas del discurso y los analistas de la conversación. A nuestro juicio, se trata de una distinción en exceso tajante ya que, como señala Schiffrrin (1994: 389), se enfatizan las diferencias entre los enfoques de los analistas del discurso y los de la conversación, a expensas de sus semejanzas. Muchos analistas del discurso —dice la autora— se ocupan de las mismas facetas que los etnometodólogos (*ej.* estructura secuencial, toma de turnos) y, más importante, muchos emplean los mismos medios para juzgar la validez interna de un análisis, esto es, las demostraciones verbales propias de los participantes y sus reacciones durante el habla (*ibíd.*).

aproximación a esta materia podamos llegar a cuestionarnos su pertinencia²⁸. Obviamente, es en la conversación donde estas expresiones demuestran su máximo rendimiento. Basta con escuchar los primeros minutos de una conversación grabada para advertir su abundante presencia. Precisamente, el retraso con que en España han empezado a aparecer los corpus de lengua oral de distinta procedencia explica, en parte, el poco interés que ha despertado su tratamiento. Y si decimos en parte, es porque trabajar con corpus de lengua oral transcritos no garantiza la aparición de estas partículas, pues el peso de las concepciones monológicas ha condicionado en gran manera el modo de proceder tanto de los no lingüistas, como de los lingüistas. Así, según Schegloff (1982: 74), a menudo se han eliminado de las transcripciones, porque simplemente se consideraban un estorbo:

These, as well as other, bits of talk and behavior produced by other than the "main speaker" are regularly discarded when discourses—the stories, the arguments, etc.—are extracted from the tangle of detail which composed their actual occurrence. "The story" is purified of them in the course of its extraction, both by lay recounters and by professional analysts. It is this separation of bits of talk, otherwise intercalated with each other and contingent on one another, into two distinct classes, of which one is the "real talk" (the story, the "what-was-being-said") and the other conversational "detritus" (apparently lacking semantic content, and seemingly not contributing to the substance of what the discourse ends up having said), which makes possible the notion of "discourse" as a single speaker's, and a single mind's product.

Pero no es éste el único problema que surge al intentar estudiar estas partículas. De hecho este problema se podría solventar sin demasiado esfuerzo, bastaría simplemente con acudir a las cintas. Sin duda, surgen complicaciones más serias cuando manejamos corpus orales de determinadas características. No sería extraño que encontrásemos una cinta en la que se emite un número considerable de estas unidades, frente a otra en la que prácticamente no aparecen. Por ejemplo, cuando se maneja un corpus de conversación semidirigida, existe la posibilidad, especialmente si se da la circunstancia de que el entrevistador sea el encargado no sólo de revisar sus cintas sino también de transcribirlas, de que conscientemente procure evitar la emisión de estas unidades, porque su presencia supone una dificultad añadida a la ya de por sí lenta tarea de transcripción. No obstante, este motivo no invalida la utilización de un corpus de este tipo. Si escuchamos los primeros minutos de una cinta ya podemos saber si el entrevistador ha estado condicionado de alguna manera. Por consiguiente, es muy importante conocer la procedencia de los datos que manejamos, puesto que la frecuencia y la clase de partículas emitidas pueden variar dependiendo del tipo de interacción²⁹. Recordemos que en la conversación semidirigida la toma de turnos no se produce de igual forma que en la conversación espontánea, y éste es

²⁸ Gardner (1998: 205-206) apunta algunas de las razones que explican el que su tratamiento haya sido descuidado en la enseñanza de lenguas.

²⁹ Según Heritage (1985: 98-99), existe una presencia mucho mayor de respuestas mínimas en la conversación ordinaria que en las entrevistas de los medios de comunicación y que en los interrogatorios que tienen lugar en los tribunales.

3. EL ARTE DE RECIBIR: LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN

un factor que puede influir —y de hecho influye— en la aparición de MR (*vid. Sacks et al. 1974: 701*).

Consideramos que los motivos anteriormente examinados pueden ayudar a entender por qué la mirada de los lingüistas no se ha dirigido hacia estos elementos. No son necesarias demasiadas horas de investigación para darse cuenta de que no se trata de elementos superfluos, porque prácticamente nada de lo que se dice o hace en una conversación es superfluo. Así, si el hablante está contando lo que le pasó hoy en el supermercado y observa que su interlocutor se levanta y se dirige a otro lugar de la habitación, sin emitir ningún tipo de señal que pueda informar al hablante de que está siguiendo su discurso de manera más o menos interesada, es posible que cambie el tópico conversacional, o que presente su historia de forma más atractiva. O, por ejemplo, si el hablante está argumentando en contra de la construcción de un embalse en una zona y su interlocutor no se pronuncia a través de un gesto o de alguna señal verbalizada ni a favor ni en contra de sus argumentos, puede detenerse y preguntarle: “¿Me sigues?”, “¿Es que no estás de acuerdo?”. La ausencia, pues, de estas señales puede producir en el hablante cierta desorientación. Como dice Bublitz (1988: 170),

speaking and hearing do not make a pair of complementary antonyms within a closed paradigm. The fact that a participant is not speaking does not automatically mean that he is ‘hearing’. It is precisely this which explains the need to have a means of indicating that the communicative action of ‘hearing’ is at the moment being performed and that the ‘performer’ has adopted the hearer role.

De ningún modo se trata de elementos innecesarios o superfluos si tenemos en cuenta su importancia en el mantenimiento de las relaciones sociales. Tomando prestada la respuesta de un general francés ante el comentario de que la cortesía era innecesaria, podemos decir que los MR, al igual que el aire de las ruedas, también sirven “para amortiguar los baches del camino”. Para Hargie *et al.* (1994) constituyen un tipo de conducta social o de habilidad social (*social skills*)³⁰. Sugieren que es tan importante aprender cuándo emplearlos como saber qué son y cómo usarlos (cf. 1994: 5). Los consideran refuerzos sociales (*social reinforcement*), esto es, señales a través de las que un individuo anima a la otra persona a continuar con un cierto comportamiento o actividad (*ibíd.*). Sus funciones son: promover la interacción y mantener las relaciones; incrementar la participación del interlocutor; influir en la naturaleza y contenido de sus contribuciones; demostrar interés por sus ideas, pensamientos y sentimientos; hacer la interacción interesante y divertida; crear una atmósfera de calidez y comprensión; aumentar la confianza y la autoestima del receptor, etc. (cf. Hargie *et al.* 1994: 73-74). Por consiguiente, no sólo producen una impresión favorable hacia aquel que las transmite, sino que también refuerzan la autoestima del receptor (*op. cit.*: 76)³¹. Finalmente, una prueba más de la importan-

³⁰ Definen *social skills* como las habilidades sociales que empleamos cuando interactuamos con otras personas para conseguir nuestras metas.

³¹ Del mismo modo, y haciendo referencia a las respuestas mínimas, Bennet & Jarvis (1990: 520)

cia de saber cómo se utilizan es que, desde algunos trabajos sociolingüísticos, donde se ha estudiado la relación existente en la variable sexo y la utilización de los reguladores³², se les responsabiliza de estar en el origen de algunos malentendidos. Entre otros, Maltz & Borker (1982: 202) afirman que el que los reguladores tengan significados diferentes para los hombres y las mujeres provoca en ocasiones serios malentendidos. Parten de la hipótesis de que para las mujeres las respuestas mínimas significan simplemente algo como “Te estoy escuchando, por favor, continúa”, mientras para los hombres poseen un significado más fuerte, “Estoy de acuerdo contigo” o “Hasta aquí comprendo tu razonamiento”. El hecho de que las mujeres utilicen estas respuestas más a menudo que los hombres se debe, en parte, a que ellas señalan que están escuchando con más frecuencia que ellos expresan su acuerdo.

observan que señalan, entre otras cosas, confianza, cortesía y simpatía.

³² Cestero Manceda (2000) trata de la influencia del sexo en la producción y complejidad de los turnos de apoyo.

EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN: PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRÁFICA DE LA INTERJECCIÓN *AH*

4.1. INTRODUCCIÓN

Como viene siendo habitual en el diseño de este trabajo, este capítulo parte del punto al que habíamos llegado en el capítulo anterior, esto es, de los marcadores de recepción, y finaliza su andadura en la *Base de datos de marcadores del español* (BADAME)¹, punto de destino del presente libro. Aunque esperamos que dentro de algún tiempo la BADAME pueda ser objeto de una monografía de cierta extensión, por el momento no podemos más que afirmar que se trata una de las partes de un proyecto de investigación que está todavía en una fase inicial de desarrollo y que ha sido concebida como la base de la que partir para la elaboración a largo plazo de un diccionario de marcadores discursivos del español. Por tanto —y siguiendo las pautas de articulación de este estudio—, la decisión de reservar un espacio final para describir la BADAME responde a nuestra intención de que esta materia constituya, en el futuro, el testigo que recogeremos para poner en marcha nuevos trabajos sobre el tema.

Si en el capítulo precedente nos deteníamos en la figura del oyente y en su actividad verbal, tras constatar que el uso de algunas interjecciones estaba vinculado al participante que no tenía la palabra, en esta ocasión, nuestros esfuerzos irán encaminados hacia la descripción de distintos aspectos relacionados con la función y el significado de estas expresiones de tipo interjetivo. Aunque, como apuntamos anteriormente, el carácter marginal de las formas que caen bajo la denominación de MR ha sido señalado tanto desde un punto de vista gramatical (“elementos residuales”, Alcina Franch & Blecua 1975)

¹ La base de datos de marcadores del español junto con la de colocaciones del español están siendo desarrolladas dentro de los proyectos de investigación *Base de datos léxico-semánticos: unidades léxicas descriptivas y no descriptivas*, financiado por la Xunta de Galicia (PGIDT99PXI10401B), y *Codificación de información léxico y pragmática en un diccionario*, financiado por la Universidad de A Coruña. En ocasiones, para hacer referencia al resultado final de estos proyectos hemos utilizado las siglas DICME (*Diccionario de colocaciones y marcadores del español*) y DIME (*Diccionario de marcadores del español*).

como desde un punto de vista discursivo (*conversational detritus*, Schegloff 1982), que-remos insistir en que, pese a su aparente debilidad fónica y pese a poseer un significado tan difícilmente delimitable, estas partículas desempeñan en la conversación una labor muy importante. Su función podría compararse con la de los signos de puntuación en la escritura. A la hora de corregir un escrito somos más permisivos con los errores de puntuación que con los errores ortográficos y de estilo. Incluso nos podemos atrever a decir que, si no se utilizan en determinados fragmentos, es probable que el lector pueda interpretar el texto de manera correcta, aunque generalmente no sin esfuerzo. Lo mismo sucede con estos elementos: si los eliminamos a la hora de examinar un fragmento transcrito de una conversación es posible que no acusemos su ausencia, ya que a menudo, desde un punto de vista estrictamente semántico, su eliminación no afecta al contenido del enunciado; sin embargo, su presencia ayuda a los participantes en una conversación a conseguir el deseado equilibrio entre la satisfacción de las necesidades del hablante —necesidad de saber si se le está escuchando— y las de su audiencia —necesidad de transmitir información sobre lo que está recibiendo. Podríamos comparar también su función en la conversación con la del aceite en una cerradura, cuyo funcionamiento presenta ciertas deficiencias. El aceite permite abrir la cerradura con más facilidad, y estos elementos proporcionan a los hablantes la consecución de un desarrollo más fluido de la interacción. Así, observemos este ejemplo del corpus:

(1)

E. ¿Cuáles son tus películas preferidas, de todos los tiempos?

H. Ah, de todos los tiempos. "Lawrence de Arabia", me gusta mucho [...] (A, 26-40, H).

Desde nuestro punto de vista, la función de *ah* es establecer un tipo determinado de vínculo entre el par de adyacencia pregunta-respuesta. *Ah* junto con el enunciado que introduce conforman un preámbulo, que podemos denominar, como ya hemos apuntado en el capítulo anterior, "movimiento de marco" (Weiner & Goodenough), "movimiento de enlace" (Gallardo Paúls), "prefacio" (Stubbs), etc. El turno de H se puede segmentar en dos partes: en la primera, se negocia la respuesta; y en la segunda, se pasa a responder. Sin *ah* cambiaría el sentido del enunciado "de todos los tiempos", que se podría interpretar más bien como una repetición casi mecánica de la última parte del enunciado de H, que funcionaría a modo de fórmula retardataria con la que el hablante gana tiempo para pensar su respuesta. *Ah* señala algo sobre el procesamiento de la pregunta anterior. Marca recepción de información no esperada, ya que todo parece indicar que H había empezado a organizar su respuesta en función de ciertas expectativas discursivas generadas a partir de la base de que la pregunta de E iba encaminada a conocer cuáles eran sus películas preferidas de los últimos tiempos; interpretación que viene avalada por la intervención anterior de F, donde se había hecho alusión a las películas que había ido a ver al cine recientemente². Por tanto, *ah* en este caso parece funcionar como un marcador de "pregunta

² Este es el fragmento que reproduce la conversación mantenida unos minutos antes:

H. ¿Te gusta el cine? ¿Qué, cuál fue la última película a la que...?

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

 PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRÁFICA DE LA INTERJECCIÓN *AH*

no preferida”. *Ah* no responde exactamente al contenido de la pregunta formulada por E, sino que responde a algo inferido por H a raíz de esa pregunta y del contexto previo³. La presencia de otros MR como *sí* o *humh*, en cambio, parece indicar simplemente recepción y/o comprensión de la información solicitada:

(2)

E. ¿Cuáles son tus películas preferidas, de todos los tiempos?

H. Sí, de todos los tiempos. “Lawrence de Arabia”, me gusta mucho [...].

(3)

E. ¿Cuáles son tus películas preferidas, de todos los tiempos?

 H. *Humh*, de todos los tiempos. “Lawrence de Arabia”, me gusta mucho [...].

Indudablemente, el hablante dispone de otros recursos para conferir al enunciado “de todos los tiempos” una interpretación similar o casi idéntica a la que le otorga la presencia de *ah*. Acompañado de determinadas características entonativas lo podemos interpretar de la misma manera; pero lo que está fuera de dudas es que, manteniendo los patrones entonativos y sin la presencia de *ah*, su significado cambia, o para ser más precisos, su significado pragmático. El hecho de que entre dos enunciados se pueda establecer una determinada relación de sentido sin la presencia de un nexo entre ellos es algo de sobra conocido. Sin embargo, no por ello se han dejado de estudiar las conjunciones, las locuciones adverbiales, etc., bajo el pretexto de que, en ocasiones, la relación lógica que se establece entre dos enunciados viene explicitada por el contenido de cada uno de ellos. De la misma manera, aunque a veces la función de estas partículas esté muy diluida, éste no es un argumento de peso para eludir su estudio. La simple constatación de que para expresar determinados matices sea necesaria la presencia de una entonación concreta ya nos da pistas a propósito de su función. Estas expresiones, además de poder informar del tipo de relación existente entre dos enunciados, de manera similar —no idéntica, por supuesto— a *en cambio* o un *en consecuencia*, nos dicen algo de su emisor. Son interjecciones, categoría que, según Jakobson (1975: 353), representa en el lenguaje el estrato puramente emotivo, pues apunta “a una expresión directa de la actitud del hablante ante aquello de lo que se está hablando”; además, proporcionan información referida al canal de comunicación (función fática), ya que sirven para “establecer, prolongar o interrumpir la comunicación, para cerciorarse de que el canal de comunicación funciona [...], para

-
- E. A la última fue ésta que ponen en el Colón, la de... (4) ¿Cómo se llama esta...? (6) Joder, que xxxx
 H1. xxxx
 H. No, no. Ah, no, es que, no sé, tiene un título raro, porque es {el nombre de} un tío y...
 E. {Bueno es igual}
 H. Pero son dos actores muy famosos, uno es el de “Luz de Luna”... (A, 26-40, H).

³ Jucker & Smith (1998: 173) señalan que, aunque los marcadores del discurso pueden conectarse con la información que se da directamente, otras veces “they appear to deal mainly with the presuppositions or implications of the information”.

llamar la atención del interlocutor o confirmar si su atención se mantiene” (Jakobson 1975: 356). Observemos el siguiente ejemplo:

(4)

H. Y después había las clásicas charlas de política. Y me pillaron desniveladísimo, pero pero... desniveladísimo, o sea, estaban los clásicos revolucionarios... ¡Ah!, recuerdo asambleas [risas E, H] sí, sí, y una muy impresionante, que... [...] (A, 26-40, H).

La presencia de la forma *ah* proporciona al interlocutor información de tres tipos: (a) sobre la clase de conexión entre el enunciado que introduce y los que la preceden, (b) sobre la actitud del hablante ante lo que va a exponer seguidamente y (c) sobre el reparto de turnos de palabra. *Ah* constituye un prefacio que marca el inicio de una secuencia de historia (*vid.* Gallardo Paúls 1993); señala que la narrativa que a continuación se relata no está estrechamente relacionada con el tópico de la conversación que se venía desarrollando, en este sentido puede considerarse, en términos de Jefferson (1972), un “marcador de posición errónea” (*misplacement marker*), en la medida en que puede contradecir las expectativas del interlocutor⁴. Además, informa de que en ese momento se ha recuperado cierta información. Y, finalmente, comunica la intención de H de continuar con la posesión de la palabra. Pensemos que después de finalizar el tópico se produce un lugar pertinente de transición (LPT), que E podría haber aprovechado para tomar la palabra. Sin embargo, con la emisión de *ah* H manifiesta su deseo de que no se modifique el reparto de papeles, anunciando su intención de contar una nueva historia.

Señalar a modo de conclusión que se trata de expresiones con capacidad para satisfacer distintas funciones del lenguaje al mismo tiempo no es decir nada nuevo; pero lo que sí podemos afirmar es que es uno de los recursos más económicos e inmediatos que tiene el hablante para otorgar a su enunciado múltiples funciones: indicar la vinculación con los enunciados anteriores y posteriores, comunicar su actitud y controlar el canal. No creemos que haga falta insistir en que no necesariamente cada una de estas partículas y en los distintos contextos ha de desempeñar siempre estas funciones.

Todos estas expresiones tienen en común su función reguladora, en el sentido de que remiten a la actividad del oyente o a la actividad como oyente. Es probable que en el ejemplo (1) este hecho se vea con mayor claridad que en el (2). Sin embargo, desde nuestro punto de vista, en (2) podemos relacionar su emisión con la recepción de una información o con la recuperación de información nueva. Por esta vinculación, algo diluida a veces, con la tarea de recepción, hemos decidido incluir estos usos monologales de *ah*. Aunque agrupadas por su actividad reguladora y definidas como uno de los procedimientos más económicos de que dispone el hablante para comunicar distintos aspectos relacionados con su enunciado, no todas estas formas funcionan de idéntica manera, como ya

⁴ *Vid.* además Schegloff & Sacks (1973). Según Stubbs (1987: 181), “indican una ruptura en la cohesión superficial de las emisiones”. La utilización de estos elementos por parte de los hablantes se explica por la necesidad de “indicar a los oyentes que no traten de utilizar la posición en la secuencia para analizar el sentido o la fuerza ilocutiva de la emisión siguiente” (*ibíd.*).

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRÁFICA DE LA INTERJECCIÓN *AH*

se habrá podido observar. A pesar de que en la bibliografía es frecuente que su estudio se lleve a cabo de manera conjunta y que se presenten como una serie de señales indiferenciadas, son varios los autores que se han pronunciado sobre la necesidad de ofrecer un tratamiento individualizado de cada una de ellas, ya que la emisión de una u otra puede tener consecuencias en la progresión del discurso que se está construyendo o en el que se construirá tras la recepción de la señal (cf. Heritage 1984; Jefferson 1984; Drummond & Hopper 1993a).

Por lo que se refiere a la disposición de la materia que se expone a lo largo de este capítulo, cabe decir que ha sido objeto de una doble estructuración, como se puede inferir a través del título y del subtítulo seleccionados: la primera parte, de carácter esencialmente descriptivo, está dedicada a la presentación de los distintos usos y funciones de los MR en el corpus; la segunda, tiene un carácter esencialmente práctico, pues contiene una propuesta de aplicación de los resultados del análisis previo. Pretendemos demostrar que las interjecciones, como otros signos lingüísticos, tienen significados que pueden ser rigurosamente establecidos. Nuestra intención es hacer hincapié en la necesidad, así como mostrar la viabilidad, de un diccionario en el que poder integrar y sistematizar los resultados de los diversos estudios que sobre marcadores del discurso—entendido este término en sentido amplio— se han realizado en España durante los últimos años. De ahí que, tomando como punto de partida la descripción del funcionamiento de los MR, hayamos elaborado una propuesta de entrada lexicográfica de algunos de los sentidos de uno de ellos, concretamente de *ah*. Precediendo al artículo lexicográfico de esta interjección, se encuentran algunos apartados donde se da cuenta de los principios que han guiado la concepción y construcción de la BADAME.

4.2. LOS TRES SIGNIFICADOS DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN

Líneas más arriba acabamos de mostrar que a través de la emisión de un MR se pueden transmitir distintos tipos de significados relacionados fundamentalmente con el control de la interacción y con la actitud del hablante ante aquello de lo que se está hablando. Dentro de los primeros, nos ha parecido conveniente distinguir entre su papel en el reparto de turnos, en tanto que señales que ratifican o no el actual reparto de papeles en la conversación, y su papel como señales de guía en el procesamiento de la información, que indican el grado de dificultad con que se está llevando a cabo este proceso, permitiendo así al hablante, en caso de que lo juzgue oportuno, la posibilidad de modificar su discurso. Por consiguiente, a través de un MR se pueden transmitir, por ejemplo, los siguientes mensajes básicos: 'Te estoy escuchando, y no tengo intención de tomar la palabra', 'Estoy comprendiendo sin problemas lo que me estás diciendo' y 'Me entristece lo que me estás contando'. Pensemos en un *sí* emitido dentro de un turno del oyente con tono grave, con un incremento en su duración y con una intensidad débil. Así pues, y de cara a poder dar cuenta de manera más detenida de todas estas funciones, estructuraremos este apartado en tres secciones que se corresponden con los tres significados que básica-

mente pueden transmitir: control de la interacción, control de la información, y expresión de los sentimientos del hablante. Con todo, conviene no olvidar que la razón de ser de las clasificaciones es la presentación ordenada de una determinada materia y que esa división en clases puede hacerse desde distintos puntos de vista, de ahí que no podamos esperar que las fronteras entre las clases estén siempre perfectamente definidas; no estamos ante compartimentos estancos. Más que pensar en estos tres tipos de significados como categorías cerradas, hemos de considerar que conforman una escala en uno de cuyos extremos se situarían los significados de tipo interaccional, esto es, los que implican directamente a hablante y oyente, y en el otro, los puramente emocionales, de tal modo que las distintas ocurrencias de los MR puede situarse en diferentes puntos de esta escala, según el peso que unos significados u otros tengan en cada caso.

4.2.1. Marcadores de recepción y la regulación de la alternancia de turnos

En esta sección aludiremos a algunas de las cuestiones a las que nos hemos referido en el capítulo anterior, pues atenderemos a aquellos casos en los que los MR tienen que ver con determinados aspectos de la regulación de la alternancia de turnos. Se trata de uno más de los procedimientos de los que se echa mano en la conversación para reducir los problemas que puede acarrear la alternancia de papeles entre los participantes. Dentro de turnos del oyente, su emisión lleva implícito el mensaje de que por el momento no existe intención de que se produzca una modificación en el reparto de papeles; son los casos en los que funcionan como “continuadores”. En cambio, dentro de turnos del hablante, suelen preceder a una toma de palabra propiamente dicha y han de interpretarse como una estrategia de transición que preludia el paso de oyente a hablante. Se trata, como ya mencionamos, de las dos acciones a las que se circunscribe la actividad del oyente o del participante que no tiene la palabra en el sistema de toma de turnos: comunicar a través de una respuesta mínima algún tipo de contenido que no suponga un cambio de estado en el reparto de papeles y reclamar el turno de habla, pasando de este modo al estado de hablante (Duncan 1974: 76).

En los siguientes ejemplos el MR forma parte de un turno del oyente en posición débil, su emisión no produce ninguna modificación en el reparto de papeles:

- (5)
- E. Y, ¿tu prima dónde estudió, la revolucionaria?
- H. En el Instituto =
- E. Ah [risa].
- H. = estudiamos juntas, además estábamos en la misma clase, o sea, que, bueno, la veía a diario y estaba siempre al corriente de sus locuras. Porque cuando... se... se le ocurrió lo de la huelga de brazos ca- lo de la huelga, estaba con ella en clase de Física que después, vino la profesora y [...] (A, -25, M).

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRAFICA DE LA INTERJECCIÓN AH

(6)

H. Entonces (entoes) dije: "No, porque si fuera a París, aunque se fueran de juerga..."; aparte de que allí es otra vida distinta, y hombre, puedes irte de juerga, pero en París =

E. Sí

H. = hay cosas que hacer y =

E. Humh. Claro.

H. = cosas que ver y =

E. Claro, sí.

H. = y en Mallorca, aparte de la catedral y las cuevas del Drach (Dra), pues te quedas un poco colgado ¿no? (A, -25, M)

(7)

H1. Bueno, eso, eso es diario; tenemos el típico que viene con la receta, el otro día, la del "Roinol" que traía, yo ya ni la, ni la toqué, toda ensangrentada la receta por fuera =

E. {Oh}

H1. = {sangre} seca y otra más reciente, pero es que ya debió de venir tres o cuatro veces {con la misma receta}

H2. {Es que ese tío} tiene muy mala leche.(M, 26-40, M)

(8)

H. Nada, les sacaron una navaja. "No sé qué, tío, dame las pelás y tal" [risa E]. Y nada, les tuvieron que dar el dinero y, y nada, se..., que-, bueno les dieron el dinero, les dieron, no sé, cuarenta duros o así cada uno =

E. Ya.

H. = Y nada, y nosotras, nunca, nunca, nunca; lo único una vez unas gitanas que nos intentaron atracar, pero pasaban por ahí u-, unos, bah, unos tíos que conocía una amiga, y, y nada, les dijeron: "eh, no sé qué, que son amigas nuestras y tal", se debían de conocer, y nada, no nos atracaron ni nada (A, -25, M).

En estos ejemplos la función de los reguladores es idéntica: comunicar al interlocutor que no existe intención de tomar la palabra ni de añadir nada nuevo al tópico de la conversación. La aparición de estas partículas se produce en dos lugares concretos y las implicaciones con respecto al reparto de turnos pueden variar: en (6) se emiten en medio del relato de H, mientras que en los ejemplos (5), (7) y (8) se producen en un posible lugar pertinente de transición (LPT), al final de un enunciado. En este punto el emisor del MR podría haber intervenido, al no hacerlo, se supone que cede el turno a su interlocutor. La emisión de una de estas señales anima al destinatario a continuar, funcionando, por tanto, a modo de continuadores o de "turnos de pase" (*passing turns*), según Weiner & Goodenough (1982), pues su emisor renuncia a hacer una contribución al tópico de habla.

El hecho de poder ofrecer patrones comunes de comportamiento de estas expresiones no ha de suponer renunciar a la búsqueda de distinciones más finas que permitan hablar, si no de diferencias en su funcionamiento, sí de tendencias a utilizarse de una ma-

nera determinada en la gestión del reparto de turnos⁵. Así, dentro del ámbito anglosajón, se ha observado que, aunque se emitan sin intención de tomar la palabra, la elección de *mm hm* o de *yeah* no es indiferente, pues la segunda de estas expresiones suele anticipar un próximo cambio de estado de oyente a hablante por parte de su emisor. Jefferson (1984: 206), por ejemplo, a propósito de las señales que agrupa bajo el nombre de “señales de reconocimiento” o “señales de acuse de recibo” (*acknowledgement tokens*), afirma que mientras que *mm hm* suele mostrar recepción pasiva, ya que transmite el deseo del oyente de que el hablante actual continúe hablando, *yeah* se usa generalmente como una señal de recepción a través de la que se manifiesta la intención de intervenir:

The collections indicate that, among speakers who make regular use of both “Yeah” (or “Yes” and “Mm hm” (or “Mm”), there is a systematic distinction: “Mm hm” exhibits ‘passive reciprocity’, proposing that the co-participant is the current speaker and shall go on talking. “Yeah” is used as a recipient-so-far is moving into speakership.

Drummond & Hopper (1993a) llegan a la misma conclusión tras examinar sus datos, esto es, *yeah* con frecuencia apunta a un inminente comienzo de habla (*speakership incipency*) o indica que su emisor abandonará próximamente su papel de oyente. Observan que *yeah* inicia turnos en la mitad de las ocurrencias, mientras que *mm hm* y *uh huh* generalmente no inician habla por su emisor.

Aunque encontramos ciertas semejanzas entre, por un lado, *yeah*, *sí* y *ya*, y por otro, entre *mm hm* (o *uh huh*) y la señal vocalizada que hemos transcrito como *humh humh*, al menos a la vista de los datos que nos proporciona el corpus que manejamos, no podemos establecer un paralelismo estricto entre el comportamiento de estas unidades. Así, frente a la afirmación de Drummond & Hopper (1993a: 159) de que “generally, neither *mm hm* nor *uh huh* initiates talk by its speaker. *Mm hm* and *uh huh* take only the turn, not the floor”, hemos de decir que en nuestro corpus *humh* no sólo ocupa turnos del oyente, sino que también, como a continuación veremos, aparece dentro de turnos del hablante, encabezando normalmente sus parlamentos. No obstante, también es cierto que en esta posición, dentro de turnos del hablante (principalmente en posición fuerte), hemos registrado muchos más ejemplos con *sí* y *ya*. Son bastante frecuentes los casos en los que se usa *humh* mientras se emiten turnos del oyente y luego, una vez que se toma la palabra, se sustituye esta unidad por *sí* o por *ya*. En (9), por ejemplo, E emite *humh* en dos ocasiones, que podrían interpretarse como “posibles pre-cierres” (Schegloff & Sacks 1973: 304), que preparan el terreno para el comienzo de un nuevo tópico, en este caso, los prejuicios lingüísticos, cuya introducción va precedida del MR *sí*:

⁵ El análisis cuantitativo y cualitativo que ofrece Guthrie (1997) de *okay* y *mmhmm* en reuniones de orientación académica (*academic advising sessions*) revela diferencias en su empleo. Mientras que *mmhmm* se utiliza principalmente como continuador, *okay* se usa como señal de reconocimiento (*acknowledgement token*): “*Okay* comes following an utterance which is in some way ‘more complete’ than the utterances which an *mmhmm* follows” (*op. cit.*: 398).

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRÁFICA DE LA INTERJECCIÓN *AH*

(9)

H. [...] En ciertos aspectos sí, porque yo veo que la gente, por ejemplo la gente, o sea, los que salimos por ahí (aí), y tal, que van que van como una cierta clase, o sea, clase no, pero que van ci-, vestidos de cierta manera, que van a ciertos sitios y si viene alguien que no sea así, no es que no encaje, ¿no?, pero es que ya no están (está) ni a gusto unos ni otros =

E. *Humh*

H. = es que no sé, en ese aspecto, sí, ya lo comenté mucha gente, =

E. *Humh*

H. = que, que somos una ciudad bastante pijita.

E. Sí. Y, y, por ejemplo, si a vuestro grupo de amigos o amigas, ¿no?, llega una persona hablando gallego, ¿os parece normal?, o..., ¿l-, le contestáis en gallego?, ¿habláis vosotros en gallego?, porque, ¿tú normalmente qué hablas? (A, -25, M).

Similar interpretación recibiría el penúltimo turno de E en (10), esto es, el que antecede a la toma de palabra:

(10)

H. Yo sí. Yo creo además (aemás)..., sí, un niño, hombre =

E. *Humh*

H. = no creo que ningún niño tenga ninguna culpa de nada, ¿entiendes?; un niño..., además con los niños quizá hay menos problema porque al ser in-, o sea, al estar dependiendo de otra persona, y no estar por su=

E. *Humh*

H. = cuenta y hacer vida normal, pues no creo que tuviese ningún problema =

E. *Humh*

H. = Supongo.

E. Ya. Hay gente que dice que la..., que hay unas razas que son más inteligentes que otras, ¿tú crees que es cierto eso? (A, 41-59, M).

En realidad, teniendo en cuenta los datos examinados, no se puede hablar de diferencias en sentido estricto en lo que se refiere al empleo de estos reguladores, sino más bien—a juzgar por los ejemplos procedentes del corpus utilizado—de tendencias a utilizarse de una cierta manera y en determinadas posiciones: *humh* para mostrar recepción pasiva en turnos del oyente (continuador), y *sí* y *ya* para mostrar intención de intervenir en turnos del oyente y para abrir la intervención en turnos del hablante (prefacios). A propósito de *sí* y de *ya*, que, como hemos visto, también aparecen en turnos del oyente y no siempre expresan deseo por parte de su emisor de cambiar de papel; es importante resaltar que en turnos del oyente suelen pronunciarse con un tono grave y con una intensidad débil, de tal modo que cualquier tipo de alteración en lo que podemos considerar el patrón entonativo no marcado en estos casos, por ejemplo, aumento de intensidad o aumento de duración, puede ser interpretado como un indicio de que su emisor desea tomar la palabra próximamente. Por lo que se refiere a *ah* y *oh*, se observa una mayor frecuencia de los casos en los que forman parte de turnos del hablante que de aquellos en los que aparecen constituyendo un turno del oyente. En turnos del oyente, normalmente van seguidos de algún segmento de habla que anticipa un próximo cambio de estado de oyente a

hablante (*vid.* Heritage 1984: 330)⁶. Se han registrado varios casos tanto de *ah* como de *oh* en turnos del oyente en posición fuerte, acompañando generalmente a una valoración (*Ah, qué bonito; Oh, qué pena*, etc.). Teniendo en cuenta, como dice De Gaulmy (1991: 221), que “le plus souvent un régulateur neutre (“hm”, “oui”) sanctionne l’acte d’énonciation et un régulateur plus marqué (“c’est vrai”) tend à sanctionner à la fois le contenu de l’énoncé et l’énonciation qui l’a produit”, parece lógico que la emisión de *ah* y *oh* provoque algún tipo de reacción posterior en el interlocutor; pensemos que funcionan muchas veces como marcas de información no esperada y valoradores. Es posible establecer, pues, una correlación entre el grado de implicación o compromiso interaccional (*interactional engagement*, Jefferson 1993) y la aparición de un próximo cambio en el estatus de participación, de oyente a hablante: la utilización de partículas de mayor implicación interaccional anticipa normalmente un próximo cambio de estado de oyente a hablante. En definitiva, podemos concluir que cuanto más se involucre un participante en la conversación, probablemente mayores serán sus deseos de contribuir a la construcción del habla (*cf.* Gardner 1997: 149).

A nuestro juicio, el haber encontrado un buen número de ejemplos de estas expresiones mostrando, en términos de Jefferson (1994), “recepción pasiva” no es algo casual. El tipo de interacción con el que estamos trabajando nos da la clave para interpretar esta mayor frecuencia de marcas de “recepción pasiva”, ya que constituyen una de las estrategias que el entrevistador utiliza para lograr que el entrevistado hable durante el mayor número de minutos posible (recordemos que éste es uno de los objetivos principales que persigue todo buen entrevistador).

4.2.1.1. *Marcadores de recepción como técnica de absorción de solapamientos*

Además de la información sobre la manera en que se está gestionando el reparto de papeles, los MR tienen otra importante tarea en el control de la interacción, al funcionar muchas veces a modo dispositivo de seguridad, o si preferimos, de *airbag*, para proteger al habla en curso de cualquier tipo de incidencia que pueda acarrear problemas de comprensión. Así, si el oyente emite, por ejemplo, *ya* con intención de tomar la palabra, y su emisión es simultánea a las palabras del hablante, es decir, si el hablante convierte un posible turno del hablante en un turno del oyente, o si preferimos, una posible toma de palabra en una toma de turno, será el MR el único que amortiguará el “golpe” de esa “lucha” por la palabra. Estamos, siguiendo a Schegloff, ante una de las “técnicas de absorción de solapamiento” (*overlap absorption techniques*)⁷. Schegloff (1987: 74) hace refe-

⁶ Algunas de las observaciones que hace Heritage (1984) a propósito de la interjección *oh* del inglés resultan pertinentes para el análisis de *ah* en español. Se trata de expresiones que comparten algunos de sus sentidos.

⁷ La otra técnica de absorción de solapamientos a la que se refiere Schegloff (1987: 80) es el reciclado del comienzo de un turno, es decir, la repetición de aquella parte del turno que ha sido dañada por el solapamiento:

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRÁFICA DE LA INTERJECCIÓN AH

rencia a un conjunto de partículas cuya misión es absorber los solapamientos que se producen con tanta frecuencia en el comienzo de turno. Se trata de los “inicios apositivos” (*appositional beginnings*) a los que Sacks, Schegloff & Jefferson (1974: 719) se habían referido en situaciones en que el hablante se autoselecciona. *Well, but, so, and, y'know, yeah* son algunas de las formas que colocadas al principio de turno permiten a uno de los participantes en la conversación tomar la palabra, sin que el anterior haya terminado. Su emisión puede verse interferida por la producción lingüística del hablante anterior, pero los perjuicios causados por este hecho no llevan necesariamente aparejados daños en la comprensión del turno, pues no afecta a los elementos informativos. Veamos algunos ejemplos:

(11)

E. Yo creo que debería haber más seguridad, ¿no? Y tú notas diferencia en cuanto a seguridad de la..., a esos países que con-, que conociste, que estu-, me dijiste que estuviste en Francia y por Europa, ¿no?, {sí}

H. {Sí}. Umm: . Bah, la verdad (verdá) es que, como siempre..., como no salen por la noche, la verdad (verdá) es que tampoco sé así muy bien lo, lo que pasa, no, no sé en Francia por lo menos. A mí me daría muchí-, o sea, yo creo que no es cuestión de seguridad, yo creo que po-, por lo menos en La Coruña a la..., en verano o así, a las doce hay gente, entonces (entoes) puedes, aunque sea así un poco de miedo y tal, pues puedes ir, pero es que en Francia por ejemplo, a las doce no hay nadie por la calle y en Inglaterra, menos; y no sé si serán más o menos seguras, desde luego a mí me da muchí-, me da muchísimo más miedo ir sola por ahí, =

E. {Ya} =

H. = {o sea}, no sé si...

E. = ¿Qué te gusta más, Francia o Inglaterra? (A, -25, M)

(12)

E1. ¿Por qué se le puede poner fuego?

H. Porque eso altera el orden, eso va contra el desarrollo del país, y al no desarrollar el país, pues es una forma como, como el terrorismo: el terrorismo, si destruyen ahora esa casa, por ejemplo, pues ya, la casa se viene abajo, claro, mañana otra, pasado otra; y la cosa, las personas, pues claro, altera su manera de pensar y de ser.

E2. Y también hay intereses económicos en medio {y eso}

H. {¡Oh!} si hay intereses económicos, muchísimos claro xxxx. Eso, eso, eso, a ver si con el tiempo desaparece, porque algunas xx-, sociedades de estas, terroristas, ya van desapareciendo, ya van quedando pocos y tal, y los que quedan, pues... Claro, que vienen otros jóvenes atrás y eso es lo que pasa, que los jóvenes xxxx, unas veces por vaguería, por lo que sea, se meten en el terrorismo, viven bien, visten bien,

H. Voy muchas veces entre semana, =

E. ¿Sí...? ¿Qué {hace...}

H. = {por}que, como peco bastante, tengo muchos remordimientos después.

E. [risa] ¿Qué hacéis normalmente un domingo, la familia?

H. Umm, yo, si salgo de juerga, me despierto temprano. Porque duermo mal (A, -25.H).

tienen un coche, tienen un duro, y dicen: “Nada, ¿qué importa matar a la gente?”, y lo hacen (B, 60-, H).

En ninguno de estos dos casos la aparición de un solapamiento afecta a los elementos informativos contenidos en los distintos turnos, pues los hablantes, precisamente adelantándose a la posibilidad de que se produzca, sitúan al comienzo de sus turnos un MR. En (11) E intenta tomar la palabra al llegar a un LPT, pero H da muestras de no haber terminado su intervención. Se produce un solapamiento entre *ya* y *o sea*, pero, una vez resuelto, E introduce su pregunta sin problemas. En (12) tenemos una muestra más de habla montada, entre *y eso* y *oh*, sin embargo, los elementos informativos no se ven afectados, al no estar situados al comienzo del turno y ser *oh* la unidad que absorbe el solapamiento.

4.2.1.2. *Marcadores de recepción como técnica de mantenimiento de turno*

Su presencia, pues, al comienzo de los turnos no es redundante ni superflua. Tengamos en cuenta que se trata de una posición en la que se pueden dar orientaciones sobre el tamaño del turno, sobre la materia que se va a desarrollar, etc. Así Schegloff (1987: 71) se refiere a la importancia del comienzo de los turnos:

Turn beginnings are an important initial place, and an important initial resource, for the projection of the turn-shape or the turn-type of the turn that is being begun at that turn beginning. Such projection is a critical resource for the organization of the turn-taking system for conversation.

En esta posición los MR también se utilizan a menudo como estrategia para mantener la palabra. Si en el caso anterior su aparición estaba vinculada a situaciones de autoselección directa por parte de un hablante, aquí estamos ante los casos en que un hablante es seleccionado por el anterior, generalmente —y en nuestro corpus— a través de una pregunta. Se trata de uno de los mecanismos de los que se vale el hablante para indicar a su interlocutor que, a pesar de que en ese punto se produzca algún problema que lleve aparejado un detenimiento de su discurso, esto no significa que desee ceder el turno de palabra; es decir, la pausa no ha de interpretarse como un posible LPT. Estos mecanismos de espera suelen recibir el nombre de “fórmulas retardatorias”. Con frecuencia el MR va acompañado de otro tipo de procedimientos, cuya producción está también dirigida a retrasar un movimiento sustantivo: alargamiento de vocales, repetición de palabras, incorporación de cierto tipo de señales o de marcadores, etc.:

(13)

E. Sí o sea, ¿qué hacéis? O sea por ejemplo, ¿un sábado qué hacéis?

H. Ah: : , pues hacemos el el un recorrido... {que} =

E. {Humh}

H. = depende así de las modas y tal normalmente vamos primero a las... a la Tasca, y vamos así de, de bares y de copas (A, -25, M)

(14)

E. Sí, ¿cuál fue el último libro que leíste?

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRÁFICA DE LA INTERJECCIÓN AH

H. Eh: : ,¿el últi-?... ah..., el último libro fue... Bueno, es que ahora estoy leyendo el último de Margarita Duras, ¿no sabes?, el, “El amante de la China” (A, -25, M).

(15)

E. ¿Cuántas veces estuviste en París?

H. Sí: : en París, en París, estuve, déjame pensar...(3), en el ochenta y ocho, en el noventa y dos, que fue el año de las Olimpiadas de Barcelona, por eso, por eso me acuerdo y después hace un par de... de años volví con mi hermana [...] (M, 41-59, M).

(16)

E. [...] ¿Tú has pasado mu-, miedo, alguna vez? O sea, ¿has vivido alguna situación que te haya producido un miedo muy fuerte?

H. Pero ¿soñando o en la realidad?

E. No, soñando o en la realidad, o sea, en la, en la vida real.

H. Humh. No, así: : *Hombre*, tuve sustos, pero, pero así, miedo, miedo, miedo, no. O sea, po-, yo tenía muchísimo miedo por las noches, antes, pero, yo creo que es lo típico de todos los niños de..., así pequeños; yo es que soy incapaz de dormirme con la luz apagada y tal. Y así miedo... O sea, me pegué sustos fuertes, así. Un día, bah, después reímos muchísimo... [...] (A, -25, M).

(17)

H1. ¿Y lo de Santiago?

H. Ah, lo de Santiago, lo de Santiago fue otra. Esa fue antes. La... ah, bueno, después por la radio a lo mejor oías tal ehh, digo lo de Madrid, ¿no?, pues las películas que tenían, en, cuando el entierro de los abogados, eh, estaban acojonados ¿no?, “Debe haber como un millón de personas, debe haber aquí, esto es demasiado [...]”. Hay mucha gente, mucho tal”. Y... o... otra unidad, ¿no?, “Aquí ya están pegando y tal, piratéala, piratéala”, no sé lo que verían, ¿no?, “¡Ah, sigue, sigue!”, como una novela, “¿Qué les habrá pasado?, ¿no? [risas E, H]. Bueno, pues en Santiago, eh, fue el segundo año, que ya estaba ya, un poco más relajado, claro, me quedaban dos, y tal, más o menos podía ... tomar contacto con la zona, enterarme de algo ¿no? (A, 26-40, H).

El silencio que se podría haber producido en ausencia de estos mecanismos de espera podría ser interpretado como una señal de que H no tiene intención de contestar, en cambio, su presencia garantiza al interlocutor una respuesta, aunque retrasada. Constituyen lo que podríamos llamar un “espacio de tránsito”. Podemos observar una diferencia entre los ejemplos (13), (14) y (15), por un lado, y (16) y (17), por otro. Mientras que en los primeros, teniendo en cuenta los segmentos de habla que les siguen (alargamientos, repeticiones, marcadores...), podemos decir que funcionan como estrategia para ganar tiempo para pensar lo que se va a exponer a continuación; en los segundos, la aparición de este preámbulo y de una respuesta retardada parece estribar en el hecho de que el hablante no puede proporcionar la contestación deseada a una pregunta (16) o juzga que no es el momento adecuado para presentarla (17). Además, las repeticiones que se producen en estos ejemplos también parecen avalar esta diferenciación. Aunque en todos estos casos las repeticiones funcionan a nivel interaccional, esto es, con fines sociales o de con-

trol de la conversación, podemos decir que actúan como estrategia para mantener el turno en (13), (14) y (15), y en (16) y (17), respectivamente, como estrategia para ratificar la contribución del interlocutor y para mostrar que se ha escuchado la pregunta (cf. Tannen 1989: 51). Nosotros consideraremos todos estos casos como fórmulas retardatarias, ya que el resultado final es el mismo, la aparición de un movimiento más o menos retrasado; cabría, sin embargo, la posibilidad de introducir un concepto diferente dentro del que sea posible incluir los ejemplos que hemos presentado en segundo lugar (16 y 17). Vigara Tauste (1992: 248) utiliza el término de “soportes conversacionales” que define como

esas partículas y expresiones que el hablante emplea a modo de “umbral” que da paso a su comunicación o permite su continuidad y que no presentan, aparentemente, voluntad “retardataria”. Funcionan más bien como *sorportes* sobre los que el hablante puede “apoyar” la progresión de su información.

También han recibido el nombre de expletivos⁸, más propiamente, de usos expletivos. Sin embargo, preferimos evitar esta última denominación porque normalmente por ella se entiende que son términos “vacíos de significado” (Cortés Rodríguez 1991: 29). En tal caso podríamos decir que carece de contenido semántico, pero no pragmático. El hablante los pone al servicio de su discurso, como un apoyo de la elocución.

Por último, aunque se trate de casos en los que la emisión del MR no va a principio de turno sino en su interior, queremos hacer mención a un segundo sentido con el que vamos a utilizar el término “fórmulas retardatarias”. Además de como preámbulo a la presencia de habla retrasada, también se puede hablar de fórmulas retardatarias en el sentido de que retrasan o retardan el intercambio de papeles. Se trata, sin duda, de otra de las funciones de control de estas formas. El hablante que tiene la palabra puede emitir una de ellas en un LPT para indicar el propósito de no ceder la palabra y evitar así que un nuevo hablante se autoseleccione:

(18)

H. [...] Y las de Biológicas, las de, porque chicos no había allí. Hasta los de Químicas parecía que vivían mejor, ¿no?. Estando en la misma Facultad, veías que se reían, que... que disfrutaban un poco con el ambiente. Y nosotros, ya estábamos... Había una asignatura que era el Álgebra, el Álgebra y la Física, que fueron justo las que quedaron para el año siguiente, claro, que esas ya te ocupaban todo, ya estabas... agobiado con ellas ¿no?, entonces no, no tenías ni ganas de fiestas, ni ganas de...

⁸ Este nombre lo utiliza Vigara Tauste 1980 y 1992. Esta autora en *Aspectos* (1980: 66) hace algunas afirmaciones que no podemos compartir: “Estos recursos expresivos formarían parte de las generalmente reconocidas “fórmulas de relleno”. Lo que caracteriza a estos “soportes” coloquiales es su carácter pasivo, respecto del hablante y su interlocutor [...]”. Sin embargo, en su obra posterior, *Morfosintaxis del español coloquial* (1992: 249), hace una serie de matizaciones sobre los *enlaces coloquiales* (uno de los tipos de “soporte conversacional”) que consideramos acertadas: “Si decimos “superfluos” o “prescindibles” debemos matizar siempre “desde el punto de vista lógico” o “desde el punto de vista gramatical”, que no desde la perspectiva de la comunicación coloquial, en la que constituyen, como hemos visto, un “relleno” necesario para su progresión natural y fluida”.

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRÁFICA DE LA INTERJECCIÓN *AH*

enterarte de qué iba el ambiente ni nada de nada. Y... *ah*, eso, y cuanto a... cuando ocurría algún incidente y te, intentaban meternos en el fregado, pues eran muy bien recibidos, y entonces, tuvimos un, un delegado estudiantil, no sé quién lo nombró y tal, pero [risas]. Ese tío convocaba a las masas a la guerra, a la lucha contra la dictadura [risas E, H] (A, 26-40, H).

(19)

H. [...] Pero, bueno, me animé y fui allí y me encantó el tema, y me quedé. Y después había las clásicas charlas de política.

E. Ya.

H. Y me pillaron, pero, pero desniveladísimo. O sea, estaban los clásicos revolucionarios... ¡*Ah!*!, recuerdo asambleas [risas E, H] sí, sí. Y una muy impresionante, que el..., porque además el, las clases en, en, en el selectivo ese eran muy duras, ¿no?, y, y veías a lo mejor las de Farmacia, yo qué sé, han atropellado un perrito tal, “¡*Ala*, huelga, huelga!” (A, 26-40, H).

El que hayamos proporcionado ejemplos únicamente con *ah* se debe a que, de las estudiadas, es la forma que se encuentra con más frecuencia en el interior de un turno, cuando el hablante llega a la conclusión de un tópico y no desea ceder la palabra, sino que su intención es introducir un nuevo tema relacionado en mayor o menor medida con el anterior. Las restantes expresiones objeto de nuestra atención aparecen más bien a mitad del desarrollo de una historia y su empleo está por lo general vinculado a una situación concreta, cuando el hablante autoconfirma algo recién presentado en torno a lo que existían ciertas dudas:

(20)

E. ¿De qué iba la película?

H. Ah: , era... era de una chica que había tenido un accidente... no, me estoy confundiendo... *Ya ya* era en sueños... no un accidente en la vida real... (A, -25, M).

4.2.2. Marcadores de recepción y el tratamiento de la información

Acabamos de analizar varios ejemplos en los que los MR actúan como uno de los mecanismos que se ponen en marcha en la conversación para regular la toma de turnos; hemos visto cómo el oyente se puede ratificar en su papel, indicando que está tomando nota de los datos o noticias que recibe y que no tiene intención de tomar la palabra, o cómo puede dar pistas para anunciar su voluntad de pasar a ser hablante. Sin embargo, los MR, además de señalar acuse de recibo, también pueden ofrecer al interlocutor información adicional sobre el grado de dificultad con que se está procesando la información, sobre las expectativas generadas en torno a ella, etc. En este sentido, Jucker & Smith (1998: 182) afirman:

The three reception markers *yeah*, *oh* and *really?* appear to constitute a continuum in the way they mark the ease of integration of new information. *Yeah* seems to mark information that fits easily with preexisting assumptions, *oh* seems to mark information that required some extra processing in order to be integrated, and reactions such as *really?* seem to indi-

cate that the hearer needs further confirmation before information can be integrated. These forms of acknowledgment thus keep the speaker informed as to how easy utterances are to process and, we believe, make it possible for the speaker to adapt subsequent utterances appropriately.

Así, mientras que la emisión de *humh* o *sí* por parte del oyente es interpretada por el hablante como una señal que lo invita a continuar con su discurso, en cambio, la de *oh* o *ah* puede propiciar que el hablante se detenga a dar algún tipo de explicación suplementaria. Teniendo en cuenta que una de las principales funciones de los MR es, como señalan Jucker & Smith (1998: 197), ayudar al interlocutor en la creación y actualización del modelo del estado actual de conocimiento del hablante, no sorprende que su utilización sea particularmente importante entre individuos que no se conocen, como sucede en la conversación semidirigida, al no existir por lo general un conocimiento común compartido sobre sus vidas, sus experiencias, etc. (cf. Jucker & Smith 1998: 198).

En este apartado veremos qué pistas nos dan los MR sobre el modo en que se recibe la información, es decir, si plantea problemas, si se ajusta a las expectativas del interlocutor, etc. Los MR pueden constituir una “reacción” o “respuesta” a cantidades completas de información, que puede o no coincidir con el final de una toma de palabra, o a cantidades incompletas, en el caso en que su emisión esté subordinada al discurso del hablante. En ambos casos podemos decir, siguiendo a Goodwin (1986b: 207), que funcionan como puentes entre unidades, que facilitan el tránsito de un lado a otro: “As suggested by Schegloff’s analysis of “uh huh” as a term treating the current unit as part of a more extended series of units, this term frequently bridges the end of one unit and the beginning of a next”⁹. Cuando responden a cantidades completas de información, facilitan al interlocutor el paso “al otro lado”, es decir, el cambio de estatus de participación de oyente a hablante, y la toma de decisiones con respecto a la conveniencia o no de un cambio de tema:

(21)

- H. La gente con la que se mueve pues no es drogadicta, tiene amigos normales, y tal. Y en ese caso en concreto es..., no creo que haya... Él dice que siempre está en peligro y que siempre está alerta, ¿no?; yo creo que no va a volver, pero (3), pero si el ambiente no es tal, yo creo que se vuelve.
- E. Sí. ¿Lo aceptaron bien sus amigos, después de...? (A, -25, M).

(22)

- H. [...] A veces me contaba que..., o sea, a mi edad, que en vez de andar de discoteca, ella se iba con sus amigos, en bicicleta, y cosas así. O sea, así de juegos, no. Supongo que serían los mismos, más o menos.
- E. Ya. No había mucha variación ¿no?

⁹ Schegloff (1996: 81) también se refiere a la relación que establecen estas partículas. Habla de “two strategic orders of relevance of the starts of spates of talk: the relationship of the talk being launched to what has preceded (whether talk, or other conduct, or features of the context) and a *projection* of aspect of what is being launched”.

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRÁFICA DE LA INTERJECCIÓN AH

H. No. Jugaban así a las muñecas (A, -25, M).

Los enunciados que preceden a *sí* y a *ya* en (21) y (22) pueden considerarse completos tanto desde un punto de vista gramatical, como desde un punto de vista pragmático¹⁰. El MR constituiría lo que Gallardo Paúls (1993, 1996) denomina “movimiento de enlace de tipo 1”, en concreto, un “preinicio”; son movimientos retroactivos que constituyen un espacio de transición entre el turno anterior y el movimiento constitutivo.

En caso de que no respondan a cantidades completas de información, permiten al hablante seguir con su intervención y le informan sobre la necesidad o conveniencia de seguir con el plan trazado:

(23)

H. [...] Y nada. Eh, también era curioso que el señor se cambió de religión, también, porque los tres...; al casarse con esta señora, se cambió de religión. Lo que pasa es que allí lo de las funerarias, donde yo estaba, funcionaba por..., los católicos tenían una y los protestantes tenían otra =

E. *Humh*

H. = y el señor era el funerario de los protestantes, a pesar de ser católico; entonces tenía que hacer muchas relaciones sociales y lo de la misa era muy importante. También lo invitaban a muchas bodas y a mí me llevaba... (A, -25, H).

(24)

H. Salían durante... toda la noche... no sé, hasta las tantas, y si les decían algo de... no sabes, “Que sea la última vez que...” =

E. *Sí*

H. = aún se port-... se portaban peor, lo hacían peor. Era increíble... (A, -25, M).

Mientras que en (23) *humh* se produce en un punto donde el enunciado está gramaticalmente completo, en (24) *sí* se produce entre la prótasis y la apódosis de una condicional. En ambos casos el MR se refiere al conjunto de enunciados pronunciados hasta ese momento: señala que lo que se expuso se entiende sin problemas y que su emisor está preparado para seguir recibiendo más información, ratificando así su papel de oyente.

Por consiguiente, haciendo nuestra la metáfora de Goodwin, al igual que sucede con los puentes que, aunque desaparezcan, las dos orillas siguen estando ahí, también los segmentos de habla que preceden y anteceden a un MR permanecerán a pesar de su ausencia. La naturaleza de los segmentos de habla que actúan a modo de cimientos no es siempre la misma, mientras que en los turnos del oyente el MR hace de paso entre fragmentos de habla que corresponden a un mismo hablante, en turnos del hablante, generalmente une o vincula movimientos de dos hablantes distintos. En el primer caso, diremos que establece un vínculo unidireccional, en el segundo, bidireccional. La diferencia es

¹⁰ Es importante tener en cuenta que, como señalan Ford & Thompson (1996: 171), para definir un LPT entran en juego tres tipos de características, sintácticas, pragmáticas y entonativas: “these three types of cues converge to a great extent to define transition relevance places in conversations, places to which conversationalists orient in sequencing their turns”.

que en un caso tiene una función retrospectiva, y en otro, una función retrospectiva y prospectiva a la vez, esto es, actúa a modo de puente o de enlace entre lo que está a su izquierda y a su derecha, o mejor dicho, vincula —dándole una determinada lectura— el movimiento de un participante de la conversación con el de otro. En ambos casos confiere a lo que está a su izquierda el estatus de información recibida. Aunque no tiene por qué existir una relación estricta entre el primer tipo (función retrospectiva) y su aparición en los turnos del oyente, y el segundo (función retrospectiva y prospectiva) y su aparición en los turnos del hablante —pensemos, por ejemplo, en un turno del oyente constituido por un MR seguido de un enunciado breve (“Ah, sé a lo que te refieres”)—, habitualmente sí figuran en estas posiciones.

4.2.2.1. *Marcadores de recepción retrospectivos: vínculo unidireccional*

Las cinco partículas objeto de nuestra atención se pueden encontrar en esta posición. Son los casos en los que suelen aparecer como único constituyente de un turno de palabra y transmiten determinados mensajes por parte del oyente a propósito de los fragmentos de habla recién pronunciados por el hablante. De ahí que digamos que establecen vínculos unidireccionales, ya que únicamente proporcionan información sobre lo que tienen a su izquierda. Obviamente, la emisión de uno u otro MR no lleva por lo general aparejada la transmisión de significados idénticos. Así, *oh*, *ah* y *ya* se producen normalmente como respuesta a cantidades completas de información (a propósito de *oh*, *vid.* Heritage 1984: 301)¹¹. Por tanto, si *oh*, *ah* y *ya* se utilizan normalmente en puntos en los que se recibe información completa o en aquellos puntos en los que una determinada sección está completa, podemos afirmar, como dice Heritage (1984: 311) a propósito de *oh*, que “its sequential role is essentially backward looking”. Esta observación hay que ponerla en relación con lo que veíamos en el apartado anterior, ya que si *oh*, *ah* y *ya* mostraban en turnos del oyente una mayor disponibilidad a cambiar de estatus en el turno siguiente, lógicamente su emisión se producirá en aquellos casos en los que se supone que el turno del hablante llegó a su fin.

(25)

H1. Bueno, eso, eso es diario; tenemos el típico que viene con la receta, el otro día, la del “Roinol” que traía, yo ya ni la, ni la toqué, toda ensangrentada la receta por fuera =

E. {Oh}

H1. ={sangre} seca y otra más reciente, pero es que ya debió de venir tres o cuatro veces {con la misma receta}.

H2. {Es que ese tío} tiene muy mala leche (M, 26-40, M).

(26)

E. ¿Y el ri-, el Día de Reyes a dónde fuiste?

H. Fui a Pachá.

¹¹ Sobre las diferencias entre las interjecciones *ah* y *oh* del inglés, cf. James (1972).

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRÁFICA DE LA INTERJECCIÓN *AH*

- E. Ah, al fin.
H. Sí, al final [risa]. Jobá, es que tenía unas ganas. Es que además la entrada de Fin de Año era de, para Fin de Año y para Reyes =
E. Ah
H. = O sea, era, era conjunto. Y, bah, a mis amigas, pues no les apetecía ir, porque el día de Rey-, además como era domingo, decían que un domingo, que salir, que hacía frío, y tal. Y nada, entonces resulta que, bueno, cuatro de nosotras que no fuimos a Pachá, porque, bueno, a una se le murió una tía y no pudo venir, pues a otra, estuvo en Santiago, y tal, bueno, pues las cuatro nos fuimos a Pachá con las entradas de las otras. Y, y nos lo pasamos bárbaro [...] (A, -25, M).
- (27)
E. Y, ¿tu hermano dónde estudia, el pequeño?
H. En Peñarredonda.
E. Ah [risas E, H].
H. Pero además xx-..., bah, Peñarredonda de todas maneras es diferente, ¿eh?, es más, más abierta, así, más... Y está muy contento xxxx xxxx xxxx del instituto (A, -25, M).
- (28)
H. Sin embargo, la madre #nombre# sigue, sigue dando clases en la Compañía, lo que pasa es que ahora creo que da Latín o algo así.
E. Ya.
H. Pero bueno, eso.
E. Y ¿os, os ha..., os castigaban u (o) os pegaban?, porque... (A, 41-59, M).
- (29)
H. Pero vamos, tampoco es un tema que conozca =
E. Ya.
H. = así bien ¿no?
E. Ya, o sea que tú no estás demasiado contenta con... (A, 41-59, M).

A pesar de que, tras la emisión de *ah*, *oh* y *ya*, parece que E no espera que H continúe hablando, sin embargo, el que figuren dentro de turnos del oyente implica que el que tiene la palabra no parece haber dado por concluida su intervención. No obstante, se puede establecer una diferencia con respecto al tratamiento de la información entre estos tres MR: obsérvese que no es casual el hecho de que la información se reciba con uno u otro. Así, en (25), (26) y (27) la emisión por parte del oyente de *ah* y *oh* indica que se trata de información cuyo procesamiento requiere un mayor coste, por ser inesperada o por no ajustarse a las expectativas generadas, y esta parece ser la causa de que el hablante detenga momentáneamente su discurso para volver sobre el tema. Estaríamos, pues, ante turnos del oyente en posición fuerte, ya que su emisión hace que se produzcan ciertos cambios en el discurso de H1 y H —cambios que probablemente no tendrían lugar si la información que da H fuese recibida con otro MR, como *humh*, *ya* o *sí*. En (25) se trata de la reacción del oyente ante un comportamiento extraño de un individuo; en (26) *ah* señala la sorpresa de E ante el hecho de que una misma entrada sirva para Fin de Año y Reyes, de ahí que H se detenga para reformular lo que acaba de exponer; en (27), a juzgar por el ta-

lante bastante liberal de la entrevistada y de su familia, es normal que E dé muestras de la extrañeza que le produce el que el hermano pequeño de la entrevistada estudie en un colegio del Opus, esto explica que, como en el ejemplo anterior, H se pare a comentar el porqué de esa decisión. En cambio, en (28) y (29), a través de *ya* el hablante señala que la información proporcionada por H hasta el momento se ha recibido y comprendido sin problemas. La emisión de *ya* únicamente hace ver al hablante el deseo de E de tomar la palabra próximamente, pues parece haber inferido que en ese punto H había finalizado (son ejemplos de “inicios apositivos”, *vid.* apartado 4.2.1.1). Obsérvese que en (29) *ya* se repite en el siguiente turno de E, donde encabeza lo que hemos denominado un “turno del hablante”. Aun en el caso de que H deseara seguir con su intervención, el empleo de *ya* en cualquiera de los dos casos recién comentados puede provocar que se acelere el intercambio de papeles.

El mensaje transmitido por señales como *humh* y *sí* parece ser algo diferente, ya que tras su emisión normalmente se espera algo más. Fijémonos en el siguiente ejemplo en el que aparece *oh* acompañado de *humh* en un punto en que la historia que narra H está incompleta:

(30)

H. No creo que... que lo hiciese para mostrar que era que... él era superior. Es que era su modo normal de ser... de actuar. No sé. Un día estábamos en una reunión de esas (d'esas) de de... empresa, bueno, de esas (d'esas) donde pierdes horas y horas y no... y no resuelves nada [risas] y él le arrebató la palabra al dire- no, fue al sub-director =

E. *Oh, humh*

H. = y de repente todo el mundo dirigió la mirada hacia él, pero él como si nada, siguió hablando como si nada. Y aunque no sé, quizá visto desde fuera no tenga importancia, en ese momento, para nosotros, en ese contexto, sí la tenía. Que a lo mejor [...] (M, 26-40, H).

A pesar de que *oh* podría ser interpretado como una señal de un mayor coste de procesamiento en ese punto, motivo que podría llevar al interlocutor a detenerse sobre esta cuestión, sin embargo, *humh* invita a H a continuar. Por tanto, en los casos en los que *humh* y *sí* establecen vínculos unidireccionales evitan o aplazan tratar el habla anterior como informativa, aunque cabe especificar que *humh* en mayor medida que *sí*; esto es, aunque se produzcan en puntos en que la información está posiblemente completa, señalan el deseo de que el hablante prosiga. Se usan regularmente como continuadores en historias largas, donde la producción de *oh* o *ah* se reserva, como acabamos de ver, para los elementos significativos de la historia (Heritage 1984: 305-306). En los siguientes ejemplos la presencia de *sí* y *humh* indica al interlocutor que su relato se está siguiendo sin problemas:

(31)

H. [...] es que para ella..., o sea, no, pues sí, sale con alguien o así, pero mucho más normal; y por ejemplo, cuando vino aquí, y bueno, este año ya no, pero el año pasado o hace dos años, cuando teníamos quince años o así, que, hombre, yo salía, y

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRÁFICA DE LA INTERJECCIÓN AH

- no es que bebía ahí, bueno, pero un martini, una cerveza y tal, pues es que se quedaba..., y que nos maquillásemos, y..., =
- E. *Sí*
- H. = s-, se quedaba pero es que alucinada, y venía aquí y estamos..., venían mis amigas y hablamos: "Te enteraste y no sé qué", per-, todo cotilleo, "Te enteraste que vino no sé qué y me dijo, ¡oh!..." (A, -25, M).
- (32)
- H. Otra anécdota también que tengo, que una vez... eh, además en mi colegio eso era como lo peor que se podía hacer. Que una vez me echaron de misa, en una misa solemne. Que paró el cura y me echó de misa. Porque estábamos en los bancos y los bancos resbalaban mucho, ¿no?, =
- E. *Humh*
- H. = y entonces, eso, empezamos a empujar [risas E, H] a los de enfrente, los empezamos a empujar. Y de repente, el banco, que va así, atravesado (atravesao), y entonces: "Ja ja ja ja ja". Entonces el cura estaba consagrando, así estaba consagrande la hostia, y la baja, "¡tú!, ¡tú!, ¡y tú!, los del tercer banco, ¡fuera!" Y eso quedó a fuego, en mi expediente (A, -25, H).

4.2.2.2. Marcadores de recepción retrospectivos y prospectivos: vínculo bidireccional

Decimos que los MR establecen vínculos bidireccionales cuando constituyen el prefacio de un turno del hablante e indican la vinculación existente entre el movimiento que encabezan y el turno anterior, en definitiva, entre el habla que los precede y la que los sigue. Estamos en lo que se ha denominado la "periferia de la conexión", pues la cohesión no se da, como dice Fuentes Rodríguez (1990a: 169), "entre los elementos del dictum o contenido informado, sino entre los miembros que forman la estructura conversatoria o discursiva". Pueden introducir movimientos iniciativos o movimientos de respuesta¹². Normalmente, en nuestro corpus, los movimientos iniciativos están constituidos por las preguntas que realiza el entrevistador al entrevistado y los movimientos de respuesta, por las contestaciones que este último proporciona. La distinción entre estas dos posiciones parece relevante, ya que es posible postular un uso diferenciado de los MR en función de si sirven de vínculo entre dos movimientos de una unidad interactiva, o dicho de otro modo, entre las emisiones que conforman el intercambio prototípico (par de adyacencia), o si, por el contrario, hacen de tránsito a un nuevo movimiento de inicio. Por consiguiente, las estructuras dentro de las que se insertan generalmente reproducen los siguientes esquemas: PREGUNTA / MR + RESPUESTA (A: ¿Vienes a mi casa el sábado? / B: Ah, no puedo. Tengo trabajo) y [PREGUNTA / RESPUESTA] / MR + NUEVA PREGUNTA (A: ¿Quién te lo dijo? / B: Carlos / A: Ya, ¿por qué no hiciste nada?).

El empleo de unos marcadores u otros lleva aparejado, como enseguida veremos, diferencias en el grado de compromiso interaccional. En situación de entrevista, los mo-

¹² Para la distinción entre movimientos iniciativos y movimientos de respuesta, cf. Wells, MacLure & Montgomery (1981).

vimientos de inicio se aprovechan buena parte de las veces para realizar un cambio de tópico. En estas circunstancias, *humh*, *ya* y *sí*, formas que denotan un menor grado de implicación interaccional, se muestran más apropiadas para marcar la próxima aparición de una nueva dirección temática¹³. No hemos encontrado muchos casos en los que, tras la emisión de *ah* y *oh*, se cambie inmediatamente de tema —a menos que se utilicen sin otro significado que el de “acuse de recibo” o que vayan acompañados de una valoración o comentario—; sin embargo, sí son habituales en movimientos iniciativos en los que la pregunta está relacionada con lo expuesto con anterioridad. Por consiguiente, podemos decir que existe una correlación entre el grado de implicación interaccional y la aparición de un cambio de tema. Así, cuanto menor implicación interaccional conlleve el empleo de un MR más posibilidades existen de que se introduzca un nuevo tópico próximamente.

De lo anterior se desprende que, dado que existe una relación más estrecha entre las emisiones que conforman un par de adyacencia, en las respuestas es esperable un aumento de la frecuencia de las unidades cuyos sentidos denoten un mayor grado de implicación interaccional; pensemos que se trata de un espacio en el que deben ser atendidas una serie de expectativas específicas generadas por la pregunta anterior (“pertinencia condicional”). En efecto, en posición de respuesta la presencia de *humh*, *sí* y *ya* es inferior a la de *ah* y *oh*. Mientras que el empleo de las primeras generalmente sólo lleva aparejado los sentidos básicos de recepción y, a veces, de comprensión (‘He recibido y comprendido tu pregunta’), las segundas señalan además, como ya hemos dicho, la existencia de dificultades en torno al procesamiento de la información: bien porque se ha solicitado un tipo de información que el entrevistado, por distintos motivos, no puede o no quiere proporcionar, bien porque basándose en algo dicho con anterioridad por el entrevistado, el entrevistador construye su pregunta a partir de una inferencia errónea, etc. Así, los sentidos que habitualmente suelen transmitir son: ‘No considero relevante / interesante / oportuna la pregunta’, ‘No entendiste bien lo que te dije’, ‘No voy a poder responder a lo que me preguntas’... En caso de que *ah* y *oh* respondan a una valoración o a un comentario del interlocutor, al tratarse de actividades que llevan aparejado un mayor grado de compromiso interaccional, su empleo está relacionado con la próxima aparición de una segunda parte en la que se puede expresar acuerdo o desacuerdo: ‘Estoy de acuerdo’, ‘No estoy de acuerdo’.

No obstante, la presencia de todos estos MR suele ser sintomática de la existencia de algún tipo de problema a la hora de responder; de modo que podemos decir que de alguna manera “marcan” la respuesta. Pero una respuesta marcada no ha de interpretarse necesariamente como una respuesta no preferida, pues pueden “marcar”, por ejemplo, que la información que se ha solicitado no está inmediatamente disponible en la mente del hablante, al tiempo que hacen ver al interlocutor que la ausencia de respuesta inmediata no se debe a que no se haya recibido o entendido la pregunta formulada anteriormente. La

¹³ Según Jefferson (1984: 199), las señales de reconocimiento (*acknowledgement tokens*) que se asocian normalmente con un cambio de tema son “Yeah” y “Yes”.

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRÁFICA DE LA INTERJECCIÓN *AH*

presencia de estas partículas a modo de estrategia de mitigación precediendo la aceptación de una acusación (*Ah, sí fui yo quien lo hizo*) pone en entredicho la consideración de que los prefacios constituidos por este tipo de marcadores anticipan siempre la próxima aparición de una respuesta o de una segunda parte no preferida. Así pues, parece aconsejable mantener diferenciadas “reticencia” (o “reluctancia”) y preferencia; como señala Bilmes (1988: 173): “To establish the separateness of reluctance and preference, we need merely show that preferred responses may be prefaced by reluctance markers without vitiating the preferred response, that is, without somehow implying that the preferred response is not entirely sincere or wholehearted”. Por este motivo, como veremos más abajo, hemos diferenciado, siguiendo la sugerencia de Bilmes (1988), entre “marcadores de reticencia” y “marcadores de respuesta no preferida”.

La aparición de estas formas en prácticamente todas las ocurrencias iniciando un turno nos lleva una vez más a hacer hincapié en la importancia del diseño del comienzo de turno. Superada su consideración como meros expletivos, sin valor significativo alguno, enseguida mostraremos cómo pueden orientar al interlocutor sobre el grado de vinculación temática que el movimiento sustantivo, que conforma un nuevo turno, posee con respecto al anterior y sobre cómo se ha recibido su respuesta, pregunta, comentario, etc. Así pues, y guiados por su frecuencia de uso en los datos que manejamos, hemos diferenciado entre los MR “demarcativos”, ligados a la estructura [PREGUNTA / RESPUESTA] / MR + NUEVA PREGUNTA, y los MR de “reticencia”, ligados a la estructura PREGUNTA / MR + RESPUESTA. Los MR de “respuesta no preferida” se incluyen dentro de estos últimos.

4.2.2.2.1. Marcadores de recepción demarcativos

En estos casos el MR constituye un movimiento de control y marca un cambio de estado de oyente a hablante. Son los casos en los que, según Weiner & Goodenough (1982), funcionan como un movimiento de marco (*framing move*), esto es, una clase de movimiento de control, a través de la que se marca una sección en el discurso. Su emisor decide no añadir nada más al tópico de la conversación y señala con esa partícula el final de una sección y el comienzo de otra. Jefferson (1993) los denomina “elementos de pre-cambio” (*preshift tokens*). Se trata de una función delimitadora que las partículas objeto de nuestra atención comparten con otros elementos. Así, los lingüistas de la escuela de Birmingham se refieren a *well, right, ok, good, all right* como elementos que marcan límites dentro del discurso: “Its function is to mark boundaries in the discourse, and it occurs either as the pre-head signal in an opening move, or as the head of a framing move, in which case it is used with a falling intonational and followed by a silent stress” (Burton 1981: 65; *vid.* además, Sinclair & Coulthard 1975: 21-22 y Coulthard 1977: 101-102)¹⁴.

¹⁴ La noción de movimiento (*move*) utilizada por los autores ingleses no coincide exactamente con la que hemos adoptado nosotros. Así, Sinclair & Coulthard (1975: 44) distinguen entre cinco clases de movimientos (*framing, focusing, opening, answering and follow-up moves*), mientras que nosotros, siguiendo a Weiner & Goodenough (1982), hemos establecido una doble clasificación, diferenciando entre

En este sentido, Ainsworth-Vaughn (1992: 419) también se refiere a señales como *all right*, *m-hm*, *okay* que, en posición inicial de turno, además de marcar un cambio de tópico, pueden retener la función de confirmación de recepción del mensaje precedente; de este modo, podrían considerarse como índices de cohesión o, como ya dijimos en un capítulo anterior, al comparar las interjecciones con los marcadores discursivos, como señales que vinculan “con discreción”, ya que según esta autora:

When they are placed at the front of the first sentence in a turn, these terms may retain the function of acknowledging reception of the preceding message, while adding the function of marking topic transition. In this interpretation, cohesion is present, because the speaker acknowledges (though in a minimal way) the previous discourse (*op. cit.*: 419).

Su función cohesiva será más evidente en aquellos casos en los que exista una mayor vinculación temática con el turno anterior. Calvo Pérez (1997: nota 12) también alude a la función conectora de la interjección, que puede venir motivada “por lo que hemos oído de los otros y hasta por lo dicho por nosotros mismos”, de tal modo que “uno de sus papeles es, por naturaleza, el de conector del discurso”¹⁵. Veamos algunos ejemplos de MR en esta posición.

En el ejemplo siguiente, a través de *ah* E señala acuse de recibo de la información proporcionada por H y, además, señala cierta contrariedad por lo que podemos considerar una respuesta no esperada, en la medida en que parece no ajustarse a sus expectativas:

(33)

E. La tele, ¿la ves, bastante, a menudo?

H. Ah, la veía antes mucho, ahora ya no tanto.

E. Ah. ¿Qué qué es lo que más ves? (A, -25, H).

Si sustituimos *ah* por *huhm*, *sí* o *ya*, vemos que únicamente señalarían recepción y comprensión del mensaje anterior. Los sentidos de estos tres MR no indican en principio la existencia de problemas en relación con la información contenida en el turno anterior:

los movimientos sustantivos y de control. El movimiento de marco es para nosotros primariamente un tipo de movimiento de control, necesariamente relacionado con la tarea de recepción, pero su cometido en el discurso es similar al que proponen estos autores para lo que denominan “*framing move*”: “Framing moves are indications by the teacher that he regards one stage in the lesson as ended and that another is beginning. Framing moves are probably a feature of all spoken discourse—shop assistants often use them to indicate that they have finished serving one customer and are ready for the next—but occur more frequently in classroom language because it is carefully structured by one participant. Framing moves are realized by a marker followed by silent stress, “Right””.

¹⁵ A todo esto añade Calvo Pérez (1997: nota 14), “pero no nos engañemos; al ser una función trasladada, se podrá prescindir fácilmente de la interjección en ella; si se prescinde del nexo, en cambio, este desaparece funcionalmente, pues sólo en la conexión sintáctica discursiva y metadiscursiva muestra su propia naturaleza”.

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRAFICA DE LA INTERJECCIÓN AH

(34)

H. [...] Lo que pasa es que me había leído..., en literatura había hecho un comentario de texto sobre un poema de Blas de Otero; no, no era Blas de Otero. Bueno, y había, justo había hecho el mismo, hecho el mismo comentario del mismo poema. Entonces, me coincidió que lo sabía. Pero no, no, no es más fácil. Hay los mismos suspensos más o menos.

E. *Humh.* ¿Y a qué colegio ibas, allí? (A, -25, H).

(35)

H. [...] Lo que pasa es que, claro, como salen, como es hasta tan tarde, a mí nunca me da tiempo a hacer nada y, pss, si tengo que venirme a las dos y media o a las tres, ya no me da tiempo ni a ir a la Real ni a Salitre ni, ni nada, entonces, es un poco agobio.

E. *Ya.* ¿Qué vuelves, sola para casa?

H. No..., me acompañan siempre.

E. ¿Qué tienes, miedo? (A, -25, M).

(36)

H. Hombre, así, yo creo que, así en general, porque a la gente le da vergüenza, así... Hombre, lo de hablar gallego siempre ha sido..., hombre, nunca ha sido bien visto, o sea, tú ves una persona que habla gallego y así, nunca piensas: "Éste es el marqués de Pitipí", siempre piensas pues alguien, o sea que, o sea, para mí siempre es respetable, ¿entiendes?, o sea, la gente dice, xxxx o algo así, yo qué sé. La gente, no sé, no le, no le gusta, hablar gallego; yo, también, hombre, porque Galicia es una, una región que no tiene ningún..., o sea, en el conjunto de España pues que no tiene ninguna importancia, no es así como una Cataluña, que es así, xxxx importante, y tal, no, no tiene nada que hacer, y tal y, y la verdad (verdá) es que no, no sé, no sé exactamente por qué, pero la gente no, no, no le gusta. Y, o sea, se ve...

E. *Humh.* Que tú, por tu experiencia, crees que la gente sigue considerando..., o sea, o sigue relacionando hablar gallego con con ser pailán, o sea..., ¿sí?

H. Totalmente. Sobre todo entre la gente de mi edad. O sea, bueno y eso que dicen que ahora... (A, -25, M).

(37)

H. Pero, ojo, que si se fuerza mucho, el golpe viene para atrás. O sea, si ahora te obligan a ir a la Universidad, y escribir tus exámenes en gallego, y te están fastidiando demasiado, lo que haces es cambiar de Universidad, o buscar unos estudios donde no te lo pidan, o cosas por el estilo.

E. *Humh.* Puede ser. Antes me decías una cosa muy curiosa, me decías que la lengua madre era la lengua en la que se pensaba ¿no?

H. *Humh.*

E. ¿Y en la que se sueña?

H. Es..., creo que es ésa, vamos, también.

E. En la que se sueña (A, 26-40, H).

(38)

E. Y de la literatura de COU, ¿qué?, ¿te gusta?

- H. Pues, más bien no [risas]. Es que además tenemos una profe de literatura que es bastante mala [...] Y, y nada, y, bah, así por lo que leímos... Hombre, ahora estamos con Juan Ramón Jiménez y, por ahora es así lo que me gusta, porque estuvimos con Machado, y me parece un cursi, el xxxx Machado. Y después nada, leímos a Pío Baroja, que, bah, nada, entretenido, está bien, pero tampoco me, bueno, me maravilló. Y después leímos Valle Inclán, "Luces de Bohemia", que según todo el mundo es una obra maestra, no sé que, y no sé si es porque la trabajamos fatal, de esto (d'esto) que, bueno, a toda, a toda prisa, yo qué sé, en quince días la, la..., tal, y no me, no me, no me gustó; o sea, es que no me gusta el teatro, además.
- E. Sí. Me dices que la profesora esa que es mala, ¿no? ¿Cuál es la mejor profesora que, que recuerdes que has tenido?
- H. Pues, hombre, así, quizá, una que tengo este año de Literatura Gallega [...] (A, -25, M).

A pesar de que en todos estos ejemplos los distintos MR expresan el sentido de acuse de recibo de la información presentada previamente, se pueden establecer algunas diferencias importantes. Por un lado, resulta pertinente comentar lo que ocurre en los ejemplos (34), (35) y (36) y, por otro, lo que sucede en (37) y (38). En (34), (35) y (36) sigue inmediatamente al marcador una pregunta, cuyo grado de vinculación temática con respecto al turno anterior no es idéntico en los tres casos. Así, mientras que en (34) y (35), tras el MR, se formula una pregunta que abre una nueva línea temática, de donde se deduce que *humh* y *ya* señalan que se ha recibido y comprendido sin problemas la información proporcionada; en (36), el MR acompaña a una pregunta de contenido estrechamente relacionado con el del turno precedente. En este último ejemplo, *huhm* parece expresar únicamente el sentido de recepción de mensaje, evitando tratar la respuesta anterior como informativa, pues en el movimiento siguiente E da muestras de tener ciertas dudas sobre si ha comprendido bien en qué consiste la opinión de H sobre la cuestión de la lengua o sobre si a raíz de lo dicho se puede inferir que H considera que existen prejuicios lingüísticos relacionados con el uso del gallego. Frente a lo que sucede en (34) y (35), en (37) y (38), entre el MR, que en ambos casos señala recepción y comprensión del mensaje precedente, y la pregunta que introducirá un nuevo tópico, tenemos algunos enunciados, cuya emisión parece responder a los deseos del hablante de suavizar o mitigar el cambio de tema. Obsérvese que la vinculación temática en relación con el turno inmediatamente anterior es más débil en estos casos que en (34) y (35), de ahí la presencia de los enunciados *Puede ser* y *Me dices que la profesora esa que es mala, ¿no?* Es posible postular en este contexto (MR, nueva pregunta) una relación entre el grado de compromiso interaccional y el grado de agresividad potencial que conlleva la decisión de introducir un nuevo tema, de tal modo que a medida que aumenta el grado de compromiso interaccional, disminuye la carga de agresividad de un cambio de tópico y, lógicamente, a medida que disminuye el grado de compromiso interaccional, aumenta la carga de agresividad del cambio. Comentarios y valoraciones son un tipo de acción que suponen un mayor compromiso interaccional por parte del responsable de su emisión, por consiguiente, mitigan con más fuerza la próxima aparición de un tópico distinto, ya que a través de ellos se muestra atención e interés mientras se cambia (cf. Jefferson 1993). Juzga-

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRÁFICA DE LA INTERJECCIÓN *AH*

mos oportuno señalar que en (37) el entrevistador aprovecha la ambigüedad de su comentario (*Puede ser*) para evitar pronunciarse sobre esta cuestión y, de este modo, dar por concluido el tema de la lengua y pasar al de los sueños. En situación de entrevista, no encontramos muchos ejemplos en los que el MR, seguido de una valoración o una opinión del entrevistador, conformen un movimiento de control. La aparición de valoraciones en este tipo de interacción suele estar vinculada con el tratamiento de temas más o menos banales, no suele figurar en aquellos casos en los que se tratan asuntos más conflictivos. Esto tiene que ver con la búsqueda de la neutralidad por parte del entrevistador.

Si bien es cierto que en la conversación no todo cambio de tema ha de ir necesariamente precedido de un MR, también lo es el que la presencia de una de estas expresiones, seguida o no de una valoración o comentario, constituye un mecanismo que suaviza de una manera más o menos sutil la transición de un tema a otro; como dice Jefferson (1993: 29):

A recipient can manage both exhibiting attention to a coparticipant's talk and shifting to matters of his own. This task can be accomplished with great dispatch with an acknowledgment token preceding a topical shift. It can be made rather more elaborate by employing an assessment, and yet more elaborate by inserting a commentary (1993: 28).

4.2.2.2. Marcadores de recepción de reticencia

Los MR en respuestas también marcan cambio de estado de oyente a hablante. Un MR en un movimiento de respuesta informa sobre cómo se va a desarrollar el habla que a continuación se produce. El hablante a través de un MR puede mostrar entusiasmo al ver que tiene información para responder a una determinada pregunta, puede mostrar reticencia o dar muestras de la existencia de algún tipo de dificultad para responder, etc. Nos interesan especialmente, por su alta frecuencia de aparición, los casos en los que el MR evidencia que la respuesta que lo sigue puede ser calificada por distintos motivos como “respuesta problemática”, de ahí la denominación de “marcadores de reticencia” o “marcadores de reticencia” (*reluctance makers*, *vid.* Bilmes 1988). En palabras de Bilmes (1988: 173), “reluctance markers are expressive of the speaker's reluctance to produce the response which follows”. Es importante insistir en que dar muestras de reticencia a la hora de responder no conlleva necesariamente la aparición de una respuesta no preferida, pues algunas respuestas preferidas pueden ir precedidas de este tipo de marcadores.

En situación de entrevista existen a nuestro juicio dos fuerzas cuya presencia se deja ver en el diseño de un turno. Se trata de dos fuerzas que tienen que ver con la estructura de la preferencia y que muestran la dependencia o vinculación de un movimiento con respecto al anterior. Por un lado, puesto que en una buena entrevista se supone que contamos con un hablante dispuesto a colaborar (informante cooperativo), existe preferencia por proporcionar una respuesta positiva y referirse a un suceso de interés, frente a dar una negativa por respuesta. En estos casos la presencia de un MR generalmente indica que o bien la información solicitada no está inmediatamente disponible en la mente del hablan-

te, o bien que la respuesta que se va a proporcionar supondrá un cambio en la orientación temática prevista por la pregunta. Por otro, normalmente se observa una preferencia por el acuerdo —pensemos que se trata de un encuentro entre dos personas que prácticamente no se conocen—, de tal modo que los desacuerdos tienden a producirse de manera mitigada; y es aquí donde los MR entran en juego. No creo que sea necesario hacer hincapié en el hecho de que no pretendemos ofrecer patrones fijos que definan este tipo de interacción, sólo hablamos de determinadas tendencias extraídas del análisis de los datos.

Por lo que respecta a la primera de estas fuerzas, preferencia por ofrecer respuestas positivas¹⁶, Button & Casey (1984: 177-178) se refieren a dos técnicas que se utilizan en el transcurso de una respuesta positiva, para mostrar que la producción de un enunciado responde a una petición previa de información sobre sucesos de interés. La primera de estas técnicas consiste en preceder el suceso que se expone a modo de respuesta con elementos que indiquen que su presentación ha sido precedida de una búsqueda, mostrando así que no se trata de un suceso inmediatamente disponible en la mente del hablante: “In this respect, displaying a search for an event to report is sensitive to the prior turn that is oriented to topic generation because it displays that even in the absence of an immediately available topic that could be introduced, the coparticipant is still prepared to search for one” (*op. cit.*: 178). Por consiguiente, el sentido de estos marcadores es señalar recepción y comprensión de la pregunta y mostrar al interlocutor interés por responder, de modo que la ausencia de respuesta es, en principio, algo momentáneo. En estos casos suelen ser producidos con alargamiento:

(39)

- E. Los domingos, por ejemplo, ¿qué hacías? Bueno, tú y tu familia, tus padres y hermanos.
H. *Ya, sí:* , los domingos... ir a misa, por supuesto. La misa era algo sagrado y después ir a tomar el aperitivo. Luego comíamos en casa y después a hacer los deberes y a estudiar (A, 26-40, H).

(40)

- E. ¿De qué va “Desayuno con diamantes”? , que a mí me suena, pero, no sé...
H. *Sí:* : “Desayuno con diamantes” es la de... Espera, es que yo tampoco me acuerdo bien. Eh, que roban... No, no me acuerdo ahora exactamente cuál es. Oy: : (A, -26, M).

En estos ejemplos la respuesta va precedida de un preámbulo en el que se inserta un MR con el fin de que el hablante gane tiempo para contestar (fórmulas retardatorias). En ambos casos la repetición funciona en el nivel interaccional (*los domingos...*; “*Desayuno con diamantes*”), se utiliza como estrategia para mantener el turno, a la vez que se realizan los preparativos para responder (cf. Tannen 1989: 51). Del mismo modo funciona la repetición en (41), donde *humh* señala únicamente recepción de la pregunta previa, pues

¹⁶ Utilizamos “respuesta positiva” con el sentido de respuesta que tiene lugar y que es beneficiosa o favorable para el desarrollo de la entrevista.

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRÁFICA DE LA INTERJECCIÓN *AH*

H se encuentra con ciertas dificultades a la hora de disponer la materia que va a exponer a continuación, de ahí que finalmente decida verificar cuál ha de ser la dirección de la respuesta:

(41)

- E. Sí. Y, y, después umm cuando eras pequeña, ¿cuáles eran tus juegos preferidos?
¿A qué jugabais?
H. *Humh*, cuando era pequeña, a ver... Ehh, pues, ¿en casa o fuera?
E. En casa, y fuera.
H. Pues bueno (bué) a mí, ehh, jugar, a mí siempre me encantó leer, o sea, jugar de pequeña no te creas que me emocionaba (A, -25, M).

La segunda técnica consiste en preceder el suceso del que se informa de partículas como *oh* y *ah*, cuyos sentidos señalen una orientación a un cambio en el habla y a una nueva línea de habla promovidos por el turno anterior: “By using components that can operate to mark an orientation to a shift of talk and a new line of talk, the current speaker displays the utterance as the result of a prior turn having shifted talk and begun a new line of talk” (Button & Casey 1984: 178):

(42)

- E. El mes pasado me habías dicho que ibas a ir a la nieve. ¿Qué tal?
H. *Ah*, en la nieve genial. Pero genial, ¿eh? Conseguí no llegar lesionada [risas E]. Pero lo más gracioso es que [nombre de persona] tampoco se cayó, y es de las que se caen siempre [risas E y H] y ya tuvo tiempo, porque estuvimos más de siete días... [...] (M, 41-59, M).

Los MR se encuentran, como vemos, entre los “mecanismos” que se activan a la hora de emplear estas dos técnicas, que muestran la dependencia del suceso que se expone con respecto al turno anterior. De no ser por la pregunta previa, que es la causante de que se introduzca un nuevo tópico, la información que sigue al MR es probable que no hubiese visto la luz en el transcurso de la interacción, puesto que se trata de un relato o suceso cuya exposición no podría haber sido provocada por la línea de habla que se estaba desarrollando con anterioridad. En definitiva, a través de la utilización de ambas técnicas —dar muestras de que lo que se expone es el resultado de una búsqueda o indicar un cambio de orientación en el habla y una nueva línea temática— se consigue vincular el suceso del que se informa con el turno anterior. Como afirman Button & Casey (1984: 179), “the reported event is produced as one that has been *elicited* by the prior turn, and is sensitive to the eliciting properties of the prior turn”.

Conviene tener en cuenta que los MR también tienen una importante función cuando el hablante no puede proporcionar una respuesta positiva a la pregunta anteriormente formulada. Con cierta frecuencia, anteceden al reconocimiento explícito por parte del hablante de su incapacidad para responder (A: ¿Cuánto tiempo estuviste en París? / B: *Oh*, yo no estuve nunca en París). Son los casos en que su emisor se ve obligado a reorientar la información (Schiffrin 1987: 86). De cualquier forma, el hablante, tras reconocer que no posee datos para responder a lo que se le pregunta, puede a continuación rela-

tar un suceso, que abra una línea temática nueva o ligeramente diferente respecto a la propuesta en el turno anterior:

(43)

E. ¿Cómo fue tu experiencia en la... la Universidad?

H. *Oh*, de la Universidad te hablé antes pero yo no fui a la Universidad, yo no, era mi novio, pero yo me pasaba semanas y semanas en Santiago con él, en casa de unas tías. Yo de lo que puedo hablar es de mi experiencia en el Instituto que, vamos, es... fue... no sé, de los momentos más emocionantes de mi vida, porque hasta esa fecha había estado en la... en casa de mis padres en el pueblo. Así que cuando... [...] (M, 41-59, M).

Oh da muestras al interlocutor de la incapacidad del hablante para responder en los términos fijados; señala la presencia de dificultades a la hora de responder, no relacionadas ni con la recepción de la información, ni con la comprensión. E había inferido de lo expuesto con anterioridad que la estancia de H en Santiago de Compostela estaba motivada por el hecho de haber estudiado una carrera universitaria; de manera que H, después de aclarar el malentendido, cambia el tópico propuesto por otro a propósito del cual sí tiene información. Las respuestas con *ah* y con *oh*, como ya hemos mencionado, hacen ver de manera explícita al entrevistador (o al que pregunta) que se han transgredido las expectativas previas con respecto a la información (cf. Schiffrin 1987:86). A pesar de la incapacidad de proporcionar una respuesta sobre ese tópico, la configuración del turno de H se parece a la de aquellos en los que sí es posible referirse al tema sobre el que se pregunta: se responde al turno anterior, aunque lo que se narra tiene poca o ninguna vinculación con lo que se pregunta (Button & Casey 1984: 180-181). Una situación similar se produce en el siguiente ejemplo:

(44)

E. En Asturias. ¿Y qué tal, Asturias? ¿Qué te gusta más, esto? Prácticamente no te acordarás ¿no?

H. *Ah*: , no me acuerdo. De Asturias los recuerdos son buenos, una infancia así muy cuajada, muy ... con ... los amiguitos y ... ya íbamos a clase, desde muy pequeños, ya nos metían, eh, mi padre estaba trabajando en Ensidesa, entonces, tenía ... colegio para los chicos de los empleados; y eran unas naves como bungalows, y ... lo que recuerdo era ... siempre metido en clase, *o sea es que no recuerdo la infancia...* (A, 26-40, H).

En un principio, E infiere erróneamente que H recuerda cómo era su vida en Asturias, de tal modo que puede estar capacitado para pronunciarse sobre si prefiere vivir en Asturias o en Galicia (A Coruña); no obstante, E inmediatamente enmienda su pregunta al ser consciente de que, teniendo en cuenta la edad que H tenía cuando regresó a Galicia, es probable que no se acuerde. Este punto es confirmado por H en el siguiente turno. Una vez más, vemos que el empleo de *ah* evidencia la existencia de problemas para dar respuesta a la pregunta de E.

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRÁFICA DE LA INTERJECCIÓN AH

La presencia de reparaciones, clarificaciones, etc., que junto con *oh* y *ah* suelen conformar un movimiento de control, muestran la estrecha relación entre estos dos marcadores y aquellos contextos en los que se produce algún tipo de problema que afecta a la comprensión de la pregunta anterior (cf. Heritage 1984 y Schiffrin 1987):

(45)

- E. Y después, por ejemplo, ¿tú crees que una persona que viene a...o sea, que se instala aquí en La Coruña, podría tener problemas por estas cuestiones, por la ~~lingüística~~ que en La Coruña ninguno.
H. ~~lingüística~~ que en La Coruña ninguno.
E. ¿Una persona que hable gallego, por ejemplo, que venga del campo?
H. Ah ... al revés, creí que me decías alguien de fuera con el gallego. Hombre, yo creo que sí. Y yo creo que la discriminación lingüística... uhhh... realmente existe, o sea, cada vez se considera menos...uhm... a ciertos niveles (A, 41-59, M).

(46)

- E. ¿Cal é a túa actitude ante eso, as, cuestións lingüísticas, aquí?
H. Ah, oh, ¿isto da diglosia, e todo iso?
E. Por exemplo.
H. Humh
E. Humh
H. Bueno, por exemplo, eu falo, eh, eh, quero falar galego e prefiro falar galego na casa [...] (M, -25, H).

En (45) el MR señala recepción y comprensión de la clarificación, en (46), en cambio, anteceden a lo que puede considerarse, a juzgar por el contenido de los turnos que le siguen, como una petición implícita de clarificación. En (45) *ah* se utiliza como MR de una reparación (vid. Heritage 1984: 315-320); vemos que a E le produce cierta extrañeza la respuesta proporcionada por H en el turno anterior, lo que le lleva a reformular su pregunta. En el movimiento de control encabezado por *ah*, H señala, de un lado, que ahora ha comprendido la pregunta y que, por tanto, la formulación en otros términos que E realiza de su contenido ha resultado exitosa, y de otro, comenta el motivo que origina el malentendido (*al, revés, creí que me decías alguien de fuera con el gallego*). En (46) H, al mismo tiempo que realiza una petición de clarificación, propone una clarificación específica: *¿isto da diglosia, e todo iso?* (cf. Schiffrin 1987: 80). La presencia de los MR *ah* y *oh* es sintomática de la existencia de ciertas dudas en relación con el contenido de la pregunta de E. No obstante, la respuesta de E atestigua que el habla anterior ha sido suficientemente descriptiva y que se ha comprendido de modo adecuado su sentido.

Cuando se trata de responder no ya a una pregunta, sino a un determinado comentario o valoración realizado por el entrevistador (o entrevistado), entra en juego la segunda fuerza de la que hablábamos, la preferencia por el acuerdo. Los componentes de desacuerdo suelen retrasarse dentro de los turnos, así en este sentido Atkinson & Heritage (1984: 53) indican: "Preferred activities, by contrast, are usually performed directly and with little delay. Dispreferred activities, by contrast, are usually performed with delay between turns, are commonly delayed within turns, and are variously softened and made indirect" (cf. además, Pomerantz 1984). Por tanto, también en estos casos dentro del prefa-

cio que antecede al desacuerdo, en el que se muestra reluctancia o disconformidad, puede estar incluido un MR, que habitualmente desempeña dos funciones: poner sobre aviso al interlocutor de la próxima presencia de un desacuerdo y mitigar su fuerza. Observemos el siguiente ejemplo:

(47)

E. O sea ¿tú crees que es segura esta ciudad?

H. Ay sí, yo creo que sí.

E. ¿Sí?

H. *Ah, hombre*, eso es una cosa que mu... muchas veces discutimos, ¿no? Hombre, yo vivo en el centro, y yo normalmente no voy a zonas... peligrosas por la noche. Yo me muevo, pues, o voy al Orzán o voy a la Ciudad Vieja, pero no a la parte de arriba, a la parte de... de por aquí, o salgo por los Cantones o por Juan Flórez. Y yo, desde luego, paseo por la noche con Juan... hombre, sola nunca vo... ando... por la calle, pero por la noche paseo, a lo mejor a las dos de la mañana vengo andando desde el Orzán y *yo nunca he tenido... ningún problema*, ¿no? (A, 41-59, M).

La opinión emitida por H a propósito de la seguridad ciudadana no parece que se ajuste a las expectativas de E, de ahí que insista en el tema con un *sí* con tonema ascendente, que podríamos interpretar como un intento de reparación implícita de la afirmación contenida en el turno anterior o como un chequeo de comprensión de la pregunta anterior. A continuación H matiza su respuesta y concluye diciendo que “nunca he tenido... ningún problema”, por tanto, aunque de manera mitigada, construye su turno para mostrar desacuerdo con E. Podemos decir que la presencia de *ah* y *hombre* al comienzo de turno es sintomática de la aparición de un posterior desacuerdo. En este ejemplo no parece posible afirmar que *ah* funcione como señal de comprensión; su empleo está simplemente vinculado a la expresión de ‘acuse de recibo’ y a la construcción de una segunda parte no preferida: se trata de un “marcador de no preferencia”.

En el siguiente ejemplo, tenemos la forma *humh* encabezando una respuesta en la que se expresará un desacuerdo. La ambivalencia de este MR lo hace especialmente útil para expresar desacuerdos:

(48)

E. ... pues, lo que es triste es que los gallegos, mu-, muchos pues, rechacen el idioma, ¿no crees?

F. *Humh. Pero, ya te digo, o sea, es una..., yo creo que es cuestión de..., ya no sólo de disposición, de, de todo, de que no lo saben llevar, de que Galicia siempre ha sido xxxx, si Galicia fuese una comunidad así más, más rica, con gente así importante, y tal, pues seguramente la gente se empezaría a tener..., o sea, a sentirse orgullosos de Galicia; pero, ya ves, o sea, yo por lo que veo no hay gente que, que diga: “Soy gallego”, y que lo diga así, como un catalán que te dice: “Soy catalán”* (A, 41-59, M).

Desde nuestro punto de vista, se trata de un caso en el que el desacuerdo está precedido por un acuerdo matizado. El hablante no utiliza una señal de acuerdo más marcada como

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRAFICA DE LA INTERJECCIÓN AH

podría ser *sí*, ya que, como afirma Gardner (1998: 212-213) a propósito de *yeah*, “beyond this, the positive polarity of *Yeah*, with implications of agreement or affirmation, makes it a more aligning, as well as a semantically less empty object than *Mm*”. De cualquier forma, debemos de ser especialmente precavidos con la interpretación que hagamos de *sí* en los casos en que antecede a un desacuerdo, puesto que extraer la conclusión de que el desacuerdo va precedido de una marca de acuerdo puede no ser del todo exacta; habrá que estar muy pendiente de lo que sucede en el contexto previo y siguiente. Pensemos que *sí*, así como otras marcas de acuerdo, pueden constituir una reacción al marco enunciativo y no al contenido informativo del enunciado o enunciados precedentes (cf. Vicher & Sankoff 1989: 91). Por consiguiente, *sí* precediendo a respuesta generada tras un comentario o valoración del hablante anterior, puede expresar, por ejemplo, el sentido de ‘acuse de recibo’ y/o ‘comprensión’, o los de ‘acuse de recibo’ y ‘acuerdo’¹⁷. En el ejemplo que comentábamos más arriba (48), es significativa además la aparición de la conjunción adversativa “pero”, como dice Pomerantz (1984: 72):

Agreement prefaces are of particular interest because agreements and disagreements are, of course, contrastive components. When they are included within a same turn, the agreement component is conjoined with the disagreement component with a contrast conjunction like “but”. An apparent puzzle regarding the agreement-plus-disagreement turn shape is *why* recipients agree with assessments when they will shortly disagree with them.

Según esta autora, los componentes de acuerdo que aparecen en los prefacios de desacuerdo son normalmente acuerdos débiles. No obstante, también hemos registrado algún ejemplo de desacuerdo precedido de señales que marcan acuerdo, que de ningún modo, puede ser conceptualizado como “débil”, sino todo lo contrario:

(49)

- E. Sí. Desde luego, la mejor situación es si no hay hijos en el matrimonio, ¿eh?
H. Ah, claro. Bueno, también yo... yo te advierto alguna cosa, te acabas acostumbrando, ¡eh!. Yo te advierto que ahora, cuando no están los niños, la verdad es que me aburro un poco (A, 41-59, M).

De cualquier manera, conviene tener en cuenta que los acuerdos más marcados, al tener una mayor carga de compromiso interaccional, antecediendo a un posterior desacuerdo, constituyen una estrategia muy eficaz a la hora de reducir la carga de agresividad que la expresión de un punto de vista contrario a la opinión del interlocutor puede tener.

¹⁷ A propósito de *yeah*, dicen Drummond y Hopper (1993b: 207): “There are instances in which it remains ambiguous whether the *Yeah* speaker is acknowledging, agreeing, or both [...]. This token serves in utterance-initial positions for a range of acknowledgment-related uses and for a range of agreement-related uses. Though there do exist some prototype cases of each use, a great many cases either combine these two functions or leave the matter of functioning for-the-moment sequentially ambiguous”.

Se puede hablar de cierta especialización en los MR a la hora de encabezar turnos de acuerdo o desacuerdo después de una valoración. Por un lado, podemos hablar de MR que señalan un “posicionamiento débil”, *humh*, *sí* y *ya*, y por otro, de MR que señalan un “posicionamiento fuerte”, *ah* y *oh*. La distinción entre “posicionamiento débil” y “posicionamiento fuerte” ante una valoración está basada en el grado de implicación interaccional que el empleo de estos marcadores conlleva. Los primeros, siempre y cuando su emisión se produzca de manera no marcada, tienen un sentido básicamente cognitivo: expresan el estado mental del hablante con respecto a lo que el interlocutor ha dicho. En cambio, los segundos, *ah* y *oh*, puesto que poseen sentidos que tienen que ver con la expresión de los sentimientos del hablante y que, por tanto, tienen —en términos de Wierzbicka (1991)— en su significado el componente ‘Siento algo’, en vez de ‘Sé algo’, señalan con mayor fuerza la próxima aparición de un acuerdo o de un desacuerdo con la valoración anterior.

Los siguientes son ejemplos de MR de posicionamiento débil, ya que, tras la valoración emitida en el turno previo, en el siguiente o bien se evita simplemente mostrar acuerdo o desacuerdo o bien se emite un acuerdo débil, para posteriormente introducir un enunciado en el que se den muestras evidentes de desacuerdo:

(50)

- H. Mira, de bombonera. Era así, parece..., según mi padre igualitos que los de Cristal, o sea no... Era así, ehh, ¿cómo se llama?, drapeada, la tela xxxx xxxx arrugada, por arriba, negra, con un escote así cuadrado, hasta, hasta el talle, por aquí, y después hacía así la falda un poco de vuelo de..., en, en tonos granates, un poco dorado y, y negro.
- E. *Ah, qué bonito* [risa].
- H. *Humh, según mi padre una horterada. Y ya ves, pues salí el día de Fin de A-, el día de Reyes y de..., el otro. Y, y nada* (A, -25, M).

(51)

- H. [...] Bueno, es que además yo soy Capricornio, así que imagínate, ya te puedes imaginar qué mezcla tan explosiva, ¿no?
- E. *Yo es que de horóscopos no sé casi nada, reconozco que soy bastante ignorante sobre esa... ese tema. No me parece...*
- H. *Humh. A lo mejor son tontadas a las que... Yo me aficioné cuando estaba en ... cuando estudiaba en el Instituto* (A, -25, M).

(52)

- E. ¿“Pretty Woman” la fuiste a ver? [risas H, E] Sí [risas]. ¿Y, y qué opinas de la película?
- H. Hombre, está bien para pasar el rato.
- E. Está bien, es entretenida {sí}
- H. {Sí}, está, está bien. *Umm, la... o sea la... Lo que pasa es que a mí, esas películas, hombre, me gustan, pero como ya sabes el final no es emocionante, como siempre pasa lo mismo* (A, -25, M).

En (50) y (51) se aprovecha la ambigüedad de *humh* (señal de recepción y/o acuerdo) para evitar pronunciarse sobre la valoración que figura en el turno anterior. En

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRAFICA DE LA INTERJECCIÓN AH

(50), vemos que la reacción posterior de H, convierte al turno de E en un “turno del oyente en posición fuerte”; el comentario *según mi padre una horterada* explica la cautela de H a la hora de dar su opinión sobre su propio traje. Por lo que se refiere a (51), es uno de los casos en que el acuerdo después de una valoración no es una acción preferida. E reconoce su ignorancia con respecto a un tema y esta muestra de sinceridad puede provocar una pérdida de imagen (*face*), de ahí que no sea irrelevante el tipo de MR utilizado por el oyente como señal de continuación. Las características de la emisión de *humh* —repárese en que se trata de una vocalización que se emite con la boca casi cerrada— hacen que sea una señal muy adecuada para estos casos, porque se muestra atención a la vez que se evita cualquier tipo de pronunciamiento al respecto (a propósito de las autodepreciaciones, *vid.* Pomerantz 1984: 92). Además los enunciados que siguen a este marcador tienen una función mitigadora, pues H justifica y resta importancia a la falta de conocimiento recién confesada por H sobre los signos del zodiaco. En (52) tenemos un caso en que *sí* puede interpretarse como una señal de acuerdo con respecto a lo expresado en el turno anterior, pero enseguida H construye su turno para introducir un desacuerdo. Las vacilaciones que lo preceden (*Umm, la... o sea la...*), así como los intentos encaminados a justificar su opinión (*Lo que pasa es que a mí, esas películas, hombre, me gustan, pero como ya sabes el final no es emocionante, como siempre pasa lo mismo*) dan fe de la preocupación de H por evitar una pérdida de imagen de E, puesto que acaba de considerar “entretenida” una película, cuyo argumento es más bien pobre y banal. Parecen entrar en conflicto, por un lado, la preservación de la propia imagen de H y, por otro, la de E. De ahí la importancia de poner en marcha estrategias de mitigación.

Hemos encontrado ejemplos de *ah* y *oh* de “posicionamiento fuerte”, que se utilizan para mostrar acuerdo respecto a una valoración anterior. Son casos de “valoración idéntica” (*same evaluation*, *vid.* Pomerantz 1984: 66):

(53)

H. Es una cosa =

E. Claro.

H. = maravillosa. ¿A ti te gusta el Magisterio, no?

E. ¡A mí sí! {xxx} hombre, =

H. {Yo... }

E. = yo di clases solamente particulares y así, =

H. ¿Ay, sí?

E. = *pero me encanta*.

H. *Oh, ay, a mí, a mí encanta*. Mira, sí, un niño, yo les tenía dicho: “mira, cuando venga alguien a la escuela, aunque sea de aquí de la aldea...”; porque yo estaba a tres kilómetros antes de llegar a Malpica en un sitio que le llaman Seijas Filgueira=

E. Humh

H. = y entonces le digo yo: “Mira, cuando venga una persona a hablar conmigo, sea de aquí, sea de fuera, no interrumpir, ¿eh?; esperáis a que termine la conversación, y después decís lo que sea”. Y vino un fotógrafo... (M, 60-, M).

(54)

H. Esta es una ciudad muy bonita, creo yo, vamos =

E. ¡Hombre!

H. = a lo mejor es porque yo nací en... aquí pero si la comparas con... *Orense a mí no me gusta {nada}*E. {¡Ah!} *A mí Orense no me gusta*, no sé a lo mejor es que sólo la conozco así... no sé, de paso, de pasada (M, 60-, M).

En estos dos ejemplos *ah* y *oh* van acompañados de la repetición del enunciado final del turno anterior, cuya función es ratificar la valoración realizada por el interlocutor. En realidad, la emisión del marcador en estos casos no responde a la existencia de problemas con la información proporcionada hasta el momento. La presencia de una entonación enfática avala su interpretación como “refuerzos emocionales”. Su empleo parece estar más ligado, como decíamos más arriba, a la expresión de las emociones del hablante que a la de transmitir un estado cognitivo; su sentido contiene más bien el componente ‘siento que’, que ‘pienso que’. De este tipo de significado que denominaremos “emotivos” nos ocuparemos en el siguiente apartado.

4.2.3. Marcadores de recepción y la expresión de las emociones

Aunque por motivos que tienen que ver con la ordenación de la materia hayamos establecido una distinción entre los significados relacionados con el control de la toma de turnos y con el tratamiento de la información, debemos reconocer que ambas tareas están muy conectadas. Así, la aparición de una respuesta retardada es a menudo sintomática de la presencia de algún tipo de problema a la hora de contestar (tratamiento de la información), de ahí la utilización de los MR a modo de prefacio para mantener el turno (control de la toma de turno). Los análisis realizados hasta el momento atestiguan, en definitiva, la importante labor que en el nivel interaccional realizan las interjecciones objeto de nuestra atención. A propósito de la expresión de las emociones, en cambio, no nos queda más que reconocer que los resultados de este estudio no han sido muy productivos. Esta última afirmación puede causar cierta sorpresa, ya que, teniendo en cuenta la categoría gramatical de los MR, sería lógico pensar en la expresión de este tipo de significados como uno de sus principales cometidos. Jakobson (1975: 353), por ejemplo, afirma que “el estrato puramente emotivo lo presentan en el lenguaje las interjecciones”. En realidad, *oh* es la forma cuyos sentidos denotan, en los ejemplos manejados, una mayor relación con la expresión de los sentimientos del hablante: asombro, admiración, decepción e incredulidad son los sentidos que se registran con más frecuencia. No obstante, como ya dijimos, el número de ejemplos de *oh*, que hemos extraído del corpus, es significativamente inferior al de las restantes unidades, y esto es debido a que en situación de entrevista la manifestación de los distintos estados de ánimo está normalmente matizada, de ahí la escasa presencia de formas de mayor potencial expresivo. El que uno de los participantes en la conversación dé rienda suelta a la expresión de sus sentimientos es un factor que producirá un importante incremento en el número de interjecciones de tipo emotivo que pueden

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRÁFICA DE LA INTERJECCIÓN *AH*

aparecer no sólo en su discurso, sino también en el de su interlocutor. Así, Drescher (1997: 241) afirma:

We can say that the display of higher emotive involvement on the part of one of the participants will, in general (*i.e.* given normal, cooperative interaction), entail the corresponding comportment of the partner. The use of interjections thus contributes —alongside other discursive procedures— to a harmonizing style of communication.

Es evidente que estamos ante una de las limitaciones del corpus utilizado, pero también es cierto que, si bien la conversación semidirigida no es un buen caldo de cultivo para el estudio de significados expresivos, lo es, no obstante, para otro tipo de significados, llamémosles fáticos, sociales o interaccionales.

La consulta de gramáticas, diccionarios y obras de distinta índole deja constancia de la especialización tanto de *ah* como de *oh* en la expresión de significados de tipo emotivo, esto es, significados con el componente ‘siento algo’ (*I feel something*, Wierzbicka 1991: 291). Las entradas del DRAE (1992)¹⁸, por ejemplo, así lo corroboran —la situación, como veremos más adelante, es sustancialmente diferente en diccionarios más recientes, donde el registro de sentidos se hace con mayor precisión:

- | | |
|------|---|
| ¡ah! | interj. con que se denotan muchos y muy diversos movimientos del ánimo, y más ordinariamente pena, admiración o sorpresa. 2. Amér. Se usa para interrogar. |
| ¡oh! | interj. que se usa para manifestar muchos y muy diversos movimientos del ánimo, y más ordinariamente asombro, pena o alegría. |

En primer lugar, es importante apuntar que de ningún modo se trata de expresiones sinónimas, pese a lo que pueda parecer después de revisar estas entradas. Sin ir más lejos, pensemos en un ejemplo en el que *ah* se utilice para introducir una ocurrencia repentina: *Le trajeron una tarta de cumpleaños, ¡ah! y era de nata, así que imagínate lo contenta que se puso* vs. *Le trajeron una tarta de cumpleaños, ¡oh! y era de nata, así que imagínate lo contenta que se puso*. La emisión de *¡ah!* con una intensidad fuerte y con un tono alto es lo que le confiere al enunciado que sigue la lectura de ‘ocurrencia repentina’. Esto no sucede con *¡oh!*. La apreciación de Beinhauer (1968) de que la diferencia entre estas dos formas es meramente estilística (*ah* en el lenguaje coloquial) no es, pues, del todo exacta. En segundo lugar, a la vista del análisis de buena parte de los ejemplos presentados en este trabajo, podemos decir que no sólo expresan significados de tipo expresivo. Según Drescher (1997: 238), el abundante uso de las interjecciones del francés *ah* y *oh* podría explicar la pérdida de su potencial expresivo: “In particular, the most frequent primary interjections *ah* and *oh* seem to have lost part of their expressive potential due to their abundant use. Here, the emotional involvement is reduced to a ‘conversation-lubricating’ level and it occurs in a quite ritualized manner”. Algo similar sucede con las homógrafas españolas. Es probable que estemos asistiendo a una transformación de la na-

¹⁸ Sólo la definición de *ah* ha experimentado variación en la nueva edición del DRAE, que no reproducimos por tratarse únicamente de ligerísimos retoques.

turalidad de estas expresiones, de tal modo que la pérdida de contenido emotivo queda compensada por un aumento de significado que podríamos llamar interaccional o meta-discursivo, al tener que ver con distintos aspectos relacionados con el control de la interacción (*vid.* apartado 2.4.2). De esta manera, por tratarse de unidades determinadas primariamente por funciones relacionadas con la estructuración del discurso en distintos niveles, están mucho más próximas a la categoría de los marcadores del discurso y se alejan, en cambio, de la exclamación.

El distanciamiento entre estas interjecciones y la exclamación merece ser comentado. Pensemos que la ecuación “interjección = expresión de los sentimientos del hablante” se reproduce a menudo en gramáticas y tratados de lingüística de distinta índole, de ahí que la interjección aparezca tan estrechamente vinculada a la exclamación¹⁹. La aplicación por parte de la gramática tradicional de criterios psicológicos o basados en la actitud del hablante para clasificar las oraciones y el reconocimiento de la existencia de oraciones unimembres explica la asociación que se produce entre interjecciones y oraciones exclamativas²⁰. A propósito de la conexión entre exclamación e interjección, dice Almela Pérez (1990: 60-61) que “son vistas desde ángulos opuestos: o bien se las equipara sencillamente —como oración, como “comunicación”, como locución—, o bien se toma la interjección como una especie de la exclamación, o bien, al revés, es el valor exclamativo la especie y el interjección el género”. A un profano que se acerque a esta materia le bastará con consultar el DRAE (2001) para ser consciente de la estrecha relación entre interjección y exclamación; una relación que hasta hace muy poco era, sin duda, mucho más clara, pues, en la edición de 1992, la interjección se consideraba una “voz” y no, “una

¹⁹ En la nueva edición del DUE, al incorporar la clase de palabras a la que pertenece cada vocablo, en la entrada de algunas interjecciones queda patente esta identificación. Observemos, por ejemplo, la entrada de *jah!*:

jah! interj. Exclamación provocada por cualquier impresión o emoción: admiración, sorpresa, susto, pena... y, también, satisfacción o alegría [...].

²⁰ Así, por no mostrar más que un ejemplo, Quilis *et al.* (1971) hablan de la interjección en el apartado correspondiente a la oración, concretamente en el apartado dedicado al aspecto psicolingüístico de la oración. Al hablar de las exclamativas dicen que “pueden adoptar una estructura sintética (interjección) y menos frecuentemente la analítica con nexus completo”. Asimismo, el *Esbozo* (1973: 115) que, a diferencia de las ediciones anteriores de la GRAE, no dedica un apartado a la interjección, se refiere a ésta en el apartado correspondiente a la entonación exclamativa: “Hemos visto aquí y allí, a lo largo de este capítulo, la acción que ejerce lo “expresivo” sobre la entonación en general, modificando las inflexiones de la voz o agregando otras en determinados puntos de la curva melódica. Al mismo tiempo la entonación exclamativa se halla algunas veces en correlación con formas o categorías gramaticales específicas. Lo son en primer término las interjecciones, cualquiera que sea su naturaleza, propia o derivada, y la intensidad y el signo de su carga expresiva. Lo son también las oraciones en que aparece, como componente suyo una interjección [...]. Consideraciones similares se encuentran en Gili Gaya (1983: 86). *Vid.* además, Alarcos Llorach (1994: 240) que se refiere a la “Interjección y a la modalidad exclamativa”. Entre otros, Jiménez Juliá (1989) se refiere a la inadecuación de incluir a las exclamativas entre los tipos de modalidad.

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRÁFICA DE LA INTERJECCIÓN *AH*

clase de palabras”, y estaba ausente la segunda parte de la definición, que alude a sus funciones apelativa y fática (la definición de exclamación no ha sufrido cambios):

- | | |
|----------------------|--|
| Interjección (1992): | Voz que expresa alguna impresión súbita o un sentimiento profundo, como asombro, sorpresa, dolor, molestia, amor, etc. (s.v. interjección) |
| Interjección (2001): | Clase de palabras que expresa alguna impresión súbita o un sentimiento profundo, como asombro, sorpresa, dolor, molestia, amor, etc. Sirve también para apelar al interlocutor, o como fórmula de saludo, despedida, conformidad, etc.; p. ej. eh, hola (s.v. interjección). |
| Exclamación: | Voz, grito, o frase en que se refleja una emoción, sea de alegría, pena indignación, cólera, asombro o cualquier otro afecto (s.v. exclamación). |

La búsqueda en un diccionario especializado, como por ejemplo, el *Diccionario de términos filológicos* de Lázaro Carreter (1968), nos conduce por un camino similar:

- | | |
|--------------|---|
| Exclamación: | Interjección o frase interjectiva que expresa una emoción o una estimación: ¡ay!, ¡qué maravilla!, ¡es chocante! La exclamación que tiene valor de frase, con todos sus elementos expresos o no, se denomina oración exclamativa (s.v. interjección). |
|--------------|---|

Ciertamente, una vez más la interjección nos lleva al tratamiento de un tema en torno al que existen más dudas y problemas de los deseados, como dice González Calvo (1997: 144), “se habla de oraciones exclamativas y nadie sabe qué son ni qué tipos se pueden describir. Mientras exista una palabra, frase u oración que se pronuncien con énfasis, o que en la escritura lleven signos de admiración, ya tenemos una exclamativa”. Del mismo modo podemos decir que donde haya una interjección ya tenemos una estructura exclamativa, pues la aparición de los signos de admiración franqueándola es consustancial a su carácter²¹. De ahí que la presencia de un determinado contorno de entonación vinculado al predominio de lo afectivo o emocional lleve inmediatamente a asociar pronunciación enfática e interjección. Las exclamativas son, como señala Jiménez Juliá (1989: 208), “un modo enfático de expresar una declaración”. Sin embargo, la ausencia de énfasis y la expresión extraordinariamente matizada de los sentimientos del hablante son dos de los rasgos que caracterizan al conjunto de expresiones del que nos venimos ocupando.

Mientras que un análisis desde un punto de vista morfo-sintáctico permite adscribir los MR dentro de la categoría interjección, un análisis desde una perspectiva semántica y prosódica puede hacer dudar de la conveniencia de tal adscripción, ya que pone de

²¹ Si, por ejemplo, observamos las entradas de *ah* y *oh* en los diccionarios, observaremos que en muchos de ellos se las representa entre signos de admiración. Nos ha parecido significativo el que una de las modificaciones que presenta la última edición del DRAE (2001) es que estas interjecciones figuran sin estos signos.

manifiesto su distancia con respecto a las interjecciones prototípicas. El significado básico de los MR no es, como dijimos más arriba, señalar el estado afectivo del hablante o del oyente, sino más bien significados de tipo interaccional que tienen que ver fundamentalmente con el control de la interacción en dos niveles: la toma de turno y el tratamiento de la información. Por tanto, en este punto la aproximación entre interjecciones y construcciones exclamativas se debilita, porque la fuerza ilocutiva que caracteriza a estas últimas que, según Alonso-Cortés (1999a: 46), “indica el estado mental del locutor de rechazo, sorpresa, entusiasmo, admiración, confusión, perplejidad, duda, incredulidad, indignación, etc., ante un estado de cosas”, no aparece —o aparece sólo de un modo muy matizado— en los MR. Entre otras cuestiones, el importante papel que juega “el otro” en la descripción de estas expresiones pone en tela de juicio su equiparación con la exclamación, pues a pesar de que Gili Gaya (1991 [1943]: 42), tras enumerar los rasgos fonéticos de las oraciones exclamativas, afirmase que se usan “con la intención de que el oyente se aperciba de que hablamos de forma desacostumbrada”, sin embargo, no parece que el oyente/los oyentes tengan un papel central con respecto al acto de habla emocional de “exclamar”, sino más bien secundario. No cabe duda de que al que exclama es muy probable que le guste ser oído, pero conviene tener presente que, como dice Wierzbicka (1987: 250), “the purpose of exclaiming consists in self-expression rather than in communication”.

Por lo que se refiere a los rasgos suprasegmentales, hay que decir que la entonación por excelencia que se asocia a la interjección es, como apuntamos, la entonación exclamativa, que termina en un tonema descendente, en cadencia (cf. Quilis & Fernández 1990: 181). No obstante, este tonema descendente no es lo característico de la entonación de las exclamativas. Intensidad, cantidad y tono son, según Navarro Tomás (1974: 230-231), los aspectos que debemos observar:

En formas como *¡insolente!*, *¡descastado!*, *¡maldito!*, *¡imbécil!*, etc., la entonación es esencialmente la misma que en las expresiones afirmativas: la voz se eleva sobre la sílaba acentuada y desciende bruscamente de una sexta a una octava sobre la sílaba final. Lo característico de estas exclamaciones consiste, más que en la entonación, en el aumento de intensidad que recae sobre dicha sílaba acentuada, si bien este mismo aumento, obrando por su parte sobre la cantidad y sobre el tono, hace que la sílaba acentuada resulte también en dichos casos más larga y más aguda que las expresiones meramente afirmativas²².

A raíz del análisis de los MR podemos decir que no siempre todas las interjecciones van acompañadas de entonación exclamativa, por lo que no parece aconsejable, en principio, considerar este tipo de entonación un rasgo distintivo, un rasgo *sine quo non*.

²² Del mismo modo, Alarcos Llorach (1994: 55) señala: “Cuando en lo que comunica el hablante predomina la intención de manifestar sus emociones o sus deseos, o bien de apelar al interlocutor o suscitar su interés, la modalidad del enunciado se señala mediante ciertas alteraciones del contorno melódico. En esencia, manteniéndose el descenso del tono en las inflexiones finales, aparece una mayor elevación tonal en la primera sílaba tónica del enunciado, y desde ella desciende paulatina o abruptamente hasta la cadencia”.

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRÁFICA DE LA INTERJECCIÓN AH

De hecho, la consideración de distintos esquemas entonativos es uno de los factores que permite establecer diferencias de significado entre, por ejemplo, ¿*eh?* y *jeh!*; *ah*, ¿*ah?* y *jah!*; *humh* y ¿*humh?* Así, mientras que la emisión de ¿*eh?* puede responder a algún problema con el canal de comunicación que impida o dificulte al interlocutor recibir el mensaje (ruido externo, por ejemplo), la de *jeh!* puede actuar como refuerzo de una advertencia. Asimismo, tampoco resulta difícil percibir la diferencia de significado entre un *ah*, que se utilice simplemente como señal de comprensión y/o acuse de recibo y un *jah!* que se utilice como señal de ocurrencia repentina; ni entre *humh*, como señal de acuse de recibo y ¿*humh?*, como solicitud de repetición. Consideramos, en definitiva, que la presentación de estos elementos acompañados siempre de los signos de admiración traiciona de alguna manera su naturaleza, puesto que remiten a un modo enfático de expresión que no se produce en todos los casos.

De cualquier forma, el hecho de que algunas interjecciones se utilicen para hacer una pregunta o una petición no basta para poner en tela de juicio la asociación interjección / exclamación, pues la relación entre exclamativas e interrogativas es algo que se viene poniendo de relieve desde antiguo. Según Wierzbicka (1987: 250-251), el componente ‘No sé’ (‘I don’t know’) vincula a las exclamaciones y las preguntas. Cuando realizamos una exclamación, la urgencia por transmitir nuestros sentimientos nos impide expresarlos adecuadamente: “Presumably, this is the reason why exclamatory expressions and constructions in many languages are closely related in form to questions (cf. How nice!”, “What a pity!”). The speaker indicates that he doesn’t know how to say what he feels” (*ibíd.*). No obstante, aunque dicha vinculación pueda estar justificada, aún nos restaría buscar una posible explicación que permitiera encajar los casos en los que una interjección se emite sin ningún tipo de modificación que afecte a su entonación, casos como *humh*, *ya*, *ah*, cuyo significado consiste básicamente en señalar acuse de recibo y/o comprensión.

A la vista de todas estas consideraciones, pensamos que conviene cuidar su representación gráfica algo más de lo que viene siendo habitual. De ahí que, como hemos podido observar en los ejemplos hasta ahora presentados, hayamos desechado el empleo sistemático de los signos de admiración para representar a los MR. Sólo se presentan entre exclamaciones cuando reproducen los esquemas típicos de la entonación exclamativa, es decir, cuando terminan en tonema descendente y son emitidas con una mayor intensidad. Los ejemplos en los que estas formas se emiten con tonema ascendente se presentan entre signos de interrogación.

De lo dicho anteriormente podemos concluir que, como dice, González Calvo (1997: 176), “tal vez se haya confundido demasiado lo exclamativo y lo interjetivo”²³. El hecho de que con cierta frecuencia las interjecciones vayan acompañando a construcciones de carácter exclamativo explica en parte el que se haya olvidado que también pue-

²³ Sobre la confusión que rodea a las construcciones exclamativas en español, *vid.*, por ejemplo, Jiménez Juliá (1989); González Calvo (1997) y González Ruiz (en prensa).

den acompañar a otro tipo de oraciones. Una oración declarativa —no marcada, por supuesto, por una entonación enfática— puede ir precedida o seguida de una interjección (“Ah, *lo hizo sin avisar*”), lo mismo podemos decir de una imperativa (“Ah (*se me olvidaba*), *pasen a la siguiente sala*”) o de una interrogativa (“Ah, *¿lo hizo sin avisar?*”). Conviene tener presente, pues, que “las interjecciones, por su contenido modal o de actitud, cubren más contextos que el exclamativo, si bien éste es el más frecuente” (González Calvo 1997: 154). A pesar de que la afirmación de Jakobson (1975: 353) que reproducimos más arriba (“el estrato puramente emotivo lo presentan en el lenguaje las interjecciones”) es sólo parcialmente cierta, ya que la expresión de las emociones se puede llevar a cabo a través de una variada gama de procedimientos tanto verbales como no verbales, no cabe duda de que las interjecciones son un tipo de signo lingüístico que buena parte de las veces se encargan de la expresión de significados de tipo emotivo. Así pues, dada la frecuencia del predominio de lo afectivo o emocional en el empleo de buena parte de las interjecciones, su ausencia en este caso nos pone sobre aviso de la existencia de una determinada especialización funcional.

En resumen, las cinco formas de las que nos venimos ocupando, en tanto que MR, no tienen como función básica la expresión de los sentimientos del hablante, pero esto no significa que no estén capacitadas para señalar cuál es el estado de ánimo de su emisor. La alteración del patrón entonativo no marcado de los MR es el modo a través del cual el hablante generalmente manifiesta sus sentimientos. Dicho de otro modo, la emisión de un MR con el patrón entonativo prototípico de las interjecciones o, por ejemplo, con una duración mayor o menor de lo habitual suele llevar aparejado el señalamiento de lo que el hablante siente en un momento dado (sorpresa, alegría, decepción, incredulidad, etc.).

4.3. ENTRE EL ANÁLISIS DE LA CONVERSACIÓN Y LA LEXICOGRAFÍA: LA INTERJECCIÓN AH EN LA BASE DE DATOS DE MARCADORES DEL ESPAÑOL

Hasta este momento hemos descrito el comportamiento de una serie de expresiones especializadas en distintas tareas de recepción y hemos ido apuntando en las diferentes secciones o apartados algunas peculiaridades que caracterizan el comportamiento de cada una de ellas. Sin embargo, a pesar de la utilidad de cierto tipo de orientaciones sobre las que fundamentar sus diferencias de uso, sólo el desarrollo de estudios específicos de cada una de ellas nos permitirá realmente saber cómo se comportan. Así pues, a partir de este momento nuestra intención es estrechar mucho más el cerco de nuestra investigación, de cara a poder abordar la dimensión aplicada de este trabajo. Tomando como punto de partida los análisis previos, presentaremos las entradas lexicográficas de algunos de los sentidos de la interjección *ah*. La primera pregunta que lógicamente nos podemos hacer es si la descripción o la información proporcionada hasta el momento es suficiente para confeccionar su artículo lexicográfico. La respuesta: no. En efecto, no se trata de una información suficiente para este cometido, pero sí útil y necesaria, pues constituye una base

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRÁFICA DE LA INTERJECCIÓN *AH*

muy importante de la que partir. Las descripciones funcionales y de uso de los MR —y de los marcadores discursivos en general— deben ser complementadas con descripciones exhaustivas de su significado, si lo que pretendemos es obtener una guía realmente eficaz para su uso.

El análisis previo, en cuya elaboración han tenido un peso importante trabajos concebidos fundamentalmente desde la perspectiva teórica-metodológica del análisis de la conversación y del análisis del discurso, se muestra especialmente útil para nuestro objetivo. Aunque empleando distinta terminología y procedimientos de análisis completamente diferentes, los resultados a los que han llegado la lexicografía y las investigaciones procedentes de disciplinas desarrolladas en los últimos años no sólo no se contradicen, sino que se complementan. Gran parte de esta información es susceptible de ser incorporada en la entrada lexicográfica de *ah*, sobre todo si se trata de una entrada concebida dentro de una base de datos —como la BADAME— ideada para la construcción de un diccionario que pueda servir tanto para la descodificación, como para la codificación lingüística. El objetivo de este último apartado es mostrar que la mejor manera para saber cuál es el significado de una interjección es formular su definición (*vid.*, por ejemplo, Wierzbicka 1991). Ésta deberá dar cuenta de su funcionamiento en el discurso, pues no podemos olvidar el aspecto comunicativo de estas unidades. Como veremos, la definición deberá incluir sentidos como ‘hablante’, ‘interlocutor’ y ‘enunciado’, entre otros. Esta es la razón por la que pensamos que los MR, así como todas las expresiones cuyo significado es de carácter no descriptivo, pragmático o procedimental constituyen un puente entre el análisis de la conversación y la lexicografía, o si preferimos, entre la pragmática y la lexicografía (cf. Vázquez Veiga *et al.*, 2002). Ligando estas dos disciplinas estamos siguiendo la línea abierta por Iordanskaja (1993) y Iordanskaja & Mel’čuk (1995 y 1999). Estos trabajos han sido desarrollados en el marco del *Diccionario explicativo y combinatorio* (Mel’čuk *et al.* 1984-1999), que es uno de los componentes centrales de la Teoría Sentido-Texto (Mel’čuk 1988 y 2001, Alonso Ramos 1989, Alonso Ramos 1993 y Mel’čuk *et al.* 1984-1999). Este marco teórico es el que se ha tomado como punto de partida para la realización de la BADAME, nuestra base de datos de marcadores (cf. Vázquez Veiga 2000b y 2000c).

La BADAME ha nacido con la intención de dar cabida a un buen número de expresiones de significado no descriptivo, de ahí que hayamos preferido la denominación de “base de datos de marcadores del español” a la de “base de datos de marcadores discursivos del español”, aunque, en realidad, el rótulo que con menos ambigüedad se adaptaría a nuestro propósito sería el de “base de datos de unidades léxicas no descriptivas”. Lógicamente, el principal motivo que nos ha llevado a desestimarlos ha sido la escasa utilización del término “unidad léxica no descriptiva” dentro de la bibliografía sobre este tema. El número de unidades que caen bajo la denominación utilizada por Iordanskaja & Mel’čuk (1995) de “unidades léxicas no descriptivas” es mayor que el que lo hace bajo la etiqueta de “marcador discursivo”, tal y como se concibe actualmente en el ámbito hispano. Así, entre los elementos que tienen significado no descriptivo están, siguiendo la terminología empleada por Martín Zorraquino & Portolés Lázaro (1999), los llamados co-

nectores (*además, por tanto, entonces, en cambio, no obstante...*), los marcadores conversacionales (*claro, desde luego, bueno, oye...*), los estructuradores de la conversación (*en primer lugar/ en segundo lugar, por un lado/ por otro...*), los operadores argumentativos (*en realidad, en el fondo, por ejemplo...*) y los reformuladores (*o sea, es decir, mejor dicho, en suma...*). En general, podemos decir que todos los denominados “marcadores del discurso”, así como todas las interjecciones y ciertas fórmulas, son tratados como “unidades léxicas no descriptivas”.

Teniendo en cuenta que para la elaboración de las entradas lexicográficas hemos tomado como referencia el marco teórico del modelo Sentido-Texto y algunas de las nociones y principios del *Dictionnaire explicatif et combinatoire du français contemporaine*, vamos a introducir a continuación algunos conceptos básicos de esta teoría, que están en la base de la concepción del diseño de la BADAME.

4.3.1. Aspectos no descriptivos del significado del enunciado: las unidades léxicas no descriptivas

Los siguientes ejemplos contienen dos enunciados que poseen un mismo contenido proposicional:

- (55) a. Juan irá a la fiesta.
b. *En fin*, Juan irá a la fiesta.
- (56) a. No confío en él.
b. *Bueno*, no confío en él.
- (57) a. No tengo la respuesta.
b. *En definitiva*, no tengo la respuesta.
- (58) a. Juan aún no regresó.
b. *A todo esto*, Juan aún no regresó.
- (59) a. Hoy hay huelga de transportistas.
b. *No obstante*, hoy hay huelga de transportistas.
- (60) a. Lamento que el padre de Pedro esté enfermo.
b. *Oh*, el padre de Pedro está enfermo.
- (61) a. Me alegro de que María esté en casa.
b. *¡Ah!*, María está en casa.
- (62) a. Sus padres se fueron esta noche.
b. *Te prometo que* sus padres se fueron esta noche.
- (63) a. Andrés se rompió una pierna ayer.
b. *Desafortunadamente*, Andrés se rompió una pierna ayer.
- (64) a. Deseo que a Pedro le toque la lotería.
b. *Ojalá* a Pedro le toque la lotería.

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRÁFICA DE LA INTERJECCIÓN AH

A pesar de que los enunciados que conforman cada par presentan la misma situación del mundo real, inmediatamente se observa que entre ellos existen ciertas diferencias que trascienden el nivel conceptual. Podemos hablar de diferencias que se manifiestan a nivel pragmático o desde una perspectiva pragmática. Las expresiones que se encargan de añadir distintos matices significativos a estos enunciados (*en fin*, *bueno*, *en definitiva*, *a todo esto*, *no obstante*, *oh*, *ah*, *te prometo que*, *desafortunadamente* y *ojalá*) no añaden nada a su contenido proposicional, sino que comunican tanto la actitud del emisor, como la relación existente con el contexto lingüístico (cotexto) o extralingüístico (contexto) previo.

Como es sabido, un enunciado no sólo expresa una proposición sino que también a través de su enunciación puede realizar distintos tipos de actos de habla. Podemos hablar, pues, de dos tipos de información, proposicional e ilocutiva, o según Wilson & Sperber (1993: 2), conceptual y procedimental: “That is, information about representations to be manipulated, and information about how to manipulate them”. La distinción que se establece a menudo entre palabras plenas y palabras vacías, palabras que expresan conceptos y palabras que expresan relaciones, no hace sino recoger la distinción entre dos tipos de significados. Así, Wilson & Sperber (1993: 1) señalan:

There is a robust intuition that two basic types of meaning can be found. This intuition surfaces in a variety of distinctions: between *describing* and *indicating*, *stating* and *showing*, *saying* and *conventionally implicating*, or between *truth-conditional* and *non-truth-conditional*, *conceptual* and *procedural*, or *representational* and *computational* meaning.

Esta diferenciación entre dos tipos de significados, “significados comunicados” y “significados señalados”, es la que introducen Iordanskaja & Mel’čuk (1995) y más tarde desarrolla Mel’čuk (2001). Según estos autores, si observamos el modo en el que un hablante codifica lingüísticamente su mensaje, podemos hablar de dos tipos de enunciados:

a) Enunciados comunicados: se trata de enunciados en los que la configuración central del sentido que el hablante quiere expresar está organizada para ser “comunicada”. Su significado se expresa lingüísticamente por medio de una unidad léxica, cuya definición incluye el componente ‘quiero que sepas...’.

b) Enunciados señalados: se trata de enunciados cuya configuración central de sentido es simplemente expresada o “señalada”, más que comunicada. Las unidades léxicas que expresan o señalan no incluyen, por tanto, el componente ‘quiero que sepas...’, sino ‘siento que...’, ‘creo que...’, ‘quiero que hagas...’.

Esta distinción entre “señalar” y “comunicar” se corresponde con la establecida hace ya algunos años por Bühler entre la función expresiva de la lengua natural y la función simbólica o representativa. El significado que es comunicado es, por así decir, un símbolo de algo en el mundo, diseñado para ser transmitido a un destinatario. Sin embargo, el significado señalado es más bien un síntoma de algo que tiene lugar en el hablante (sus sentimientos, sensaciones, creencias, deseos).

Partiendo de esta distinción, vamos a examinar el significado de algunos de los ejemplos presentados con anterioridad. *Me alegro de que María esté en casa* significa ‘quiero que sepas que el hecho de que María esté en casa me produce alegría’, en cambio, *¡Ah!, María está en casa* puede significar ‘siento alegría por el hecho de que María esté en casa’. Los términos “comunicar” y “señalar” apuntan a la forma lingüística del enunciado, más que a la intención real del hablante de cómo transmitir su mensaje. Si exclamo *¡oh!* cuando alguien me dice que el padre de Pedro está enfermo, puedo hacerlo para que mi interlocutor sepa que lamento tal hecho, pero la forma lingüística de mi enunciado no tiene la fuerza ilocutiva de una aserción, sino la fuerza de un acto de habla expresivo: siento lástima y señalo este sentimiento. *¡Oh!* tiene un significado expresivo y, como tal, no es proposicional en carácter, no puede, por tanto, juzgarse en función de su verdad o falsedad. En cambio, *Lamento que el padre de Pedro esté enfermo* contiene una proposición, expresada por una oración declarativa, que se enuncia para hacer una aseveración que puede ser verdadera o falsa.

Un enunciado comunicado no sólo expresa el estado mental del hablante sino que también lo comunica, es decir, a través de ese enunciado el hablante quiere que su interlocutor sepa cuál es su estado. Sin embargo, el enunciado señalado se limita a indicar o a señalar cuál es ese estado, pero no lo comunica (aunque pragmáticamente, el enunciado señalado es también un acto de comunicación). Por tanto, un enunciado comunicado dice más que un enunciado señalado.

Tomemos otro par de ejemplos de los presentados más arriba: *Deseo que a Pedro le toque la lotería* vs. *Ojalá a Pedro le toque la lotería*. Estos enunciados se refieren a la misma situación real en la que el hablante siente el deseo de que a Pedro le toque la lotería. Comparten, según Otaola Olano (1988), la misma modalidad de enunciado (deseo), pero difieren en la modalidad de la enunciación (declarativa vs. desiderativa). La diferencia entre ambos reside, pues, en la forma lingüística en que verbalizamos ese mensaje. En el primero, el hablante comunica o describe su estado mental, pero en el segundo, simplemente lo señala. Vemos, pues, como un mismo contenido proposicional puede ser “empaquetado” de dos modos: bien se puede comunicar, bien se puede señalar. La diferencia en la presentación lingüística de ese significado hace que podamos decir que *Deseo que a Pedro le toque la lotería*, a diferencia de *Ojalá a Pedro le toque la lotería*, expresa una proposición, en el sentido lógico, que puede juzgarse en función de su verdad o falsedad. Por consiguiente, *Deseo que a Pedro le toque la lotería* admitiría la negación y la interrogación: *No deseo que a Pedro le toque la lotería*; *¿Es verdad que deseo que a Pedro le toque la lotería?*, mientras que *Ojalá a Pedro le toque la lotería* no, **No ojalá que a Pedro le toque la lotería*, **¿Es verdad que ojalá que a Pedro le toque la lotería?*.

Tomando, pues, como base la distinción semántica general comunicar vs. señalar, Iordanskaja & Mel’čuk (1995) establecen una distinción entre dos tipos de unidades léxicas: unidades léxicas descriptivas (ULD) y unidades léxicas no descriptivas (ULND)²⁴.

²⁴ En adelante utilizaremos las siglas UL (unidad léxica), ULD (unidad léxica descriptiva) y

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRÁFICA DE LA INTERJECCIÓN AH

Las unidades léxicas descriptivas están destinadas a comunicar, son las encargadas de designar tanto seres, objetos, sustancias, etc. (“nombres” en sentido semántico), como acciones, estados, propiedades, relaciones, etc. (“predicados” en el sentido semántico). Las unidades léxicas no descriptivas pueden o bien realizar un acto de habla performativo, o bien un acto de habla informativo, que no ha de consistir en una comunicación, sino en un señalamiento. Y esto tendrá reflejo en la entrada lexicográfica de las distintas UL, de tal modo que todas las ULND incorporarán en su definición el componente ‘el hablante señala’: ‘La structure sémantique d’un énoncé COMMUNICATIF doit contenir la composante ‘le locuteur veut que l’interlocuteur sache que...’ [...] La structure sémantique d’un énoncé SIGNALATIF, par contre, doit contenir la composante ‘le locuteur signale que...’” (*op. cit.*: 215).

Estos autores indican que, de manera universal, las ULND se distinguen por el siguiente comportamiento sintáctico, que ya avanzamos más arriba: “Contrairement à une lexie descriptive, une lexie non descriptive n’accepte ni la négation, ni l’interrogation, ni la modification” (216). Observemos el siguiente ejemplo con el adverbio *francamente*. Determinadas UL pueden tener un uso descriptivo y uno no descriptivo:

- (65) El médico nos habló *francamente* de su enfermedad.
- (66) *Francamente*, el médico nos habló de su enfermedad.

El comportamiento sintáctico de las UL descriptivas y no descriptivas es distinto: una ULND, a diferencia de una ULD, no admite la negación (66a), la modificación (66b), ni la interrogación (66c) (*op. cit.*: 216):

- (65a) No fue *francamente* como el médico nos habló de su enfermedad.
- (66a) **No fue, francamente, como el médico nos habló de su enfermedad.*
- (65b) El médico nos habló de su enfermedad muy *francamente*.
- (66b) **Muy francamente, el médico nos habló de su enfermedad.*
- (65c) ¿*Fue francamente como el médico nos habló de su enfermedad?*
- (66c) *¿*Fue, francamente, como el médico nos habló de su enfermedad?*

Cuando comparamos el empleo señalativo de *francamente*, o de cualquier otro adverbio que pueda funcionar como adjunto y como disjunto, con su empleo comunicado, vemos que no estamos tratando del mismo tipo de significado. En (65) el hablante comunica que el médico les habló de manera franca o que expresó abiertamente lo que pensaba. El adverbio, por tanto, funciona como un modificador del predicado ‘hablar’. En cambio, en (66) señala su actitud franca ante el enunciado que sigue. Se trata de un disjunto de estilo o de un adverbio de enunciación, ya que califica el acto de decir mismo (*vid.* González García 1997: 175)²⁵. A diferencia de lo que ocurre con (65), donde el adverbio está usado

ULND (unidad léxica no descriptiva), tanto en singular como en plural. Por razones obvias, no nos ha parecido oportuno adoptar para el plural la reduplicación de iniciales.

²⁵ Sobre los adverbios de modalidad, *vid.* Fuentes Rodríguez (1991) y Kovacci (1999).

comunicativamente, en (66), el adverbio queda fuera del alcance de la negación, la modificación y la interrogación puesto que se trata de una UL señalativa.

Ante este tipo de adverbios que admiten los dos empleos, no es fácil decidir si se trata propiamente de dos UL distintas, una señalativa y otra descriptiva, o si el cambio de significado está vinculado a una construcción sintáctica distinta. En este caso, un significado señalado ('yo hablo francamente') se expresaría por la UL *francamente* vinculada por una relación sintáctica parentética al verbo principal. Si, en cambio, se trata del mismo significado pero comunicado, el hablante elegiría la misma UL *francamente*, pero una construcción sintáctica distinta: verbo + circunstancial.

Por lo que se refiere a la clasificación de las ULND, hay que decir, en primer lugar, que pueden ser de dos tipos: performativas y señalativas²⁶. Las UL performativas son aquellas a través de cuya enunciación se realiza un acto de habla performativo. Por ejemplo:

- (67) A: Este regalo es para ti.
B: ¡*Gracias!*
- (68) A: Tú fuiste el que lo acusaste de estar mintiendo.
B: *Efectivamente.*
- (69) A: No creo que sea verdad lo que nos cuentas.
B: *Te lo juro.*

En (67), por el hecho de enunciar *gracias*, el hablante está agradeciendo a su interlocutor el regalo que le acaba de ofrecer; en (68), al enunciar *efectivamente*, B está confirmando la verdad del enunciado del interlocutor; y, finalmente, en (69), por la enunciación de la fórmula *te lo juro*, B está jurando que lo que dice es cierto. En cambio, las UL señalativas son aquellas cuya enunciación constituye el señalamiento de algo por parte del hablante. Estas UL pueden ser de dos tipos dependiendo de si implican al hablante o al hablante y/o su discurso:

a) Expresivas: su enunciación constituye el señalamiento del estado interno del hablante. En (70), el hablante señala su cansancio, en cambio, en (71), señala su dolor:

- (70) ¡*Uff!*
- (71) ¡*Ay!*

b) Locutivas: su enunciación constituye el señalamiento por parte del hablante de una información referida a su discurso. Pueden ser de dos clases: actitudinales y discursi-

²⁶ Aunque en la presentación de la clasificación de las ULND, estos autores emplean los términos "hablante" y "enunciador", para dar cuenta de determinadas propiedades de las ULND, como por ejemplo, la imposibilidad de utilizar en estilo indirecto algunas de ellas, nosotros prescindiremos de ella y utilizaremos el término "hablante", en aras de una mayor claridad explicativa. En Vázquez Veiga & Alonso Ramos (en prensa) se explica con detenimiento esta distinción, por su relevancia en la descripción lexicográfica de las distintas unidades de sentido de *¡ajo!*.

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRÁFICA DE LA INTERJECCIÓN *AH*

vas. Las UL locutivas actitudinales señalan la actitud del hablante sobre el contenido de su discurso. Así, en

(72) *Sorprendentemente*, por la mañana estaba en su despacho,

el hablante señala que considera sorprendente un determinado hecho, esto es, que alguien estuviese en su despacho por la mañana. Las locutivas discursivas son UL cuya enunciación constituye el señalamiento por parte del hablante de una propiedad de su discurso. Este tipo de UL se subdivide en:

—Caracterizadoras: su enunciación constituye el señalamiento por parte del hablante de una característica de su discurso:

(73) *En pocas palabras*, no acudirá mañana a la reunión.

(74) *A decir verdad*, Juan no lo hizo bien.

En (73), el hablante señala que va a formular lo que viene a continuación en pocas palabras; en (74), el hablante señala que el hecho de que Juan no lo haya hecho bien es lo que piensa realmente.

—Conectores: su enunciación constituye el señalamiento por parte del hablante de una relación lógica entre dos entidades cualesquiera de su discurso. Los conectores pueden ser de tres tipos: factuales, quasi factuales y textuales. Los conectores factuales establecen una relación factual entre dos hechos mencionados en el discurso:

(75) La niña se portó bien, *de tal manera que* la llevaremos al cine.

El hablante señala que el hecho de llevar a la niña al cine es una consecuencia del hecho de que se haya portado bien. Por su parte, los conectores quasi factuales establecen una relación quasi factual entre un hecho mencionado en el discurso y el hecho mismo de la enunciación:

(76) ¿Dónde está?... *Aunque*, en el fondo, no me interesa.

El hablante señala que la enunciación de *¿Dónde está?* no se desprende del hecho de que no le interese. Por último, los conectores textuales son aquellos que establecen una relación textual entre dos segmentos textuales del discurso:

(77) *En resumen*, la situación se complica en los países menos desarrollados.

El hablante señala que *la situación se complica en los países menos desarrollados* es una versión abreviada de su discurso precedente.

4.3.2. A propósito de la descripción del significado de una ULND: la interjección

Vista la clasificación de las ULND, en este apartado nos vamos a acercar al modo de significar de una de estas unidades de carácter señalativo, la interjección, ya que nuestro objetivo es, como ya dijimos, describir lexicográficamente algunos de los sentidos de

ah. En el segundo capítulo de este trabajo, decíamos que la interjección no sólo planteaba problemas a la morfología y a la sintaxis, pues la confusión en torno a su estatus alcanzaba también a su significado. Aludiendo a las definiciones del DRAE de *¡hola!*, *¡oh!*, *¡ay!*, etc., Albert Galera (1996: 15) dice que se trata “de palabras *indefinibles*, de las que se ofrece únicamente una “explicación”. Se dice no qué significan, sino qué son, cómo y para qué se emplean”. Ciertamente, la interjección no ha recibido un tratamiento satisfactorio ni en las gramáticas, ni en los diccionarios. La definición de su significado es una tarea nada sencilla que con más frecuencia de la deseada se ha dejado a un lado, bajo el pretexto de atribuir al hablante y al contexto la responsabilidad de su variabilidad. El reconocimiento de las interjecciones como la manifestación más clara de la función expresiva de una lengua ha llevado en muchas ocasiones a pensar que no tienen un significado fijo. Así, Alonso-Cortés (1999a: 110) afirma que “el carácter de signo indicativo que tiene la interjección la desprovee de significación fija y constante. El entorno y la conducta del hablante dan contenido preciso a la proferencia interjectiva”. Sin embargo, más adelante indica que la conmutación de una interjección por otra no es libre: bien cambia el significado, bien la oración es agramatical (*vid.* Alonso-Cortés 1999a: 122). En la misma línea, Almela Pérez (1990: 128), autor de uno de los pocos libros dedicados íntegramente a la interjección, señala que “los sentidos que las distintas formas interjectivas adquieren en el discurso no son fijos, pues varían según la relación que la forma en cuestión mantenga con el contexto y el cotexto”. Asimismo, Torres Sánchez (2000: 115), afirma a propósito de los sentidos de las interjecciones que “sólo se podrán concretar en cada emisión particular contextualizada, de ahí el carácter pragmático de estos elementos”.

Las interjecciones, como ULND que son, están destinadas a “señalar” y no a “comunicar”. Si exclamo *¡ah!* cuando alguien me dice que dentro de un mes se casa, puedo hacerlo, por ejemplo, para que mi interlocutor sepa que me siento feliz por tal hecho, pero la forma lingüística de mi enunciado no tiene la fuerza ilocutiva de una aserción, sino la fuerza de un acto de habla expresivo: ‘siento alegría’ y “señalo” este sentimiento. *Me alegra que os caséis* no sólo expresa el estado mental del hablante sino que también lo “comunica”, es decir, a través de ese enunciado el hablante quiere que su interlocutor sepa cuál es su estado. Sin embargo, *¡ah!* se limita a indicar o a “señalar” cuál es ese estado, pero no lo “comunica”. Como dice Karcevski (1969 [1941]: 199), las interjecciones señalan una presencia:

Si les mots ordinaires, les parties du discours, *dénomment* les “choses”, les numéraux ou quantificateurs les *dénombrer* et les pronoms les *indiquent*. Ce qui n’est pas la même chose. Quant aux interjections, celles-là *signalent* une présence. Elles se meuvent sur le plan *non-conceptuel* du langage lequel s’oppose par là à tous les autres plans sémiologiques.

El hecho de que las interjecciones estén desprovistas de significado proposicional está, desde nuestro punto de vista, detrás de la tan socorrida afirmación de que las interjecciones no tienen una significación fija. Llegados a este punto, nos parece conveniente hacer algunas matizaciones con respecto a esta “supuesta” ausencia de significación fija. Es cierto que especialmente las interjecciones impropias son polisémicas en alto grado, pero eso no puede eximir al lingüista o al lexicógrafo de formular la definición de sus va-

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRAFICA DE LA INTERJECCIÓN AH

rios sentidos. Todo hablante de español sabe que una interjección como *bah* señala, por ejemplo, un sentimiento de desprecio (*Bah, ¡menudo novio!*) o de indiferencia (*Bah, me da igual lo que digan*), pero nunca de alegría o de satisfacción. Por consiguiente, creemos que es necesario insistir en el hecho de que las interjecciones tienen un significado fijo que puede ser definido lexicográficamente, pero este significado no es comunicado, sino señalado. Lo que es generalmente llamado su “fuerza ilocutiva”, caracterizada vagamente en términos contextuales, puede ser formulado en términos de componentes semánticos discretos. A pesar de que la interjección no tenga significado proposicional, sí puede expresar, como hemos visto, significados de otro tipo: expresivos, emotivos, fáticos, sociales, o lo que es lo mismo, significados que hacen referencia al hablante, al oyente o a la relación entre ellos. Significados que, pese a lo que normalmente se dice, son susceptibles de ser descritos.

No obstante, no debemos pasar por alto que, al igual que no hay acuerdo en torno a la cuestión de si las interjecciones tienen o no contenido proposicional, tampoco lo hay en torno a si tienen o no fuerza ilocutiva. Searle (1986 [1969]: 38-39), por ejemplo, afirma que “no todos los actos ilocucionarios tienen un contenido proposicional; por ejemplo, ni una emisión de “¡Hurra!”, ni una emisión de “¡Ay!” lo tienen”. De la misma opinión es Alonso-Cortés (1999a: 111), para quien no tienen contenido proposicional, pero sí fuerza ilocutiva: “al proferir una interjección el locutor no ejecuta un acto verbal completo, porque la interjección carece de contenido proposicional; la locución interjectiva sólo indica la fuerza ilocutiva de ese acto”. En cambio, Poggi (1995: 404), al igual que Wilkins (1992), afirma que poseen contenido proposicional y fuerza ilocutiva, así si reparamos en las paráfrasis de las interjecciones que ofrece, veremos que contienen, además de la presencia obligatoria de elementos deícticos, un valor ilocutivo y contenido proposicional²⁷. No comparte esta opinión Wierzbicka (1991: 288); según esta lingüista, las interjecciones primarias parecen no tener ni fuerza ilocutiva, ni contenido proposicional: “But perhaps primary interjections do not have any illocutionary force which could be separated from their actual form”. Por consiguiente, podríamos situar todas estas posturas en relación con el significado proposicional y la fuerza ilocutiva de las interjecciones en una escala. Así, en uno de los extremos estaría representada la postura de aquellos para los que la interjección posee contenido proposicional y fuerza ilocutiva (Wilkins, Poggi), en el otro, la de quienes la desproveen de ambos (Wierzbicka), y en medio, la de los que defienden que sólo posee fuerza ilocutiva (Searle, Alonso-Cortés). Esa postura intermedia, aunque con ciertas matizaciones derivadas de las directrices teóricas que estamos siguiendo, es la que aquí se defiende. Desde nuestro punto de vista, la interjección, a pesar

²⁷ Si comparamos el capítulo que Alonso-Cortés (1999b) dedica a las interjecciones dentro de la *Gramática descriptiva de la lengua española* con el que Poggi (1995) dedica a este mismo tema dentro de la *Grande grammatica italiana di consultazione*, podemos atrevernos a decir que, aun a falta de más datos, en la gramática italiana, las interjecciones han recibido un tratamiento bastante diferente. Así, mientras que Alonso-Cortés (1999b: 4026) afirma que “al proferir una interjección el hablante no ejecuta un acto verbal completo”, Poggi (1995: 403) dice que “che l’interiezione costituisca un intero atto linguistico è chiaro dal fatto che è parafrasabile con una frase completa”.

de estar desprovista de significado proposicional, posee fuerza ilocutiva²⁸. De hecho, como más adelante explicaremos, hemos reservado un campo dentro de nuestra base de datos para incluir este valor. Ya Karcevski (1941: 200) aludía al carácter intencional de las interjecciones —para él, exclamaciones—, al referirse a sus dos rasgos esenciales: “Ce sont des émissions de la *voix humaine*, mais nécessairement *intentionnelles*”. Como señala Ameka (1992b: 255), poseen un componente en su estructura conceptual muy similar al propósito ilocutivo de los enunciados:

If one accepts Searle's view that the illocutionary purpose is the most important component of the illocutionary force of a linguistic item, then one could say that interjections have an illocutionary force since they have a communicative purpose. But this illocutionary force does not contain an illocutionary dictum.

Somos conscientes de que el hecho de atribuir fuerza ilocutiva a *humh* puede ser más cuestionable que el atribuírsela, por ejemplo, a *¡de acuerdo!* o a *¡ojo!*²⁹. Siguiendo a Ameka (1992b: 269), podríamos decir que los lexemas que pueden constituir enunciados por sí mismos presentan diferentes grados de afinidad con los actos de habla prototípicos. Así, si situamos las interjecciones en un continuum, teniendo en cuenta su proximidad o distancia con respecto a los actos de habla prototípicos, esto es, aquellos que tienen, además de fuerza ilocutiva, contenido proposicional, *huhm* (‘Comprendo’, ‘Te sigo’) y otras señales vocalizadas convencionales (*¡psst!*, ‘Quiero silencio’; *¡brr!*, ‘Siento frío’) estarían en uno de los extremos de esa escala. Su estructura semántica, donde el componente ‘digo’ (‘say’), característico del formato ilocutivo en el “metalenguaje semántico natural” (*Natural Semantic Metalanguage*), se sustituye por el componente ‘hago’ (‘do’), contendría, según Ameka (*ibíd.*), los siguientes elementos:

Siento / pienso / quiero X (*I feel / think / want X*).

Hago esto: [gesto vocal] por esto (*I do this: [vocal gesture] because of that*).

En cambio, en medio de ese continuum se podrían situar los restantes MR, por tratarse de señales verbalizadas más integradas dentro del sistema lingüístico, cuyo paso al estilo indirecto se realiza a través del verbo “decir”:

Siento / pienso / quiero X (*I feel / think / want X*).

Digo esto: [gesto vocal] por esto (*I say this: [vocal gesture] because of that*).

Otras expresiones como *¡adiós!*, *¡bienvenido!*, *¡gracias!*, estarían en el otro extremo de la escala, pues tienen carácter interaccional y son actos de habla. Poseen la estructura conceptual de los actos ilocutivos (cf. Ameka 1992: 269):

²⁸ Así dice Ameka (1992b: 246): “To say that interjections do not have an illocutionary dictum is not to say that they do not have meanings. Rather, the claim is that interjections do have a semantic structure but this conceptual structure does not contain an illocutionary dictum”.

²⁹ Para consultar las entradas lexicográficas en la BADAME de estas dos expresiones, *vid.* Vázquez Veiga (2000a) y Vázquez Veiga & Alonso Ramos (en prensa).

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRÁFICA DE LA INTERJECCIÓN *ah*

Digo: X (*I say: X*).

Digo esto porque quiero que tú... (*I say it because I want you to...*)

Aunque aquí estamos abogando por la viabilidad de definir las interjecciones, debemos tener presente que su definición no ha de consistir en una paráfrasis comunicada de sus unidades de sentido, puesto que las ULND no tienen, como hemos visto, un significado comunicado. Es importante hacer hincapié en este hecho porque, por ejemplo, Poggi (1995), a pesar de que reconoce la posibilidad de formular el significado de las interjecciones, lo hace a través de una paráfrasis comunicada. Así, la interjección italiana *toh!* es parafraseada por medio del lenguaje articulado de la siguiente manera: '*ti informo che questo fatto mi provoca una lieve emozione di sorpresa*'. En esta paráfrasis, la autora distingue entre valor ilocutivo, 'te informo', y contenido proposicional, que consta de dos partes: por un lado, 'me sorprende', que señala el estado mental del hablante, y por otro, una expresión deíctica ('este hecho'), que señala el objeto o el evento que ha provocado tal estado (cf. *op. cit.*: 404). Aquí vemos que una proposición ['sorprender (este hecho, yo)'] subsumida bajo el componente señalativo (su valor ilocutivo) deja de tener un valor de verdad y, por tanto, deja de ser una proposición. Como dijimos, Poggi (1995: 404) está analizando un significado señalado por una paráfrasis comunicada. Esa proposición está en el enunciado *Te informo de que este hecho me sorprende*, pero no en el enunciado *Toh*. No podemos negar la verdad de que el hecho nos sorprendió negando la interjección. Es también cuestionable el valor ilocutivo atribuido a esta interjección. Como ya hemos indicado, las interjecciones no están destinadas a informar, a 'hacer saber a alguien algo', sino simplemente a indicar o a señalar algo. Otro ejemplo: la interjección *ojo* puede compartir con una oración declarativa su fuerza ilocutiva, pero no su contenido proposicional. Pongamos por caso que una persona quiere advertir a otra de que su teléfono está a punto de caerse al suelo: podría hacerlo a través de la interjección *¡Ojo!* (probablemente acompañada de un gesto señalando el teléfono) o a través de la oración declarativa *El teléfono se va a caer*. La interjección, al igual que la oración declarativa, posee en este contexto la fuerza ilocutiva de una advertencia. Sin embargo, sólo al enunciar la oración se lleva a cabo un acto de aseveración, esto es, sólo la parte del significado del enunciado de la oración declarativa que describe un determinado estado de cosas es una proposición. El significado de las interjecciones no contiene una proposición, pues carece de la fuerza ilocutiva típica de las oraciones declarativas, de ahí que no puedan juzgarse en función de su verdad o falsedad, pero —insistimos— esto no significa que su emisión no responda a una determinada intención comunicativa.

4.3.3. Estructura de las entradas en la *Base de datos de marcadores del español*

Antes de pasar a la discusión y presentación del artículo lexicográfico de *ah*, vamos a mostrar cómo hemos decidido estructurar las entradas de los marcadores. La confección de una entrada de la BADAME está precedida por una fase de observación detenida de los ejemplos extraídos del corpus, con el objeto de identificar las distintas UL de un vocablo. Las distancias semánticas existentes entre sus UL se marcan con números

romanos y árabigos, y letras minúsculas: los primeros designan las grandes distancias semánticas, los segundos, las medias y, las letras, las distancias pequeñas (*vid.* Dostie 1995). Una vez identificados los diferentes sentidos de un marcador, se realiza su artículo lexicográfico, cuyo patrón de presentación se estructura en ocho zonas:

1. *Caracterización gramatical y funcional de la UL.* En este apartado se indica, por un lado, a qué clase de palabras o parte de la oración pertenece la UL y, por otro, se identifica como un marcador discursivo monológico o dialógico. Cuando la caracterización gramatical y funcional es común a todas las UL, se presenta después de la identificación del vocablo; en caso contrario, cada UL llevará información relacionada con estos campos.

2. *Caracterización semántica.* En esta zona se proporciona la definición de la UL. Procuramos siempre ofrecer definiciones claras y sencillas, con objeto de que el que las consulte pueda, sin mucha dificultad, saber cuál es el significado de una determinada expresión.

Siguiendo a Iordanskaja & Mel'čuk (1995), hemos clasificado los marcadores en dos grupos: performativos y señalativos. En las definiciones de los primeros, se recoge su carácter performativo: "Al enunciar *de acuerdo*, el hablante acepta..." (*vid.* Vázquez Veiga 2000b); "Al enunciar *gracias*, el hablante agradece...". En las de los segundos, en cambio, se incorpora como componente central de la definición una indicación especial de su carácter señalativo: "El hablante señala que...". Como enseguida veremos, este último es el componente que figura en las entradas de los distintos sentidos de *ah*.

3. *Etiqueta discursiva.* En este apartado se marca la fuerza ilocutiva: 'comprensión', 'acuse de recibo', 'resumen', 'aprobación', etc. Podemos estar más o menos de acuerdo con la precisión de las etiquetas asignadas a cada UL, pero lo cierto es que su incorporación a una base de datos ofrece ciertas ventajas a la hora de hacer búsquedas relacionadas con ese campo: por ejemplo, se le puede pedir al programa: "Busca todas aquellas UL que tengan la etiqueta discursiva 'acuse de recibo'" o "Busca todas aquellas UL que tengan la etiqueta discursiva 'advertencia'".

4. *Caracterización sintáctica y/o distribucional.* En esta zona se indica, por un lado, si la UL puede aparecer constituyendo enunciado por sí misma, y por otro, al tratarse de unidades con gran movilidad posicional, se marca la posición que puede ocupar dentro del enunciado: inicial, media o final. Además, también se alude, siempre que sea oportuno, al tipo de turno en que suele aparecer. En el caso que nos ocupa, será pertinente incluir algún comentario sobre la frecuencia de aparición de ciertas UL dentro de turnos del oyente.

5. *Caracterización prosódica.* En ocasiones las características prosódicas determinan el sentido de una UL. En este campo sólo se ofrecerá información en los casos en que sea relevante (*vid.* *ah1b* y *ah2b*). Cuando la emisión de una UL va acompañada de ciertos rasgos suprasegmentales que no determinan su sentido, pero aparecen con cierta frecuencia, se pasa esta información al apartado de notas.

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRÁFICA DE LA INTERJECCIÓN *ah*

6. *Funciones léxicas*. Aquí se da información sobre sus relaciones sintagmáticas y paradigmáticas. Dentro de las relaciones sintagmáticas, se presentarán, cuando sea necesario, las combinaciones más frecuentes entre marcadores. Raramente este tipo de expresiones contraerá relaciones con otras palabras.

7. *Nota*. Este espacio se reserva para dar cuenta de cualquier aspecto que consideremos de interés y que no haya sido incluido en las caracterizaciones anteriores. Por ejemplo, se puede indicar en qué tipo de interacción aparece con más frecuencia una UL, el contexto en que se suele producir su emisión, etc.

8. *Ejemplos*³⁰. Se proporcionan como mínimo tres ejemplos. La selección de los ejemplos ha de ser muy cuidada; es necesario que a través de ellos el hablante sepa cómo utilizar una forma. Además, se debe dar el contexto suficiente para facilitar la comprensión del funcionamiento de la UL que se está describiendo, de lo contrario, será difícil saber qué tipo de conexión establece (*vid.* Grieve 1996: xii). La obtención de ejemplos se realiza básicamente a partir del *Corpus de referencia del español actual* (RAE) y del *Corpus de lengua hablada de la ciudad de A Coruña*. Puesto que el diccionario que pueda salir de esta base de datos no está concebido únicamente para especialistas, sino que también pretendemos que pueda ser útil a los estudiantes de español como lengua extranjera, hemos decidido sacrificar, en ocasiones, la fidelidad de la transcripción en aras de una mayor claridad expositiva. Así, algunos de los ejemplos procedentes de las manifestaciones orales de la lengua han sido “depurados”, esto es, se han eliminado algunas vacilaciones, repeticiones, falsos comienzos, etc., que consideramos que no son relevantes en la descripción del sentido de una determinada UL y que, sin embargo, podrían entorpecer y complicar en exceso la lectura y comprensión de su artículo lexicográfico.

4.3.4. Entrada lexicográfica de *ah*

Dentro de las tareas previas a la confección de las entradas lexicográficas de las ULND, está la consulta de gramáticas, diccionarios y trabajos concebidos bajo distintas perspectivas en los que se realice una descripción de sus empleos. Especial mención por el rigor de sus reflexiones merece el trabajo de Santos Ríos (1995), que, sin duda, constituye un instrumento utilísimo para todo aquel que se enfrente a la difícil empresa de definir lexicográficamente una ULND. En el caso de la interjección *ah*, encontramos información relevante principalmente en diccionarios y estudios procedentes sobre todo del análisis del discurso y de la conversación, aunque no podemos olvidar tratados de otra índole como el de Beinhauer (1968 [1958]).

Cuando se habla de diccionarios e interjecciones, los primeros suelen salir generalmente malparados por la falta de precisión que caracteriza la mayoría de las definicio-

³⁰ También se proporcionan ejemplos en los apartados anteriores, siempre que se considere que pueden ayudar a clarificar algunas de las explicaciones propuestas.

nes de estas UL³¹. Sin embargo, esta última afirmación debe ser matizada, ya que especialmente en los últimos años se viene observando en las obras lexicográficas un mayor esmero en la confección de sus entradas. Basta con comparar, por ejemplo, la entrada de *ah* que ofrece el *Diccionario de la Real Academia Española* (2001) con las que figuran en el *Diccionario Salamanca de la lengua española* (1996) y en el *Diccionario del español actual* (1999). En estas dos últimas obras se ofrece una delimitación de sentidos mucho más precisa que en el DRAE³²:

- ¡ah! (DISAL) interj. 1. Expresa la emoción o impresión que experimenta una persona ante algo. 2. Se usa para mostrar que se entiende, acepta o está de acuerdo con lo que se acaba de decir. OBSERVACIONES: A veces introduce un comentario u objeción a lo que se acaba de decir. 3. Se usa cuando se duda, se recuerda algo o se está pensando qué decir a continuación.
- ah (DEA) interj. 1. Puede expresar diversas emociones, esp sorpresa o rechazo, a veces denotando que se cae en la cuenta de algo.
2. Precede a una advertencia o amenaza.
3. (lit) Seguida de la preposición DE + n de lugar, se usa para llamar a los que están en él.

Mientras que en el DRAE se recogían sólo significados de tipo emotivo, en estos diccionarios se registra otro tipo de significados, principalmente, cognitivos e interaccionales. Requiere especial mención el intento de aproximación al uso real de la lengua en la conversación que se observa en el DISAL.

Por lo que se refiere a los trabajos desarrollados en los últimos años dentro de distintos marcos teóricos y metodológicos, fundamentalmente, análisis de la conversación, análisis del discurso y pragmática dialógica, cabe señalar que el estudio de estas UL se ha visto favorecido, como hemos visto, por la utilización de corpus orales de distinto tipo y la escurpulosidad a la hora de hacer las transcripciones, al estar su aparición muchas veces ligada a la actividad verbal del oyente, o si preferimos, del interlocutor que no tiene la palabra. Sintetizando lo expuesto en las páginas anteriores, cabe decir que la principal fuente de información la encontramos en investigaciones centradas tanto en marcadores del discurso, como en la distinción de dos tipos de turnos o en la diferenciación de los papeles que desempeñan los participantes en una conversación: turnos del hablante y turnos del oyente, turnos sin intervención e intervenciones, oyente, hablante principal, hablante secundario, etc. El análisis pormenorizado de la conversación ha permitido observar en qué puntos de la interacción aparece *ah*, dentro de qué tipo de secuencias se inserta, qué tipo de enunciados la acompañan (valoraciones, peticiones de información, re-

³¹ Sobre las definiciones de los marcadores del discurso en las obras lexicográficas, *vid.* Roulet (1987) y Vázquez Veiga (1995-96)

³² Para consultar la entrada del DRAE, *vid.* apartado 4.2.3. Por motivos de espacio, hemos decidido no reproducir los ejemplos que se incluyen en el DISAL y en el DEA, que constituyen, sin duda, una guía importantísima para su uso.

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRÁFICA DE LA INTERJECCIÓN *AH*

paraciones, etc.), qué funciones discursivas desempeña, en qué posiciones del enunciado suele aparecer, cómo ha de interpretarse su ausencia, la repercusión de su ausencia/presencia en la toma de turnos, etc. Recordemos que también se ha hecho hincapié en lo que la diferencia de otras UL con las que normalmente se agrupa, como *sí* o *humh humh*³³.

En lo que sigue nos vamos a ocupar de algunos de los significados de la interjección *ah*, concretamente, los que están relacionados con el control de la interacción, o si preferimos, aquellos que remiten al funcionamiento de esta interjección como MR. Los agruparemos, por tanto, bajo la etiqueta de “interaccionales”. Se trata de sentidos que tienen que ver fundamentalmente con la relación entre hablante y oyente, para cuya descripción el corpus de base que se ha utilizado ha mostrado ser especialmente útil. Dentro de este grupo entrarían significados que tradicionalmente se han etiquetado como “sociales” y “fáticos”. Llegados a este punto, es probable que la utilización del adjetivo “interaccional” pueda plantear más de una duda, porque muchas veces resulta difícil deslindar el significado expresivo de los otros tipos de significados. Por ejemplo, es fácil observar la dependencia del significado social y expresivo, “puesto que sólo como miembros de grupos sociales podemos interactuar con los demás y, al hacerlo, establecer nuestra identidad personal e individual” (cf. Lyons, 1989 [1977]: 50). En cualquier caso, podemos matizar nuestra afirmación y decir que los significados que a continuación describiremos se caracterizan por poseer un significado “primariamente” interaccional³⁴.

Si la ordenación de las diferentes unidades de sentido no plantea excesivos problemas en el caso de las ULD (recordemos, las destinadas a comunicar: “nombres” y “predicados” en sentido semántico), puesto que se pone en primer lugar el sentido base y a continuación se presentan los demás sentidos, no podemos decir lo mismo a propósito de las ULND. No siempre resulta fácil elegir entre todos los sentidos cuál es el más general y, en última instancia, la ordenación que de ellos se haga ha de ser necesariamente arbitraria. La manera de proceder es siempre la misma: tras la selección y observación detenida de los ejemplos, se delimitan las unidades de sentido, para posteriormente averiguar si existe un sentido subyacente a todas ellas. *Ah* posee, desde nuestro punto de vista, el sentido general o básico que Heritage (1984: 299) propone para la interjección *oh* del inglés: “The particle is used to propose that its producer has undergone some kind of change in his or her locally current state of knowledge, information, orientation or awareness”. De manera similar, se refiere Schiffrin (1987: 74) al empleo de esta partícula: “*oh* occurs as speakers shift their orientation to information”. Tomando, pues, como punto de partida las palabras de Heritage, hemos parafraseado el sentido básico de *ah* como ‘Lo tengo’. Esta interjección señala que se ha producido un cambio en el estado de mente del hablante ante la recepción de determinados fenómenos, cuyo origen puede hallarse en:

³³ Vid., por ejemplo, Heritage (1984), Schiffrin (1987) y Jucker & Smith (1998).

³⁴ Wierzbicka (1991: 291), tras establecer una distinción entre tres tipos de interjecciones, emotivas, volitivas y cognitivas, señala que existen vínculos semánticos muy estrechos entre las interjecciones de estas clases, de ahí que cualquier clasificación deba tomarse con reservas.

a) La información recuperada por el propio hablante: son los casos en los que el hablante recuerda algo, cuya ausencia le impedía momentáneamente seguir con la conversación (78), o recuerda algo repentinamente, que considera que puede resultar de interés a su interlocutor (79):

- (78) No me apetece ir. Pero qué te estaba diciendo... *ah* sí, que me desanimé al decirme Juan que él tampoco iría.
 (79) Después en tercero, ya se acabó la racha, ya no hubo... *ah* pasé al cuadro de honor, había un cuadro de honor

b) Las palabras transmitidas por el interlocutor:

- (80) E: ¿Cómo es la relación entre los hermanos?
 H: ¡*Ah* muy bien! Nos pegamos constantemente.

c) El contexto extralingüístico:

- (81) Me extrañó verlo con una chica mucho más joven que él, pero al momento dije: “*Ah*, claro, su hija”.

En torno a este sentido general se estructuran las cuatro unidades de sentido de las que daremos cuenta en el siguiente apartado:

ah 1a. Recuperación de la información (*Pero no sé que iba a decir, se me fue el santo al cielo, qué te estaba contando... ah, lo de Pedro...*).

ah 1b. Ocurrencia repentina (*No hace falta modificar nada más, ¡ah!, no olvides poner el título antes de enviarlo*).

ah 2a. Apercebimiento (A: *Mi intención era evitar que tuviese que concursar y no otra* / B: *Ah (ahora ya lo entiendo)*).

ah 2b. Acuse de recibo (A: *¿Qué haces mañana?* / B: *Ah, mañana, en principio, no pensaba hacer nada*).

Hemos utilizado números arábigos para marcar las distancias semánticas medias, y letras, para las distancias semánticas pequeñas. Como se puede apreciar a través de la numeración, las dos primeras unidades de sentido, *ah* 1a y *ah* 1b, están próximas, ya que en ambos casos el hablante recuerda una información que había olvidado por distintos motivos; pero en *ah* 1b esa recuperación de la información se produce de manera repentina, por lo que no siempre se observa una relación directa con el tema del que se está tratando (marcador de posición errónea), de ahí que su emisión vaya acompañada de determinadas características entonativas, vinculadas al componente de ‘llamada de atención’ que contiene su sentido. En los dos casos su uso está relacionado con las estrategias que el hablante en uso de la palabra emplea para no ceder el espacio conversacional. En *ah* 2a se describen los casos en los que el hablante se da cuenta de algo, bien tras la recepción de la intervención del interlocutor o de un determinado hecho. Para el final hemos dejado aquel significado de la interjección que parece más diluido, se trata de los casos en los que actúa únicamente como señal de que se ha recibido algo. Este sentido, a primera vista más neutro, orienta muchas veces sobre la respuesta que se va a proporcionar a continua-

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRÁFICA DE LA INTERJECCIÓN *AH*

ción: respuesta preferida vs. respuesta no preferida. Recapitulando, vemos que *ah* 1a y *ah* 1b tienen que ver con algo relacionado con el discurso del hablante (lapsus, ocurrencia repentina), afectando a su construcción³⁵; en cambio, *ah* 2a y *ah* 2b actúan como respuesta al interlocutor. Esta ordenación de sentidos es una de las muchas posibles, pues, como hemos dicho, cualquier decisión que se tome al respecto ha de ser necesariamente arbitraria³⁶.

A continuación mostraremos el artículo lexicográfico de *ah*, donde se registran estas cuatro unidades de sentido. Obsérvese que su carácter no descriptivo queda reflejado en la formulación de su definición lexicográfica: “El hablante señala...”. Las definiciones de las ULND incluyen siempre como componente principal la indicación de la acción realizada por el hablante (*vid.* Iordanskaja 1993: 165).

ENTRADA LEXICOGRÁFICA DE *AH* EN LA BADAME

AH (interj., marc. discurs. dialog.)

Ah1a

Definición

El hablante, tras olvidar momentáneamente el tema que está tratando o detalles relacionados con él, señala que acaba de recuperar la información que le permitirá continuar con su discurso.

Etiqueta discursiva

Recuperación de información.

Propiedades sintácticas

Constituye enunciado por sí misma. La expresión *ah* precede al enunciado que describe la información que se acaba de recuperar. Puede aparecer:

³⁵ Los usos monologales y dialogales poseen todos el sentido básico de ‘Lo tengo’. Además, como dijimos en otro lugar, *ah* en el monólogo también pueden ser interpretado como MR, en la medida en que el hablante acusa recepción de su propio discurso. Esta sería una manifestación de los “matices dialógicos” que, según Bajtín (1982), posee todo enunciado. Téngase en cuenta que para este autor toda actividad discursiva, incluidas las monologales, implica la presencia, al menos implícita, de un interlocutor.

³⁶ Para otra propuesta de agrupación de sentidos de *ah*, *vid.* Montes (1999).

—Seguida de una oración:

El sitio no estaba limpio, pero te estaba diciendo que... ah, antes de parar ahí habíamos estado media hora buscando un lugar donde comer.

—Seguida de una palabra o un sintagma:

Bueno, veremos..., pero yo te estaba contando algo, ¡ah, sí! lo de Susana.

Estaba el médico y su mujer, los maestros [...], había también un solterón muy divertido, Custodio [...], ¡ah! y también el notario, que se hospedaba en el hostel Comercio.

Relaciones léxicas paradigmáticas

Sin.: ya, sí.

Relaciones léxicas sintagmáticas

Suele aparecer en combinación con *sí* y *ya*.

Nota

Con cierta frecuencia, este lapsus en la conversación se produce después de que el hablante se aparte del tema que se está tratando. La emisión de *ah* suele ir precedida de enunciados que hacen referencia al proceso de búsqueda de información (*qué te estaba contando..., te estaba diciendo..., te quería decir algo....*), que han de ser interpretados como estrategias encaminadas a mantener el turno de palabra. A veces estos enunciados precedentes se emiten con un tempo más lento.

Ejemplos

1) *Ya sé que tú no eres pintor de brocha gorda... por cierto que hubo uno muy ilustre en este país... bueno, pero eso ya es otra cosa... ¿qué te decía?... Ah, sí, perdona....*

2) *Gracias, muy amable, en fin ¿por dónde iba?, ¡ah, sí!, dentro de la zapatería había un dependiente vestido de paje...*

3) *Una esperaba sentada en una silla, en un cuarto a oscuras, con una mano llena de pegotes de plastilina, medio limón exprimido sobre la cara y un cuello de pollo crudo [...], además de otras cosas que ya no recuerdo, ¡ah, sí!, también había un bastón que hacía de pierna ortopédica.*

4) *Él mismo retiró el frasquito de píldoras, el reloj despertador, la campanilla de plata y otros cachivaches que ninguna falta le harían al moribundo; ah, y la dichosa agua de lirios.*

Ah1b

Definición

El hablante, tras recordar repentinamente algo no necesariamente relacionado con el tema que está tratando, señala que a continuación va a introducirlo y quiere que el interlocutor preste atención.

Etiqueta discursiva

Ocurrencia repentina.

Propiedades sintácticas

Constituye enunciado por sí misma. La expresión *ah* precede al enunciado que describe la información que se acaba de recuperar. Puede aparecer:

—Seguida de una oración:

Felipe, tienes que ir mañana sin falta al banco para firmar la domiciliación del recibo de la luz, ¡ah!, y a ver si llamas a ese amigo tuyo del aire acondicionado.

—Seguida de una palabra o un sintagma:

Estaba todo el día paseando con su perro, no hacía otra cosa. Cuando la llamaban proponiéndole un trabajo decía que... tenía que cuidar a su madre —¡ah!, su madre, esa es otra, que ahora te cuento—, a su abuela y que le resultaba imposible moverse de casa. Impresionante, ¿no?.

El hablante puede intercalarlo en cualquier punto del enunciado, para señalar al interlocutor que acaba de recordar algo. En muchos de estos casos funciona a modo de paréntesis:

La niña no era nada tonta porque... —¡ah!, a todo esto Juan aún no se había enterado— nos quería hacer creer que no podía asistir, porque estaba enferma.

A veces se produce inmediatamente tras un lugar pertinente de transición, para indicar al interlocutor la intención de mantener el turno de palabra:

Y después había las clásicas charlas de política. Y me pillaron, pero desniveladísimo. ¡Ah!, recuerdo asambleas. Y una muy impresionante, que...

Relaciones léxicas paradigmáticas

Sin.: eh, ay, por cierto, a propósito, a todo esto.

Propiedades prosódicas

Generalmente se emite con intensidad fuerte y tono alto.

Ejemplos

- 1) *Todo el mundo iba con sus mejores galas, la ocasión lo requería, ¡ah! Antonia con un traje de Armani, no todos los días se casa un torero con una tonadillera.*
- 2) *Max estaba seguro de que pronto bajaría, para verle a él, a su hijo, ¡ah!, si llamaba una tal Cristina que le dijera que nadie de la casa quería hablar con ella.*
- 3) *Estuvimos en Roma, París —¡ah! el hotel de París, menudo timo— la Costa Azul, en fin, que aprovechamos muy bien el viaje. Pero la historia del hotel de París no tiene desperdicio.*
- 4) *Bueno, sí, podría servir las mesas, sí, ¡ah!, y hacer la pizzaloca.*

Ah2a

Definición

El hablante, tras reaccionar espontáneamente ante un enunciado de su interlocutor o ante un hecho, señala que se percató de algo que no comprendía/ no sabía/ no había notado o de la explicación de ese hecho.

Etiqueta discursiva

Apercibimiento³⁷.

Propiedades sintácticas

Constituye enunciado por sí misma. La expresión *ah* precede generalmente al enunciado que describe la información que se acaba de obtener o el hecho ante el que se reacciona. Puede aparecer:

—Sola, constituyendo un turno de habla:

A: *Se portó muy mal conmigo, por eso no quiero ayudarle.*

B: *Ah (ahora lo entiendo).*

—Seguida de una oración:

A: *La discoteca está cerca de casa de tus padres.*

B: *Ah, ya sé dónde está.*

—Seguida de una palabra o un sintagma:

A: *Fue la revista la responsable del error.*

B: *Ah, la revista. Pensaba que había sido la información que apareció en los periódicos.*

Con frecuencia aparece en turnos del oyente, es decir, en turnos emitidos por aquel que no tiene la palabra en ese momento:

A: *La situación se complicaba porque su padre no quería decir dónde estaba =*

B: *Ah.*

A: *= porque si lo hubiese dicho todo habría sido más fácil.*

Relaciones léxicas paradigmáticas

Sin.: ya, sí, huhm, oh.

Relaciones léxicas sintagmáticas

Suele aparecer en combinación con *sí, ya, claro*.

Propiedades prosódicas

En turnos del oyente generalmente se emite con intensidad débil y tono bajo.

Nota

Con frecuencia aparece cuando el hablante reproduce un fragmento de habla en estilo directo:

De repente veía un montón de niños con uniforme por todas partes... Pelotoncito de niños vestidos de azul, y yo decía: "Ah, claro, del colegio Cristo Rey", pelotoncito de niños de gris: "Ah, claro, de Santa María del Mar".

³⁷ Utilizamos esta etiqueta con el sentido de 'caer en la cuenta'. Para aludir a esta operación mental, Alonso-Cortés (1999b: 4027) emplea el término "sindéresis".

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRÁFICA DE LA INTERJECCIÓN *AH*

Ejemplos

1) *Cuando oyes un estruendo así no se te ocurre pensar: "Ah, claro, ha sido un meteorito, suele pasar".*

2) *Así, si ocurre alguna catástrofe en Turquía, por ejemplo, el comentario de los acomodados de occidente será "Ah, claro, es que éstos no eran demócratas; son una panda de integristas", y así justifican su pasividad, su acomodo, sin culpa.*

2) *A la gente que estaba junto a mí les encantaba jugar y lo entendía. Yo simplemente decía, "Ah, claro", pero les gusta jugar porque no saben lo que se siente jugando a lo que juego yo.*

3) A: *¿Cuáles son tus actores favoritos?*

B: *¿Españoles?*

A: *Españoles y extranjeros.*

B: *Ah, españoles y extranjeros, Harrison Ford me gusta mucho...*

Ah2b

Definición

El hablante señala que ha recibido el fragmento de habla emitido por el interlocutor.

Etiqueta discursiva

Acuse de recibo.

Propiedades sintácticas

Constituye enunciado por sí misma. La expresión *ah* precede a movimientos de respuesta. Puede aparecer:

—Seguida de una oración:

A: *¿La tele la ves a menudo o no?*

B: *Ah, la veía antes mucho, ahora ya no tanto.*

—Seguida de una palabra o un sintagma:

A: *Cuando eras joven, ¿tenías una pandilla?*

B: *Ah: : pandilla, pandilla... sí. La verdad es que, aunque siempre salíamos cuatro amigas, creo que se podría decir que formábamos una pandilla.*

Relaciones léxicas paradigmáticas

Sin.: humh, ya, sí, oh.

Propiedades prosódicas

Con frecuencia se emite con alargamiento, con el objeto de que el hablante gane tiempo para pensar la respuesta.

Nota

Su presencia es a menudo sintomática de la existencia de algún tipo de problema relacionado con la pregunta anterior, bien porque el hablante no puede proporcionar la información que se solicita, bien porque se trata de una información que no está inmediatamente disponible en su mente, o bien porque no está de acuerdo con la afirmación contenida en un enunciado anterior del interlocutor. En estos casos suele ir acompañada de otros marcadores, cuya función es mitigar la aparición de una segunda parte no preferida: *bueno, oh, hombre...*

Ejemplos

1) A: *Un sábado, ¿qué hacéis?*

B: Ah: : *un sábado, pues hacemos un recorrido que empieza en la calle “La Torre” y termina en “La Barrera”.*

2) A: *Por eso te mostraste tan sensible cuando te recordaron el tema.*

B: Ah, *bueno, no fue exactamente por eso.*

3) A: *La verdad, si llego a estar en tu lugar, le pediría otra nueva.*

B: Ah, *lo hice enseguida.*

4) A: *Fuiste demasiado generosa con ella, ¿no te parece?*

B: Ah: : *no sé. La verdad es que no lo sé. Creo que otro en mi lugar hubiese hecho lo mismo.*

4.4. REFLEXIÓN FINAL

El que este capítulo sea más extenso que el resto se debe, en parte, a que ha sido concebido como capítulo final de este trabajo. Como suele suceder, llegamos al destino fijado con la angustiada sensación de que se nos acaba el tiempo —o el espacio— y de que necesitamos mencionar, aunque sólo sea de pasada, todo aquello que pueda tener alguna relevancia. Hemos pensado que la descripción lexicográfica de algunos de los significados de *ah* podría ser un cierre digno, pues esperamos haber mostrado la viabilidad de describir lexicográficamente las expresiones de significado no descriptivo, pragmático o procedimental; tarea que para muchos parecía estar desde el principio condenada al fracaso. Somos conscientes de que nuestro discurso ha cambiado a lo largo de este capítulo. La flexibilidad de criterios operativos ha dado paso a una mayor rigidez de cara a la sistematización de la información. ¿Contradicción? Esperamos no haber incurrido en ninguna. Consideramos que la fijación de sentidos de este tipo de expresiones no restringe la libertad que los participantes en la conversación tienen para hacer de ellas un vehículo que en cada ocasión les permita expresar el mensaje deseado. Al igual que Drummond & Hopper (1993a: 176), creemos que:

Acknowledgment tokens are interactional achievements. Like a complicated series of dance steps, each acknowledgment token emerges fitted to its occasion. This choreography is not invariant: Tellers and recipients improvise their steps as they go along. Each acknowledging speaker, like Alice and Humpty Dumpty, plays a game that is at once familiar and new. The rules of this game cannot quite be specified because they are fundamen-

4. EL SIGNIFICADO DE LOS MARCADORES DE RECEPCIÓN:

PROPUESTA DE DESCRIPCIÓN LEXICOGRAFICA DE LA INTERJECCIÓN AH

tally ethnomethodological. Ultimately, it is their ephemeral quality that renders each acknowledgment token—and every detail of every speaking turn in conversation—a continuing source of wonder.

La idea de la conversación como una actividad, cuya construcción se actualiza en cada momento, parece desaconsejar cualquier tipo de clasificación que pueda constreñir la genial improvisación de sus participantes; la necesidad de saber qué ocurrió en el instante inmediatamente anterior resulta fundamental para entender cada uno de sus pasos de baile o movimientos. Así, por ejemplo, podemos decir que tanto *humh* como *sí* pueden utilizarse como señales de continuación o de atención, pero ante la presencia de una autodepreciación en el contexto previo es probable que un hablante seleccione la primera, esto es, la más neutra. Pensemos que con la elección de *huhm* el hablante puede dar a entender que apenas reparó en la autodepreciación anterior; un *sí*, en cambio, podría ser interpretado como una marca de acuerdo. Como señala Schegloff (1996: 110), el hablante tiene un rango de recursos gramaticales o de gramáticas, cuya relevancia es posicionalmente sensible a las características de organización y a las contingencias del momento secuencial e interaccional en el que la conducta está situada. La interjección no es simplemente una partícula sensible al contexto, sino que también contribuye a su construcción, en la medida en que su presencia normalmente está vinculada a la aparición de nuevos “marcos”—*frames* (Goffman, Tannen)—interactivos. Funcionan, utilizando la terminología de Gumperz (1982: 131), como “indicios de contextualización”, que contribuyen a construir el proceso interactivo y a señalar a los oyentes cómo deben interpretar el mensaje:

That is, constellations of surface features of message form are the means by which speakers signal and listeners interpret what the activity is, how semantic content is to be understood and *how* each sentence relates to what precedes or follows. These features are referred to as *contextualization cues* [...] Although such cues carry information, meanings are conveyed as part of the interactive process. Unlike words that can be discussed out of context, the meanings of contextualization cues are implicit. They are not usually talked about out of context.

No obstante, esos recursos gramaticales a los que se refería Schegloff, a pesar de su dependencia contextual, son susceptibles de ser sistematizados. Volviendo a la metáfora de los bailarines, podemos decir que la “improvisación” de los bailarines está sujeta a ciertos límites. Aunque los hablantes pueden jugar con la variada gama de posibilidades que el empleo de los MR les brindan para comunicar distintos y variados mensajes, hacen su elección dentro del conjunto de significados que cada expresión posee en una lengua determinada. Por este motivo, como ya hemos dicho anteriormente, las descripciones de uso y funcionamiento de los MR, surgidas tras analizar lo que ocurre en la conversación, no sólo no son incompatibles con la descripción de su significado, sino que constituyen una base muy conveniente de la que partir.

La dependencia contextual de la interjección no debe, por consiguiente, ser utilizada como pretexto para evitar cualquier tipo de descripción de su significado, aun cuando para recuperar su sentido tengamos que volver la mirada hacia el contexto. Conviene

tener en cuenta que estamos ante expresiones indéxicas, a pesar de que no aparecen normalmente estudiadas en el capítulo de la deixis (*vid.*, por ejemplo, Wilkins 1992). En la descomposición semántica de todas las interjecciones se encuentran algunos componentes deícticos básicos, que referencialmente no están vinculados a ninguna entidad hasta que se sitúan en un contexto (Wilkins 1992). Obsérvese la definición de *ah* 1b: “El hablante (*yo*), tras recordar repentinamente algo no necesariamente relacionado con el tema que está tratando (*ahora*), señala que a continuación va a introducirlo y quiere que su interlocutor (*tú*) preste atención”. Al igual que los deícticos, su interpretación depende del contexto en el que se producen o interpretan. Estamos, utilizando la terminología de Jespersen, ante un ejemplo de “conmutadores” (*shifters*), pues su significación general —dice Jakobson (1975: 310)— “no puede definirse sin hacer referencia o remitir al mensaje [...], pertenecen por tanto a la clase de los *símbolos-índices*”. Aunque, como dice Jakobson (1975: 310), con frecuencia se consideraba que “la particularidad del pronombre personal y demás conmutadores [...] consistía en la falta de un único significado general constante”, sin embargo, esto no es cierto, pues “cada conmutador [...] posee su propio significado general”. En definitiva, que, al igual que sabemos que *tú* significa “persona a quien se dirige el hablante”, también podemos conocer cuál es el significado de una interjección, aunque el proceso de significar no se complete hasta que se produce su contextualización.

Concluimos este capítulo con la sensación de haber eximido, en parte, al hablante y al contexto de la responsabilidad de impedir la descripción de los distintos sentidos de las interjecciones. Sabemos que aún queda mucho por hacer, que el patrón adoptado para la confección de entradas lexicográficas puede ser mejorado, que se hace necesario definir los restantes MR, lo cual, sin duda, nos ayudará a comprender mejor su naturaleza y, de este modo, podremos establecer distinciones más finas entre ellos, etc., etc.; pero también acabamos con la satisfacción de ver que, a pesar de algunas de las limitaciones del corpus, hemos podido acercarnos a determinados empleos discursivos a los que se les ha prestado escasa atención en la bibliografía sobre el tema —a lo sumo una expresión con este tipo de significado era la candidata perfecta para engrosar la lista de los malinterpretados usos expletivos. Es justo decir que la utilización de corpus orales de cualquier tipo necesariamente aportará novedades en el estudio de las ULND, ya que las obras lexicográficas se nutren en su gran mayoría de corpus escritos³⁸.

³⁸ Sobre el interés de los datos procedentes de la lengua oral en los diccionarios, *vid.* Bacelar do Nascimento & Coelho da Mota (1990).

CONSIDERACIONES FINALES

El diseño que hemos seguido para la confección de este trabajo nos exime de ser excesivamente prolijos en este último apartado, de ahí que nos hayamos decantado por el título “Consideraciones finales” en vez de “Conclusiones”. Como se ha podido apreciar a lo largo de este estudio, hemos incorporado al final de cada capítulo una sección en la que se recogen aquellos aspectos que, desde nuestro punto de vista, tienen cierta relevancia. A modo de balance, podemos decir que somos conscientes de que hemos dejado muchas cuestiones en el tintero, unas más importantes que otras, pero en cualquier caso, suficientes, como para no poner punto final a esta investigación iniciada hace ya algunos años. Somos de la opinión de que la existencia de algunas costuras por rematar constituye un aliciente para seguir investigando sobre distintos aspectos relacionados con esta materia. Nos vamos a permitir realizar esta reflexión final de una manera quizá poco ortodoxa en lo que se refiere a la disposición de la materia, ya que empezaremos por donde hemos terminado: comenzaremos por la BADAME y acabaremos con la conversación semidirigida, o dicho de otra manera, empezaremos por un proyecto de investigación de carácter lexicográfico y acabaremos con otro de carácter sociolingüístico.

Probablemente a más de uno le parezca un poco pretencioso el que aquí hayamos mencionado, aparentemente sin ningún rubor, que la BADAME ha sido concebida para realizar un diccionario de marcadores del español a partir de ella. Y no le faltará razón, porque un diccionario que recoja de manera rigurosa y exhaustiva una descripción completa de todos los sentidos de los marcadores discursivos del español, requiere la colaboración de varios grupos o equipos de investigación. Sólo podemos alegar en nuestra defensa que, cuando ideamos esta base de datos, el objetivo final que teníamos en mente, una vez rematada su elaboración, era la creación de un diccionario. Queda aún mucho por hacer y la fecha de finalización de este proyecto se ve cada vez más lejana, pues a medida que se van confeccionando entradas nos vemos obligados a volver atrás y modificar determinados aspectos. Por este motivo en la BADAME, al lado de la mayoría de las entradas, aparece la indicación de “no acabada”, lo que muestra la cautela con que tomamos algunas de las decisiones adoptadas. Evidentemente, la inclusión de nuevas expresiones en la BADAME será la mejor manera de conocer el grado de adaptación de los parámetros establecidos para su descripción. Por el momento, únicamente podemos decir que daríamos por bien empleados nuestros esfuerzos si en un futuro —esperamos que próxi-

mo—nuestra experiencia pudiera como mínimo constituir un punto de referencia para la elaboración de un proyecto de mayores dimensiones, que en un corto periodo de tiempo dote a la lengua española del tan “deseado” diccionario de marcadores. Aún podemos aspirar a más: mejorar los artículos que los diccionarios de lengua dedican a estos elementos. No es en absoluto una utopía; prueba de ello es el *Dizionario italiano de Sabatini Colletti* (1997), donde la utilización de la etiqueta “congiunzione testuale” no es más que un indicio de la relevancia que adquiere su descripción lexicográfica en la totalidad de la obra.

Un diccionario de marcadores o de unidades léxicas no descriptivas constituye un instrumento muy útil en la enseñanza de primeras y segundas lenguas, pues, pese a lo que pudiera parecer, no podemos olvidar que estamos ante elementos que, como dice Wierzbicka (1986: 519), hacen el lenguaje humano distintivamente humano. Resulta paradójico el hecho de que muchos lingüistas hayan puesto reparos a la hora de estudiar las interjecciones, por contarse entre las características que acercan el lenguaje humano al animal, y que, en cambio, se trate de uno de los fenómenos lingüísticos que peculiarizan e individualizan las distintas lenguas. El aprendizaje de las interjecciones y, en general, de las ULND suele plantear más de un problema a los aprendices de una lengua. No hace falta insistir en el hecho de que el dominio de la gramática y del léxico de una lengua no garantiza una comunicación exitosa. Harkins (1986) hace alusión al desconcierto y desilusión de los aprendices de una lengua aborígen centroaustraliana, quienes, tras lograr con dificultad llegar a comprender un sistema gramatical poco familiar y tras gastar muchas energías para incrementar su vocabulario, fueron conscientes de su incapacidad para comprender buena parte de la conversación cotidiana entre los hablantes de esa lengua. Entre los responsables de esta experiencia tan frustrante se encuentran determinadas construcciones que incluyen partículas, esto es, expresiones que generalmente no forman parte de un paradigma gramatical, pero que codifican información importante y cuyo uso puede alterar el sentido de un enunciado (Harkins 1986: 560). Un estudiante de español como segunda lengua, por ejemplo, debería saber que el uso de *ojo* con un sentido de ‘amenaza’ (*Ojo con llegar tarde*) puede constituir, en términos pragmáticos, un acto amenazador de la imagen de su interlocutor, y si desea mitigar sus efectos, será necesario poner en marcha lo que Brown & Levinson (1987) denominan “estrategias de cortesía”. Este tipo de información pragmática puede resultar útil para propiciar un uso social adecuado de esta UL. Por consiguiente, a la vista de las dificultades que lleva aparejado el aprendizaje de las ULND, consideramos imprescindible la creación de instrumentos que puedan de una manera clara y sencilla mostrar cómo emplearlas, de ahí que hayamos apostado por simplificar lo más posible el aparato conceptual de nuestra base de datos.

El estudio de los marcadores de recepción nos ha llevado a preocuparnos por su significado y también nos ha acercado al responsable de su emisión, que buena parte de las veces es el oyente. Hemos centrado nuestra atención en una de las clases en las que se puede agrupar su actividad verbal en el curso de la interacción. Esto nos ha ayudado no sólo a comprender mejor el papel de este gran olvidado del proceso de comunicación, sino que también nos ha permitido profundizar en el funcionamiento de determinados fe-

nómenos lingüísticos que, por estar precisamente en boca del que no tiene la palabra, no han sido merecedores de la atención de gramáticos y lingüistas. Como hemos podido ver, no todas las disciplinas, subdisciplinas, corrientes teóricas o metodológicas, que se encuadran dentro de la bien o mal llamada “lingüística externa”, supieron dar cuenta adecuadamente del comportamiento real del oyente dentro del proceso comunicativo. El haber limitado la revisión del papel de oyente a aquellas perspectivas que tienen en cuenta el discurso no ha de interpretarse como una señal de desprecio o de falta de interés hacia el tratamiento que, desde otras perspectivas teóricas y metodológicas, se ofrece tanto de su figura como del proceso de comprensión.

Hemos sometido a examen el significado de la interjección y, con el resultado obtenido, su consideración como oración parece debilitarse en gran manera. En relación con esta clase de palabras que, sin ánimo de exagerar, podemos calificar como la más despreciada de cuantas se han establecido, cabe señalar que aún son muchas las cuestiones que quedan sin resolver. Nosotros hemos presentado una breve panorámica de lo que han dicho de la interjección algunos gramáticos y lingüistas. Aunque hemos procurado ofrecer nuestro punto de vista a propósito de las explicaciones existentes sobre distintos aspectos de su comportamiento, quedan, como decimos, todavía muchos interrogantes por responder. A nuestro juicio, es probable que la consolidación de la noción de categoría pragmática, además de ayudar a comprender mejor ciertos fenómenos discursivos, nos proporcione un nuevo enfoque para observar el funcionamiento de algunas expresiones que se han venido incluyendo, no sin problemas, entre las categorías gramaticales. Y por lo que se refiere a lo que es propiamente una categoría pragmática, esto es, a los marcadores de recepción, independientemente del término que se juzge más apropiado para hacer referencia a formas como *ah*, *oh*, *humh* y similares, esperamos haber mostrado que todas ellas, aunque consideradas por algunos “detalles decorativos más que muros o columnas del edificio gramatical” (cf. Bosque 1989: 193, a propósito de las partículas), no tienen únicamente una función decorativa, en la medida en que guían la labor interpretativa de los participantes en la conversación. Cuando un hablante utiliza un marcador discursivo está invitando a su interlocutor a que interprete lo que viene a continuación de una manera determinada, reduciendo así el gasto de energía que éste ha de emplear en las operaciones mentales de interpretación (cf. Blakemore 1987). Pensemos además que el uso inapropiado de estas expresiones, genuinas representantes de la llamada por Malinowski (1964 [1923]) “comunicación fática”, aunque no sirvan “para ninguna finalidad de comunicar ideas” (*op. cit.* 335), puede, como dijimos, tener consecuencias más desafortunadas para el éxito de la comunicación que los errores gramaticales elementales (*vid.* Svartvik 1980: 171-172).

Y, para finalizar como prometimos, hemos de referirnos a las muestras de habla analizadas. No es necesario insistir en que están condicionadas de alguna manera por el tipo de interacción del que se han extraído. Desde el momento en que se diseñó la estructura de este trabajo sabíamos que éste podía ser uno de sus puntos débiles. Desconocíamos el grado de divergencia existente entre los resultados de un estudio basado en un corpus de conversación semidirigida y los de otro, donde se manejasen datos de distinta

procedencia. Ante nosotros teníamos tres posibles soluciones: complementar desde el principio este corpus con otros de distinta índole, utilizar únicamente el corpus de conversación semidirigida o adoptar una solución mixta, que es lo que finalmente hemos hecho. Los motivos que nos han llevado a rechazar la primera opción han sido varios, por ejemplo, la dificultad para establecer los criterios que deberían guiar la elección de otro tipo de corpus. Si decidiésemos comparar manifestaciones orales por su grado de formalidad, tendríamos que tomar muestras de conversaciones espontáneas, pero, por otro lado, también en la conversación semidirigida se obtienen grabaciones con un alto grado de espontaneidad. Por consiguiente, si se quiere presentar muestras de habla que reflejen la oposición formalidad vs. espontaneidad, no parece conveniente tomar como representantes de cada uno de los estilos a la conversación semidirigida y a la conversación espontánea respectivamente. Además, la decisión de complementarlo con un corpus de lengua oral espontánea supondría dejar fuera otros tipos de intercambio verbal, como los debates, tertulias, etc., cuyo estudio merece el mismo grado de atención. También podríamos optar por utilizar un corpus de lengua escrita a modo de complemento, pero en el caso de que nos decantásemos por esta última opción, tendríamos que hacer frente a la difícil decisión de elegir un tipo de manifestación escrita. Vistos estos problemas, hemos resuelto tomar como punto de partida los datos de un solo corpus, el de conversación semidirigida, sin perder de vista en ningún momento las características que definen este tipo de interacción, y utilizar datos del CREA (*Corpus de Referencia del Español Actual*) para la elaboración de las entradas lexicográficas, tanto para corroborar los resultados obtenidos, como para complementar el número de ejemplos de las expresiones objeto de estudio. La utilización del corpus de lengua hablada de A Coruña como base de la que partir no es, pues, incompatible con la utilización de otra clase de corpus, cuando el objetivo perseguido lo requiere.

En resumen, en este libro se han tratado algunos temas que por distintas razones no han gozado del favor de los lingüistas; quizá por este motivo su estudio nos haya resultado tan atractivo. Se trata de cuestiones casi siempre rechazadas, que en los últimos años han sido recuperadas desde distintos ámbitos como materia de investigación, aunque para algunos aún se encuentren en una zona fronteriza entre lo “lingüístico” y lo “extralingüístico”. Esto nos recuerda la situación de la pragmática dentro de las disciplinas lingüísticas. Con la pragmática se produce una situación paradójica en muchos sentidos. Por un lado, constituye una tabla de salvación en lo que se refiere a la explicación de determinados fenómenos lingüísticos a los que la tradición, por distintos motivos, les ha negado un tratamiento satisfactorio. De ahí la necesidad de su presencia. Por otro, en cambio, aún tiene cierto peso esa distinción entre lingüística interna y lingüística externa, entre lo que es propiamente lingüístico y lo que no lo es, y los temas susceptibles de un estudio esencialmente pragmático se relegan a una segunda categoría, o lo que es lo mismo, quedan fuera de los intereses de muchos lingüistas. Desde nuestro punto de vista, esto explica en parte por qué Verschueren (1987: 3) comparara a la pragmática con una papelera, en la que se incluye todo lo que sobra:

There was indeed something curious about this theme in the face of the increased conventionalization [...] of the practice to relegate all sticky problems [...] to a pragmatic “wastebasket”. Maybe linguists’ hands were tied by the gravitational force of one of Donald Schön’s “generative metaphors”. After all, who would think of restoring order and coherence to the contents of a wastebasket?

Nadie pone en duda la importancia de las papeleras, pero parece más digno dedicarse a poner en orden aquellos elementos a los que desde un primer momento se les concede el privilegio de permanecer sobre la mesa. A nuestro juicio lo más prudente es no defender a ultranza ninguna de las dos posturas. No se puede hacer *tabula rasa* de lo anterior e insistir en la importancia de la pragmática, atribuyéndole un exceso de méritos que, en ocasiones, no le corresponden. Conferir a todo lo que estudiamos naturaleza pragmática puede conducir a una pragmatización de la lingüística, estrategia que es a veces necesario adoptar en el momento en que una disciplina empieza a dar sus primeros pasos, pero cuyos resultados al final no han de ser necesariamente satisfactorios. Tampoco podemos mirar con recelo las investigaciones que se llevan a cabo desde esta perspectiva. Terminamos, pues, insistiendo, como ya hacíamos en la introducción, en la necesidad y utilidad de la integración de los logros de la gramática y los de las disciplinas más jóvenes. Si bien es cierto que en la pragmática, análisis del discurso, análisis de la conversación, etc., etc., se encuentran explicaciones satisfactorias para muchos fenómenos que hasta el momento habían sido estudiados de una manera deficitaria, esto no significa que debamos prescindir de lo anterior. Schlieben-Lange (1987 [1975]: 17) señaló en su momento que el que se hubiese criticado como aditiva la concepción de la pragmática lingüística como doctrina del uso lingüístico se debía a que los nuevos planteamientos no tenían “reflejo alguno en la lingüística sistemática precedente” y a que no se pretendiese integrarlos en “una teoría superior”. Han transcurrido más de veinticinco años desde que Schlieben-Lange escribiera estas palabras y, afortunadamente, el acceso a la gramática de temas en otro momento adscritos al mundo de lo extralingüístico es cada vez menos restringido y más conveniente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ainsworth-Vaughn, Nancy (1992): "Topic Transitions in Physician-Patient Interviews: Power, Gender, and Discourse Change". *Language in Society*, 21, 409-426.
- Alarcos Llorach, Emilio (1994): *Gramática de la lengua española*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Albert Galera, Josefina (1996): "La pragmática en los diccionarios españoles". En Esther Forgas (coord.): *Léxico y Diccionarios*, 7-23. Tarragona: Universidad Rovira i Virgili.
- Alcaraz Varó, Enrique & M.^a Antonia Martínez Linares (1997): *Diccionario de lingüística moderna*. Madrid: Ariel.
- Alcina Franch, Juan & José Manuel Blecua (1975): *Gramática española*. Barcelona: Ariel.
- Almela Pérez, Ramón (1990): *Apuntes gramaticales sobre la interjección* (3ª ed.). Murcia: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Murcia.
- Alonso-Cortés, Ángel (1999a): *La exclamación en español. Estudio sintáctico y pragmático*. Madrid: Míverva.
- (1999b): "Las construcciones exclamativas. La interjección y las expresiones vocativas". En Ignacio Bosque & Violeta Demonte (dirs.): *Gramática descriptiva del español*, vol. 3: *Entre la oración y el discurso. Morfología*, 3993-4050. Madrid: Espasa Calpe.
- Alonso Ramos, Margarita (1989): "Aproximación a un nuevo modelo lexicográfico: el Dictionnaire explicatif et combinatoire du français contemporain. Recherches lexico-semantiques de Igor Mel'čuk". *Verba*, 16, 421-450.
- (1993): *Las funciones léxicas en el modelo lexicográfico de I. Mel'čuk*, tesis doctoral, Madrid, U.N.E.D.
- Ameka, Felix (1992a): "Interjections: The Universal yet Neglected Part of Speech". *Journal of Pragmatics*, 18(2/3), 101-118.
- (1992b): "The Meaning of Phatic and Conative Interjections". *Journal of Pragmatics*, 18(2/3), 245-271.
- (1999): "Interjections". En Keith Brown & Jim Miller (eds.): *Concise Encyclopedia of Grammatical Categories*, 213-216. Amsterdam: Elsevier.
- Atkinson, J. Maxwell & John Heritage (eds.) (1984): *Structures of Social Action. Studies in Conversation Analysis*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Auchlin, Antoine (1981a): "Mais heu, pis bon, ben alors voilà, quoi! Marqueurs de structuration de la conversation et complétude". *Cahiers de Linguistique Française*, 2, 141-159.
- (1981b): "Reflexions sur les marqueurs de structuration de la conversation". *Études de Linguistique Appliquée*, 44, 88-103.
- Bacelar Do Nascimento, M.^a Fernanda & M.^a Antonia Coelho Da Mota (1990): "L'Intérêt des données orales dans l'élaboration des dictionnaires de langue". *Travaux de Linguistique*, 21, 71-79.
- Bajtín, Mijail (1982): *Estética de la creación verbal* (4ª ed.). México, D.F.: Siglo XXI. [Original: *Éstetika slovesnogo tvorchestva*. Moscú: Iskusstvo, 1979.]

- Balari Ravera, Sergio (1996): "La frase". En Carlos Martín Vide (ed.): *Elementos de lingüística*, 201-245. Barcelona: Octaedro.
- Bald, Wolf-Dietrich (1980): "Some Functions of *Yes* and *No* in Conversation". En Sidney Greenbaum, Geoffrey Leech & Jan Svartvik (eds.): *Studies in English Linguistics: For Randolph Quirk*, 178-191. Londres: Longman.
- Bazzanella, Carla (1990): "Phatic Connectives as Interactional Cues in Contemporary Spoken Italian". *Journal of Pragmatics*, 14(4), 629-647.
- Beaugrande, Robert-Alain de & Wolfgang Ulrich Dressler (1997): *Introducción a la lingüística del texto*. Barcelona: Ariel. [Original: *Introduction to Text Linguistics*. Londres: Longman, 1981.]
- Beinhauer, Werner (1968): *El español coloquial* (2ª ed.) Madrid: Gredos. [Original: *Spanische Umgangssprache*. Bonn: F. Dümmler, 1958.]
- Bell, Allan (1984): "Language Style as Audience Design". *Language in Society*, 13(2), 145-209.
- Bello, Andrés (1981 [1847]): *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*. Santa Cruz de Tenerife: Instituto Universitario de Lingüística Andrés Bello, Cabildo Insular de Tenerife.
- Bennet, Mark & Jan Jarvis (1990): "The Communicative Function of Minimal Responses in Everyday Conversation". *Journal of Social Psychology*, 131(4), 519-523.
- Biber, Douglas (1988): *Variation across Speech and Writing*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bilmes, Jack (1988): "The Concept of Preference in Conversation Analysis". *Language in Society*, 17(2), 161-181.
- Blakemore, Diane (1987): *Semantic Constraints on Relevance*. Oxford: Basil Blackwell.
- Blas Arroyo, José Luis (1995): "La interjección como marcador discursivo: el caso de *eh*". *Anuario de Lingüística Hispánica*, 11, 81-117.
- Bloomfield, Leonard (1964): *Lenguaje*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos. [Original: *Language*. Nueva York: Henry Holt, 1933.]
- Bosque, Ignacio (1989): *Las categorías gramaticales. Relaciones y diferencias*. Madrid: Síntesis.
- Brenner, Michael (1981): "Patterns of Social Structure in the Research Interview". En Michael Brenner (ed.): *Social Method and Social Life*, 115-158. Nueva York: Academic Press.
- Brenneis, Donald (1986): "Shared Territory: Audience, Indirection and Meaning". *Text*, 6(3), 339-347.
- Briggs, Charles (1983): "Questions for the Ethnographer: A Critical Examination of the Role of the Interview in Fieldwork". *Semiotica*, 46, 233-261.
- (1984): "Learning How to Ask: Native Metacomunicative Competence and the Incompetence of Fieldworkers". *Language in Society*, 13(1), 1-28.
- (1986): *Learning How to Ask. A Sociolinguistic Appraisal of the Role of the Interview in Social Science Research*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Briz Gómez, Antonio (1993a): "Los conectores pragmáticos en español coloquial (I): su papel argumentativo". *Contextos*, 11(21/22), 145-188.
- (1993b): "Los conectores pragmáticos en la conversación coloquial (II). Su papel metadiscursivo". *Español actual. Revista del español vivo*, 59, 39-56.
- (1994): "Hacia un análisis argumentativo de un texto coloquial. La incidencia de los conectores pragmáticos". *Verba*, 21, 369-399.
- (1998): *El español coloquial en la conversación. Esbozo de pragmagramática*. Madrid: Ariel.

- Briz Gómez, Antonio & Manuel Pérez Saldanya (1994): "Categories and Functions: An Open Debate". En Antonio Briz & Manuel Pérez Saldanya (eds.): *Categories and Functions* (= *LynX*, 4), 5-12. Valencia: Universidad de Valencia / Universidad de Minnesota.
- Brown, Gillian & George Yule (1993): *Análisis del discurso*. Madrid: Visor. [Original: *Discourse Analysis*. Cambridge: Cambridge University Press, 1983.]
- Brown, Penelope & Stephen C. Levinson (1987): *Politeness*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Brucart, José M.^a (1999): "La elipsis". En Ignacio Bosque & Violeta Demonte (dirs.): *Gramática descriptiva del español*, vol. 2: *Las construcciones sintácticas fundamentales. Relaciones temporales, aspectuales y modales*, 2787-2863. Madrid: Espasa Calpe.
- Bublitz, Wolfram (1988): *Supportive Fellow-Speakers and Cooperative Conversations. Discourse Topics and Topical Actions, Participant Roles and "Recipient Action" in a Particular Type of Everyday Conversation*. Amsterdam: John Benjamins.
- Burton, Deirdre (1981): "Analyzing Spoken Discourse". En Malcolm Coulthard & Martin Montgomery (eds.): *Studies in Discourse Analysis*, 61-81. Londres: Routledge & Kegan
- Button, Parham & Neil Casey (1984): "Generating Topic: The Use of Topic Initial Elicitors". En J. Maxwell Atkinson & John Heritage (eds.): *Structures of Social Action*, 167-190. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cal Varela, Mario & Manuel Fernández Ferreiro (1993): "La formation d'un Corpus de langue parlée dans la ville d'A Coruña (La Corogne)". *Plurilinguismes*, 6, 217-224.
- Calero Vaquera, M.^a Luisa (1986): *Historia de la gramática española (1847-1920)*. De A. Bello a R. Lenz. Madrid: Cátedra.
- Calvo Pérez, Julio (1994a): "Categories, Functions and Forms". En Antonio Briz & Manuel Pérez Saldanya (eds.): *Categories and Functions* (= *LynX*, 4), 197-208. Valencia: Universidad de Valencia / Universidad de Minnesota.
- (1994b): *Introducción a la pragmática del español*. Madrid: Cátedra.
- (1997): "¡¡Interjecciones!!". En Enric Serra Alegre et al. (eds.): *Panorama de la investigación lingüística a l'Estat espanyol. Actes del I Congrés de Lingüística General*, 85-98. Valencia: Universidad de Valencia
- Casado Velarde, Manuel (1991): "Los operadores discursivos *es decir*, *esto es*, *o sea* y *a saber* en español actual: valores de lengua y funciones textuales". *Lingüística Española Actual*, 13(1), 87-116.
- (1995): *Introducción a la gramática del texto del español*. Madrid: Arco / Libros.
- (1996): "La investigación sobre gramática del texto en la lingüística española: los marcadores discursivos". En Alberto Gil & Christian Schmitt (eds.): *Kohäsion, Kohärenz, Modalität in Texten Romanischer Sprachen. Akten der Sektion "Grundlagen für eine Textgrammatik der romanischen Sprachen" des XXIV. Deutschen Romanistentages*, Münster (25/28.9.1995), 32-52. Bonn: Romanistischer Verlag.
- Cestero Manceda, Ana M.^a (2000): *Los turnos de apoyo conversacionales*. Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- Chomsky, Noam (1971): *El lenguaje y el entendimiento* (2ª ed.). Barcelona: Seix Barral. [Original: *Language and Mind*. Harcourt: Brace & World, 1968.]
- (1978): *Problemas actuales en teoría lingüística. Temas teóricos de gramática generativa* (2ª ed.). Madrid: Siglo XXI. [Original: *Current Issues in Linguistic Theory. Topics in the Theory of Generative Grammar*. La Haya: Mouton, 1964.]
- Christidis, Anastasios Ph. (1990): "On the Categorical Status of Particles: The Case for 'Holophrasis'". *Lingua*, 82(1), 53-82.

- Clark, Herbert H. (1996): *Using Language*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Clark, Herbert H. & Thomas B. Carlson (1982): "Hearers and Speech Acts". *Language*, 58(2), 332-373.
- Cortés Rodríguez, Luis (1991): *Sobre conectores, expletivos y muletillas en el español hablado*. Málaga: Ágora.
- (1992): *Estudios de español hablado. Aspectos teóricos y sintáctico-cuantitativos*. Almería: IEA.
- (1994): *Tendencias actuales en el estudio del español hablado*. Almería: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Almería.
- (1995a): "Bibliografía: marcadores del discurso (I)", *Español actual. Revista del español vivo*, 63, 63-82.
- (1995b): "Bibliografía: marcadores del discurso (II)", *Español actual. Revista del español vivo*, 64, 75-94.
- Cosnier, Jacques (1988): "Grands tours and petits tours". En Jacques Cosnier, Nadine Gelas & Catherine Kerbrat-Orecchioni (eds.): *Echanges sur la conversation*, 175-184. París: Editions du Centre National de la Recherche Scientifique.
- Cosnier, Jacques, Nadine Gelas & Catherine Kerbrat-Orecchioni (1988): "Introduction". En Jacques Cosnier, Nadine Gelas & Catherine Kerbrat-Orecchioni (eds.): *Echanges sur la conversation*, 9-17. París: Editions du Centre National de la Recherche Scientifique.
- Coulthard, Malcolm (1977): *An Introduction to Discourse Analysis*. Londres: Longman.
- Cuenca Ordinyana, Maria Josep (1996): *Sintaxi fonamental. Les categories gramaticals*. Barcelona: Empúries.
- (2000): "Defining the Indefinable? Interjections". *Syntaxis. An International Journal of Syntactic Research*, 3, 29-44.
- Cuenca Ordinyana, Maria Josep & Joseph Hilferty (1999): *Introducción a la lingüística cognitiva*. Barcelona: Ariel.
- De Gaulmyn, Marie-Madeleine (1991): "Les regulateurs verbaux: le contrôle des recepteurs". En Jacques Cosnier & Catherine Kerbrat-Orecchioni (eds.): *Décrire la conversation* (2^e ed.), 203-223. Lyon: Presses Universitaires de Lyon.
- Dik, Simon C. (1981): *Gramática funcional*. Madrid: SGEL. [Original: *Functional Grammar*. Amsterdam: North-Holland Publishing Company, 1978.]
- Dostie, Gaetane (1995): "Réflexions sur le phénomène des mots-phrases". En Jacques Labelle & Christian Leclère (eds.): *Lexiques-Grammaires comparés en français*, 175-188. Amsterdam: John Benjamins.
- Drescher, Martina (1997): "French Interjections and Their Use in Discourse. *Ah dis donc les vieux souvenirs*". En Susanne Niemeier & René Dirven (eds.): *The Language of Emotions: Conceptualization, Expression, and Theoretical Foundation*, 233-246. Amsterdam: John Benjamins.
- Drummond, Kent & Robert Hopper (1993a): "Back Channels Revisited: Acknowledgment Tokens and Speakership Incipency". *Research on Language and Social Interaction*, 26(2), 157-177.
- (1993b): "Some Uses of Yeah", *Research on Language and Social Interaction*, 26(2), 203-212.
- Ducrot, Oswald *et al.* (1980): *Les mots du discours*. París: Minuit.
- Duncan, Starkey, Jr. (1973): "Toward a Grammar for Dyadic Conversation". *Semiotica*, 9(1), 29-46.

- (1974): "On the Structure of Speaker-Auditor Interaction during Speaking Turns". *Language in Society*, 3(2), 161-180.
- Duranti, Alessandro (1986): "The Audience as Co-Author: An Introduction". *Text*, 6(3), 239-247.
- Edelsky, Carol (1981): "Who's Got the Floor?". *Language in Society*, 10, 383-421.
- Escandell Vidal, M.^a Victoria (1996): *Introducción a la pragmática* (nueva ed. actualizada). Barcelona: Ariel.
- Ferrari, A. (1983): "Interjecciones, exclamaciones y muletillas: el francés frente al español y sus modalidades regionales". *Parallèles*, 6, 55-61.
- Finegan, Edward & Niko Besnier (1989): *Language. Its Structure and Use*. San Diego: Harcourt Brace Jovanovich.
- Ford, Cecilia E., Barbara A. Fox & Sandra A. Thompson (1996): "Practices in the Construction of Turns: The "ATCU" Revisited". *Pragmatics*, 6(3), 427-454.
- Ford, Cecilia E. & Sandra A. Thompson (1996): "Interactional Units in Conversation: Syntactic, Intonational, and Pragmatic Resources for the Management of Turns". En Elionor Ochs, Emanuel A. Schegloff & Sandra A. Thompson (eds.): *Interaction and Grammar*, 134-184. Cambridge: Cambridge University Press.
- Fraser, Bruce (1988): "Types of English Discourse Markers". *Acta Linguistica Hungarica*, 38(1/4), 19-33.
- (1990): "An Approach to Discourse Markers". *Journal of Pragmatics*, 14(3), 383-395.
- (1996): "Pragmatic Markers". *Pragmatics*, 6(2), 167-190.
- Fries, Charles Carpenter (1952): *The Structure of English. An Introduction to the Construction of English Sentences*. Nueva York: Harcourt Brace.
- Fuentes Rodríguez, Catalina (1987): *Enlaces extraoracionales*. Sevilla: Alfar.
- (1990a): "Algunos operadores de función fáctica". En Pedro Carbonero & M.^a Teresa Palet (eds.): *Sociolingüística Andaluza*, 5, 137-170. Sevilla: Publicaciones de la Universidad.
- (1990b): "Apéndices con valor apelativo". En Pedro Carbonero & M.^a Teresa Palet (eds.): *Sociolingüística Andaluza*, 5, 171-196. Sevilla: Publicaciones de la Universidad.
- (1991): "Adverbios de modalidad". *Verba*, 18, 275-321.
- (1993): "Conectores pragmáticos". En Esperanza R. Alcaide, M.^a del Mar Ramos & Francisco J. Salguero (eds.): *Estudios lingüísticos en torno a la palabra*, 71-104. Sevilla: Pórtico.
- Gallardo Paúls, Beatriz (1992): "El dinamismo conversacional: subsunción y feed-back. Carácter acumulativo de los elementos conversacionales". *Comunicación y Sociedad*, 5(1/2), 51-75.
- (1993): *Lingüística perceptiva y conversación: secuencias* (= LynX, anexa 4). Valencia: Universidad de Valencia / Universidad de Minnesota.
- (1995): *Prácticas de lingüística. Psicolingüística, pragmática y conversación, y sociolingüística*. Valencia: NAU Llibres.
- (1996): *Análisis conversacional y pragmática del receptor*. Valencia: Episteme.
- García, Constantino (1960): *Contribución a la historia de los conceptos gramaticales. La aportación del Brocense* (= *Revista de Filología Española*, anejo 71). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Gardner, Rod (1997): "The Conversation Object *Mm*: A Weak and Variable Acknowledging Token". *Research on Language and Social Interaction*, 30(2), 131-156.
- (1998): "Between Speaking and Listening: The Vocalization of Understandings". *Applied Linguistics*, 19(2), 204-224.

- Gili Gaya, Samuel (1983): *Resumen Práctico de Gramática Española*, 2 (11ª ed.). Barcelona: Vox.
- (1991 [1943]): *Curso Superior de Sintaxis Española* (15ª ed.). Barcelona: Vox.
- Goffman, Erving (1976): "Replies and Responses". *Language in Society*, 5(3), 257-313.
- (1981): *Forms of Talk*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- González Calvo, José Manuel (1997): "Estructuras exclamativas en español". En José Manuel González Calvo & Jesús Terrón González (eds.): *Actas IV Jornadas de metodología y didáctica de la lengua española*, 143-177. Cáceres: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura.
- González García, Luis (1997): *El adverbio en español*. A Coruña: Servicio de Publicaciones de la Universidad de A Coruña.
- González Ruiz, Ramón (en prensa): "Exclamaciones y oraciones exclamativas". Comunicación presentada en el *IV Congreso de Lingüística General*, Cádiz, 3-6 de abril de 2000.
- Goodwin, Charles (1981): *Conversational Organization: Interaction between Speakers and Hearers*. Nueva York: Academic Press.
- (1986a): "Audience Diversity, Participation and Interpretation". *Text*, 6(3), 283-316.
- (1986b): "Between and Within: Alternative Sequential Treatments of Continuers and Assessments". *Human Studies*, 9(2/3), 205-217.
- Grieve, James (1996): *Dictionary of Contemporary French Connectors*. London / New York: Routledge.
- Grosjean, François (1982): *Life with Two Languages. An Introduction to Bilingualism*. Cambridge: Harvard University Press.
- Gumperz, John (1971): "Linguistic and Social Interaction in Two Communities". En Anwar S. Dil (comp.): *Language in Social Groups. Essays by John J. Gumperz*, 151-176. Stanford: Stanford University Press.
- (1982): *Discourse Strategies*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Guthrie, Anna M. (1997): "On the Systematic Deployment of *Okay* and *Mhmm* in Academic Advising Sessions". *Pragmatics*, 7(3), 397-415.
- Halliday, Michael Alexander Kirkwood & Ruqaiya Hasan (1976): *Cohesion in English*. Londres: Longman.
- Hargie, Owen, Christine Saunders & David Dickson (1994): *Social Skills in Interpersonal Communications* (3ª ed.). Londres: Routledge.
- Harkins, Jean (1986): "Semantics and the Language Learned. Warlpiri Particles". *Journal of Pragmatics*, 10(5), 559-573.
- Heritage, John (1984): "A Change-of-State Token and Aspects of its Sequential Placement". En J. Maxwell Atkinson & John Heritage (eds.): *Structures of Social Action*, 299-345. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1985): "Analyzing News Interviews: Aspects of the Production of Talk for an Overhearing Audience". En Teun Van Dijk (ed.): *Handbook of Discourse Analysis*, vol. 3, 95-117. Londres: Academic Press.
- Hernández Sacristán, Carlos (1994): "Reflections on Pragmatic Categories from a Contrastive Point of View". En Antonio Briz & Manuel Pérez Saldanya (eds.): *Categories and Functions* (= *LynX*, 4), 209-217. Valencia: Universidad de Valencia / Universidad de Minnesota.
- Hockett, Charles F. (1986 [1961]): "Grammar for the Hearer". En Graham McGregor (ed.): *Language for Hearers*, 49-68. Oxford: Pergamon.

- Hölker, Klaus (1989): "Con and Co: Continuity and Marqueurs in Oral Discourse". En Maria-Elisabeth Conte, János S. Petöfi & Emel Sözer (eds.): *Text and Discourse Connectedness*, 83-91. Amsterdam: John Benjamins.
- Hudson, R. Alan (1981): *La sociolingüística*. Barcelona: Anagrama. [Original: *Sociolinguistics*. Cambridge: Cambridge University Press, 1989.]
- Humphreys-Jones, Claire (1986): "Make, Make Do and Mend: The Role of the Hearer in Misunderstandings". En Graham McGregor (ed.): *Language for Hearers*, 105-126. Oxford: Pergamon.
- Iordanskaja, Lidija (1993): "Pour une description lexicographique des conjonctions du français contemporain". *Le Français Moderne*, 61, 159-190.
- Iordanskaja, Lidija & Igor Mel'čuk (1995): "Traitement lexicographique de deux connecteurs textuels du français contemporain. *En fait vs en réalité*". En Hava Bat-Zeev Shylėkrot & Lucien Kupferman (eds.): *Tendances Récentes en Linguistique Française et Générale*, 211-236. Amsterdam: John Benjamins.
- (1999): "Textual Connectors across Languages: French *en effet* vs. Russian *v samom dele*". *Rask*, 9/10, 305-347.
- Jakobson, Roman (1975): *Ensayos de lingüística general*. Barcelona: Seix Barral. [Original: *Essais de linguistique générale*. París: Minuit, 1963.]
- (1988[1942]): "La théorie saussurienne en rétrospection". En Stephen Rudy (ed.): *Roman Jakobson Selected Writings*, 393-435. Berlín: Mouton de Gruyter.
- James, Deborah (1972): "Some Aspects of the Syntax and Semantics of Interjections". *Papers from the 8th Regional Meeting, Chicago Linguistic Society*, 162-171. Chicago: Linguistics Department, University of Chicago.
- Jefferson, Gail (1972): "Side Sequences". En David N. Sudnow (ed.): *Studies in Social Interaction*, 294-338. Nueva York: Free Press.
- (1984): "Notes on a Systematic Deployment of the Acknowledgement Tokens 'Yeah' and 'Mn hm'". *Papers in Linguistics*, 17, 197-216.
- (1993): "Caveat Speaker: Preliminary Notes on Recipient Topic-Shift Implicature". *Research on Language and Social Interaction*, 26(1), 1-30.
- Jiménez Juliá, Tomás (1989): "Modalidad, modo verbal y *modus clausal* en español". *Verba*, 16, 175-214.
- Jucker, Andreas H. (1993): "The Discourse Marker *Well*: A Relevance-Theoretical Account". *Journal of Pragmatics*, 19(5), 435-452.
- Jucker, Andreas H. & Yael Ziv (1998): "Discourse Markers: Introduction". En Andreas H. Jucker & Yael Ziv (ed.), *Discourse Markers. Descriptions and Theory*, 1-12. Amsterdam: John Benjamins.
- Jucker, Andreas H. & Sara W. Smith (1998): "And people just you know like 'wow': Discourse Markers as Negotiating Strategies". En Andreas H. Jucker & Yael Ziv (ed.), *Discourse Markers. Descriptions and Theory*, 171-201. Amsterdam: John Benjamins.
- Karcevski, Serge (1969 [1941]): "Introduction à l'étude de l'interjection". En Robert Godel (ed.): *A Geneva School Reader in Linguistics*, 196-212. Bloomington: Indiana University Press.
- Keller, Eric (1979): "Gambits: Conversational Strategy Signals". *Journal of Pragmatics*, 3(3/4), 219-238.
- Kovacci, Ofelia (1999): "El adverbio". En Ignacio Bosque & Violeta Demonte (dirs.): *Gramática descriptiva del español*, vol. 1: *Sintaxis básica de las clases de palabras*, 705-786. Madrid: Espasa Calpe.

- Kryk, Barbara (1992): "The Pragmatics of Interjections: The Case of Polish *No*". *Journal of Pragmatics*, 18(2/3), 193-207.
- Labov, William (1972): *Sociolinguistic Patterns*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- (1984): "Field Methods of the Project on Linguistic Change and Variation". En John Baugh y Joel Sherzer (eds.): *Language in Use*, 28-53. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Laforest, Marty (1992): *Le back-channel en situation d'entrevue*. Québec: CIRAL.
- Lázaro Carreter, Fernando (1968): *Diccionario de términos filológicos* (3ª ed.). Madrid: Gredos.
- Lenz, Rodolfo (1935 [1920]): *La oración y sus partes. Estudios de gramática general y castellana* (3ª ed.). Madrid: Publicaciones de la Revista de Filología Española.
- Levinson, Stephen C. (1989): *Pragmática*. Barcelona: Teide. [Original: *Pragmatics*. Cambridge: Cambridge University Press, 1983.]
- Linell, Per (1998): *Approaching Dialogue. Talk, Interaction and Contexts in Dialogical Perspectives*. Amsterdam: John Benjamins.
- López García, Ángel (1994): *Gramática del español. I. La oración compuesta*. Madrid: Arco / Libros.
- López Morales, Humberto (1994): *Métodos de investigación lingüística*. Salamanca: Ediciones Colegio de España.
- Lyons, John (1989): *Semántica* (2ª ed.). Barcelona: Teide. [Original: *Semantics*. Cambridge: Cambridge University Press, 1977.]
- (1990): *Introducción al lenguaje y a la lingüística* (2ª ed.). Barcelona: Teide. [Original: *Language and Linguistics*. Cambridge: Cambridge University Press, 1981.]
- Malinowski, Bronislaw (1964 [1923]): "El problema del significado en las lenguas primitivas". En Charles K. Ogden & I. A. Richards, *El significado del significado. Una investigación sobre la influencia del lenguaje en el pensamiento y sobre ciencia simbólica* (2ª ed.), 312-360. Buenos Aires: Paidós. [Original: "The Problem of Meaning in Primitive Languages". En Charles K. Ogden & I. A. Richards, *The Meaning of Meaning: A Study of the Influence of Language upon Thought and the Science of Symbolism*. New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1923.]
- Maltz, Daniel N. & Ruth A. Borker (1982): "A Cultural Approach to Male-Female Miscommunication". En John J. Gumperz (ed.): *Language and Social Identity*, 196-216. Cambridge: Cambridge University Press.
- Martín Zorraquino, M.ª Antonia (1991): "Elementos de cohesión en el habla de Zaragoza". En Tomás Buesa Oliver (ed.): *I Curso de Geografía lingüística de Aragón*, 253-286. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- (1992): "Partículas y modalidad". En Günter Holtus, Michael Metzeltin & Christian Schmitt (eds.): *Lexikon der Romanistischen Linguistik*, VI(1): *Aragonesisch/Navarresisch, Spanisch*, 110-124. Tübinga: Max Niemeyer.
- (1998). "Los marcadores del discurso desde el punto de vista gramatical". En M.ª Antonia Martín Zorraquino & Estrella Montolío Durán (coords.), *Los marcadores del discurso. Teoría y análisis*, 19-53. Madrid: Arco / Libros.
- Martín Zorraquino, M.ª Antonia & Estrella Montolío Durán (coords.) (1998). *Los marcadores del discurso. Teoría y análisis*. Madrid: Arco / Libros.
- Martín Zorraquino, M.ª Antonia & José Portolés Lázaro (1999): "Los marcadores del discurso". En Ignacio Bosque & Violeta Demonte (dirs.): *Gramática descriptiva del español*, vol. 3: *Entre la oración y el discurso. Morfología*, 4051-4213. Madrid: Espasa Calpe.

- McGregor, Graham (1983): "Listener's Comments on Conversation". *Language & Communication*, 3(3), 271-304.
- (1986): "The Hearer as "Listener Judge": An Interpretative Sociolinguistic Approach to Utterance Interpretation". En Graham McGregor (ed.): *Language for Hearers*, 153-184. Oxford: Pergamon.
- McGregor, Graham & R. S. White (1990): "Introduction". En Graham McGregor & R. S. White (eds.): *Reception & Response. Hearer Creativity and the Analysis of Spoken and Written Text*, 1-7. Routledge: London/New York.
- McLaughlin, Margaret L. (1984): *Conversation: How Talk is Organized*. Beverly Hills: Sage Publication.
- Mederos Martín, Humberto (1988): *Procedimientos de cohesión en el español actual*. Santa Cruz de Tenerife: Aula de Cultura de Tenerife.
- Mel'čuk, Igor (1988): *Dependency Syntax: Theory and Practice*. Albany: State University of New York Press.
- (1997): *Vers une linguistique Sens-Texte*. París: Collège de France.
- (2001): *Communicative Organization in Natural Language: The Semantic-Communicative Structure of Sentences*. Amsterdam: John Benjamins.
- Mel'čuk, Igor et al. (1984-1999): *Dictionnaire explicatif et combinatoire du français contemporain*, vols. 1-4, *Recherches lexico-sémantiques*. Montréal: Les Presses de l'Université de Montréal.
- Milroy, Leslie (1987a): *Language and Social Networks* (2ª ed.). Oxford: Basil Blackwell.
- (1987b): *Observing and Analyzing Natural Language. A Critical Account of Sociolinguistic Method*. Oxford: Basil Blackwell.
- Moliner, María (1966-1998): *Diccionario de uso del español*. Madrid: Gredos.
- Montes, Rosa Graciela (1999): "The Development of Discourse Markers in Spanish: Interjections". *Journal of Pragmatics*, 31(10), 1289-1319.
- Morris, Charles (1994[1971]): *Fundamentos de la teoría de los signos* (2ª ed.). Barcelona: Paidós. [Original: *Foundations of the Theory of Signs*. La Haya / París: Mouton, 1971.]
- Narbona Jiménez, Antonio (1988): "Sintaxis coloquial: problemas y métodos". *Lingüística Española Actual*, 10(1), 81-106.
- Navarro Tomás, Tomás (1974): *Manual de pronunciación española* (18ª ed.). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto "Miguel de Cervantes".
- Nebrija, Antonio (1992 [1492]): *Gramática castellana*. Madrid: SGEL.
- Oliveira e Silva (de), Giselle Machline & Alzira Tavares de Macedo (1992): "Discourse Markers in the Spoken Portuguese of Rio de Janeiro". *Language Variation and Change*, 4(2), 235-249.
- Otaola Olano, Cocepción (1988): "La modalidad (con especial referencia a la lengua española)". *Revista de Filología Española*, 68, 97-117.
- Pilleux, Mauricio (1995): "La entrevista como tipo de discurso. Análisis lingüístico". *Estudios Filológicos*, 30, 97-105.
- Poggi, Isabella (1995): "Le interiezioni". En Lorenzo Renzi, Giampaolo Salvi & Anna Cardinaletti (eds.): *Grande grammatica italiana di consultazione*, vol. 3: *Tipi di frase, deissi, formazione delle parole*, 403-425. Bologna: Il Mulino.
- Pomerantz, Anita (1984): "Agreeing and Disagreeing with Assessments: Some Features of Preferred/Dispreferred Turn Shape". En J. Maxwell Atkinson & John Heritage (eds.): *Structures of Social Action*, 57-101. Cambridge: Cambridge University Press.

- Pons Bordería, Salvador (1994): "La presencia de los enlaces extraoracionales en la tradición gramatical española (I). La clasificación de las conjunciones". *Anuario de Lingüística Hispánica*, 10, 331-354.
- (1996a): "¿Habla la tradición gramatical de los enlaces extraoracionales?". En E. Serra Alegre *et al.* (eds.): *Panorama de la investigació lingüística a l'Estat espanyol. Actes del I Congrés de Lingüística General*, 95-104. Valencia: Universidad de Valencia.
- (1996b): "La presencia de los enlaces extraoracionales en la tradición española: La figura de Andrés Bello". *Moenia*, 1, 251-267.
- (1996-97): "La presencia de los enlaces extraoracionales en la tradición gramatical española (III). La descripción de algunas conjunciones. Otros valores conversacionales". *Estudios de lingüística de la Universidad de Alicante*, 11, 261-283.
- (1998): *Conexión y conectores. Estudio de su relación en el registro informal de la lengua* (= *Cuadernos de Filología*, anejo 27). Valencia: Universidad de Valencia.
- Portolés Lázaro, José (1993): "La distinción entre los conectores y otros marcadores del discurso en español". *Verba*, 20, 141-170.
- (1998): *Marcadores del discurso*. Madrid: Ariel.
- Quilis, Antonio, César Hernández & Víctor García de la Concha (1971): *Lengua española*. Valladolid: Iniciación Universitaria.
- Quilis, Antonio & Joseph A. Fernández (1990): *Curso de fonética y fonología españolas para estudiantes angloamericanos* (13ª ed.). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Real Academia Española (1771): *Gramática de la lengua castellana*. Madrid: Joachin de Ibarra. Impresor de Cámara de S.M.
- (1796): *Gramática de la lengua castellana* (4ª ed.). Madrid: Viuda de D. Joaquín Ibarra. Impresora de la Real Academia.
- (1870): *Gramática de la lengua castellana*. Madrid: M. Rivadeneyra.
- (1911): *Gramática de la lengua castellana*. Madrid: Perlado Páez y compañía.
- (1928): *Gramática de la lengua española*. Madrid: Librería y casa editorial Hernando (S.A). Impresores y Libreros de la RAE.
- (1931): *Gramática de la lengua español*. Madrid: Espasa-Calpe.
- (1973): *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*. Madrid: Espasa-Calpe.
- (1992): *Diccionario de la lengua española* (21ª ed.). Madrid: Espasa-Calpe.
- (2001): *Diccionario de la lengua española* (22ª ed.). Madrid: Espasa-Calpe.
- Redeker, Gisela (1990): "Ideational and Pragmatic Markers of Discourse Structure". *Journal of Pragmatics*, 14(3), 367-381.
- Reyes, Graciela (1990): *La pragmática lingüística. El estudio del uso del lenguaje*. Barcelona: Montesinos.
- Rojas, Elena (1981): *La interjección: sus formas en el español hablado*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- Rojo, Guillermo (1983): *Aspectos básicos de sintaxis funcional*. Málaga: Ágora.
- Rojo, Guillermo & Tomás Jiménez Juliá (1989): *Fundamentos del análisis sintáctico funcional* (= *Lalia*, 2). Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.
- Romaine, Suzanne (1996): *El lenguaje en la sociedad. Una introducción a la sociolingüística*. Barcelona: Ariel. [Original: *Language in Society*. Oxford: Oxford University Press, 1994.]

- Roulet, Eddy (1987): "Approche pragmatique de quelques locutions adverbiales données comme synonymes par les Dictionnaires du Français contemporain". *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 41, 177-184.
- Roulet, Eddy *et al.* (1991): *L'articulation du discours en français contemporain* (3ª ed.). Berna: Peter Lang.
- Sabatini, Francesco & Vittorio Coletti (1997): *Dizionario italiano Sabatini Coletti*. Firenze: Giunti.
- Sacks, Harvey (1987): "On the Preference for Agreement and Contiguity in Sequences in Conversation". En Graham Button & John R. E. Lee (eds.): *Talk and Social Organization*, 54-69. Clevedon: Multilingual Matters.
- Sacks, Harvey, Emanuel A. Schegloff & Gail Jefferson (1974): "A Simplest Systematics for the Organization of Turn-Taking for Conversation". *Language*, 50(4), 696-735.
- Salvá, Vicente (1988 [1930]): *Gramática de la lengua castellana*. Madrid: Arco / Libros.
- Santos Río (1995): *Apuntes paralexiconográficos* (2ª ed.). 2 vols. Salamanca: Varona.
- Sapir, Edward (1954 [1921]): *El lenguaje. Introducción al estudio del habla*. México: Fondo de Cultura Económica. [Original: *Language: An Introduction to the Study of Speech*. Nueva York: Harcourt, Brace and Co., 1921.]
- Saussure, Ferdinand de (1980 [1916]): *Curso de Lingüística General*. Madrid: Akal. [Original: *Cours de linguistique générale* (ed. publicada por Ch. Bally y A. Sechehaye, con la colaboración de A. Riedlinger Ginebra). Ginebra.]
- Schegloff, Emanuel (1982): "Discourse as an Interactional Achievement: Some Uses of "Uh huh" and Other Things that Come between Sentences". En Deborah Tannen (ed.): *Analyzing Discourse: Text and Talk*, 71-93. Georgetown: Georgetown University Press.
- (1987): "Recycled Turn Beginnings: A Precise Repair Mechanism in Conversation's Turn-Taking Organization". En Graham Button & John R. E. Lee (eds.): *Talk and Social Organization*, 70-85. Clevedon: Multilingual Matters.
- (1996): "Turn Organization: One Intersection of Grammar and Interaction". En Elinor Ochs, Emanuel A. Schegloff & Sandra A. Thompson (eds.): *Interaction and Grammar*, 52-133. Cambridge: Cambridge University Press.
- Schegloff, Emanuel A., Gail Jefferson & Harvey Sacks (1977): "The Preference for the Self-Correction in the Organization of Repair in Conversation". *Language*, 53(2), 361-382.
- Schegloff, Emanuel A. & Harvey Sacks (1973): "Opening up Closings". *Semiotica*, 8, 289-327.
- Schiffrin, Deborah (1987): *Discourse Markers*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1994): *Approaches to Discourse*. Oxford: Blackwell.
- Schlieben-Lange, Brigitte (1987): *Pragmática lingüística*. Madrid: Gredos. [Original: *Linguistische Pragmatik*. Stuttgart: W. Kohlhammer, 1975.]
- Seco, Manuel (1989): *Gramática esencial del español. Introducción al estudio de la lengua* (2ª ed.). Madrid: Espasa-Calpe.
- Seco, Manuel, Olimpia Andrés & Gabino Ramos (1999): *Diccionario del español actual*. Madrid: Aguilar.
- Silva Corvalán, Carmen (1989): *Sociolingüística. Teoría y análisis*. Madrid: Alhambra.
- Sinclair, John McH. & Malcolm Coulthard (1975): *Towards an Analysis of Discourse. The English Used by Teachers and Pupils*. Oxford: Oxford University Press.
- Sorjonen, Marja-Leena (2001): *Responding in Conversation. A Study of Response Particles in Finnish*. Amsterdam: John Benjamins.
- Spengler, Nina (de) (1980): "Première approche des marqueurs d'interactivité". *Cahiers de Linguistique Française*, 1, 128-148.

- Sperber, Dan & Deidre Wilson (1994): *La relevancia. Comunicación y procesos cognitivos*. Madrid: Visor. [Original: *Relevance*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1986.]
- Straight, Stephen H. (1986): "The Importance and Irreducibility of the Comprehension/Production Dialectic". En Graham McGregor (ed.): *Language for Hearers*, 69-90. Oxford: Pergamon.
- Stubbs, Michael (1987): *Análisis del discurso. Análisis sociolingüístico del lenguaje natural*. Madrid: Alianza. [Original: *Discourse Analysis. The Sociolinguistic Analysis of Natural Language*. Oxford: Basil Blackwell, 1983.]
- Svartvik, Jan (1980): "Well in Conversation". En Sidney Greenbaum, Geoffrey Leech & Jan Svartvik (eds.): *Studies in English Linguistics for Randolph Quirk*, 167-177. Londres: Longman.
- Tannen, Deborah (1989): *Talking Voices. Repetition, Dialogue, and Imagery in Conversational Discourse*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Torres Sánchez, M.ª Ángeles (2000): *La interjección*. Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- Traugott, Elizabeth C. & Ekkehard Köning (1991): "The Semantics-Pragmatics of Grammaticalization Revisited". En Elizabeth Closs Traugott & Bernd Heine (eds.): *Approaches to Grammaticalization*, 189-218. Amsterdam: John Benjamins.
- Valdés, Juan de (1969 [1535]): *Diálogo de la lengua* (5ª ed.). Madrid: Espasa-Calpe.
- Van Dijk, Teun A. (1979): "Pragmatic Connectives". *Journal of Pragmatics*, 3(5), 447-456.
- Vázquez Veiga, Nancy (1994-95): "Una aproximación a algunos marcadores con función textual de 'resumen', 'conclusión' y 'cierre'". *Estudios Lingüísticos*, 10, 349-390.
- (1995): "Corpus de lengua hablada en la ciudad de A Coruña": el rol del entrevistador en la conversación semidirigida". *Moenia*, 1, 181-202.
- (1995-96): "Los marcadores discursivos en las obras lexicográficas". *Revista de Lexicografía*, 2, 133-149.
- (1999): "Notas en torno a algunos elementos 'residuales': la interjección y los marcadores del discurso". En Mauro Fernández Rodríguez, Francisco García Gondar & Nancy Vázquez Veiga (eds.): *Actas del I Congreso Internacional de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística*, 673-684. Madrid: Arco / Libros.
- (2000a): "Respuestas mínimas reguladoras: los límites de la marginalidad". *Oralia. Análisis del discurso oral*, 3, 221-242.
- (2000b): "Diccionario de colocaciones y marcadores del español: esbozo de una entrada de marcador discursivo", comunicación presentada en el IV Congreso de Lingüística General, Cádiz, 3-6 de abril de 2000.
- (2000c): "Los marcadores discursivos en el Diccionario de colocaciones y marcadores del español". En U. Heid et al. (eds.): *Proceedings of the Ninth EURALEX International Congress*, 761-771. Stuttgart: Universität Stuttgart.
- Vázquez Veiga, Nancy et al. (2002): "Unidades léxicas no descriptivas: un puente entre la lexicografía y la pragmática". En José Ignacio Pérez Pascual & Mar Campos Souto (eds.): *Cuestiones de lexicografía*, 235-247. Lugo: Tris Tram.
- Vázquez Veiga, Nancy & Margarita Alonso Ramos (en prensa): "Tratamiento lexicográfico de la interjección *¡ajo!* en la Base de datos de marcadores del español", *Verba*.
- Verschueren, Jef (1987): "The Pragmatic Perspective". En Jef Verschueren & Marcela Bertuccelli-Papi (eds.): *The Pragmatic Perspective. Selected Papers from the 1985 International Pragmatics Conference*, 3-8. Amsterdam: John Benjamins.
- Vicher, Anne & David Sankoff (1989): "The Emergent Syntax of Pre-Sentential Turn Openings". *Journal of Pragmatics*, 13(1/3), 81-97.

- Vigara Tauste, Ana María (1980): *Aspectos del español hablado (Aportaciones al estudio del español coloquial)*. Madrid: SGEL.
- (1992): *Morfosintaxis del español coloquial (esbozo estilístico)*. Madrid: Gredos.
- Weiner, Susan L. & Donald R. Goodenough (1982): "A Move toward a Psychology of Conversation". En Roy O. Freedle (ed.): *Discourse Production and Comprehension* (2ª ed.). Norwood, NJ: Ablex Publishing.
- Wells, Gordon, Margaret MacLure & Martin Montgomery (1981): "Some Strategies for Sustaining Conversation". En Paul Werth (ed.): *Conversation and Discourse: Structure and Interpretation*, 73-85. Nueva York: St. Martin's.
- Wierzbicka, Anna (1987): *English Speech Act Verbs: A Semantic Dictionary*. Australia: Academic Press.
- (1991): *Cross-Cultural Pragmatics. The Semantics of the Human Interaction*. Berlín: Mouton de Gruyter.
- Wilkins, David P. (1992): "Interjections as Deictics". *Journal of Pragmatics*, 18(2/3), 119-158.
- Wilson, Deirdre & Dan Sperber (1993): "Linguistic Form and Relevance". *Lingua*, 90(1/2), 1-25.
- Wolfson, Nessa (1976): "Speech Events and Natural Speech: Some Implications for Sociolinguistic Methodology". *Language in Society*, 5(2), 189-209.
- Yngve, Victor H. (1970): "On Getting a Word in Edgewise". En M. A. Campbell *et al.* (eds.): *Papers from the Sixth Regional Meeting, Chicago Linguistic Society*, 567-578. Chicago: Department of Linguistics, University of Chicago.
- Zimmerman, Don H. (1993): "Acknowledgment Tokens and Speakership Incipency Revisited". *Research on Language and Social Interaction*, 26(2), 179-194.
- Zwicky, Arnold M. (1985): "Clitics and Particles". *Language*, 61(2), 283-305.

